

prendidos ante la dura acometida, se detienen y responden con nervioso fuego, que hace poco efecto.

Suena la corneta en el campo español. Su toque es *muerte de jefe*. El bravo Santocildes ha caído en el campo del honor.

Martínez Campos se une a la vanguardia y toma el mando de la consternada tropa. Con las acémilas hace trincheras, resiste, y al fin, quebrantado, corre a ganar las defensas de Bayamo, dejando a su paso armas, muertos, heridos y prisioneros, proclamando con su escape la victoria del león oriental, quien dueño del campo de batalla, recoge el botín y cura a sus heridos y a los del adversario, que, ya curados, devuelve al General español con expresiva carta.

Así fué Peralejo y así la recepción que el protestante de Baraguá hizo al hombre del Zanjón.

Sao del Indio.—Después de Peralejo, marchó Maceo sobre San Luis y Santiago, y tras fructífera correría por aquella zona, acampó en las alturas de Escandell, donde reunió las fuerzas de la División de Cuba, ascendentes a mil quinientos hombres, de los que sólo estaban armados setecientos.

Allí lo alcanzó presuroso mensajero de José, que enfermo y con sólo cincuenta hombres, encontrábase en la prefectura de Casimbas.

El león de Baconao avisaba a su hermano que iba a ser atacado por fuerzas muy superiores, y le pedía auxilio. Cuando José Maceo pedía auxilio, apurada debía ser su situación, y sabiéndolo así Antonio, determinó correr para llegar a tiempo al peligro de su hermano.

La situación de éste era efectivamente muy apurada. Los españoles, sabedores de su refugio, salieron de Guantánamo en fuerte columna de novecientos hombres al mando del coronel Canellas, con objeto de caer sobre su campamento. Iba con Canellas el comandante Pedro Garrido, jefe de las Escuadras de Guantánamo y alma de esta expedición.

Enorme era la distancia y difícil el camino que tenía que recorrer Antonio Maceo para acudir en

socorro de José; pero a pesar de todo, como leona enfurecida que siente en su correría el asustado rugir del cachorro en su cubil, voló la distancia, midió el tiempo, y cuando, después de ordenar a Cebreco que se incorporara a su hermano, cayó sobre la retaguardia española en Sao del Indio, ya en las alturas de Tueneú y a orillas de Baconao se sentían los ladridos de la jauría y el irritado rugido del león.

Era tarde para capturas. Allí no estaba un león, estaban dos, y ¡ay del atrevido que se enfrentara con los dos juntos!

Atacados por Maceo, retroceden los españoles para refugiarse en los montes de Casimbas, y tras nueve horas de batalla en que sirven de parapeto ensangrentados riscos, la columna española emprende penosa retirada, para andar ¡quince leguas! perseguida constantemente.

Canellas entró en Guantánamo con doscientas bajas y los cubanos tuvieron ochenta y nueve.

José Maceo olvidó que estaba enfermo y peleó como lo que era; pero lo más admirable de este combate fué la resistencia de que hicieron gala los infantes de Maceo, que después de marchar toda una noche por caminos espantosos, pelearon treinta y seis horas sin descanso ni alimento. Con hombres así podían acometerse muchas empresas.

El combate de Sao del Indio fué más reñido que el de Peralejo y se libró el día 1º de septiembre.

La Revolución en Las Villas.—Preocupados los españoles con los hechos de Maceo en Oriente y de Gómez en Camagüey, descuidaron las costas, y así, en julio del 95 pudo desembarcar felizmente, por Tunas de Zaza, una fuerte expedición en que arribaron a Cuba Roloff, Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez. No podía llegar ese auxilio en mejor hora, pues resolvió el problema de equipar a los villareños.

Las Villas, que el 68 pudieron lanzarse a la Revolución, si no organizadas, por lo menos con alguna preparación, no se encontraban el 95 en iguales condiciones, y la detención del general Carrillo evitó, además, que en Remedios pudiera levantarse un núcleo importante.

Sin embargo, al desembarcar en territorio villareño aquel hombre estandarte que se llamó Serafín Sánchez, ya ardía la guerra en Las Villas. Ya el contingente que siguió al malogrado Casallas, dirigido por aquel otro malogrado que se llamó Juan Bruno Zayas, se había medido repetidas veces con los españoles. Ya en Sancti Spíritus



Salvador Cisneros Betancourt

Joaquín Castillo; Lino Pérez en Trinidad; José Luis Robau en Sagua; José de Jesús Montea-gudo y Gerardo Macha-do en Santa Clara; Leoncio Vidal en Cama-juaní; Roberto Bermúdez, Marcos Aguirre y otros entusiastas y vale-rosos aunque modestos campeones, habían acu-dido al palenque. Ya en los conucos de Santiago (Rodas), Matagás, Re-gino Alfonso, Charles Aguirre, Alfredo Aran-go y Joaquín Pedroso habían peleado con los españoles. Con esos ele-mentos, reforzados por los tres jefes revolucio-

narios, podía decirse que Las Villas también habían respondido.

Asamblea de Jimaguayú.—El día 16 de septiem-bre, en los históricos campos de Jimaguayú, tuvo efecto la Asamblea de Representantes que había de aprobar el Código fundamental de la República que nacía; organizar la vida civil de la Revolución; dar base a la organización militar y elegir el Gobierno.

Todo eso se hizo, y la Revolución, representada por Oriente, Camagüey y Las Villas, tuvo como Pre-sidente al estoico Cisneros, y como Vice, al invariable Bartolomé Masó. Fueron distribuidas las secre-tarías del modo siguiente: Guerra, Carlos Roloff;

Exterior, Rafael Portuondo; Gobernación, Santiago García Cañizares; Hacienda, Severo Pina. Por aclamación fué designado General en Jefe Máximo Gómez; Lugarteniente, Antonio Maceo, y Delegado en el extranjero, en sustitución del Mártir de Dos Ríos, resultó nombrado Tomás Estrada Palma.

El plan invasor.—Ya la Revolución tenía cabeza y la República gobierno, y llegó la hora de dar cima a la parte más importante del plan de Gómez y Maceo acordado en La Mejorana: llegó la hora de la invasión a Occidente. Era preciso llevar hasta San Antonio y Mantua el sol de la libertad, personificado en la bandera de la estrella solitaria, y hacer sentir en las puertas de la ciudad capitalina el fragor de las descargas y el sonar de los clarines, aureolado todo eso por las llamas del incendio.

Las trochas se romperían; se arrollaría a las columnas, y ¡ay de los que, inadvertidos o locos, pretendieran detener el carro de la Revolución en su marcha invasora!

En cumplimiento de lo acordado, el general Gómez cruzó la línea fortificada de Júcaro a Morón, y situando sus cuarteles al oriente de Las Villas, esperó allí la llegada de Maceo. El Gobierno marchó a Oriente para incorporarse al candillo, y con él emprender el avance tan pronto estuviera dispuesto el contingente oriental.

Después de Sao del Indio y San Fernando, el general Maceo ordenó la concentración en Baraguá de las fuerzas de Santiago y Holguín, destinadas al primer núcleo invasor.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al estallar la Revolución del 95, Rabi y otros jefes daban vivas a la autonomía. Esto hizo que Calleja concibiera esperanzas de arreglo, por lo que envió al grupo rebelde dos comisiones, que fracasaron por la firmeza de Masó.

España, reconociendo la importancia del levantamiento, relevó a Calleja y lo sustituyó con Arsenio Martínez Campos, esperando otro Zanjón; pero era tarde para Zanjones, y a la llegada de Martínez Campos respondió Máximo Gómez invadiendo a Camagüey, para levantarlo con Cisneros al frente y esperar allí, mientras combatía en El Mulato, San Jerónimo, Altagracia y La Larga, la llegada de Maceo al frente del primer contingente invasor.

Maceo, mientras tanto, vencía a Martínez Campos en Peralejo y a Canellas en Sao del Indio.

Las Villas, dominadas al principio, despertaron vigorosas, y diversos núcleos corrieron de Jatibonico al límite de Matanzas.

Reunidos los representantes de Oriente, Camagüey y Las Villas en los históricos campos de Jimaguayú, eligieron el Gobierno revolucionario con Cisneros de Presidente, al paso que Maceo, ordenando reconcentración de fuerzas en Baraguá, organizaba las tropas que con él a la cabeza habían de salir a incorporarse a Gómez para el estupendo avance a Occidente.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Dígase por qué Spotorno no debió figurar como comisionado de Calleja.

¿Qué importancia tiene que la reconcentración de fuerzas invasoras se efectuara en Baraguá?

CAPITULO XXXVII

PERIODO REVOLUCIONARIO

La Invasión.—Unión de Gómez y Maceo.—La Reforma.—La Invasión avanza.—Iguará.—Los Indios.—El Gobierno.—Manicaragua.—Cambio de escenario.—Mal Tiempo.—La Revolución en Matanzas.—Intención de Martínez Campos.—La Invasión en Matanzas.—Gómez por el Norte y Maceo por el centro.—Coliseo.—Marcha al Sur.

La Invasión.—Terminados los preparativos invasores, el día 22 de octubre partió Maceo de los históricos Mangos de Baraguá, marchando por la margen derecha del Cauto a cruzar por el Occidente de Holguín. En Mala Noche se incorporaron a la columna los regimientos Martí y García con trescientos cincuenta hombres. Allí ordenó Maceo la mayor actividad para la organización del contingente que debían dar Manzanillo y Bayamo, y siguiendo la marcha, fué a tropezar con los españoles en Guaramanao y el Lavado (7 y 8 de noviembre).



General Máximo Gómez

A pesar del esfuerzo hecho por el adversario para detener el avance de la columna invasora, ésta, tras la refriega del Lavado, el mismo día 8, vadeando el río Jobabo, pisó tierra camagüeyana.

El día 10, dos magníficos regimientos, mandados por Mayía Rodríguez, hicieron ascender a mil trescientos hombres el contingente invasor. Esta caballería marchó a vanguardia. Su orden era *cargar* cualquier fuerza enemiga que le cerrara el paso, y ése era



Ruta del Maestro, de Playitas a Dos Ríos

también el deseo de aquellos de quienes Agramonte fué maestro; pero el adversario no presentó la cara, y sin tener un solo encuentro llegó la columna a Antón, donde fué alcanzada por Esteban Tamayo, que con doscientos cincuenta hombres de Bayamo y Manzanillo, cumplía la orden del general Maceo.

Con Tamayo llegó la noticia de que Carlos Manuel de Céspedes (hijo del mártir de San Lorenzo) acababa de desembarcar en Oriente con una buena expedición. La noticia era importante, no sólo por lo que representaba una expedición, sino por lo que significaba como suceso de buena esperanza aquella última donación del Padre de la Patria a la continuación de la obra que él iniciara.

Necesitó veintiún días la columna invasora para cruzar el Camagüey, y al fin el día 29, con sólo un

ligero tiroteo en los fortines, se cruzó la trocha; aquella arrogante trocha de Valmaseda, formada por treinta y dos fuertes con fosos, estacadas protectoras y alambradas, formidable alarde de resistencia; tan formidable, que lo franquearon mil quinientos treinta y seis nombres disparando algunos tiros y sin una baja siquiera.

Como José Maceo se había quedado en Oriente, multiplicándose para atraer sobre sí a los españoles, una vez hecho el cruce por el contingente invasor, el general Rodríguez



General Antonio Maceo

regresó a su territorio con la orden y el deseo de imitar al león de Baconao.

Unión de Gómez y Maceo.—No se explica cómo el general Martínez Campos, enterado como estaba del plan invasor, no acumulara más fuerzas en Jobabo para evitar la entrada de Maceo en Camagüey; y fracasado ese intento, no lo esperara en la trocha con numerosas fuerzas, sin confiar en zanjas ni fortines, sino con setenta kilómetros de línea a su disposición para acumular en corto tiempo numerosas unidades en un punto dado.

Sin duda, las disposiciones de Martínez Campos fueron mal interpretadas o seguidas con negligencia.

El caso fué que se cruzó la trocha fácilmente por Maceo, y que el mismo día se abrazaban orientales, camagüeyanos y villareños entre aclamaciones entusiastas, presidiendo el fraternal encuentro los dos esclarecidos caudillos.

Ya están juntos la cabeza y el brazo, rodeados por dos mil hombres. Ellos tienen encima el peso de la empresa que acometen; pero les fortifica la fe y les anima el entusiasmo, y con esos dos factores no hay nada imposible y se sonríe al porvenir.

La Reforma.—En la mañana del 30, la tropa forma; Gómez se coloca a su frente, recto sobre el corcel, y habla. Su voz adquiere sonoridad de clarín; su ademán es de combate, y al final de su corta arenga, todos aquellos hombres se sienten capaces de, a su mandato, realizar lo irrealizable.

Tras dos horas de marcha se hace alto en La Reforma. Allí permaneció la columna hasta el día 2 de diciembre, en que al levantar el campamento se presentó Suárez Valdés y comenzó un combate por la retaguardia, en que sólo pelearon ochenta hombres para resistir el avance de los españoles, que al fin se detuvieron después de hacer varios disparos de cañón.

El combate de La Reforma costó a los patriotas siete bajas, a pesar del aparatoso parte con que dió cuenta a su jefe el general español.

La Invasión avanza.—El general Gómez, después de destacar al general Banderas y al teniente coronel José Miguel Gómez para que hicieran una correría por la rica zona de Trinidad, procurando atraer sobre sí la atención del enemigo, siguió marcha, cruzando el día 3 el río Jatibonico del Sur, para acercarse al caserío de Iguará.

Iguará.—Acampado en Iguará estaba desde la noche anterior el coronel español Segura, al frente de numerosa columna, y precisamente salía de marcha en el momento en que Gómez, sabedor de su presencia, determinaba batirlo. Al enfrentarse las dos fuerzas, el coronel español, que ocupaba magnífica

posición, abrió el combate con nutrido fuego. Su flanco derecho era su único punto vulnerable, y por allí le atacó personalmente el general Maceo con su escolta, el regimiento Martí y la caballería de Bayamo. Rudo fué el choque, tenaz la defensa, y se hizo indispensable un desesperado esfuerzo para obtener el triunfo, haciendo retirar al enemigo, que dejó sobre el campo diez y ocho cadáveres, algunas acémilas y cincuenta y cuatro fusiles, llevándose más muertos y muchos heridos.

Fueron también importantes las bajas cubanas: ascendieron los muertos a treinta y siete, entre ellos el coronel Andrés Hernández, jefe de la escolta de Maceo, y el comandante Teodomiro Torres, del regimiento Martí. También fueron heridos el jefe de la caballería de Bayamo y catorce jefes y oficiales. Como se ve, el combate fué reñido y sangriento. Los cubanos, para dar sepultura a sus muertos, acamparon en la Campana, cerca de Iguará.

Los Indios.—Ya en marcha otra vez la columna invasora, cruzó la región espirituable, entró en la de Remedios y vadeó el Zaza, cuyos pasos defendió con fuerzas de Remedios el coronel Pedro Díaz.

Haciendo la columna un ligero retroceso volvió a entrar por el Oeste de Sancti Spiritus, desfilando por escenario áspero y desierto, para serpentear las alturas de Tibisial, loma en extremo peligrosa y de difícil paso, y caer al fin sobre Fomento, pueblo muy significado por su adhesión a España.

Cerca de Fomento, en Los Indios, fué bruscamente atacada la impedimenta por una fuerza española. El general Gómez, con su escolta y dos escuadrones, acudió a la refriega, y acometiendo, hizo retroceder al adversario, que en muy poco tiempo de combate causó a los cubanos nueve bajas. Este combate también ha sido significado con el nombre de Casa Tejas, porque las tropas españolas que en él tomaron parte pertenecían a ese destacamento.

El Gobierno.—Hasta Iguará marchó el Gobierno con la columna invasora; separóse después de

este combate para proceder a la organización civil de la Revolución en territorio villareño.

Manicaragua.—El día 11 acampó la columna en Manicaragua. Ya bien entrada la mañana presentóse en busca de pelea el general español Oliver. Maceo, que lo esperaba, lo recibió en buenas posiciones. Los españoles atacan con denuedo y los cubanos resisten de igual modo. Las condiciones del terreno no permiten lances a señal de clarín, y la brega se prolonga hasta la noche, en que ambos combatientes hacen alto en espera del nuevo día. Amanece el 12, y Maceo, no queriendo detenerse más de lo que a su plan conviene, dispone diferentes emboscadas que retardan el avance español y le causan bajas, y ordena el desfile del resto de las fuerzas.

Cinco horas necesita el enemigo para recorrer una legua, que señala con numerosas bajas, y en esa situación llega la noche. Amanece el 13 y los españoles inician el combate con fuego de cañón. Más tarde atacan posiciones ya abandonadas y se apoderan inútilmente de ellas, mientras Maceo, alcanzado el objeto propuesto, acampa en la Siguanca.

Cambio de escenario.—Ahora va a cambiar de aspecto la contienda. El escenario de la lucha había sido hasta entonces el bosque espeso y la abrupta sierra en que el fusil fué el encargado de plantear y sostener los debates. En lo sucesivo, el drama va a desarrollarse en campo abierto y confiando al corcel y al machete el éxito de las jornadas.

Cienfuegos está al frente. Su rica zona ofrece riquezas que destruirá la dolorosa necesidad de restar recursos al adversario. Ahí hay provisiones, pertrechos, y hay también soldados con quienes se ha de pelear oponiendo al denuedo la bravura.

Mal Tiempo.—Es preciso apurar la marcha y multiplicar las jornadas, y para ello se ordena a la vanguardia que si advierte al enemigo, avance al aire de carga.

El día 15 de diciembre emprende marcha la tropa, saliendo del Guamá de las Cruces. Va en la ex-

ploración Vicente Núñez como práctico y Cándido Álvarez (Cayito) manda la extrema vanguardia.

Al llegar a Mal Tiempo, la sección de exploradores recibe de improviso fuego de una descarga. Los cubanos se detienen. Maceo ordena las fuerzas y Gómez se adelanta; recuerda el día de Palo Seco, y enardecido carga. Su escolta y varios escuadrones le siguen, su machete abre surco en el cuadro español y los otros machetes caen sobre el sólido, que se deshace.

Gritos de dolor y de triunfo ensordecen el espacio; el chasquido del machete se escucha poco tiem-



Batalla de Mal Tiempo

po, y después... el batallón de Canarias No. 42, dos secciones de Bailén y un escuadrón de Treviño, han sido exterminados, quedando el campo de batalla pavimentado de muertos y en poder de los cubanos ciento cincuenta máusers, sesenta rémingtons, seis cajas de municiones, caballos, acémilas, botiquín y la bandera.

Cuando la carga se inicia, concurre al palenque, sin previa citación, nutrido y gallardo escuadrón que se entra también por la mies adversaria y contribuye a la siega. Manda a esta tropa Juan Bruno Zayas, que por su aspecto parece incapaz de empeño alguno y que es, sin embargo, la más fiel reproducción moral del gran Ignacio Agramonte.

Apenas termina el combate de Mal Tiempo, lle-

gan socorros españoles del central Teresa. Maceo se las entiende con este nuevo adversario reforzando el regimiento Honorato, que le hace frente, mientras Gómez acude a otro socorro, que al fin se retira.

Los campos de caña próximos al lugar del combate han sido incendiados por los cubanos, y eso salva de otro aniquilamiento al contrario, que, apoyado en la línea del ferrocarril, puede desplegarse sin que sea posible atacarlo, por impedir toda acción el humo del incendio que cae sobre el campo patriota. Al fin, con los fusiles cogidos poco antes, se organiza una fuerza de infantería que contiene y hace retroceder al enemigo.

En toda esta brega los cubanos tuvieron cuatro muertos y veintitrés heridos, entre éstos, Manuel Piedra, ayudante de Maceo.

Al día siguiente, la guerrilla de Lajas cayó al filo de los machetes de la vanguardia insurrecta.

Maceo, gran conocedor de los hombres, al primer golpe de vista conoció lo que bajo su modesto exterior era Juan Bruno Zayas, y lo incorporó a sus fuerzas, seguro de que había hecho una adquisición. Y así fué: el heroico joven probó con sus hechos futuros lo mucho que valía.



Juan Bruno Zayas

La Revolución en Matanzas.—Acampada la columna invasora en la Amalia, se presentó allí el brigadier José Laeret Morlot, que en el 68 había sido ayudante de Maceo, y que por Sagua la Grande, disfrazado de sacerdote, había salido a incorporarse.

Siendo preciso organizar la Revolución en Ma-

tanzas, se confió a Laeret el mando en esa provincia, donde ya se batían duro con los españoles Eduardo García, Carlos Rojas, los hermanos Tavío, Francisco Pérez, Felino Alvarez, Regino Alfonso y un joven que, como Zayas, era un león y hubiera sido un magnífico factor de victoria. Aquel joven era Clotilde García.

El día 20 de diciembre acampó la columna invasora en Cabeza de Toro, a corta distancia del Hanábana, río que limita Las Villas y Matanzas.

Intención de Martínez Campos.—El general Martínez Campos, que había tratado en vano de detener la Invasión, esperó lograrlo en el cruce del Hanábana y dió sus órdenes para alcanzar ese objeto. Su propósito era colocar una línea de resistencia en el Hanabana y situar otra sobre Colón, mandada por él en persona, esperando que en su plan le ayudaran las facilidades de comunicaciones, la condición especial del escenario matancero y la actividad de sus subalternos.

La Invasión en Matanzas.—Efectivamente, la columna invasora cruzó el río peligroso, el Hanábana temido, sin que nadie se opusiera, y acampó en la Colmena.

Al fin se presentaron los españoles anunciando su propósito de entablar combate. Establecido éste, después de largo fuego de cañón y fusil, el contrario quiso avanzar. Una violenta carga de la caballería cubana determinó la retirada de la columna, y libre el campo de Occidente, tras siete horas de marcha la fuerza invasora hizo alto en el Desquite. Después de ligero combate en el Desquite y Antilla, continuó la marcha, dividida en cuatro fracciones, por el llano de Colón, destruyéndolo todo y señalando su paso con el humo del incendio.

Gómez por el Norte y Maceo por el centro.—Al dividir la fuerza invasora, Gómez, al frente de seiscientos hombres armados y numerosa impedimenta, se inclinó al Norte, y Maceo tomó por el centro, con más numerosas fuerzas de combate.

No tuvieron ambos jefes la intención de perder el contacto; pero sin saber cómo, se distanciaron, y esto, que pudo ser de fatales consecuencias, fué de beneficio, porque abarcando mayor esfera de acción, se unieron providencialmente cuando fué menester.

Coliseo.—El general Martínez Campos, al frente de varias columnas en combinación, salió de Jovellanos en momentos en que Maceo atravesaba la línea férrea entre Tosca y Madan, para acercarse al general Gómez, quien, ya orientado con respecto a Maceo, venía cubriendo su flanco derecho sin que éste lo supiera y marchaba paralelo a él.

Frente al pueblo de Coliseo cerraron la convergente ambos caudillos, y ya juntos, el 23 de diciembre atacaron el poblado, incendiándolo precisamente en el momento en que llegaba el general Martínez Campos, como citado de antemano para contemplar su impotencia frente a un enemigo que lo burlaba marchando en columna de numerosa impedimenta, sin precipitación alguna y señalando su paso con la inmensa luminaria de colosales incendios. Y esa burla era mayor si se piensa y considera que el General español tenía todos los medios de comunicación y un ejército valeroso a sus órdenes. Para este resultado, la actividad y genio de Gómez tuvieron como aliados los desaciertos de Martínez Campos y la negligencia de los jefes españoles, que no secundaron bien las disposiciones superiores.

Fracasado Martínez Campos en Coliseo, violento y desconcertado, cablegrafió a España que marchaba a la capital para desde allí dirigir las operaciones.

Marcha al Sur.—Gómez y Maceo acamparon en Sumidero, y dirigiéndose al Sur de la provincia, comprendieron perfectamente el fracaso del General español al saber que en las estaciones de Matanzas, Unión y Jovellanos estaban los generales Prats, Luque, Aldecoa y Suárez Valdés esperando órdenes que ya no tenían objeto.

Esa marcha de Gómez y Maceo al Sur es quizás

el eje en que descansó el éxito de la Invasión. Si continuaban en avance a Occidente, como llevaban detrás grandes núcleos enemigos, en cualquier momento podrían crear una situación difícil; el viejo caudillo, comprendiéndolo así retrocede; extrema el rigor de incendios para significarse más; hace que las columnas que lo acechan se pongan en movimiento para buscarlo creyéndolo hacia atrás en derrota; acampa en Crimea; sigue retrocediendo por la orilla de la Ciénaga de Zapata, para establecer allí un hospital de sangre donde dejar sus heridos; recruza el Hanábana; acampa en Sabanetón, y al fin, al amanecer del 27, al pernoctar en el ingenio Indio (Cienfuegos), ha variado el derrotero otra vez para Occidente, y ahora para llegar, dejando atrás las columnas españolas, que como jamría en desconcierto han perdido la pista.

RESUMEN DEL CAPITULO

El 22 de octubre de 1895 partió Maceo de los Mangos de Baraguá para iniciar la invasión a Occidente. Le acompañaba el Gobierno recientemente constituido. Atravesó la provincia oriental sosteniendo ligeros combates, y una vez vadeado el Jobabo, cruzó el Camagüey en rápida marcha y al frente de 1536 hombres rompió la trecha de Valdesola para incorporarse al general Gómez en territorio villareño; combates juntos en La Reforma, Iguará y Los Indios, para llegar a Manicaragua y Sigüenza, mientras el Gobierno se separa para proceder a la organización civil de la Revolución.

La Invasión avanza por el llano de Colon; destroza al adversario en Mal Tiempo, y cruzando el Hanábana, entra en Matanzas, donde ya Lauret Morlot y otros jefes han provocado el incendio revolucionario.

Una vez en Matanzas Gómez y Maceo, avanzan, el primero por el Norte y el segundo por el centro, para reunirse en Coliseo y derrotar allí al general Martínez Campos, que vencido y humillado se retira a la Habana, mientras los caudillos invasores, tras ligero estratégico retroceso, avanzan otra vez hacia Occidente.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

- ¿Qué importancia tuvo para la Revolución el desembarco del hijo del mártir de San Lorenzo?
- ¿Por qué las fuerzas invasoras incendiaban los campos?
- Digase algo de Juan Bruno Zayas.
- Digase algo de José Lauret y Morlot.
- ¿Para qué fué la separación de Gómez y Maceo.
- ¿Para qué fué la marcha al Sur?

CAPITULO XXXVIII

PERIODO REVOLUCIONARIO

A Occidente; Calimete; después de Calimete.—Roberto Bermúdez.—La Invasión en la Habana.—Desconcierto de Martínez Campos.—Separación de los caudillos: Gómez retrocede y Macón avanza.—Nuevos combates.—Cambio de escenario.—Las Taironas.—Guane.—Mantua, fin de la Invasión.—Martínez Campos se retira; honor al adversario.—Wéyler en acción.—Su plan.

A Occidente; Calimete; después de Calimete.—
El día 28 de diciembre la hueste invasora acampó cerca



General Serafín Sánchez

de Calimete con el enemigo al frente. Iniciado el combate, la agresividad del adversario hizo que la caballería se lanzara sobre su flanco derecho, mientras se reforzaba con infantería el mismo flanco cubano, amenazado de ataque.

El general Serafín Sánchez, al frente de los jinetes, partió a la carga. Cruzó como un huracán la llanura, que barrió el fuego español, y tocó con su machete las bayonetas de los cuadros en que el enemigo se abroquelaba. Rompióse un cuadro a costa de la

vida de un audaz que temerariamente lo asaltó. Ese cuadro desapareció segado, pero otros resistieron: por sus cuatro frentes parecían volcanes. Aquellos

españoles lucharon como héroes, y el general Sánchez, que aquel día estuvo heroico hasta la locura, comprendió al fin que era imposible más y ordenó la retirada.

Diez y seis muertos sobre el campo y sesenta y nueve heridos hubo en el combate de Calimete, y de los heridos, algunos murieron después.

Pasada la dura brega de Calimete, su resultado doloroso hizo decaer el ánimo de la tropa; pero estaba allí el general Maceo, que tenía ánimo para todos. En vez de hablar del suceso pasado, dijo de alboradas de año nuevo a las puertas de la Habana, y este solo, dicho por él, bastó para que los semblantes se animaran, y al verlo luego, cuando salían de marcha, airoso y firme en el corcel, hasta los pobres heridos sonreían en sus camillas. Al iniciarse el desfile se presentó Suárez Valdés, pero de detenerlo se encargaron algunos infantes.

Roberto Bermúdez.—Poco faltaba para entrar en el territorio habanero, y Maceo ordenó al coronel Roberto Bermúdez que se adelantara como vanguardia de la Invasión y se hiciera sentir.

Era Bermúdez hombre rudo y cruel, pero de asombroso valor, y por lo tanto, sujeto muy a propósito para el empeño que se le confiaba, empeño que era de gran riesgo y que ya había corrido siendo en Las Villas precursor de Gómez y Maceo en el avance invasor.

La Invasión en la Habana.—Como se lo habían propuesto, los generales Gómez y Maceo saludaron el 1.º de enero del 96 en el Estante (territorio habanero), y a las notas del Himno Invasor respondieron las descargas del español. Un combate de poca importancia fué la función de este día, y la columna invasora acamó en Nueva Paz.

Aquello era sorprendente. Destrozados Gómez y Maceo en Calimete, según parte que se había dado al general español, en vez de retroceder en derrota al resguardo del abrupto Oriente, los invasores atravesaban el límite habanero y al sonar de marciales himnos se acercaban a la capital.

Todos los planes habían sido burlados; las fuerzas opositoras arrolladas; y la ola, sin diques posibles, iba a barrer los pueblos de la provincia habanera, como barre el mar embravecido los escollos que lo contienen.

Gómez y Maceo, como si se tratara de un paseo militar, acamparon en el central Providencia (Güines); y a la vista estupefacta de los generales Aldecoa y García Navarro, cruzaron el Mayabeque y cayeron sobre Guara y Melena del Sur, en donde tomaron ochenta fusiles y parque de los voluntarios.

Desconcierto de Martínez Campos.—¿Qué hacía el general español ante el avance cubano? Lanzaba columnas contra la ola, y esas columnas, mandadas por Echegüe, García Navarro, Luque, Aldecoa, Arisón y Prats, no llegaban nunca, o llegaban tarde al contacto con los invasores, que en incesante progreso y distribuidos en cuatro grandes grupos para causar más daño, tomaban a Güira de Melena y dejaban en libertad a la guarnición rendida; y Gabriel, Quivián, La Salud, Alquizar, Ceiba del Agua, Vereda Nueva, Caimito, Guayabal, Punta Brava y Hoyo Colorado, todos lugares guarnecidos, caían en poder del invasor, que armado con las armas que al enemigo iba cogiendo, dejaba libres a las guarniciones prisioneras.

Y las columnas españolas, ¿qué hacían? Correr desconcertadas de un lugar a otro, para al fin reconcentrarse sobre la capital, presa de pánico, temerosa del rudo asalto por un enemigo que ya parecía atreverse a todo.

Separación de los caudillos; Gómez retrocede y Maceo avanza.—El día 7 de enero, después de recorrer todo el territorio habanero sin obligado combate en campo abierto, se separaron Gómez y Maceo. El primero, al frente de 2,500 hombres, con Aguirre, Laceret y otros jefes, debía retroceder hasta Matanzas y Las Villas para consolidar la Revolución en las dos provincias; mientras el segundo, seguido por un núcleo de 1,500 infantes y jinetes, con Zayas, Antonio

Núñez, Cándido Alvarez y otros, se quedaba para caer sobre el "Continente Negro", región temida y llamada así por su significado españolismo. Pronto habría de verse que ese nombre era injusto, y que Occidente, respondiendo al clarín libertador, sabría ponerse de pie al sonar en sus pinas el ruido de las descargas, y al galopar por su suelo el caballo de Maceo.

Nuevos combates.—De acuerdo con lo convenido, el general Gómez retrocedió batiéndose en Ceiba del Agua, Mi Rosa y Bejucal; y Maceo, después de pelear en el Garro y Begoña, atravesó la terrible estrechura del Mariel y cayó sobre Cabañas, que asaltó y tomó, recogiendo allí 200 fusiles y 15,000 tiros. San Diego de Núñez, Bahía Honda y Pozas se rinden, y la invasión avanza sobre Pinar del Río.

Cambio de escenario.—Ya no se marcha por verdes llanuras en las que mecen las cañas sus penachos, mientras el fuego devorador no las arrasa. Ha cambiado el escenario. La sierra abrupta está allí para reducto de futuros heroicos hechos, y extensos pinas, obedientes al aire, agitan su ramaje y cantan la canción misteriosa de la fronda, que ha de recoger muy pronto en el bullidor murmullo de su canto el fragor pavoroso del combate, el grito de combatientes en encarnizada brega y el trepidar del suelo al ser herido por los cascos de corceles en impetuoso avance a la carga de muerte.

Trepando por la serranía y saludados por los pinos van los libertadores; van los soldados del ideal a tocar con el pomo de los machetes el anhelado Occidente, para llevar hasta allí el estruendo de la lucha y la enseña victoriosa.

Después de penosa jornada acampan los invasores en Laguna de Piedra, y más tarde en Pilotos, para caer el día 7 de enero en las Taironas y ventilar allí encarnizado lance.

Las Taironas.—A siete kilómetros de Pinar del Río se encuentran las Taironas. Allí tropieza Maceo con los españoles, y frente a ellos carga Bermúdez

con su acostumbrado arrojo. El enemigo, amparado en las cunetas de la carretera, arroja sobre los asaltantes un volcán de plomo. Acuden refuerzos de Pinar del Río en el momento preciso en que va a hablar el machete, y eso salva al adversario, que al fin se retira a la ciudad, quedando el campo por los cubanos.

La victoria ha costado sesenta y dos bajas. Allí mueren el coronel Pedro Ramos, Federico Latorre, Barroto y Ferrer, y resulta herido el brigadier Bermúdez, que aquel día hizo todo lo posible por que lo mataran. Estaba destinado a morir por el plomo cubano.

Al día siguiente, nuevo combate, más intenso, y el 19, en el Tirado, vuelven a encontrarse los adversarios y queda el campo por los españoles tras recia pelea.

Guane.—El propósito principal de Maceo era llegar pronto al límite occidental y con ese fin alcanza el 20 a Guane. La población lo reci-



Tipo de mambi cubano

be con indescriptible entusiasmo. Repican las campanas y ensordecen el espacio gritos de alegría inmensa. Las madres levantan en brazos a sus tiernos pequeñuelos, para que contemplen al personaje que la leyenda hizo fantástico y que de tierras lejanas viene en labor de redención.

El pueblo contempla con curioso asombro a aquellos orientales, que le habían contado eran *negros salvajes*, con aros por adorno y amuletos al cuello, y

enternecido mira la bandera de gloria y ensueño que las hijas del Tímicu bordaron, y que sostenida por el fuerte brazo de Maceo, ennegrecida por el humo de cien combates y rasgada por el adversario plomo, está allí como lábaro santo de sublime causa.

Mantua, fin de la Invasión.—Pero falta lo mejor: falta Mantua, el soñado término occidental, y hacia Mantua parten los caballeros de la libertad.

Siete leguas hay que recorrer; pero, ¿qué son siete leguas para aquellos que ya han andado centenares? Se andan, y fuera de la villa, autoridades y vecinos, radiantes las miradas y alegres los rostros, esperan al león oriental.

Los libertadores penetran en la población mientras las campanas tocan; Aleluya! y la multitud prorrumpe en delirante; Hossanna!

La sala capitular espera. A ella concurren ediles y pueblo, y bajo la presidencia del general Maceo, se efectúa solemne sesión y se levanta el acta, que la historia recoge y guarda como prueba inconcusa de que sobre su corcel de guerra el glorioso caudillo ha medido paso a paso de la punta de Maisí al cabo de San Antonio.

La Invasión ha terminado, y entre los hombres que la hacen, casi no hay pueblo cubano que no tenga representación. Maceo está satisfecho, y debió estarlo. Aníbal pasando los Alpes para caer sobre Roma; Xenofonte en la gloriosa retirada de los diez mil; Sherman en su famosa marcha al Sur y Bolívar cruzando los Andes para su campaña del Perú, no hicieron más.

La Invasión se llevó a cabo atravesando de Baraguá a Mantua un territorio poblado por el adversario, que tenía numerosos recursos, fáciles comunicaciones y valerosos soldados bajo las órdenes de un jefe de gran prestigio. Frente a todo eso marchó el contingente invasor, peleando hoy con los pertrechos quitados ayer al enemigo, realizando la asombrosa marcha en *noventa días*, peleando en *veintiocho combates*, retrocediendo sólo cuando a sus planes convino, jamás por la fuerza del contrario.



GOLFO DE MEXICO

Pinar del Rio

HABANA

MATANZAS

SANTA CLARA

CABO SAN ANTONIO

GUADAGUAYABACO

SAGUA LA GRANDE

EN LA BARRA

DIARRA

ISLA DE PINAR

EXP. OSTANOWATZ Y CASTILLO DUANY 13 OCT. 1898

EXP. RIOS ALVAREZ Y CASTILLO DUANY 8 SEPT. 1896

EXP. UFFTEVIDAL 23 JUNIO 1896

EXP. P. A. GUTIERREZ Y E. NUNEZ 5 SEPT. 1897

MAR DE LAS ANTILLAS
(MARECARIBE)

EXP. J. COWLER Y J. CASTILLO DUANY 2 JULIO 1896

EXP. R. TAUTILCO Y R. ROJAS 21 JUNIO 1896

EXP. CALLAIDO 13 MARZO 1898

SIGNIFICADO DE LOS SIGNOS

Línea Negra: Línea de Ferrocarril.
Línea Roja: Ruta de la Invasión.
Cuadro Rojo: Algunas de las secciones libradas por el general Máximo Gómez en la guerra de 1895.
Triángulo Azul: Algunas de las secciones libradas por el general Maceo en la guerra de 1895.
Estrella Roja: Acciones libradas por ambos en la misma guerra.
Cruz Roja: Otras acciones célebres de la guerra de 1895.
Punto Azul: Espeluznadas.
Línea de puntos Negros: Marcha del general Gómez y de Martí desde su desembarco hasta la muerte del último.
Cruz Azul: Lugares donde combatió americanos y cubanos.

Los números dentro de los círculos:

- E1 1: Muerte de José Martí 19 de Mayo de 1895.
- E1 2: " " Flor Crombet, 10 de Abril de 1895.
- E1 3: " " José Maceo, 8 de Julio de 1895.
- E1 4: " " Serafín Sánchez, 18 de Noviembre de 1896.
- E1 5: " " Antonio Maceo, 7 de Diciembre de 1896.



Martínez Campos se retira; honor al adversario.—Cómo no había de desconcertarse el general Martínez Campos ante la realidad de su fracaso! La convicción de su derrota lo hizo presentar su renuncia, y entregando el-mando al general Marín, embarcó para España, de donde había salido con la aureola de pacificador para regresar como todos los vencidos.

Martínez Campos fracasó porque tuvo enfrente adversarios dignos de él; porque no fué secundado por sus subalternos, y más que todo, porque la hora de la pérdida de Cuba para España estaba ya señalada en el reloj invariable del destino, y ningún poder humano puede variar designios providenciales.

Martínez Campos pudo ser un vencido; pero se llevó, en cambio, el respeto de sus adversarios, que no por serlo dejaron de reconocer nunca la hidalguía y caballerosidad del General español. Bien lo expresó el general Máximo Gómez al enviarle la siguiente expresiva carta:

Ingenio San Antonio, 16 de enero de 1896.

¡Por qué esta guerra? Porque la ha provocado una dolorosa ingratitud vieja; por una injusticia indiseñtable.

Con esta consideración real e histórica nos encontramos muchos hombres y grandes intereses unos frente a otros.

La isla de Cuba está perdida para España como nación nueva y dominada.

Cuba quiere y puede erguirse como todas las demás de América; pero no creo que estará perdida para España, que es la que debe conceder, y adquirir luego el noble y delicado derecho a su gratitud eterna.

¡No más sangre, General! ¡No más tea! España es y será siempre la responsable de tantos desastres.

Puede Ud. hacer mucho en favor de ambos pueblos, porque es el único (que yo entienda) que comprende la situación insostenible para Ud., tan honrado como patriota (no hablo de valor), y por lo tanto, de lo inútiles que son sus esfuerzos y sacrificios combatiendo a las huestes libertadoras, resueltas a no cejar un punto para conseguir su propósito.

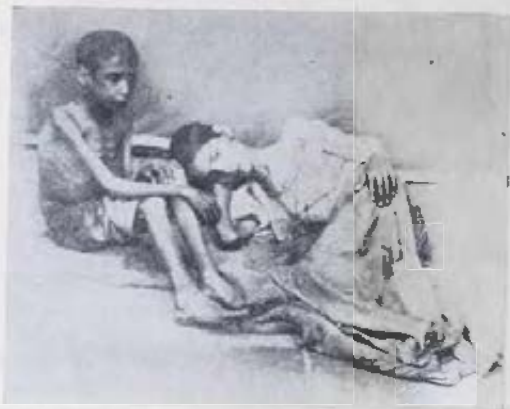
Es aún tiempo precioso para salvarse España en América si piensa y concede. De lo contrario, fuego y sangre es lo que nos manda el decoro y el honor. ¡Eso haremos!

Máximo Gómez.

Al general Arsenio Martínez Campos.

Este lacónico y profético documento parece escrito por un espartano en heroicos tiempos. Si Martínez Campos hubiera podido y España hubiera querido, ¡cuánta sangre ahorrada, cuántas cosas evitadas para tranquilidad nuestra y para gloria y beneficio de la propia España!

Martínez Campos no pudo; España no quiso, y al desembarcar en Cuba Valeriano Wéyler, un cambio de procedimientos en los métodos de la guerra sólo habría de servir para que se abriera un abismo



Escena de la reconcentración ordenada por Wéyler

inmenso de odio y para que se cerrara todo camino a posibles avenencias.

Wéyler en acción.—¿Quién fué nombrado para sustituir al general Martínez Campos? Un hombre cuyo retrato moral hizo éste diciendo que si algún día venía a Cuba investido con el mando supremo, *se levantarían hasta las piedras*. Ese hombre fué Valeriano Wéyler, marqués de Tenerife. Su historia militar en Cuba el 68 había sido señalada como la de un digno compañero del sanguinario conde de Valmaseda, a cuyas órdenes sirvió entonces, signifi-

cándose por sus hazañas de sangre y vida de licencia, que dejaron imperecedero recuerdo, especialmente en Camagüey.

No era el sentimiento de los cubanos; no era el sentimiento de los hijos aqueñe el mar lo que quería conservar España; era la tierra pródiga y feraz de cielo azul, de bosques y palmares; de exuberante flora y clima sin igual. Quería el suelo, aunque fuera desierto caldeado por las llamas del incendio y blanqueado por los huesos de sus hijos.

Sólo así se explica el envío de aquel hombre que vino a conservar a Cuba para España, pero a Cuba sin cubanos.

Al desembarcar Wéyler y recibir el mando que le entregó el general Marín, la Revolución ardía en las seis provincias. Habían desembarcado felizmente, además de Gómez, Maceo y Serafín Sánchez, Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Carrillo y José María Aguirre, que pisaron tierra cubana el 15 de noviembre del 95, y Mariano Torres, que desembarcó cinco días después.

Con los auxilios de esas expediciones pudo activarse la lucha, que sostenían con éxito Rabí y José Maceo en Oriente; Mayía en Camagüey; Carrillo en Las Villas; Lauret en Matanzas; Gómez, con Aguirre, en la Habana, y Maceo en Pinar del Río; todos secundados por activos y valerosos subalternos.

Su plan.—Wéyler, plenamente autorizado por Cánovas, a su llegada a Cuba varió por completo los métodos y procedimientos de su antecesor. Ciertamente que si el plan de Martínez Campos fué malo y sus procedimientos fracasaron, la experiencia aconsejaba la implantación de otros; pero hay cosas que un hombre de sentimientos no hace por temor al anatema de la Historia y por propio respeto.

Un general, por la responsabilidad de una campaña a él confiada, puede aceptar que se le trate de cruel con el adversario; puede hasta emplear frente a ese adversario métodos y recursos de terror y de rudeza; lo que no es posible que un general haga, si tiene siquiera nociones de propio respeto, es que la

Historia con sangre de víctimas inocentes tenga que escribir un día su nombre, y que como sinónimo, pueda y deba llamarle *asesino y malvado*.

El historiógrafo, al referirse al general Wéyler en Cuba, no tiene más remedio que citarlo como en la antigüedad se citó a Atila, y las futuras generaciones cubanas, al recordar ese nombre, han de execrarlo por su criminal conducta.

¿Cuál fué su plan? Uno solo: muerte y exterminio. Para ello publicó bandos draconianos; levantó el patíbulo con carácter permanente; llenó las cárceles; señaló el despertar de todas las auroras con el fusilamiento de víctimas inermes; no perdonó a vencidos ni respetó a prisioneros, y queriendo llegar a la completa privación de recursos a los insurrectos, decretó la reconcentración de los campesinos; refinamiento de maldad que costó la vida a doscientos mil ancianos, mujeres y niños, que murieron de miseria y hambre tras las alambradas de los recintos fortificados, maldiciendo a su verdugo.

Y todavía hizo más. En expuesto ya es bastante, pero a ello hay que agregar que destrozó la virtud de la mujer cubana, cuyas carnes, mal cubiertas por harapos, sirvieron de placer a la soldadesca cuando, obligada por el hambre, imploraba la caridad en la vía pública, recogía las sobras del rancho en los cuarteles o se daba a cambio del vergonzoso mendrugo.

Cuba puede perdonar y hasta, con el tiempo, olvidar a todos sus victimarios, que al fin perdón y olvido son nobleza; pero no podrá jamás perdonar ni olvidar al corruptor de la virtud en la mujer cubana, cuya criminal conducta hizo que Antonio Maceo le escribiera una elocuente carta en que el caudillo, asombrado, parecía dudar que Wéyler fuera hombre.

RESUMEN DEL CAPITULO

El 28 de diciembre de 1895, las fuerzas invasoras acamparon en Calimete, tras reñido combate con los españoles, para después proseguir marcha hacia la Habana, enviando antes como avanzada a Roberto Bermúdez, que ya había desempeñado igual cometido en Las Villas y Matanzas.

El 1º de enero la Invasión acampó en el Estante, territorio ha-

banero, y siempre avanzando, cruzó el Mayabeque y se acercó a la capital, presa de pánico.

El 7 de enero se separaron Gómez y Maceo, para regresar el primero a Las Villas, mientras el segundo continuaba el avance hacia el límite occidental.

Maceo inicia el avance, atraviesa el límite habanero, y en las Taironas, a las puertas de Pinar del Río, se mide con los españoles, para continuar la marcha, y tras el combate del Tirado, entra en Guane y sigue a Mantua, donde entra al cabo, tras asombrosa marcha de noventa días.

El general Martínez Campos se retira en derrota frente al enemigo victorioso, y le sustituye Valeriano Weyler, para variar los planes de Martínez Campos y conquistar el anatema de la historia y la eterna execración de los cubanos.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Compárese la marcha invasora con otros altos hechos históricos parecidos.

Hágase una comparación entre los generales Martínez Campos y Weyler.

CAPITULO XXXIX

PERIODO REVOLUCIONARIO

Primera campaña de Pinar del Río.—Paso Real.—Candelaria.—Río Hondo.—Laborí.—Resumen de la campaña.—Regreso de Maceo a la Habana.—Ataque a Jaruco.—Encuentro de Gómez y Maceo; distintas operaciones.—Moralitos.—El Gato; más combates.

Primera campaña de Pinar del Río.—Resuelto por Maceo el problema invasor, determinó abrir la campaña de Pinar del Río, contando para ello con el magnífico concurso de los pinareños, que en considerable número se ponían a sus órdenes.

Una vez organizada la administración civil, salió de Mantua, y tomando por el Norte acampó el 26 de enero en Santa Lucía, donde tuvo un corto combate con el general Echagüe. El 28 acampó cerca de Viñales y el 29 llegó a Pilotos.

Las noticias del próximo arribo de Wéyler hicieron que Maceo concibiera el plan de marchar sobre la Habana, dando antes dos o tres buenos combates para luego recibir al nuevo General en una función de gala.

Paso Real.—En Paso Real supo que por Santa Cruz de los Pinos andaba el general García Navarro, y tomó aquella dirección, con el objeto de tropezar con él. Al salir de marcha se presentaron los españoles. Era Luque al frente de numerosa columna, que abierta en dos alas y haciendo nutrido fuego, pretendía envolver a las fuerzas cubanas de retaguardia. El general Maceo, que iba a vanguardia, retrocedió con el regimiento Céspedes desplegándolo por el flanco izquierdo del enemigo; colocó en un palmar in-

mediato el regimiento Villas, y con tres escuadrones de Pinar del Río, su Estado Mayor y escolta, se lanzó a la carga, que no pudo dirigir personalmente porque una bala rompió el bocado a su corcel.

Los españoles, acometidos vigorosamente, se parapetaron en el poblado, y como obstinarse en combatirlos hubiera costado grandes pérdidas, tras tres horas de ruda pelea se tocó retirada.

Los cubanos tuvieron cincuenta y ocho bajas entre muertos y heridos, y los españoles más de cien, entre ellas el general Luque, con un balazo en una pierna.

Maceo se retiró a Santa Cruz, donde se le incorporó el coronel Sotomayor, y allí decidió atacar a Candelaria.

Candelaria.—Levantado el campamento, marchó el General hacia Candelaria por San Cristóbal, donde se le unió el comandante Pedro Delgado con trescientos hombres, y de allí mandó una carta al coronel de voluntarios de Candelaria, Humara, pidiéndole la capitulación.

El día 5 de febrero llegaron las fuerzas libertadoras frente a Candelaria. Sabedor Maceo de que el coronel Humara no se rendía, ordenó el ataque a Delgado y Sotomayor. Defendían la población: cuatro compañías de Chapelgorris, dos escuadrones de voluntarios y cincuenta hombres de San Quintín.

Dada la orden de ataque, cayeron sobre la plaza Sotomayor y Delgado, que tomaron la primera trinchera. Se generalizó el combate y comenzó el incendio su obra. Al resplandor del fuego continuaron el ataque y la defensa.

Venían socorros de Artemisa, y al frente del regimiento Villas salió Juan Bruno Zayas a contenerlos, lo que no consiguió porque la columna que acudía no quiso aceptar combate y puso todo su empeño en alcanzar la población, lo que logró al fin, determinando entonces el General levantar el asedio para acampar en el asiento de Frías, dejando dos escuadrones con la orden de cargar si el enemigo salía de sus parapetos.

El sitio duró veintiséis horas y por ambas partes se luchó con valor. Las bajas cubanas fueron treinta y dos, contando entre ellas al capitán oriental Carlos Pastor, joven ayudante de Maceo, que cayó al asaltar una trinchera y cuya muerte sintió mucho el General.

Río Hondo.—No era Maceo hombre que quedara conforme con el resultado obtenido en Candelaria, y situándose en la carretera de San Cristóbal, se propuso esperar el desquite en la primera oportunidad.

Así fué. Situado en Río Hondo, cerca del puente Yaguasas, esperó a la columna que la tarde anterior le hizo retirar de Candelaria. A las 12 del día se presentó el enemigo. Era el coronel Segura, que aparecía en el puente haciendo fuego por descargas. El General se lanzó sobre la columna, que, agrupada, resistió firme, y a las cinco horas de rudo combate un nuevo adversario se anunciaba con disparos de cañón. Era Canellas. Acudió Maceo al nuevo enemigo mientras Segura, después de enterrar sus muertos, abandonaba el campo y se atrincheraba en los escombros de una casa de mampostería para esperar allí a Canellas.

Maceo volvió a Río Hondo, reconoció el campo y encontró diez y siete muertos españoles y varios fusiles y equípos. Entre los muertos estaba un capitán que había caído a filo de machete. Los cubanos contaron ochenta y cinco bajas, pero fueron más, y ésas merecen que se les recuerde.

Pedro Delgado llevaba consigo unos cincuenta hombres desarmados, tanto, que ni siquiera tenían un machete. Todo su equipo consistía en el jarro de lata colgado a la cintura, y esperaban para armarse las armas del enemigo arrancadas en combate. Al cargar Delgado, sus bisoños, arrastrados por el valor del jefe y por el deseo de obtener un arma, cargaron también, y al hacer más tarde el reconocimiento del campo, allí estaban quince de estos héroes o locos, muertos, y con sólo el jarro a la cintura por única arma.

Maceo, el hombre de acero que jamás parecía emocionarse, al contemplar aquel cuadro se inmutó,

corrieron por sus mejillas lágrimas de dolor o admiración, y dijo: "Yo nunca había visto eso: gente novicia que ataca inermes a los españoles, con el vaso de beber agua por todo utensilio!"

Otro menos bravo que Segura hubiera escrito con su sangre la segunda página de Mal Tiempo. Lo salvó su valentía.

Laborí.—El día 11 tropezaron Maceo y el coronel Cornell en Laborí, y no siendo posible ventilar el lance al machete, por impedirlo el escenario de la lucha, vacías las cananas, Maceo se retiró a campo propicio para cargas, no aceptando el lance Cornell, que curó allí a sus heridos y regresó a Candelaria, mientras Maceo cerca del lugar curaba a los suyos.

Resumen de la campaña.—La jornada había sido dura y sonada. Del 1º al 11 de febrero, batirse con seis columnas sobre el mismo escenario y asediar una plaza por espacio de veintiséis horas, sólo sabía hacerlo Maceo. Todo un ejército fresco y con las cananas repletas había desfilado frente al león oriental, escaso siempre de parque, y mandando ese ejército, figuraban los nombres de Canellas, Luque, Segura, Ruiz, Hernández de Velasco y Cornell, toda una constelación, ninguno vencedor y algunos vencidos.

Y es preciso hacer una advertencia con respecto al carácter especial de la guerra en Cuba. No podían los cubanos presentar batallas campales por razones que están al alcance de cualquiera. El ejército español era muy superior en número; tenía a su disposición infinitos almacenes repletos de todo. El soldado salía a campaña con un magnífico armamento y doscientos tiros que podía disparar en derroche, seguro de que en el más cercano poblado habría de reponer su cabana. Las vías de comunicación eran españolas, y por consiguiente, el traslado de tropas para responder a planes tácticos se podría hacer fácil y rápidamente.

En la parte contraria no era así, y suponiendo que una fuerza insurrecta trabara combate contra otra de igual número, española, bajas iguales significaban

derrota cubana, porque el español reponía sus bajas con los soldados que constantemente llegaban de España. Toda baja cubana era un combatiente menos, un claro más en las filas.

La fuerza igual española podía derrochar su parque, y el cubano, en cambio, sabía que cada disparo suyo era un recurso que perdía, no sólo para seguir sosteniendo la causa por que peleaba, sino para defender su propia vida, y temblaba al pensar en el momento en que el rifle en sus manos, sin parque con que disparar, habría de serle estorbo más que defensa.

Únicamente tenía como medios de municionarse el que pudiera derivarse de una expedición; el parque conseguido por el agente que en la población, expuesto a todo, obtenía de la tropa enemiga por robo o por compra; y el alcanzado a costa de una furiosa carga, para buscar después en las cartucheras del adversario, muerto a filo de machete, las municiones que servirían en nuevos lances.

Por eso en multitud de combates, cuando ya el enemigo cedía y su derrota era segura, si el terreno no se prestaba para una embestida o el adversario no estaba suficientemente quebrantado para *cargarlo*, había que tocar retirada, y cederle el campo que moralmente había perdido.

¿De qué modo luchar entonces? Del único posible inspirado y creado por el genio de Máximo Gómez. Buscando y aprovechando los recursos de la naturaleza y el clima, como los buscó y aprovechó Rusia, confiando al invierno de 1812 la única manera posible de vencer al gran capitán del siglo XIX. Aprovechando las lecciones de la misma España, lecciones en que fueron maestros Indívil, Viriato, Pelayo y Mina; peleando cuando convenía; huyendo cuando hacía falta; resistiendo siempre y aplicando como prueba de existencia la tea del incendio. Para combatir al soldado era también buen recurso hacerlo ir de una parte a otra despeado y rendido bajo los rayos del sol tropical, la lluvia y el clima, acabando al fin en carne de hospital, nutrido por fieles alia-

dos del *mambí*, que se llamaron fiebre amarilla, viruela, malaria y paludismo.

Una derrota no significaba nada. Una dispersión no tenía importancia. Dos horas de fuego, si no iban seguidas de una carga, siempre terminaban en derrota, si derrota es retirarse porque en las canananas no hay parque.

Eso fué la guerra de Cuba, y por eso en ella fué cabeza su mejor conocedor, el general Máximo Gómez. Maceo no era hombre para esa guerra: su verdadero escenario, para alcanzar fama sin igual y gloria inmensa, hubiera sido un campo de grandes maniobras, como Austerlitz, o de estupendas cargas, como Eyléau y Junín.

Regreso de Maceo a la Habana.—Terminada la primera parte de la campaña de Occidente, era ya hora de cambiar de escenario y dar un paseo por el territorio habanero, donde Gómez hacía de las suyas y donde Maceo quería, en compañía del General en Jefe, obsequiar con algo al nuevo General español.

Con ese propósito se dirigió a Artemisa, y cruzando la línea férrea del Oeste por Güirra de Melena, después de pequeño encuentro con un tren reparador, marchó sobre Batabanó y Quivicán, cuya línea cruzó bajo el fuego de los españoles, y acampó el 15 de febrero en San Antonio de los Baños. Ya estaba Maceo en la Habana, al frente de dos mil hombres, y Wéyler en la Plaza de Armas.

En San Antonio presentó combate al enemigo, que no quiso medirse en serio, resguardado en fuertes y trincheras y limitando su esfuerzo a fuego de fusil. Un muerto y siete heridos fueron el resultado de esta jornada.

Ataque a Jaruco.—Había que hacer algo que sonara y le tocó a Jaruco el instrumento. Saliendo de Santa Amalia cayó Maceo sobre Jaruco al anocheecer del 18. La guarnición la componían doscientos cincuenta soldados de línea y los voluntarios. A las 9 de la noche, dos compañías de infantería fueron al asalto, llegaron a 3a plaza, se apoderaron de la cár-

cel, pusieron en libertad a los presos y funcionó la tea. Poco antes de amanecer se tocó retirada y se contó el botín: ochenta fusiles y quinientos tiros. La operación costó tres muertos y once heridos. Ardiéron ciento treinta y una casas.

Encuentro de Gómez y Maceo; distintas operaciones.—Noticioso el general Gómez de la llegada de Maceo, marchó a su encuentro, y a poco de salir aquél de Jaruco se abrazaban ambos caudillos en La Luisa, entre el clamor gozoso de sus tropas.

Gómez cuenta a Maceo su campaña en la Habana: después del combate de Ceiba del Agua contra García Navarro y Arizón, luchó con Aldecoa y Galvis en Mi Rosa, ordenó el ataque a Managua y entró en Bejucal y en Tapaste, donde pudo recoger algún parque para sus cañanas, vacías desde Mi Rosa.

Incorporado el valeroso Adolfo Castillo al frente de setecientos hombres, merecía mandarlos, y Gómez lo hizo coronel.

Como el general Banderas se demoraba en su arribo después de su excursión por Trinidad, salió en su busca el general Angel Guerra. Gómez, después de batirse en Güines y Flor de Mayo, va a acampar en La Luz, donde lo atacaron dos fuertes columnas en combinación. Las burla después de corta refriega en que los españoles hicieron tronar el cañón y dieron cargas, y va a acampar a Alquizar.

Allí recibe un parte del coronel Pedro Díaz, en que le da la grata noticia de haber destruído un tren en la línea de Batabanó y ocupado 27,000 tiros y doscientas granadas cargadas de metralla. Estas son inútiles, pero los tiros vienen a resolver el problema.

Acampado el general Gómez en Veitía, se le incorporaron, procedentes de Matanzas, dos escuadrones, mandados por los capitanes Néstor Aranguren y Rafael de Cárdenas.

Acampado en la Oliva el día 6 de febrero, nombra al general José María Aguirre jefe de operaciones de la Habana, y al brigadier Mariano Torres, jefe de la brigada de Sagua la Grande.

Estando en Río Bayamo le da cuenta el coronel

Adolfo Castillo de que ha tomado a Madruga y apoderádose de muchas municiones.

Todas las operaciones reseñadas las efectuó el general Gómez sosteniéndose en un territorio como el de la Habana, sin tener ningún combate importante, a pesar de que en su persecución estaban Aldecoa, Cornell, Prats, Galvis, Linares, Canellas y Tort.

Unidas las dos fuerzas se reanudó la marcha, yendo el general Gómez a vanguardia.

Moralitos.—Frente a Moralitos se detuvo la columna. El enemigo estaba delante en considerable número y magníficas posiciones. Gómez comprende que es preciso cruzar, y ataca para abrirse paso: pero el muro es infranqueable, y rechazado, con el caballo gravemente herido, retrocede para exponer a Maceo el difícil momento.

Los españoles avanzan por la izquierda pretendiendo cortar la columna por su centro. Maceo lanza varios escuadrones que contienen el movimiento, y toda la fuerza desfila hacia Catalina. Calunga ataca el poblado para incendiarlo, y cuando parece que el éxito ha de coronar el esfuerzo, descargas por retaguardia y la izquierda anuncian al enemigo.

España entera está allí. Maceo y Gómez atacan simultáneamente al doble adversario, mientras la impedimenta, presa del pánico, desfila a la desbandada. La noche es oscura, pero las casas del poblado y los cañaverales cercanos, que arden, iluminan la escena y precisan el fuego del contrario, por lo que éste cubre de plomo la retaguardia, que combate en retirada.

Así fué la tremenda jornada de Moralitos. Derrota enorme, no sólo por el considerable número de bajas que tuvieron los patriotas, sino también por la inmensa depresión moral que en la tropa causó. Allí murieron, entre otros muchos, Corona y Basilio Guerra, salió herido Calunga, y hasta el general Gómez fué alcanzado por una bala.

Gómez y Maceo fueron a pernoctar a San Pablo, donde volvió a presentarse el enemigo, por lo que la fuerza se fraccionó para que el Dr. Pérez Abreu pu-

diera establecer el hospital y curar a los numerosos heridos.

No se dieron cuenta los españoles del triunfo que alcanzaron en la desastrosa jornada de Moralitas, y prueba de ello es que ni en sus partes, siempre aparatosos y exagerados, dieron a este combate importancia alguna.

El Gato; más combates.—Maceo acampó en la loma del Gato, escogiendo ese campamento por su difícil acceso y para aprovechar las ruinas del ingenio como trincheras en caso de nuevo ataque. La impedimenta signió al amparo del general Gómez.

No podía el caudillo oriental aceptar el desastre de Moralitas, y deseoso de buscar desquite, destacó patrullas sobre Catalina con la orden de atraer al enemigo. Así fué. A poco las descargas españolas y el típico fuego insurrecto anunciaban que el enemigo se acercaba. Maceo dispuso la tropa en posiciones escogidas y esperó. La vanguardia española, no creyendo quizás encontrarse al temido capitán, se lanzó sobre las ruinas en que estaban apostados los cubanos, que la recibieron con mortífero fuego. Los españoles retroceden y truenan el cañón. Maceo retira sus infantes a lo alto de la loma, y al avanzar nuevamente los españoles, se detienen ante el fuego de aquellos hombres, que olvidados de Moralitas, no quieren obedecer el toque de retirada. Una hora dura el combate y ocurren sólo dos bajas. Los cubanos se retiran a San Luis, donde está ya rehecho el general Gómez.

Como castigo por lo de Moralitas, Juan Bruno Zayas, mientras Maceo combate en el Gato, se sitúa en la carretera de la Habana a Güines, quema las guaguas y por ese lado evita la entrada en la Habana de abastecedores.

Unidos otra vez Gómez y Maceo, se dirigen al Sudoeste con dirección a Matanzas, preocupado Gómez por la demora de Banderas, que no acaba de llegar ni da señales de vida.

El 24 de febrero, primer aniversario de la guerra, entraban los dos jefes insurrectos en la zona de Cárdenas, mientras fuerzas de Matanzas atacaban a

Linouar, con el propósito de hacer lo mismo que con Ibarra hizo el día 20 José Dolores Amieva.

Desde el ingenio La Perla se despachó un correo al general Lacret, para que se incorporara al Cuartel General.

En Matanzas se estaba batiendo duro el cobre. Pancho Pérez, Eduardo García, Carlos Rojas, Matagás, Severino Ricardos, John Caldwell (*El Inglésito*), Sotolongo, Morejón, Regino Alfonso, Varona, José Matilde Ortega, Clotilde García y Felino Alvarez, secundando perfectamente al general Lacret, tenían en constante jaque a las columnas de Molina, Al-mendáriz, Viena y otros jefes españoles.

El 21 de febrero, Sotolongo, Morejón y Varona atacaron en Guamitas a un tren de tropas que al fin descarriló en Nieves, muriendo a machete treinta soldados de los que el tren conducía, mandados por el capitán español González Méndez. El mismo día, José Matilde Ortega (*Sanguily*) incendió totalmente el poblado de Estante.

Acampados en La Perla Gómez y Maceo, fueron atacados el 25 por las columnas de Prats y Molina. Los españoles acometieron vigorosamente por el frente. Repelido el ataque por la caballería del regimiento Céspedes, parte de la fuerza contraria atacó por los flancos con objeto de envolver las fuerzas cubanas, y la única manera posible de evitar el movimiento fué ordenar la retirada, que se efectuó por La Jaula y terminó en Santa Inés.

La jornada fué reñida y el jefe español dirigió admirablemente el combate. Los cubanos tuvieron cincuenta y tres bajas, de ellas cinco muertos, y además el capitán Amieva cayó prisionero.

RESUMEN DEL CAPITULO

Terminada la Invasión, Maceo abrió la campaña de Pinar del Río, y tras ligeros choques, tropezó con Luque en Paso Real, llevando a cabo reñida función, para luego atacar a Candelaria, que sitió por espacio de veintiséis horas, sin poder tomarla por importante auxilio que recibieron los sitiados.

Al día siguiente (6 de febrero de 1896) esperó en Rio Hondo a la columna que auxilió a Candelaria, a la que causó numerosas bajas, y peleó nuevamente en Laborí el día 11, para completar con este combate el número seis del 1º al 11 de febrero.

Deseando Maceo acercarse a Gómez, que se encontraba en la provincia habanera, partió a su encuentro, batiéndose como él sabía en diversos combates que tuvo y atacando a Jaruco, donde obtuvo valioso botín.

En La Luisa se encontraron ambos generales, y ya juntos, recibiendo noticias generalmente buenas, llegaron a Morálitos, donde al chocar con numerosas fuerzas españolas, sufrieron serio descalabro, que los hizo separarse, para unirse otra vez, después que Maceo reparó la jornada de Morálitos con la ventajosa acción del Gato.

En la provincia de Matanzas se batía duro el cobre al entrar en ella los caudillos, y ellos mismos sostuvieron con Prats y Molina el referido combate de La Perla, donde los cubanos tuvieron que abandonar el campo.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Disértese acerca de los hombres desarmados que iban con Pedro Delgado.

Compárese el método de guerra español y el insurrecto.

CAPITULO XL

PERIODO REVOLUCIONARIO

Maceo en la Habana.—Diana.—Río de Auras.—Los caudillos en el Galeón.—Odisea de Banderas.—Olayita.—El Mamey.—Algarrobo.—Separación definitiva de Gómez y Maceo.—Aspecto general de la guerra.—Maceo en Nueva Paz.—Cómo hacían la guerra los españoles.—Maceo frente a Wéyler.

Maceo en la Habana.—El Lugarteniente quería acercarse a Pinar del Río para conocer mejor cómo se desenvolvía allí la guerra, y con ese fin, después de un ligero encuentro en las inmediaciones de Ibarra, cruzó el límite de Matanzas con la Habana, y tras un pequeño combate en Bainoa, se incorporó al general Aguirre para caer sobre Santa Cruz del Sur, cuya guarnición de voluntarios fué desarmada.

El día 2 de mayo, cerca del poblado Nazareno se encontraron Maceo y Aldecoa. Poco rato duró la pelea, que costó a los españoles once bajas y diez y seis a los cubanos, a pesar de que el cañón español disparaba con metralla. Maceo acampó en Flor de Mayo, ordenó al general Zayas que marchara a Las Villas, y después de dar instrucciones al general Aguirre, se internó otra vez en territorio mofancero (donde el general Gómez operaba por Recreo, Altamisal, Colón y Cárdenas), para combatir en Arabos con una columna española, en cuyo combate tuvo ocho bajas.

Diana.—Maceo se dirigió a Corral Falso en busca del general Lauret, y después de un corto combate entre su retaguardia y el enemigo, acampó en el ingenio Saratoga.

En la mañana del 7 de marzo salió de Saratoga en dirección al ingenio Diana, donde se encontraba

Laeret. Al acercarse al referido ingenio, fragor de descargas hechas por los insurrectos le anunciaron que se estaba peleando. El encuentro era con los coroneles Molina y Vicuña. Laeret estaba en difícil situación porque se le agotaba el parque, el escenario no se prestaba a combate al arma blanca y el enemigo era de aquellos que no retrocedían fácilmente.

Laeret comunicó su apurada situación a Maceo, quien apresuró la marcha hacia el lugar del debate. En magnífica conversión Vicuña le salió al encuentro, pero se contuvo ante el certero fuego del regimiento "Céspedes" y de la escolta del General, que lo esperaron de frente, mientras dos escuadrones lo atacaban por el flanco derecho.

La escasez de parque determinó la retirada de los cubanos después de dos horas de combate, quedando la victoria por Vicuña y Molina, que permanecieron dueños del campo.

Río de Auras.—Pero Vicuña no era hombre que se conformaba con tan poco. El plan de su operación era alejar a Laeret de Río de Auras, campamento de sus reclutas, y luego caer sobre este refugio.

Sospecharon Maceo y Laeret las intenciones del jefe español, y levantando campamento en Nieves, marcharon en esa dirección. Acababa de incorporarse la impedimenta cuando se presentaron los españoles atacando por tres lugares distintos. Era Vicuña, que seguía su plan.

Maceo confió la impedimenta a Vicente Núñez, en cuya sagacidad tenía plena confianza, y ya libre de ese cuidado, entabló combate. El jefe español, dando la cara, marchaba al frente de los suyos. Esto gustaba a Maceo, que buscó terreno propicio para llegar cerca de tan valeroso adversario. Con gran habilidad supo Vicuña frustrar las intenciones de su contrario, por lo que a la una de la tarde los cubanos tocaron retirada, obteniendo el principal objeto, que era salvar la impedimenta de Laeret. Acamparon los insurrectos en el ingenio Andrea, con treinta y cuatro bajas entre muertos y heridos, por veinticuatro que tuvo Vicuña.

Los caudillos en Galeón.—Del ingenio Andrea se dirigió Maceo, al día siguiente, al Galeón, donde supo que marchaba a su encuentro el general Gómez llevando consigo el segundo contingente invasor.

La mañana del 10 formaron las fuerzas, y a poco, los dos gloriosos jefes se abrazaban entre los gritos de júbilo de la tropa.

El semblante austero del viejo Gómez denotaba tristeza. Aquel hombre de acero tenía sobrados motivos para no sentirse satisfecho, y a pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, se veía en los pliegues de su frente y en su aspecto que aquel espíritu de soberbia fortaleza había sufrido dolorosas emociones. Así era en efecto.

Odisca de Banderas.—Se recordará que al iniciarse la campaña invasora en Las Villas, el general Gómez dispuso que el general Banderas, con el teniente coronel José Miguel Gómez, entrara por Trinidad, haciéndose sentir en esa rica zona, para que una vez alcanzado el objeto perseguido, que era causar el mayor daño posible y distraer fuerzas enemigas, marchara a incorporarse a la Invasión.

Banderas efectuó la primera parte de la orden, pero no pudo cumplir fielmente la segunda: impidiósele más que la persecución del contrario, lo poco acertado de sus disposiciones.

Olayita.—Con el enemigo a retaguardia, pudo llegar a la Olayita al frente de 700 hombres y con tan buenos subalternos como Cándido Alvarez, Antonio Núñez y Manuel Piedra. El lugar escogido para acampar no era malo, pero sí lo fué la distribución del campamento. Al presentarse los españoles, el General no pudo o no supo disponer lo conveniente. Atrincherado en las casas del batey, resistió, pero desalojado al fin, emprendió la retirada en pésimas condiciones, mientras la columna adversaria incendiaba el ingenio y asesinaba al dueño a pesar de ser extranjero.

En la Olayita Banderas se portó heroicamente. Tomó el fusil, y haciendo fuego como un soldado, se

expuso a morir cien veces; pero se olvidó de que era el jefe, de que no podía hacerse nada si no lo mandaba él, y como nada dispuso antes en la pelea, ni después en la retirada, aquello fué un desastre.

Con gran quebranto moral siguió marchando la columna, a la que se incorporó al fin el general Angel Guerra, mandado por el general Gómez para apurar a Banderas. Aquella fuerza, a pesar de su número y de los valerosos elementos que la integraban, marchaba en derrota, porque había perdido la confianza en sí misma, indispensable para que respondiera a la necesidad de su acción.

El Mamey.—El día 1º de marzo acampó la columna en el Mamey, lugar situado, como la Olayita, en el Término de Santo Domingo (Villas). Ni buscado expresamente hubiera sido posible encontrar peor campamento. Por el NE. y O. corre el río Jiquiabo, sólo vadeable (y eso con dificultad) por un estrecho paso de resbaladiza pendiente. Por el frente Sur, completamente despejado, cruza el camino de Manacas. El general Banderas acampó en esa especie de trampa, así como arco, que parecía puesta allí ex profeso.

Todavía con una extrema vigilancia podía evitarse un peligro para el caso de retirada ante el numeroso contrario que la columna traía sobre el rastro; pero para colmo de mala dirección, y por efecto de la indisciplina derivada del estado de ánimo de todos, al levantar el campamento se quitaron las guardias antes de salir de marcha, y precisamente en ese instante, por el camino de Manacas, se presentó el general Bernal, que venía persiguiendo a Banderas.

Cogido el frente Sur por Bernal, sólo quedaba para retirarse el río a retaguardia, y con un estrecho paso, para que lo cruzaran 700 hombres apremiados por el pánico.

Tronó el cañón y comenzaron las descargas españolas sobre el magnífico blanco que ofrecían infantes y jinetes al pretender cruzar juntos y apresuradamente por donde despacio y ordenadamente no cabían. Aquello fué tremendo. Un pequeño cañón

que llevaba la columna se salvó de caer en poder de los españoles porque el mismo Banderas con temerario arrojo lo cargó en sus brazos. Toda la caballería dejó los caballos sembrados en el río, y el desastre no fué mayor porque algunos pequeños grupos resistieron sobre la margen derecha conteniendo al enemigo.

Aún faltaba algo. Aquella tropa, derrotada y casi dispersa, caminó al azar, sin práctico siquiera. Su última esperanza era encontrar al fin al general Gómez, no para servirle de nada, sino para que la salvara. Acampó en Guayabo, y bajando por los campos sabanosos que hacen el límite de Las Villas con Matanzas, la encontró el General, que ya impaciente y presintiendo lo ocurrido había salido en su busca.

Las cartucheras vacías y perdido el valor moral, aquellos hombres, en vez de auxilio, eran más bien una impedimenta.

Algarrobo.—Lo sucedido era poco; faltaba más, y el día 9, acampado Gómez en el Algarrobo, cerca del central Santa Rita (Matanzas), lo atacó el general Prats.

Quizás lo cuerdo hubiera sido una de aquellas habilísimas y especiales retiradas en que era maestro el viejo caudillo, pero optó por combatir, y haciendo retirar la infantería de Banderas y la caballería de Núñez, todavía no repuestas, aceptó el combate con su Estado Mayor, escolta y regimiento González.

Las descargas españolas barrieron el frente cubano. En menos de media hora habían caído doce muertos y cuarenta y dos heridos, y siendo imposible permanecer en aquel cráter de volcán, a las tres horas hubo que emprender la retirada para acampar en San Marcos, con el fin de que la sanidad curara los heridos. Allí cayeron el alférez Elpidio Estrada y Atilano y Jesús Reyes, hermanos mellizos y oficiales ambos. Herido Atilano, lo recogió Jesús y lo montó a su grupa. Otra bala acabó con los dos hermanos. ¡Vinieron al mundo un mismo día y un mismo día también ascendieron a la gloria atravesados por un mismo proyectil!

Pero la más dolorosa de las pérdidas, la que arrancó lágrimas al incommovible viejo caudillo, fué la de Angel Guerra, el valeroso compañero de Gómez y Martí al pisar las playas cubanas. De los siete que vinieron juntos en memorable expedición, sólo quedaban en pie los dominicanos Marcos del Rosario y Máximo Gómez.

El general Gómez, después de enterrar sus muertos y curar sus heridos, dispuso que el coronel Núñez marchara con su caballería a incorporarse al general Maceo, y él se dirigió a Macurijes.

Como si la suerte no se hubiera cansado aún de probar la resistencia moral de aquellos hombres, Núñez fué batido y dispersado por los españoles. Sin embargo, consiguió rehacerse, y cuando el General en Jefe llegó a Galeón, ya estaba allí el Coronel.

Todos estos sucesos tuvieron como compensación la noticia de que la Cámara de Representantes de los Estados Unidos había reconocido la beligerancia a los cubanos, por doscientos sesenta y tres votos contra diez y seis.

Separación definitiva de Gómez y Maceo.—La entrevista de Galeón fué la última que en la tierra tuvieron aquellos dos grandes espíritus. Al separarse, el primero debía regresar a Las Villas, mientras el segundo partía para dar comienzo a su inmortal campaña de Occidente.

Aspecto general de la guerra.—Aunque la principal atención de los españoles estaba puesta en Gómez y Maceo, en todas partes el ejército libertador daba buenas señales de vida.

Lacret, Eduardo García, Rojas, Alvarez, Dantín, Ortega y otros peleaban a diario en Matanzas. En Oriente, José Marco, Cebreco, Rabí, Masó, Capote, Fernández de Castro, Lora, Tamayo, etc., batían el cobre. En Las Villas Serafín Sánchez, José Miguel Gómez, Carrillo, Mariano Torres, Alemán, Rego, Castillo, Bravo, Monteagudo, Ezquerra, Gerardo Machado, Joaquín Rodríguez, Robau, Anas-

tasio Núñez y muchos más, con Juan Bruno Zayas descollando sobre todos, daban combates como el de Cañamabo, por Gómez, Rego y Bravo, y macheteos como el del Combate, en que Anastasio Núñez barrió al machete al oficial español Ciaño con los hombres que mandaba.

En la Habana combatían Andrés Hernández, Castillo, Aguirre, Baldomero Acosta, Pedro Delgado,



Escenas de la reconcentración ordenada por Wéyer

Los hermanos Cuervo, Rafael de Cárdenas, Arango, Aranguen y Pedro Díaz, que en la línea de Batabanó tenía en jaque a los españoles.

En Pinar del Río, donde se aseguraba que no habría de encontrar prosélitos la Revolución, demostraban lo contrario Guane, Mantua, Baja, Galofre, Sábalo, Martinás, Alonso Rojas, Luis Lazo y Los vegueríos de Vuelta Abajo ardiendo a

manos de Varona, Ramón y Manuel Lazo, Sotomayor, Faustino Guerra y Sobrado.

Macco en Nueva Paz.—De acuerdo con los partes que recibía de los jefes en operaciones, Wéyer suponía a Gómez y a Macco vadeando el Hanábana y en desordenada fuga hacia Oriente. Había que probarle lo contrario, y Macco se propuso caer sobre Güines, para que lo sintiera el General español.

El 11 de marzo se presentó frente al poblado de Nueva Paz, que no pudo incendiarse por encontrarse allí providencialmente una columna, con la que trabó combate la retaguardia, a las órdenes de Lauret, yendo el General a acampar el ingenio Providencia.

Cómo hacían la guerra los españoles.—Ya la guerra había entrado en el período de violencias que caracterizó el mando del Carnicero. No era sólo la reconcentración ordenada; ni los fusilamientos; ni los crímenes en la sombra. Era el asesinato en pleno día; era Melguizo, todo un general, manchando sus entorchados con sangre inocente en el ingenio Dolores; eran las guerrillas de todos los pueblos cometiendo crímenes sin nombre, como si todos procuraran con sus actos vencerse mutuamente en un pugilato de crimen y de infamia; era una compañía de Orden Público realizando las terribles matanzas de Guatao. Justo es hacer constar que no todos se manchaban en la infamia y en el crimen, y que había honradas— aunque raras— excepciones de jefes para quienes el honor aún existía.

Maceo frente a Wéyler.—Acampado Maceo en Providencia, publicó una circular protestando de los procedimientos de Wéyler; y no fué sólo él; el pueblo y el Congreso americano comenzaban a protestar también de un sistema que no era guerra, sino crimen.

Wéyler publicó un decreto dando por pacificadas las comarcas de Occidente, a pesar de que tal afirmación se negaba de modo irrefutable por cien ingenios destruidos, cien vegueros arrasados, veinte pueblos incendiados, y Maceo sobre su coreel de guerra en la pacificada comarca.

El Lugarteniente quiso dar a Wéyler una lección como mentís a su decreto, y escogió a Batabanó para hacerlo. Antes quemó el ingenio Teresa, por ser estación de columnas españolas y desde cuyos miradores contempló García Navarro la Invasión triunfante, abrevando sus coreeles en el río Mayabeque. Quiso también tomar algunas medidas convenientes.

y llamando a su presencia al brigadier Juan Bruno Zayas, le dió una doble comisión que probaba su gran confianza en él. Consistía esa doble comisión en que regresara a Las Villas y cambiara o sustituyera los



Escena de la reconcentración ordenada por Wéyler

jefes que estimara conveniente, y hecho esto, organizara quinientos hombres, y al frente de ellos volviera a incorporársele. Mucho debía ser el mérito y virtud de Zayas para que Maceo le confiara tan discretionales poderes.

El General ordenó luego a Laerget que regresara a su puesto en Matanzas, y la noche del 13 de marzo

lanzó la infantería de Banderas y la caballería de Tamayo sobre Batabanó. Comenzó el incendio y el saqueo, que duraron toda la noche, y al amanecer se tocó retirada, habiendo tenido sólo cinco bajas.

RESUMEN DEL CAPITULO

El general Maceo, deseoso de acercarse a Pinar del Río, se internó en territorio matancero, y tras varios encuentros, auxilió oportunamente a Laeret, en Diana, para pelear juntos en Río de Auras e ir a acampar al Galeón, donde se le reunió el general Gómez con el segundo contingente invasor, que confiado al general Banderas, había sufrido serios descalabros en Olayita y El Mamey.

Tras la exposición por el general Gómez del infortunado combate de Algarrobo, se separaron definitivamente ambos jefes, para regresar Gómez a Las Villas y dirigirse Maceo a Occidente.

La guerra se mantenía vigorosa en todas las provincias a pesar de las feroces disposiciones y represalias de Wéyler, a quien Maceo, tras infructífero ataque a Nueva Paz, dió como prueba de vigor el ataque e incendio de Batabanó.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y el siguiente:

Dígase algo acerca del reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos.

CAPITULO XLI

PERIODO REVOLUCIONARIO

Segunda campaña de Pinar del Río.—Galopo.—Labori.—Wéyler burlado.—Combaten entre sí los españoles.—La sierra del Rubí.—Primer combate del Rubí.—La Palma.—La Revolución en todas partes. — Expediciones: Calixto García. — San Claudio. — Tapia.—La trocha de Mariel.—La "Competitor".—Wéyler en peligro.—Las Pozas.—Cacarajicara.—Vega Morales y Vega Ortiz.—San Martín.—Ataque a Consolación.—El Descanso.—Plan confiado a Pedro Díaz.—San Miguel de Lambillo.—Combates de Tapia.—Expedición de Leyte Vidal.

Segunda campaña de Pinar del Río.—Partiendo de Batabanó, atraviesa Maceo la línea férrea de Mariel a Majana, que Wéyler creía inexpugnable, y va a tropezar con los españoles en el ingenio Neptuno, donde tras reñido combate, tiene cinco muertos y veintiocho heridos.

El día 12 de febrero había salido de Pinar del Río, y al regresar el 15 de marzo, había ventilado en Habana y Matanzas ¡veintiún combates! en territorio lleno de adversarios, poblados y medios de comunicación, y para dar esos veintiún combates, anduvo en treinta días ¡ciento noventa leguas!

Ya Maceo está en la pacificada región, y ahora viene lo asombroso de la actividad de aquel hombre de acero, que frente a cuarenta mil adversarios valientes, devora en marchas fantásticas las llanuras del Sur; atraviesa cordilleras; escala altos picachos; águila en las alturas y león en los llanos, para desafiar en todas partes al contrario y responder siempre a su llamada, causando asombro al propio antagonista, que si mucho es lo que le teme, más es lo que le admira.

Calope.—Acampado en el Calope, bajo un torrencial aguacero lo hace saltar el cañón enemigo. La tropa se sorprende ante un ataque no esperado. Maceo salta sobre el caballo y lanza infantes y jinetes sobre el opositor, que al fin, para no sufrir un mayor fracaso, a las tres horas se retira, hostilizado constantemente por un escuadrón a las órdenes del capitán Rosendo Collazo, que Maceo le lanza detrás.

Laborí.—Al día siguiente, nuevo combate en Laborí. Esta vez el ataque del adversario responde a una combinación. Maceo lo comprende, deja fuerzas para sostener la contienda en Laborí, marcha con la infantería a Cayajabos, y destaca la caballería de Pinar del Río sobre San Cristóbal, para no ser sorprendido y para responder en todas partes. Todo fué como él pensó, y al fin libre de enemigos, acampó en la sierra del Rubí.

Wéyler burlado.—Los planes de Wéyler quedaban burlados otra vez, y no por la misma causa que principalmente hiciera fracasar a Martínez Campos. Los jefes de columnas procuraban excederse en el cumplimiento de su deber; pero era muy difícil y peligroso desenvolver planes de estrategia y habilidad con un hombre como Maceo.

Combaten entre sí los españoles.—El poco o ningún éxito de los españoles no era por falta de valor. Precisamente dos días antes de Cayajabos, la noche del 16, una columna de San Quintín, creyendo desguarnecido el poblado del Cano, fué a penetrar en él. Allí estaban cuarenta hombres de Llerena, que al darles el alto y responder “¡San Quintín!”, creyendo que se referían a Quintín Banderas, les rompieron fuego a corta distancia. San Quintín, sorprendido y pensando encontrarse frente a fuerzas insurrectas, cargó a toque de corneta. Desvanecido el error por cesar el fuego al reconocer la contraseña, se vió que de San Quintín habían muerto doce soldados y cinco oficiales y veintisiete de tropa heridos.

No hubo sólo ese error. El día 18, en el ingenio Santa Rosa, entre Ranchuelo y la Esperanza (Vi-

llas), la columna del general Godoy y la del coronel Holguín se encontraron, y confundidas, en menos de diez minutos se hicieron ambas fuerzas diez y siete muertos y ochenta y siete heridos, entre éstos, cinco oficiales.

La sierra del Rubí.—Acampado Maceo en la sierra del Rubí, esperó la visita del enemigo. El sabía lo que podía esperar de aquellas trincheras naturales y se propuso sacarles partido.

Es la sierra del Rubí un enorme peñasco cortado por farallones, donde la espléndida vegetación cubana, en picachos que dominan el mar y abismos que asustan, sembró e hizo crecer, arraigados en la piedra viva, los variados ejemplares de su flora, haciendo surgir manantiales del fondo de los abismos y de las grietas de las peñas. Aquellos lugares hasta entonces ignorados, hasta entonces silenciosos, albergue sólo de las aves, convertidos en baluarte de hombres, adquirirían celebridad, escucharían el fragor de descargas multiplicadas por el eco y habrían de presenciar la encarnizada contienda de dos bandos que luchan, uno por ser libre y el otro por impedirlo.

Precisamente al retornar el Lugarteniente a Pinar del Río, el coronel Varona sostenía con los españoles el combate de la Tenería en Guane. Para que la caballería de Varona (mandada por el valeroso Leopoldo Pérez, que murió en la demanda) no llegara al arma blanca, tuvo la columna que formar el cuadro. También bajo la tea insurrecta ardía el poblado de San Cayetano.

Primer combate del Rubí.—El día 20 de marzo se lanzó Suárez Valdés sobre el Rubí, con intención de coger los hospitales y talleres de Pedro Delgado; pero allí estaba Maceo. Todo el día duró el combate, y al anocheecer, la columna se retiró a Guanajay con siete muertos y entorece heridos.

La Palma.—No conforme con la función del día, por la noche determinó Maceo caer sobre La Palma, poblado guarnecido por regulares y volun-

tarios, y además, con fama de muy español. Al principio todo fué bien, pero ya dentro de la población los asaltantes, salieron fogonazos de ventanas, esquinas, tambores. . . de todas partes, y la función terminó con una retirada desastrosa, dejando treinta y nueve muertos y arrastrando un convoy de ochenta y ocho heridos.

La Revolución en todas partes.—La necesidad de dar algún descanso a la tropa y la falta de municiones moderaron los bríos del incansable caudillo y le hicieron sostenerse un poco en obras de reorganización más que de combate.

Veamos, mientras tanto, el estado de la Revolución en los otros escenarios.

En la Habana, Aguirre sostenía alta la bandera, secundado por valientes como Adolfo Castillo, Juan Delgado, Cuervo, Lastra, Palacios, Tamayo, Valencia, Rafael de Cárdenas y Aranguren, y se combatía en la Jaula, Menocal, Jústiz, Guanabo, Rico, Pedroso y Barreto.

En Camagüey, la Revolución se sostenía pujante, igual que en Santiago, mientras Lauret en Matanzas, fielmente obedecido por valerosos capitanes, se hacía sentir.

En Las Villas, el general Gómez peleaba en Murcia, y unido a Zayas y a Leoncio Vidal, la noche del 24 de marzo cayó sobre Villaclara, en cuyo parque, frente a la casa de Gobierno, muere Vidal heroicamente.

Gómez, poniendo en juego su peculiar sistema, asesta golpes en todas partes, mientras las columnas se causan inútilmente persiguiendo al fantástico viejo, que combate sólo cuando a él le parece.

Expediciones: Galisto García.—El Gobierno, presidido por Cisneros, labora en la organización civil de la Revolución y apremia al Delegado Palma para el envío de recursos.

Los cubanos del exterior no se olvidan ni duermen. El día 17 de marzo, el general Enrique Collazo, valeroso superviviente del 68, desembarca en Vara-

dero (Cárdenas), valiosa y necesaria expedición; valiosa no sólo por los pertrechos que en ella venían, sino también porque entre los cincuenta hombres que la formaron figuraban, además de Collazo, otros gallardos expedicionarios.

El general Collazo, creyendo a Maceo en Matanzas, se proponía llevarle aquel auxilio, y por inexperiencia del práctico, el desembarco se efectuó a la vista del destacamento de Varadero. Atacados los expedicionarios por el destacamento y la lancha de guerra *Caridad*, tuvieron que enterrar el cargamento, que más tarde recogieron auxiliados por fuerzas libertadoras, perdiéndose parte de la expedición.

El día 20 pudo desembarcar otra expedición el comandante Braulio Peña. Trajo 600 rifles Winchester, 600,000 tiros, dos cañones, medicinas y explosivos. Ese socorro venía admirablemente; y como si estuvieran de suerte los expedicionarios y la Revolución, el día 25, a bordo del vapor *Bermuda*, conducido por Emilio Núñez, pisaba tierra cubana, en la ensenada de Maraví, el general Calixto García.

Aquella fué una magnífica expedición: 2,000 rémingtons, 500 rifles Lee, 500 máusers, un millón de tiros, dos cañones y medicinas.

En esa expedición vino un personal compuesto en su mayor parte por jóvenes de las más distinguidas y acaudaladas familias cubanas. He aquí sus nombres: Eusebio Hernández, Avelino Rosas (general colombiano), Pedro Betancourt, Federico Núñez, Cosme de la Torriente, Martín Marrero, Carlos García Vélez, Pedro Mendoza Guerra, Pablo Menocal, Juan Soler y Baró, José Miguel Tarafa, Nicolás Jané, José D'Strampes y Alfredo Arango, que deportado a España, había logrado fugarse para ocupar su puesto. Llegaba el número de expedicionarios a 68, y era astro principal de tan brillante constelación Calixto García Iñiguez, el heroico suicida de la inolvidable década.

Ya tenía Oriente pertrechos y un hombre que muy pronto se habría de hacer sentir, apoyado por el león de Baconao.

Ya la hoguera estaba bien prendida en todas

partes: Oriente con atizadores como Calixto García y José Maceo; Camagüey, con Mayía; Las Villas, con Carrillo, Monteagudo, Serafín Sánchez, Roloff y José Miguel Gómez, respaldados por Máximo Gómez; Matanzas, con Laeret; Habana, con Aguirre, y Pinar del Río con Maceo, que él solo tenía en jaque a un ejército.

San Claudio.—Repuesta la tropa, Maceo sale el 9 de abril al encuentro de los españoles en San Claudio. Hasta entonces había sido el General que dirige, reservándose para los lances extremos. Ese día abrió el fuego como simple tirador en la línea de batalla, con el fusil a la cara.

La columna española se batió bien, hasta que, asediada por todas partes y seriamente amenazada en sus flancos, comenzó una bien organizada pero costosa retirada bajo el constante fuego insurrecto, quedando la victoria por los cubanos.

Tapia.—Maceo regresó a las lomas de Tapia, adonde fué a buscarlo el coronel Inclán, y del 14 al 26 tronó el cañón en aquellos peñascales, sin que pudieran entrar allí los españoles a pesar del valor que desplegaron.

La trocha de Mariel.—Mientras ocurrían los sucesos reseñados, el general Arolas, por orden de Wéyler, situaba su cuartel general en Artemisa y procedía a la construcción de la famosa trocha de Mariel a Majana.

¿Qué plan perseguía el General español con esa medida? Encerrando a Maceo en Pinar del Río nada lograba, porque dada la condición montañosa de aquella región, en sus baluartes naturales podía sostenerse eternamente el caudillo, y así lo probaban las lomas de Tapia, donde con muy pocos hombres y escaso parque, había resistido ¡nueve ataques!

¿Cerrar el paso a comunicaciones y noticias? Pueril empeño era ése. Las noticias le llegaban procedentes de Artemisa, enviadas casi siempre por la varonil Magdalena Peñarredonda y por Perfecto

Lacoste. Lo que más bien parecía querer Wéyler, dadas sus precauciones, era evitar que el león, en correría por la región habanera, fuera a tener la ocurrencia de asaltar la ciudad capitalina para visitar desagradablemente al tigre en su madriguera.

Macco dejaba hacer trochas. El estaría en Pinar del Río mientras lo creyera conveniente, después... ¡Ojalá que nunca hubiera intentado salir!

La "Competitor".—Causaba gran extrañeza a Macco que del exterior no se le mandaran pertrechos, a pesar de sus reiteradas peticiones; y seguro de que éstos llegarían de un momento a otro, hacía vigilar constantemente la costa. Al fin, el día 26 de abril fué avisado de que estaba a la vista un barco expedicionario. Sin pérdida de tiempo partió el General para la playa de la Mulata, en donde encontró al coronel Carlos Socarrás, que le dió los informes que deseaba.

Era la goleta *Competitor*, que con 100 rifles y 24,000 tiros había salido de Cayo Hueso para Cuba, llevando a bordo a Juan Monzón y a Alfredo Laborde, hermano del estudiante fusilado el 71. Esa pequeña expedición había sido costeadá por los patriotas de Cayo Hueso.

Perseguida la *Competitor* por la lancha española *Mensajera*, los expedicionarios se salvaron arrojándose al agua para ganar la costa, donde pudieron salvarse ellos y parte del pequeño cargamento, gracias a la oportuna llegada de Socarrás y del coronel Juan Ducasse, que tuvieron que sostener combate con los marinos de la lancha y los guerrilleros de La Palma.

Laborde, no queriendo resignarse a perder el precioso cargamento, pretendió salvarlo y cayó prisionero. Más tarde, condenado a muerte, fué reclamado por el Gobierno americano como ciudadano de aquel país, y eso lo salvó, con gran pena de Wéyler y de los integristas.

Wéyler en peligro.—Cuando esos sucesos ocurrían, estalló una bomba en el Palacio de Gobierno.

Esa bomba había sido preparada por el comandante Armando André, con el fin de que el reconcentrador de los campesinos cubanos fuera víctima de la explosión. La bomba funcionó mal y todo el daño se redujo a desperfectos en la planta baja del edificio.

Las Pozas.—Deseoso el general Maceo de tener por los expedicionarios de la *Competitor* noticias del extranjero, salió en busca del coronel Ducasse, con quien estaban, y al llegar a Las Pozas se enteró de que por allí andaba la columna del coronel Inclán. Ligero encuentro con una guerrilla determinó la persecución del adversario, y comenzó el combate, que por el momento fué de poca importancia. Esto ocurrió el día 29.

Cacarajicara.—El 30 por la mañana, emboscado en Cacarajicara esperó al enemigo. Avanzó éste y a poca distancia de los parapetos insurrectos se rompió el fuego. Se agotaba el parque y ya el General pensaba en dar la orden de retirada cuando se presentó en el palenque el coronel Ducasse al frente de 150 infantes y llevando los pocos cartuchos salvados de la *Competitor*. Aquel suceso cambió la faz de las cosas. El cañón español tronaba sobre el mismo reducto insurrecto. Ordenado el fuego, comenzaron a caer soldados. El oficial de la pieza cayó y cesaron los disparos del cañón por falta de servidores. La infantería española trata de avanzar y la muerte la diezma y detiene. Llega la noche, los bandos descansan en sus respectivas posiciones, y al llegar el nuevo día, la columna, que aprovecha la noche para retirar sus heridos y enterrar sus muertos, retrocede a Bahía Honda perseguida por Maceo, que personalmente, a pie y rifle en mano, la alcanza en Loma Redonda. Media hora resiste aún el contrario, y resiste como bravo; pero diezmado, se refugia en Bahía Honda, donde entra en dispersión.

Cinco muertos y trece heridos costó a los cubanos Cacarajicara. Cayeron para siempre el capitán Bolívar y Carlos Socarrás.

Vega Morales y Vega Ortiz.—El león no se daba reposo. El 5 de mayo, sabedor de que en Vega Mo-

rales estaba el general Serrano Altamira con 1,200 hombres, sale de su campamento de El Brujo y va a esperarlo cuando marcha en dirección a Bahía Honda. Maceo espera a Serrano emboscado, y al tenerlo cerca, rompe el fuego. Serrano toma posiciones en Vega Ortiz, pero el fuego insurrecto arrecia, y acosado, retrocede. Alcanzado en la loma de Sebastopol, abandona muertos, heridos y cartuchos. La persecución dura hasta Quiñones y el combate cuesta al enemigo doce muertos y siete heridos, que recoge el insurrecto con dos mil tiros de máuser. En la acción, el general Serrano perdió el caballo, muerto al empezar la refriega.

Los cubanos cuentan ocho muertos y diez y seis heridos; entre los primeros, el coronel Ferié y el capitán Basart; entre los segundos, el teniente Mendi-ve y el capitán Manuel Piedra, ayudante del General.

San Martín.—El día 6, nuevo combate en San Martín con el coronel Inclán, combate que terminaron los españoles retirándose hacia Quiñones, mientras Maceo se retiraba al Roble, para de allí dirigirse al Rosario, donde supo que Juan Delgado y Baldomero Acosta habían incendiado por segunda vez a Hoyo Colorado y tenido un fuerte combate con el coronel Francés.

Ataque a Consolación.—La noticia de que Wéyler, saliendo de la Plaza de Armas, iba a dirigir la campaña en Pinar del Río, hace que Maceo se dirija a Cayajabos, para atacarlo con todo el personal de que dispone.

Desmentida la noticia, el Lugarteniente se dirige al Sur, después de saber que Bermúdez, a pesar de sus heridas, que casi lo inutilizan, se ha batido dos veces con el general Molina en Alonso Rojas, y que el teniente coronel Peraza ha dado muerte en combate al coronel Gelabert. Esta columna se dirigió a Consolación del Sur después de pelear con Peraza, y allá determina ir Maceo.

Temerario era el empeño de atacar a Consolación, sabiendo que además de 300 voluntarios y de

sus fuertes y reductos, tenía dentro una columna; pero cuando el General se proponía un objeto era difícil que desistiera de él. Organizó el asalto por dos lugares, confiando el mando de una fuerza al general Pedro Díaz, y él al frente de otra, allá se fué a las diez de la noche del 23 de mayo.

Hirvió el plomo, pero ardió Consolación sin que le valieran sus dos mil defensores. El asalto costó a los cubanos dos muertos y trece heridos. Maceo acampó en la loma del Descanso.

El Descanso.—Acampado en esa loma, pasó el 24 sin novedad, y el 25 se presentó el enemigo, procedente de Consolación.

A las 9 de la mañana se rompió el fuego. Las fuerzas españolas comenzaron el combate admirablemente en ataque de frente y por el flanco derecho. Media hora llevaba la brega sin ventajas ostensibles, cuando suenan toques de corneta y las tropas ofensoras se repliegan comenzando inexplicable retirada. ¿Qué pasa? Es que el general Suárez Valdés, jefe de operaciones de la provincia, que de Pinar del Río acudió a la operación y la manda, ha sido herido de dos balazos.

Plan confiado a Pedro Díaz.—Maceo destaca fuerzas en persecución del enemigo y continúa en el Descanso para de allí regresar a Tapia, después de ordenar al general Díaz la ejecución de un plan cuya realización sólo podía confiarse con esperanza de éxito a un hombre de muy especiales condiciones.

Helo aquí: dirigirse del Descanso a Consolación del Sur; a Pinar del Río; a Guane; cruzar el Cuyaguaje, para llegar luego hasta los Remates y tomar después por la cordillera de los Organos para caer sobre San Cayetano y Viñales y regresar a Tapia por la sierra del Rosario. Es decir, un recorrido por toda la provincia, atravesando ríos, montañas formidables y comarcas llenas de enemigos; y para todo esto le dió ¡quince días! pues debía reunirse con él en Tapia a mediados de junio. La empresa era de

gran atrevimiento, y sin embargo, el general Díaz cumplió la orden en todas sus partes.

San Miguel de Lombillo.—Del Descanso salió Maceo el 30; cruzó las sierras del Toro y Sabanilla, y bajo torrenciales aguaceros llegó el 11 de junio a Tapia. Sólo se descansó un día. Aquel hombre de hierro no podía estar quieto, y el 13 quiso conmemorar su santo cayendo sobre la guerrilla del ingenio Teresa. En lugar de lo que buscaba encontró un fuerte enemigo, que atrincherado en San Miguel de Lombillo, lo recibió con nutrido fuego a corta distancia, y el fracaso no fué mayor porque, comprendiendo la gravedad del momento, tocó dispersión para ofrecer menos blanco en la retirada.

Dos muertos y diez y ocho heridos le costó la fiesta, teniendo entre los últimos al coronel Hugo Roberts.

Combates de Tapia.—De regreso Maceo a Tapia, el 19 se presentaron los españoles para recomenzar las jornadas contra aquel baluarte. Ahora mandaba las fuerzas enemigas el general González Muñoz, y eran dos columnas combinadas. El General español dirigió la operación con el mayor acierto, pero tenía enfrente un digno adversario, y aquellos cerros fueron teatro de una larga serie de combates que duraron del 19 al 24, y que terminaron por cansancio de unos y otros. En la brega del 23 fué alcanzado en una pierna el general Maceo.

Expedición de Leyte Vidal.—Ni herido podía estarse tranquilo aquel hombre incansable, y a pesar de lo que le molestaba la no cicatrizada caricia, se propuso salir en busca de municiones, nada menos que a las cartucheras enemigas. En situación bien apurada, porque no tenía parque, al llegar a Valparaíso recibió la satisfactoria nueva de que el coronel Leyte Vidal acababa de desembarcar en la Cana, cerca del cabo Corrientes, una magnífica expedición. Era verdad. Sus reiterados apremios habían sido oídos, y a bordo del vapor *Tres Amigos* le traía el bri-

gadier Joaquín Castillo a Leyte Vidal, con 43 compañeros más, 200 máusers, 35 tercerolas, 300,000 tiros y 10 cajas con dinamita, bombas y medicinas.

El primer cuidado de Maceo fué dictar disposiciones a fin de salvar el precioso auxilio, cuyo cuidado encomendó al coronel Díaz. La expedición se salvó toda, y el General pudo darse el placer inmenso de repletar las cartucheras a las fuerzas de Occidente, y todavía guardar 100,000 tiros.

¡Primera vez en toda su vida que se veía tan rico! Ahora le tocaba ser generoso y regalar mucho plomo al adversario. ¡Ya vería!

RESUMEN DEL CAPITULO

Wéyler había declarado pacificado el Occidente, y el general Maceo, para desmentirlo, parte de la provincia habanera, combate en Neptuno, Galepe y Labori, amenaza a Pinar del Rio y va a acampar a la sierra del Rubi. Como el atrae principalmente la atención del adversario, el 20 de marzo es atacado. Rechaza a Suárez Valdés en el Rubi y a su vez ataca a La Palma, donde sufre grandes pérdidas.

Mientras tanto, en las otras provincias la Revolución se mantiene pujante y llegan las expediciones de Collazo, por Cárdenas, y de Calixto García, que por el contingente de hombres y pertrechos que conduce, ha de vigorizar la guerra en Oriente.

Maceo, tras ligero descanso, combate en San Claudio y Tapia, mientras Arolas por mandato de Wéyler, construye la trocha de Mariel, pretendiendo encerrar tras sus alambradas al indomable león, que en el escenario pinareño ruga victorioso, sin siquiera municiones, que al fin le llegan en la "Competitor", para ventilar los lances de Cacarajicara, Vega Morales, Vega Ortiz y San Martín, y como si eso fuera poco, caer sobre Consolación, que incendia, para luego acampar en el Descanso y destacar al general Pedro Díaz en recorrido por la provincia.

Maceo, saliendo del Descanso, lucha en San Miguel de Lombillo y Tapia, donde resulta herido. Le faltan municiones, pero este problema lo resuelve la expedición de Leyte Vidal, que le trae 300,000 tiros, armas y dinamita, con lo que habría de hacerse sentir en futuros debates.

TEMAS PARA EJERCICIOS

- Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
 ¿Qué otra trocha hicieron los españoles en Cuba?
 ¿Fueron eficaces esas trochas?

CAPITULO XLII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Muerte de José Maceo.—Muerte de Zayas.—Reacción.—Maceo en Occidente.—Expedición de Rius Rivera.—Montezuelo y Tumbas de Estorino.—Viñales.—Combate del Guao.—Galalón y Catalina.—Resumen.—Bombardeo de Artemisa y combate de Soroa.—Wéyer en Pinar del Río.—La Revolución en otros escenarios.

Muerte de José Maceo.—Precisamente en los momentos en que el general Maceo se preparaba para medirse con los españoles, no podía soñar

que de once grandes hijos! dados a la Patria por aquella gran mujer que se llamó Mariana Grajales, ya no quedaba más que uno: ¡él!

Su hermano José, el indomable león de Baconao, había caído al fin, cansada ya la suerte te protegerlo.

Aquel hombre de valor más que temerario, loco, que jamás se contuvo ante nadie ni respetó más

que a su hermano, y eso porque lo adoraba; aquel que fué inmejorable jinete, maravilloso tirador, hombre



General José Maceo

de cóleras tremendas y de arranques sobrehumanos, había vivido de milagro en desafío constante con la muerte, y al fin, destrozada la cabeza y atravesado el pecho, se había desplomado frente al enemigo en postre y ya impotente gesto de cólera y desprecio.

Al desembarcar el general García, asumió el mando del Departamento Oriental (Santiago y Camagüey) y quedaba confiada a José Maceo la jefatura de la División Oriental.



General Vara del Rey

Tras una serie de combates con los coroneles españoles Vara del Rey y Albert, combates en que, siempre en primera fila, hizo grave daño al contrario, cayó a la postre en la loma del Gato. Su muerte pareció increíble a los que lo veían salir milagrosamente ileso en todos los empeños, y cuando, impuesta la realidad, lo contemplaron muerto, fué necesaria toda la fuerza moral del general

García para reanimar el valor y levantar el espíritu de aquellos soldados, que acostumbrados a creer invulnerable al temerario león, caído él, sintieron el enervamiento que producen las grandes catástrofes.

Muerte de Zayas.—Y como si un suceso doloroso no pudiera ocurrir solo, poco después, el día 30 de julio, caía también en el campo del honor aquella hermosa esperanza en la guerra y de la paz que se llamó Juan Bruno Zayas.

Al comenzar Maceo su segunda campaña de Occidente dió a Zayas la delicada misión de regresar a Las Villas, organizar un cuerpo de tropa, y a su cabeza regresar para compartir su gloria. Una orden

de Maceo era para él inexcusable mandato, y partió. Atravesó Matanzas sosteniendo reñidos combates; llegó a Las Villas, las recorrió en marcha triunfal, y fiel a la consigna, seguido por trescientos valientes, llegó a la trocha para incorporarse a Maceo.

Con objeto de explorar al enemigo y de buscar el paso, sale con setenta jinetes y encuentra en Oñoro a los escuadrones españoles de Albuera. Sin contar, carga. El contrario no puede resistir el choque



Mariana Grajales

y se desbanda al refugio de los infantes del teniente coronel Perol, que por el callejón de Mi Rosa avanza al apoyo de sus dispersos compañeros. El ardor de la carga hace imposible el repliegue. Al campo de batalla acude el resto de los trescientos, pero el enemigo es más fuerte y obliga a la retirada.

Los españoles, envalentonados por su número, avanzan, y el General, magnífico en su heroísmo, descarga el revólver sobre el contrario, esgrime luego el machete, y en ese momento una bala penetra

por su ojo izquierdo, y el valiente se desploma. Todavía el sable enemigo lo alcanza por dos veces, moribundo ya, dejando en el pecho del héroe sangrienta y profunda huella, y el sacrificio se consuma.

¡Juan Bruno Zayas ha muerto! Sus fieles ayudantes Perpiñán y Jesús Planas caen sobre él en empeño de rescate, y del montón de los tres cuerpos, tres espíritus heroicos se desprenden para siempre, aureolados por la gloria.

Reacción.—Pero, ¿qué importa el sacrificio de los hombres ante la majestad del ideal! La libertad no es mancha de cobardes, sino esposa de valientes.

y sólo se llega a ella por escabroso sendero que se señala con sangre. El carro de la Revolución no se ha de detener porque de su escolta de honor caigan poco a poco los brillantes paladines. Al plomó responde el plomo, a la muerte, el entusiasmo, y al sacrificio la fe.

Lo que se necesita es no cejar en el empeño y que para los luchadores llegue auxilio del exterior, y éste no se hace esperar a través de la constante vigilancia española. Rafael Portuondo, Enrique Trujillo y Joaquín Castillo Duany llegan a las playas cubanas con recursos y pertrechos. El general Máximo Gómez llega a la orilla del Cauto y acuerda el mejor plan de campaña con el general Calixto García, que ya en Los Moscones, Yerba de Guinea, Belleza y la Gloria, ha batido al enemigo para lanzarse luego sobre Gibara y Holguín.

Macco en Occidente.—Mientras el general Gómez recorre las comarcas orientales, el general Macco, llenas las cananas de la tropa, se lanza a nuevas empresas.

Se sitúa en Bacunagua, cerca del incendiado caserío de Taco Taco; coloca seis bombas de dinamita en la vía férrea y espera el cruce del tren militar de Pinar del Río. Esto ocurre el 3 de agosto. Preséntase el tren. Al fuego de los españoles responden los cubanos, y las bombas no estallan, por lo que la operación fracasa y cuesta ocho muertos y veintiséis heridos.

Macco no puede conformarse con lo sucedido y el 16 repite la operación. Esta vez las bombas estallan, pero las tropas que van en el tren se defienden gallardamente, y a las cincuenta y cuatro horas de constante asedio llegan fuerzas auxiliares de San Cristóbal y recogen a los asediados, que dejan siete muertos en estado de descomposición. Los cubanos tienen en esta operación trece muertos y treinta y ocho heridos.

Expedición de Rius Rivera.—En la correspondencia llegada de la Habana recibe el General carta

del Delegado Palma, diciéndole que dentro de poco le llegaría una fuerte expedición a cuyo frente iba el general Juan Ríos Rivera.

Ante tan agradable noticia, Maceo determina ir personalmente a recibir el auxilio, y como para aquel hombre el tiempo y la distancia son factores con que no cuenta, parte de Puerta de la Muralla el 25 de agosto con trescientos hombres, entre los que van Miró (su Jefe de Estado Mayor), Bermúdez, Sotomayor, Leyte Vidal y Antonio Núñez. Atraviesa combatiendo sin cesar la formidable trocha de Viñales, tan formidable como la de Mariel; combate en Dimas y los Arroyos, rechazando siempre al enemigo, y el día 8 de septiembre llega oportunamente a Cabo Corrientes, para recibir en sus brazos a su fiel amigo y leal compañero de Baraguá, el general Ríos Rivera.

Soberbia expedición fué aquélla. Vienen 750 fusiles Rémigton, 120 Máuser, 50 rifles Lee, 50 Winchester, 200 libras de dinamita, un cañón neumático, 100 proyectiles para el mismo, 460,000 cartuchos y gran cantidad de medicinas.

Con el apoyo de los hermanos Lazo se verificó el alijo en breve tiempo, y lo que interesaba ya era salir de allí. Difícil el empeño, porque por todas partes se deban la mano las trincheras españolas. Los Remates, Mantua, Arroyos, Dimas y la trocha de Viñales constituían estas trincheras, que además estaban respaldadas por el mar. La salida tenía que ser a sangre y fuego, como la entrada, y si ésta fué dura, más tenía que serlo la otra, por la impedimenta del valioso cargamento.

Montezuelo y Tumbas de Estorino.—El 25 salió Maceo de los Remates y acampó en Montezuelo. El enemigo estaba en Loma China, y el coronel Pedro Delgado fué a batirlo. Toda la noche duró la brega y se estrenaron las bombas de nitroglicerina con gran sorpresa y daño del contrario.

Amaneció el 24, y ese amanecer fué saludado con el fuego de ambos campos. Los españoles pretendieron avanzar por el frente y de flanco, pero conte-

nidos por el fuego insurrecto y con grandes bajas se retiraron dejando el terreno. Las bajas cubanas fueron también numerosas. De 4000 hombres que eran, tuvieron 68 muertos y heridos. ¡ La sexta parte!

El 26 levantó Maceo el campo. Acampado en Tumbas de Estorino lo encontró el español. Esta vez eran dos columnas. Maceo se batió con Melguizo mientras parte del regimiento Gómez y el valeroso comandante Fleytes se batían en la Manaja con el coronel Francés.

Los infantes de Melguizo avanzaron con tal arrojo, a pesar del fuego insurrecto, que llegaron a chocar bayonetas y machetes. Gracias a las magníficas posiciones que ocupaban los cubanos y a lo repleto de sus cananas fué victoria aquello que pudo y debió ser desastre, dado el valor y número de los asaltantes.

Colocado a distancia el general Melguizo, puso en juego el cañón, al que respondió el neumático, y esto determinó la retirada del español, a cuya retaguardia hostilizaron los tiradores de Maceo hasta las cinco de la tarde. Sólo ocho muertos y veintiséis heridos costó este combate, que fué tremendo y encarnizado, y tan vigoroso el ataque español, que la gloriosa enseña de la Invasión no cayó en su poder gracias al arrojo con que la defendieron Nodarse, Portela y Baecardi.

Viñales.—Viñales fué en la guerra uno de los pueblos más afectos a España, y la mayor importancia de su formidable trocha consistía en que los habitantes de los vegueros (como los de la Quinta de Camajuani) trabajaban en sus faenas de campo siempre armados, y así estaban dispuestos en todos los momentos a la réplica con el fusil. Maceo atravesó los vegueros, abandonados por sus moradores, para salirles al encuentro; los incendió y taló y fué a acampar en San Felipe.

Combate del Guao.—El día 4 de octubre salió de marcha la fuerza, recargada por una gran impedimenta de heridos y cargadores de la expedición. Maceo iba al centro y mandaba la retaguardia el coronel Vidal Ducasse.

A las ocho de la mañana tropezó la vanguardia con los españoles en el Guao, lugar situado en el camino que conduce de Viñales a Pinar del Río. Ese camino (que hoy es carretera) serpentea constantemente por laderas de montañas que en determinado momento pueden servir de magníficas posiciones.

El general Maéco, dándose cuenta de las ventajas del terreno, dispuso que la vanguardia se posesionara de un macizo al Oeste y se sostuviera allí de cualquier modo. Los españoles avanzaron y comenzó el jaleo. Aquel encuentro respondía a una combinación; pero en aquel lugar y en las posiciones que ocupaban los cubanos, ya podían presentarse columnas y hacerse combinaciones.

El enemigo, procedente de Viñales (general Bernal), abrió el fuego con intención de entrar en el campo insurrecto cuando el plomo de la columna que atacaba por vanguardia debilitara la resistencia. De esa columna se encargó Vidal Ducasse, con Pedro Delgado y Peña, posesionándose de una altura que dominaba por completo el campo de acción.

El ingeniero Villalón hizo jugar el neumático contra la bodega de Guao, donde estaban parapetados los españoles. A las once de la mañana, los acometedores de Guao no pudiendo resistir más el fuego de cañón, y tocados a menudo por el certero tiroteo de las fuerzas cubanas de vanguardia, que desde sus posiciones los acerbaban, retroceden hacia Pinar del Río, y su retirada fué dispersión cuando los tiradores destacados en su rastro los alcanzaron, abandonando entonces armamentos, municiones y rezagados, de los que el machete dió cuenta. Esa columna en fuga era el batallón de Cantabria, y no habría de tornar, porque iba destrozada.

Ya no quedaba más que un contrario, Bernal, y contra él volvió Maéco todos sus hombres y recursos. Bernal adelantó dos compañías y un cañón, con el propósito de tomar la posición ocupada por los insurrectos, desde la que recibía gran daño; pero allí estaba Vidal Ducasse, hombre de gran valor y serenidad y magnífico tirador, que manejando el máuser

con precisión maravillosa, dejó a aquella fuerza sin oficiales que la mandaran.

Otra compañía que acudió en apoyo de las primeras sufrió igual suerte y el plomo mambí la barrió. El mismo Bernal, con valor desesperado, trató de ganar aquellas alturas donde lo diezmaban, tomándolas a punta de bayoneta, ya que a fuego de cañón y fusil no era posible, porque no se veía al adversario. El esfuerzo resultó inútil y sólo le sirvió para aumentar las bajas.

A la carga al arma blanca respondió la contracarga de la gente de Ducasse. Una pieza española perdió mulos y artilleros, y discutida en forcejeo cuerpo a cuerpo, lograron al fin salvarla los españoles llevándola en hombros, pero dejando en poder del contrario ruedas y cureña.

No podía resistir más el General español, y tocando retirada dejó el palenque sembrado de cadáveres y botín, para ir a resguardarse tras los muros de Murguía, donde por cuarenta veces hizo que hablara el cañón, no en alarde de combate, sino en llamada de socorro.

Así fué Ceja del Negro, batalla más que combate, en que valor hubo en todos, y mucho, y en el que Maceo probó que era efectivamente un completo general. Los españoles tuvieron más de 600 bajas y los cubanos alcanzaron la victoria pagándola bien cara, a costa de 42 muertos y 185 heridos.

Galalón y Catalina.—Después del combate de Ceja del Negro acampó Maceo en Vista Alegre para que la sanidad cumpliera con su noble misión, y al amanecer del 5, con su enorme impedimenta de heridos salió para Caiguanabos.

El 6 se dirigió a Galalón, en donde supo que el general Echagüe estaba en San Diego de los Baños para salirle al encuentro. Así fué. El día 8, en las lomas de Catalina, se verificó éste. El nutrido fuego insurrecto desde el encinar de Galalón calmó los ímpetus de Echagüe, a quien las bajas sufridas obligaron a acampar en el camino de Catalina.

Al amanecer el 9, Echagüe, en vez de avanzar so-

bre el frente, donde estaba la victoria si podía conquistarla, emprendió la retirada hacia San Diego, convirtiendo su vanguardia en retaguardia, constantemente hostilizado y llevando numerosas bajas.

En estos dos combates tuvo el español más de trescientos claros. Sólo en el campamento de Catalina enterró cuarenta muertos antes de emprender la retirada. Los cubanos recogieron treinta y cinco fusiles y tuvieron en los dos días ocho muertos y treinta y siete heridos.

Resumen.—De regreso Maceo a su campamento del Rosario el día 10 de octubre, después de cuarenta y ocho días de operaciones y once grandes combates, dió ocho días de descanso a su valerosa tropa. ¡Bien lo necesitaba por cierto!

Mientras aquellos bravos descansaban para nuevas lides, veamos lo que hacía el ya célebre Capitán General.

Tras nueve meses moviendo columnas en el tablero de la guerra, todo estaba igual o peor que cuando se hizo cargo del mando. El general Gómez, aprovechando los pertrechos desembarcados en agosto por Rafael Cabrera y Emilio Núñez, daba actividad a la guerra en Camagüey, atacaba a Casorro y llegaba hasta el cuartel general de Calixto García, quien por su parte tomaba el fuerte Loma de Hierro y sitiaba a Guáimaro, que caía en su poder a los ocho días de sitio.

El general Maceo arrollaba sus columnas y destruía sus combinaciones tácticas. Las costas parecían abiertas al alijo de expediciones; el Congreso americano reconoció por fin la beligerancia, y de la acción del Carnicero sólo se veían los crímenes en la noche y los fusilamientos y deportaciones que ordenaba.

El último asombroso recorrido del general Maceo, exasperando sus fieros instintos, hizo al felino concebir la enorme infamia de la *reconcentración*.

Por muchos esfuerzos que la mente haga no se puede encontrar una disculpa a esa medida inicua. Si la reconcentración tuvo por objeto restar recursos al insurrecto; si obedeció a un plan de aniquilamiento

de la Revolución, a esa medida debió seguir otra: la creación de zonas de cultivo y la busca de recursos para sostener y alimentar en el perímetro de los fuertes a los reconcentrados. Eso no se hizo por el único que podía y debía hacerlo como obra de humanidad, y por el honor de su nombre.

Se obligó al campesino al abandono de su hogar y siembras: se le impuso en perentorio plazo la reconcentración a los poblados, y cuando agotó sus propios recursos, el hambre fué su huésped y la muerte su liberación. Bien está el plan en lo que se refiere a los combatientes, plan que por cierto fué poco eficaz; pero dictado como fué y pensando en su resultado inmediato, sólo ha podido servir para que mientras exista un cubano, al recordar los horrores de aquella reconcentración inolvidable, el asco, ya que no el odio, le haga murmurar: ¡maldito seas!

Bombardeo de Artemisa y combate de Soroa.—Al bando de reconcentración de Wéyler respondió Maceo el 22 de octubre con la nocturnal función del bombardeo de Artemisa, eje de la trocha occidental y cuartel general de Arolas.

Tras la función de Artemisa, marchó el Lugarteniente al encuentro del coronel Segura, valeroso adversario que ya conocía a Maceo en Iguará y Río Hondo.

En Soroa fué el encuentro y duró los días 24 y 25 de octubre. Se peleó con encarnizamiento por ambas partes, y como en Río Hondo, se salvó Segura de un completo desastre por su serenidad y valor. El machete abrió honda brecha en su tropa y la bandera del batallón de Zamora quedó en poder del insurrecto, arrebatada por el capitán Manuel de la O.

Wéyler en Pinar del Río.—Wéyler, que desde su llegada a Cuba se había limitado a dirigir las operaciones desde Palacio, se decidió por fin, perfectamente escoltado, a dar un paseo por el escenario occidental.

Reunió 12,000 hombres, mandados por González Muñoz, Echagüe, Bernal, Suárez Inclán, Obregón, Gasco, Hernández de Velasco, Aguilar y Segura, y

con todo ese aparato, el día 9 de noviembre se presentó en el Rosario. Allí estaba Maceo.

Las columnas españolas atacaron por diferentes lugares, y llegó la noche sin más resultado positivo que la retirada del general Echagüe herido en una pierna. El día 10, Maceo dejó en el Rosario al general Rius Rivera y fué a dirigir personalmente el combate en el Rubí, por donde atacaba el general González Muñoz. Lo reducido de la gente insurrecta hizo que el propio General tuviera que descargar varias veces su revólver y que a su lado pelearan como simples soldados Bermúdez, Pedro Díaz, Miró, y como es consiguiente, todo el Estado Mayor. Abruñados por el número, abandonaron los cubanos el Rubí, replegándose al Rosario, donde Rius Rivera seguía resistiendo.

El día 11, sin resultado práctico alguno, se retiró Wéyler a Cabañas.

Reanudadas las operaciones el 12, las diferentes columnas combatieron en San Blas, Brujo, Valparaíso y Río Hondo, con Vidal Ducasse, Ivouet, Peraza, Saenz y Bigoa, para regresar a sus cuarteles sin obtener éxito de ninguna clase, en tanto que Wéyler tomaba el tren en Candelaria, y saludado por una bomba de dinamita puesta a su paso, regresaba a la Habana, donde entró más orgulloso que César al regreso de su victoria de las Galias.

Todo el alboroto de 12,000 hombres y nueve generales y coroneles bajo las órdenes directas de Wéyler costó a los cubanos cincuenta y seis bajas, y más de cuatrocientas al contrario.

La Revolución en otros escenarios.—En las otras provincias la Revolución seguía desenvolviéndose con más o menos éxito, especialmente en el Departamento Oriental, donde el general García peleaba con buen resultado.

El General en Jefe daba los importantes combates de Altos del Conchita y Lugones, los días 2 y 4 de noviembre. También se daba en Las Villas el combate de Manajanabo, y Lacret, despues de poner en gra-

ve aprieto a Molina en Cayo Espino, daba la reñida acción de Jicarita.

RESUMEN DEL CAPITULO

Dos golpes duros cayeron casi simultáneamente sobre la Revolución. Esos golpes fueron la muerte de José Maceo en el combate de la Loma del Gato y la de Juan Bruno Zayas en el combate de Oñoro. Ambas pérdidas fueron muy sensibles, y sólo pudieron atenuarse con varios éxitos revolucionarios y el feliz arribo de las expediciones de Portuondo, Trujillo y Castillo Duany.

Maceo, por su parte, no da tregua al contrario en el escenario occidental, mucho menos después que recibió la fuerte y valiosa expedición de Rius Rivera, con la que puede ventajosamente dar los combates de Montezuela y Tumbas de Estorino, atravesar como un huracán la fuerte trocha de Viñales y vencer a los españoles en la reñida batalla del Guao o Ceja del Negro, para derrotarlos después en Galalón y Catalina.

Estos éxitos de Maceo, unidos a nuevos desembarcos de expediciones y a otros éxitos revolucionarios, especialmente en la región oriental, demostraron la impotencia de los españoles e hicieron concebir a Wéyler el tremendo plan de reconcentración, que sin gran daño al insurrecto, hizo morir de hambre a millares y millares de infelices.

Al bando de reconcentración de Wéyler respondió Maceo con el bombardeo de Artemisa y el combate de Soroa, obligándolo a que hiciera un alarde de fuerza y se trasladara en persona a Pinar del Río al frente de doce mil hombres y nueve generales, para fracasar frente a los peñascales de Rubí y el Rosario y regresar a la Habana sin resultado positivo alguno y recibir allí noticias de los triunfos del general Calixto García en Oriente y de los encuentros de Cayo Espino y Jicarita, en que fué vencedor el general Lacret.

TEMAS PARA EJERCICIOS

- Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
- Hágase un juicio de comparación entre Antonio y José Maceo.
- Hágase una biografía de Juan Bruno Zayas.
- ¿Por qué el Guao fué más batalla que combate?
- Hágase un juicio de la reconcentración ordenada por Wéyler.

CAPITULO XLIII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Por qué Maceo salió de Occidente.—Combate de Jobo y Bejarano.—Cruce de la Trocha.—Maceo en la Habana.—Combate de San Pedro: la hecatombe; sus efectos.—La Revolución en otras partes.

Por qué Maceo salió de Occidente.—La Revolución se desenvolvía bien en todas partes, y sin embargo, dentro de ella misma había algo interior que no marchaba bien. Ese algo era la buena inteligencia entre el General en Jefe y el Gobierno. Uno y otro se invadían mutuamente el campo de atribuciones, y justo es confesar que la mayor razón estaba de parte del Gobierno.

El general Gómez, arbitrario muchas veces, más que nada por razón de carácter, había tenido rozamientos con el Gobierno, y uno y otro volvieron la vista al único que, actuando entre ambos, podía armonizar las cosas allanando las diferencias y restableciendo la normalidad.

Ese único era el general Maceo, y fué llamado por el general Gómez. Este no manifestaba la causa principal de la llamada, limitándose a decirle que su presencia hacía gran falta en Las Villas y Camagüey; pero ya Maceo tenía noticias a que atenderse y determinó acudir, resolviendo a la vez el problema militar de burlar a Wéyler, que lo creía encerrado tras las alambradas del Mariel, y dando una buena función a las puertas de la Habana, acentuar con tal suceso el ya iniciado descrédito del General español.

Combates de Jobo y Bejarano.—Maceo hizo entrega del mando de Occidente al general Rius Rivera

y se dirigió al Jobo, para explorar personalmente el cruce de la trocha. Allí tropezó con Suárez Inclán, y a costa de un muerto y ocho heridos, lo hizo retroceder a Cayajabos.

El combate del Jobo entorpeció el proyecto del General de hacer el cruce la noche del 27 de noviembre. La presencia de Suárez Inclán en Cayajabos hacía difícil el paso, y Maceo acampó en Bejarano para hacer la exploración.

Allí supo que una columna española se dirigía a su campamento y le salió al encuentro para atacarla por sorpresa. Su intención era conseguir que aquel enemigo no le estorbara, y lo consiguió tras reñida acción en que tuvo treinta y tres bajas.

Ese fué el último combate que sostuvo en aquella magnífica campaña de Pinar del Río, desenvuelta desde el 10 de enero al 11 de febrero del 96, batiéndose ¡once veces! como él sabía hacerlo, para regresar por segunda vez y abrir aquellas bélicas jornadas que comenzaron el 15 de marzo en Neptuno y terminaron el 3 de diciembre en Bejarano, tiempo en que dió ¡cincuenta y tres combates!

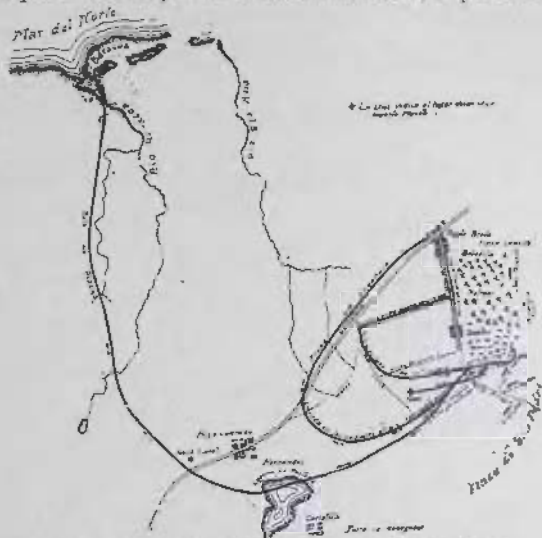
Cruce de la Trocha.—No queriendo el General que un percance casual hiciera fracasar su marcha, ya decidida, prefirió efectuarla por mar, a bordo del bote que hacía el servicio de correspondencia, patrocinado por Carlos Soto. Acampado en Begoña, se enteró por Soto de la mejor manera de efectuar el paso, y resuelto al fin éste, designó a los que habían de acompañarlo; se despidió de aquellos valientes que tantas veces lo siguieron en el peligroso camino de su gloria; dijo adiós a su escolta, la escolta aquella tan buena y tan fiel, tan abnegada y tan valerosa, que al despedirse de él lloraba como si—dominada por espantosa visión del porvenir—presintiera que lo veía por última vez.

Seguido de los generales Miró y Díaz; coronel Nodarse; tenientes coronales Piedra y Jústiz; capitanes Souvanell, Peñalver y Ahumada; tenientes Gómez Toro y Urbina; Dr. Zertucha; coronel americano Charles Gordon y cinco asistentes, la noche del

4 de diciembre, por el muelle de Gerardo, pisó el general Maceo territorio habanero dejando a su espalda el valladar de Arolas.

Maceo en la Habana.—Acampado en la Merced lo encontraron los coroneles Sartorio y Baldomero Acosta, y el segundo salió en busca de caballos.

Se demoraba Acosta, y el General, después de esperar treinta y seis horas en la Merced, impaciente



Cruce de la Trocha por Maceo, y su ruta hasta San Pedro

ya, emprendió la marcha a pie en dirección al ingenio Garro, para entrevistarse allí con Perfecto Lacoste.

Alcanzado el grupo por Acosta, ascendieron entonces las fuerzas al número de 62 y acamparon en Baracoa.

A la madrugada del 7, la pequeña fuerza llegó a San Pedro, donde estaba acampado el coronel Sánchez Figueras.

Combate de San Pedro: la hecatombe; sus efectos.—El general Maceo, que siempre había gozado de admirable salud, hacía días que se sentía mal; pero la entereza de su ánimo sabía sobreponerse a dolencias físicas, y ante el jubiloso recibimiento de que fué objeto recobró su buen humor.

Manifestó la intención de sorprender a Wéyler con un ataque a Marianao y tomó algunas disposiciones relativas a la marcha de las operaciones. En el campamento se habían reunido 430 hombres, número más que suficiente para en un próximo alboroto alumbrar al enemigo.

Maceo se recostó en su hamaca, y a su alrededor se encontraban Miró, Pedro Díaz, Acosta y Juan Delgado.

Según la última noticia, la columna enemiga más cercana era la del comandante Cirujeda, que procedente de Punta Brava, se dirigía a Cangrejeras.

Nada parecía presagiar la perspectiva de próximo combate, y sin embargo, en la tarde tranquila preparábase la hora trágica del horrible drama. Lo providencial actuaba. Insignificantes huellas señaladas en la carretera de Hoyo Colorado, cruzada por Maceo en la mañana al dirigirse a San Pedro, habían de ser suficientes para torcer la marcha de un adversario que, sin soñar con quién habría de encontrarse, desiste de su ruta y guiado por el destino va a figurar como actor en inesperada tragedia.

Serían las dos de la tarde. Ruido de descargas turba de pronto la calma del campamento. El General se incorpora en la hamaca; ordena que todos monten y él mismo pone y ciñe el equipo al corcel.

Al montar, arenga a la tropa con esta frase: "¡ Muchachos: vamos a la carga, que les voy a enseñar a dar machete!"

Piedra, Souvanell y Peñalver se unen a los jinetes de Juan Delgado y cargan a los contrarios, que arrollados, huyen dejando en el campo sus muertos. El General toma por el flanco izquierdo; encuentra al coronel Acosta, que acude al fuego; le ordena que abra portillo en el cercado de piedras para

salir al camino y caer sobre los españoles. Lo dispuesto se realiza. Queda una cerca de alambres de que el machete dará cuenta, y mientras la cerca se corta, ocurre lo inesperado: la catástrofe. El General recibe un balazo en el rostro, vacila, suelta las bridas al corcel, el machete se desprende de la férrea mano que lo sostiene, y el cuerpo del héroe se desploma. ¡Momento indescriptible! Ya no se pelea, ya no se dan órdenes. ¿Quién puede darlas ante el tremendo suceso?

Todos corren hacia el caído. El enemigo arrojaba el fuego sobre el consternado grupo y sus balas hacen blanco. El valeroso Juan Manuel Sánchez levanta la cabeza del moribundo, y le dice: ¿Qué es eso, General? ¿Eso no es nada!... ¡Ah! Es la Muerte, el destino, la desgracia que llega...

Hay que recoger al herido. Arde un jinete, y se levanta el cuerpo para que lo cargue; pero en ese momento otra bala penetra en el noble pecho, mientras el jinete cae herido a su vez.

Juan Manuel Sánchez llega a caballo y pide el cuerpo. ¡Fatalidad! Sánchez es herido en una pierna, y también el caballo. Todos corren en pos de auxilio y el cadáver queda solo.

Llega al lugar del suceso Francisco Gómez Toro. Herido pocos días antes en un brazo, está desarmado. Al acercarse, pregunta gritando: "¿Dónde está el General?... ¡Quiero morir con él!" En vano Sánchez lo llama para que se detenga. El joven se acerca al cadáver del caudillo y pretende cargarlo. Una bala le atraviesa una pierna; otra le taladra el pecho, y el fiel amigo cae sobre el cuerpo de su General.

Su noble deseo se ha cumplido: juntos cayeron, juntos los guardó la misma fosa y juntos vivirán eternamente en la memoria cubana.

Los españoles están ya sobre el campo del desastre. Registran los cadáveres, pero ignoran quiénes son los muertos; y cuando se dan cuenta de la hazaña, es tarde ya: los cuerpos han sido recogidos.

En la selva agreste, arrullados por el canto misterioso de las palmas y custodiados por corazones

leales, los preciosos restos duermen en Cacahual, hasta el día en que el pueblo de Cuba, un poco más agradecido con sus grandes, reuna los dispersos despojos de los once Maceo!, los junte con los de aquella madre digna de tales hijos y levante un monumento como testimonio de su gratitud a los que todo lo sacrificaron por la redención de Cuba.

La Revolución estaba en desgracia y Cuba de duelo. La muerte no se conformaba con Angel Guerra, ni con Clotilde García, ni con José Maceo, ni con Juan Bruno Zayas, ni con José María Aguirre, víctima de traídora enfermedad en las Escaleras de Jaruco; ni con Serafín Sánchez, muerto en el combate del Paso de las Damas; quiso más, pleó más alto, y fué a escoger precisamente a la personificación revolucionaria, al más excelso de los paladines de la libertad.

No quedó hogar español que no se sintiera de fiesta, ni país de la Tierra que no supiera del suceso, ni corazón cubano que el dolor no comprimiera. Para la Revolución, la caída de Maceo fué de mucho más efecto moral que la de Martí, y naturalmente, mucho había que hacer para que viniera la reacción. Pero ella vino: el recuerdo del grande enardeció los corazones, y en defecto del entusiasmo, se buscó mayor firmeza en la fe.

Uno de los factores de esa mayor fe fué la ilustre villaclareña Marta Abreu, que reuniendo entre ella, su hermana Rosalía, Juan Pedro y los hermanos Terry crecida cantidad, puso desde París un cable al delegado Palma, en que le decía: "Consternados ante terrible noticia, van cien mil pesos".

La Revolución en otras partes.—Mientras ocurrían los dolorosos sucesos reseñados, el general Calixto García se cubría de gloria y fama en Tuabeque y Barrancas.

Al comenzar el año 97, tercero de la guerra, la Revolución había perdido el esfuerzo de muy buenos servidores; pero la lucha se sostenía de Maisí a San Antonio.

Abrió la campaña el General en Jefe en Las Villas (2 de enero) con el combate de Santa Teresa, atacando un convoy que conducía el general Luque a Arroyo Blanco. Se peleó en presencia del Consejo de Gobierno. Concurrieron el general Avelino Rosas, brigadier José Miguel Gómez, coronel Legón, Enrique Loynaz del Castillo, Tello Sánchez y Díaz Silveira. Los cubanos tuvieron un muerto y doce heridos, entre éstos el brigadier Gómez, que ganó en ese lance la segunda estrella. Las bajas españolas fueron dos muertos y trece heridos.

El general García, que, muerto Maceo, fué el que llevó a cabo las más reñidas peleas, batía el 10 de enero a los generales Boch y Rey en Loma Sordo y Loma Piedra y el 11 atacaba al general Nario en Becerra, matándole siete soldados e hiriéndole cuatro oficiales y setenta y seis de tropa. El 17, el cañonero español *Relámpago*, alcanzado por un petardo puesto por el comandante Carlos García Vélez, voló en el Cauto, muriendo el comandante del barco, alfé-



Marta Abreu

rez de navío Federico Martín, y cinco más de la tripulación. El resto de la dotación, compuesta de diez hombres, fué recogido por el cañonero *Centinelita*, que tuvo también seis heridos en el empeño.

Como complemento, el general García escribía al delegado Palua: "Para luchar con los españoles, mande artillería y dinamita; vacuna y quinina para luchar con la naturaleza."

La Delegación, por su parte, no se descuidaba. A menudo arribaban a las costas cubanas Joaquín Castillo Duany y Emilio Núñez, conduciendo hom-

bres, pertrechos y municiones. En octubre, Castillo trajo la expedición de Betancourt; y en enero, Núñez desembarcó a Rafael Pérez Morales.

El general Gómez, con el auxilio de las expediciones que iban llegando, pudo repartir parque entre diferentes fuerzas, y además entregar 300,000 tiros al general José M. Gómez, con destino a Occidente.

RESUMEN DEL CAPITULO

El general Maceo determinó salir de Occidente para servir de mediador entre el Gobierno y el general Gómez, que andaban en desacuerdo. Escogió el paso por mar, y la noche del 4 de diciembre se llevó a efecto. Una vez en la Habana, en la madrugada del 7 acampó el General en San Pedro, seguido de 430 hombres.

A las dos de la tarde de ese infortunado día fué atacado el campamento por fuerzas españolas, al mando del comandante Cirujeda, y al repeler la agresión y entablar combate, encontró la muerte el egregio caudillo, junto con su ayudante Francisco Gómez Toro.

Los cadáveres quedaron sobre el campo y fueron registrados por el adversario, que ignorante de que Maceo estuviera en San Pedro, cuando se dió cuenta de lo ocurrido ya era tarde, porque los preciados restos habían sido recogidos por los patriotas y depositados en el Caballal, donde hoy se levanta un monumento que recuerda el suceso.

A pesar de la enorme desgracia reaccionaron los ánimos, y en los diversos escenarios se continuó la lucha por alcanzar la redención patria.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
Coméntese si fué bien o mal secundado por las fuerzas habaneras el paso de la trocha por Maceo.

Hágase una biografía de Antonio Maceo.

CAPITULO XLIV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Cuba y los Estados Unidos.—Estado de la guerra.—Wéyler en Pinar del Río y Las Villas.—Reformas de Maura.—Sigue la lucha.—Captura de Rius Rivera.—El general Gómez.—Resumen de la campaña.

Cuba y los Estados Unidos.—En todos los períodos de nuestra historia, el pueblo norteamericano simpatizó con la independencia de Cuba; pero tal simpatía es una cosa y muy otra el interés y programa del Gobierno americano, cualquiera que haya sido el partido gobernante.

Los pueblos pueden tener simpatías y sentirse platónicos; los gobiernos no. Estos tienen su programa general, sus finalidades y su interés, cosas que son como el eje a cuyo alrededor giran sus procedimientos y se determina su acción.

Desde su entrada en el concierto de las naciones, los Estados Unidos abrigaron la intención de ejercer la hegemonía americana, y en beneficio de ese empeño ha sido siempre la gestión de todos sus gobiernos. Sus dos grandes partidos (Republicano y Demócrata) tendrán programas distintos y finalidades encontradas en lo que se refiere a procedimientos de gobierno interior, y hasta en el desenvolvimiento de sus planes para el desarrollo y obtención de beneficios exteriores; pero ambos, de acuerdo con la doctrina de Monroe, propenden a la eliminación europea en el escenario americano, creyéndose, por su mayor riqueza y progreso, los llamados a ejercer la dirección en el desenvolvimiento político y económico de la América, desde Behring a Magallanes.

Ellos hubieran querido evitar la emancipación de la América hispana, como evitaron que en el histórico Congreso de Panamá, convocado por Bolívar, llegara a cristalizar la enorme concepción de aquel genio, que soñó fundar la Gran Colombia con los pueblos que hizo libres. Ellos han procurado siempre, por todos los medios a su alcance, evitar la inteligencia, la recíproca armonía entre las repúblicas centro y sudamericanas, porque piensan, con razón, que la discordia de estos pueblos sólo puede redundar en beneficio de ellos.

En todas las convulsiones interiores de las repúblicas hispanoamericanas, de un modo u otro han intervenido ellos, y ni el inieuo reparto de Polonia es comparable a la injusta expoliación del territorio que constituye los estados de California, Tejas, Utah, Nevada, Arizona, Nuevo México y parte de Colorado.

La situación geográfica de Cuba, si ha podido influir grandemente en el desarrollo de nuestra riqueza, ha sido también factor determinante de sus desgracias en el doloroso calvario de sus anhelos por verse libre.

Cuba en poder de España no ha podido constituir nunca un peligro para los Estados Unidos. Por eso cuando, obedientes a Bolívar, los llaneros de Páez preparaban las lanzas para arrancar de la corona de España este último florón, los Estados Unidos, a quienes no convenía tal suceso, porque Cuba, libre sin ellos, podía caer en otras manos peligrosas, detuvieron aquel auxilio generoso y noble, y hasta dieron seguridades a España de que nadie debía oponerse ni se opondría a su soberanía en Cuba.

Después, predominando allí el deseo de anexión, trataron de comprar la infortunada colonia. No se efectuó la negociación porque no quiso España, y entonces, siendo imposible la repetición del caso mexicano, enderezaron su política al logro de la emancipación de Cuba apoyando los movimientos revolucionarios.

Surge Narciso López, no con fines de anexión, sino libertarios. En los Estados Unidos se prepara la expedición primera, luego la segunda, y cuando el plan de López fracasa, el Gobierno yanqui espera.

Estalla la guerra del 68, y ese Gobierno, fiel a su programa con respecto a la cuestión cubana, hace protestas de amistad a España y cierra los ojos para no ver de dónde reciben los rebeldes armas y pertrechos. Sólo un Presidente de los Estados Unidos fué desinteresado amigo de la independencia de Cuba, la deseó y la gestionó: el general Ulises Grant, que sentía más que pensaba, y su generoso deseo se estrelló frente a *la conveniencia de otras soluciones*.

Durante la guerra del 68, viendo los norteamericanos que no podían obtener a Cuba comprada para sí, trataron cerca del general Prim de obtener esa libertad mediante cien millones de pesos que los cubanos darían a España, bajo aquella garantía. Fracasó también ese plan, y entonces el Gobierno norteamericano, como protesta por el aniquilamiento de la riqueza cubana y los crímenes de Valmaseda, pensó en intervenir a toda costa, conociendo la debilidad de España, arruinada por la guerra de Cuba y sus trastornos interiores. Martínez Campos y el Zanjón evitaron esa ingerencia. No pudieron los Estados Unidos satisfacer su deseo, sorprendidos por una cesación de hostilidades que su diplomacia no previó; pero siempre había tiempo para emergencias futuras, porque Cuba continuaba siendo española y la situación cubana no habría de mejorar.

Los dos hombres más grandes de nuestra última guerra por la independencia, el gran Martí y el gran Maceo, veían los peligros de la sinceridad del Gobierno norteamericano, y hubieran querido no deberle nada; pero eso resultaba imposible, porque sin el acuerdo con los Estados Unidos, o siquiera sin su pasividad, ¿con qué medios combatir a la Metrópoli? La ingerencia norteamericana en Cuba fué y es cuestión inevitable. Lo fué, porque sin ella no había rebeldía posible; y lo es, porque su apoyo más o menos interesado y nuestra posición geográfica nos hacen depender de su proceso históricopolítico.

Llegó la guerra del 95. El Gobierno norteamericano, respondiendo a la simpatía de su pueblo, a la justicia de la causa cubana y a sus naturales conveniencias, acordó reconocer la beligerancia a los revo-

lucionarios. Ese acuerdo del Congreso no fué sancionado por el Presidente Cleveland, quien expuso en un mensaje ideas falsas con respecto a la finalidad que los revolucionarios perseguían, no queriendo reconocer la legalidad del Consejo de Gobierno cubano y limitándose a desear la más pronta terminación del conflicto.

Los razonamientos de ese mensaje fueron enérgicamente combatidos en una hermosa proclama del general Máximo Gómez. Por cierto que del mensaje y de la digna contestación del general Gómez surgió uno de los más poderosos factores para zanjar las diferencias entre éste y el Consejo de Gobierno.

Ya el secretario Olney había enviado a España diferentes notas ofreciendo la gestión de su Gobierno como mediador. También en otra solicitó el indulto del general Sanguily. España accedió al indulto y rehusó la mediación.

Como consecuencia de esas notas, en febrero del 97 el Gobierno español dió publicidad a un plan de reformas administrativas y políticas para Cuba, cuyas reformas se habían de plantear *cuando los revolucionarios se sometieran*. No se atrevió el Gobierno norteamericano a continuar la cuestión por el momento, y así quedó todo.

Wéyler continuó su plan de acabar la población cubana, la reconcentración siguió presentando su horroroso cuadro de miseria y muerte y la guerra siguió su curso de ruina para España y para Cuba.

Los campos cubanos eran inmenso osario, y las poblaciones abiertos hospitales de ambulantes por Dioseros. Entonces debió ser un hecho la intervención, si esa intervención era por humanidad.

Estado de la guerra.—El duelo entre Cuba y España continuaba encarnizado y duro. El coronel Néstor Aranguren asaltaba el 16 de enero el tren de Regla a Guanabacoa, y daba muerte a ocho soldados y un oficial y cogía once oficiales y tres soldados prisioneros, que luego puso en libertad.

A pesar de lo realizado por Aranguren, Wéyler declaró pacificada la provincia de Pinar del Río y casi pacificadas las de Habana y Matanzas.

Wéyler en Pinar del Río y Las Villas.—Al mismo tiempo que el despreocupado felino hacía esa declaración, salía a operar en Pinar del Río, llevando a una región *pacificada ya* nada menos que ¡nueve batallones!

Precisamente cuando Wéyler recorría a Pinar del Río, Adolfo Castillo, Baldomero Acosta y Andrés Hernández se liaban en Bayamo (Habana) al arma blanca con la caballería de Villaviciosa.

Después de su recorrido por Pinar del Río, se dirigió a Las Villas al frente de numerosas fuerzas, en cuyo centro iba. El Gobierno se retiró a Cannañuey, pero el general Gómez continuó en la zona de Sancti-Spíritus, y pasó la avalancha sin hacerle salir de su campo de operaciones, donde dispuso que el general Alejandro Rodríguez fuera a mandar el Quinto Cuerpo (Habana).

Reformas de Maura.—El día 5 de febrero se publicó en España un decreto concediendo a Cuba y Puerto Rico las reformas de Maura, modificadas. Tarde llegaban, y el delegado Palma, por todos y de una vez y para siempre, declaró "que sin independencia era inútil todo proyecto de solución."

Sigue la lucha.—Mientras Wéyler recorría Las Villas, los hermanos Rosendo y Emilio Collazo, el día 27 de febrero, en Benito, territorio de la casi pacificada Habana, en una carga al machete al regimiento de caballería Pizarro, le mataban treinta y seis hombres, le quitaban treinta y cuatro máusers, cinco acémilas, el botiquín y parque; los cubanos tuvieron dos soldados muertos y el teniente coronel Rosendo Collazo herido.

En la pacificada Pinar del Río, Varona, Lorente y otros se encontraban con el coronel Pamies en Guacamayas, haciéndole cuatro muertos y diez y siete heridos, entre éstos el comandante Uriz, de San Quintín.

En Oriente se libraron reñidas acciones, como la de Caimito, en que el general Rabí hizo a la columna del coronel Rey ocho muertos y cuarenta y siete heridos.

El día 13 de febrero, el general Calixto García, al frente de mil hombres y dos cañones, atacó a Jiguaní y lo incendió.

El día 15, Rabi y Mario García Menocal se encontraron con el general Vara del Rey, al que combatieron rudamente en Ciénaga y Jucaibanita. La columna pudo llegar a Jiguaní con quince muertos y cuarenta y siete heridos.

El general Salvador Ríos, el 17, dió machete a la guerrilla de Media Luna (Manzanillo). El día 22, el general Linares (español) batió en la Sal al general Cebreco. La oportuna llegada de los generales García y Rabi trocó la derrota en victoria, haciendo retirar al adversario. Los insurrectos acamparon a la vista de Jiguaní.

En Oriente la Revolución había adquirido tal pujanza, que las columnas españolas no se aventuraban a salir al campo como no fuera en fuertes núcleos.

En Camagüey, el general Lope Recio y otros jefes recorrían el campo sin opositores.

En Matanzas, por lo poblado del territorio y la actividad de los españoles, era donde más difícil se hacía sostener la lucha.

En la Habana, el general Castillo penetró en Güines, quemó varias casas y se retiró sin una sola baja. Esaba en la población la columna del coronel Tort, que por su incomprensible pasividad fué separado del mando y sujeto a procedimiento militar.

Pocos días después, Castillo y Juan Delgado se encontraron en Barreto con el regimiento de Villaviciosa, con el que tuvieron reñido combate al arma blanca, en que ambos adversarios tuvieron bajas y pelearon bien, quedando al fin la victoria por los españoles.

Eniño y Rosendo Collazo combatieron en el Brujo con la columna del coronel Boy, muriendo en la acción el teniente coronel de Luchana Pérez Blanco, el teniente Huerte y seis soldados. Los cubanos tuvieron dos muertos y cinco heridos.

En Pinar del Río, el batallón de Gerona batió en diferentes encuentros al coronel Varona, causándole muchas bajas y quemándole el campamento.

Captura de Rius Rivera.—El día 28 de marzo ocurrió en Pinar del Río el lamentable suceso de la captura de Rius Rivera. El general Hernández de Velasco, al frente de numerosa columna, cayó sobre las Cabezas de Río Hondo, donde se encontraba el general Rius al frente de unos cien hombres. A pesar del brusco ataque del enemigo, los cubanos defendieron tenazmente la posición. Los españoles, haciendo un movimiento de flanqueo, amenazaron el único lugar de posible retirada, y cuando el General, enardecido por la pelea, se dió cuenta del peligro, estaba copado. Quiso romper el cerco y cayó herido junto con su ayudante el teniente Terry.

Los infantes españoles se acercan y van a rematarlo, cuando el coronel Federico Bacallao, que no había abandonado a su jefe ni perdido la serenidad en el apurado trance, grita: "¡es el general Rius Rivera!" Los soldados se detienen, levantan al General y a su ayudante y los conducen a presencia de Hernández de Velasco, quien, noble y caballeroso, devuelve a Rius Rivera su dinero y preda y dispone su curación.

La digna y generosa conducta de Hernández de Velasco fué duramente censurada por Wéyler, que hubiera preferido un sangriento episodio, y el premio que obtuvo el caballeroso General fué su propia satisfacción y el aplauso de los hombres honrados.

Rius Rivera fué confinado en el castillo de Montjuich, de donde salió al terminar la guerra.

El general Gómez.—El viejo dominicano, a pesar de los pesares, seguía sosteniéndose en Las Villas, sorteando las numerosas columnas españolas que



General Juan Rius Rivera

marchaban sobre su rastro para caer en sus emboscadas, tener siempre alguna baja y llenar los hospitales.

El día 9 de marzo lo alcanzó Bernal en Santa Teresa, y tras un comate de dos horas, se retiró el viejo caudillo con un muerto, que fué Mr. Charles Crosby, Vicepresidente de la Liga Americana para la Independencia de Cuba. Además de Mr. Crosby, tuvo el General ocho heridos.

Resumen de la campaña.—Era un hecho ya más que probado que los métodos de rigor empleados por Weyler no habían de acabar la guerra, y que no era este General el que pudiera alcanzar ese honor.

España había hecho un gran esfuerzo para resolver por las armas el éxito de su causa. Había mandado a Cuba, en dos años, 183,671 soldados con 6,701 jefes y oficiales, prodigioso esfuerzo a que hay que agregar Guardia Civil, voluntarios y guerrillas. ¡Más de 300,000 hombres! Cantidad sobrada para conquistar un mundo, y que no fué suficiente para domar la rebeldía de unos pocos cansados de ser parias.

¿Dónde estaba ese poderoso ejército? Una tercera parte se ha perdido en la vorágine de la guerra, junto al intrincado bosque, en la verde llanura a orillas del manigua, o bajo altivos palmares que cantaban con sus peneas el himno de redención; otra tercera parte, moribunda, macilenta, en enorme de pauperación, llena los hospitales, sombras más que hombres; y la otra tercera parte, el resto, es lo que resiste la acometida del patriota en las salvas, exuberantes aún, a pesar de la desolación del paisaje y del odio de los hombres. . .

Los aliados con que contó Máximo Gómez han sido fieles. Jóvenes, fornidos, saludables, valerosos, que allá en el Prado o en el taller hubieran sido para España poderoso factor de riqueza, y que transportados a Cuba, nutrían aparatosa máquina de guerra, salían al campo y regresaban maltrechos, menos por el plomo y el machete (que siempre abrían surco) que por los rigores del clima y a consecuencia de

marchas y contramarchas en busca de un enemigo que aparecía cuando no se le buscaba y casi siempre cuando a su interés convenía.

Mientras tanto, los jefes de la Revolución sostenían el principio de independencia o muerte, y el jefe del Gobierno español (Cánovas del Castillo) declaraba que España gastaría el último hombre y la última peseta en Cuba, sin comprender que en el reloj inmutable del destino estaba ya señalada la hora en que España debía perder a Cuba.

Todo el esfuerzo de aquella nación no podía impedir lo que tenía que resultar. Del mismo modo, Wéyler, cuyo fracaso era ya evidente, no podía evitar que Joaquín Castillo y Roloff, Rafael de Armas y Federico Pérez Carbó, Serapio Arteaga y Emilio Núñez, desembarcaran en Cuba importantes expediciones, a las que siguieron Rafael Gutiérrez y Emilio Núñez, éste y Fernando Méndez, el mismo y Rafael de Cárdenas, Joaquín Castillo otra vez y Luis Rodolfo Miranda y Emilio Núñez; todas esas expediciones arribadas el año 97.

Tampoco pudo evitar Wéyler que el general García, en Oriente, dominara por completo los campos orientales, venciera a Luque en Mejía y cayera sobre la hasta entonces invicta Victoria de las Tunas, atacándola el 28 de agosto para tomarla el 30.

Mientras todo eso se verificaba, en el exterior ocurrían dos sucesos muy importantes que debían de servir para variar la marcha de las cosas y aclarar en definitiva el porvenir de la contienda en Cuba.

RESUMEN DEL CAPITULO

El pueblo norteamericano simpatizó siempre con la libertad de Cuba; pero el Gobierno norteamericano, más que a la expresada libertad, y de acuerdo con la doctrina de Monroe, propendió en todos los tiempos a evitar que Cuba pudiera, por su riqueza y posición geográfica, constituir un peligro para los Estados Unidos.

Mientras Cuba perteneciera a España, nada podían temer los Estados Unidos; pero el día en que se emancipara del dominio español, no podía convenir de ningún modo a dicha nación la posibilidad de que otra más fuerte que España adquiriera ventajas en Cuba. Por eso, fieles a su conveniencia, los diferentes gobiernos mantuvieron, en cuanto a Cuba, una política especial de contemporalización, hasta que llegara la oportuna de afirmar sus propios beneficios e intereses.

Así se explica que dejaran sucederse los acontecimientos y asistieran pasivos al espectáculo de dos guerras y al doloroso calvario de Cuba en su lucha por verse libre.

Mientras los Estados Unidos observaban, la guerra continuaba violenta y terrible su obra de destrucción. Wéyler seguía apurando recursos de todas clases para vencer a los revolucionarios; y estos, firmes en su propósito, seguían combatiendo, sin transigir con nada que no fuera independencia absoluta. Caía prisionero Rius Rivera y la Revolución sufría grandes golpes; pero procuraba devolverlos, especialmente en Oriente con Calixto Garcéa y en Las Villas con el general Máximo Gómez.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cuál fué la concepción de Bolívar?

Háganse composiciones libres acerca de la actitud de los Estados Unidos con España y Cuba a partir de 1850.

CAPITULO XLV

PERIODO REVOLUCIONARIO

Elección de Mc Kinley; apremio a España.—La autonomía.—Asamblea de La Yaya.—Labor del Gobierno autonomista y error de España.—Los voluntarios; motines en la Habana.—En España se desconoce la potencialidad americana.—Auxilios a los reconcentrados.—El teatro de la guerra.—Voladura del "Matue."—Sigue la lucha.—Presentaciones.—Blanco se dirige a Gómez.—Activa contestación.

Elección de Mc Kinley; apremio a España.—El 4 de marzo de 1897, por haber triunfado electoralmente el Partido Republicano en los Estados Unidos, subía a la Presidencia de aquella República William Mc Kinley, quien, respondiendo a las excitaciones de la prensa yanqui y a la inclinación del pueblo, y más que todo a la política de su Partido y gobierno, que veían llegada la oportunidad, envió una importante nota a España apremiándola para que terminara la guerra y resolviera el pavoroso problema de la reconcentración.



William Mc Kinley
Presidente de los Estados Unidos,
que declaró la guerra a España.

Mucho esperaron los Estados Unidos para protestar por la reconcentración. Cuando lo hicieron, ya ésto nos había hecho todo el daño que podía hacernos. Sin embargo, más valía tarde que nunca.

Ante la demanda norteamericana y el conflicto cubano, Cánovas se sostenía irreducible, y fué preciso que interviniera lo providencial. En agosto caía Cánovas del Castillo bajo el plomo anarquista, y ese suceso determinó la vuelta al poder del Partido Liberal, presidido por Sagasta.

Ahora ha de verse hasta dónde era efectiva o efectista la buena fe del Gobierno norteamericano.

Al ocupar el poder Sagasta decretó la destitución de Wéyler y nombró en su lugar, el día 9 de octubre de 1897, al general Ramón Blanco, marqués de Peña Plata y pacificador de la Guerra Chiquita.

La autonomía.—El Gobierno español, del que era ministro de Ultramar don Segismundo Moret, decretó la autonomía para Cuba y Puerto Rico, dando plenos poderes para su implantación al Gobernador de Cuba.

Blanco, de acuerdo con ese decreto, constituyó el Gabinete autonomista en la siguiente forma: Presidente, José María Gálvez; secretario de Hacienda, Rafael Montoro; de Gracia y Justicia, Antonio Govín; Instrucción Pública, Francisco Zayas; Agricultura, Laureano Rodríguez; Obras Públicas, Adolfo Sáenz Yáñez; Presidente de la Cámara de Diputados, José A. del Cueto; Presidente del Senado, José Bruzón.

Asamblea de La Yaya.—El Consejo de Gobierno Revolucionario se reunió, a su vez, en La Yaya (Camagüey), votó la Constitución y eligió sus componentes del siguiente modo: Presidente, Bartolomé Masó; Vice, Domingo Méndez Capote; secretario de Hacienda, Ernesto Font Sterling; Relaciones Exteriores, Andrés Moreno de la Torre; Interior, Manuel R. Silva; Guerra, José B. Alemán.

Labor del Gobierno autonomista y error de España.—El día 1º de enero de 1898 dió principio a sus funciones legales el Gobierno autonomista, y entonces ocurrió lo insólito, lo inexplicable. Al comenzar ese Gobierno sus tareas se vió que comenzaba frente

a los insurrectos y en divorcio con los españoles. El elemento intransigente español no quería resignarse a la aceptación de hechos consumados que lo relegaban a segundo término.

En lo que se refiere al elemento revolucionario, éste hizo bien en no aceptar la autonomía como fué planteada. El Gobierno metropolitano y su representante en Cuba, general Blanco, por error o intencionalmente, plantearon la cuestión de un modo que ni podía ni debía dar fin a la guerra.

Al plantearse el problema se llamó a los antiguos autonomistas y se prescindió por completo de los que con su actitud y sacrificio obligaron a la implantación de la autonomía. No se quiso reconocer derecho de vencedores a los revolucionarios; no se les reconoció siquiera derecho de beligerantes, y el decoro de ellos no podía aceptar las cosas así planteadas.

Más aún: haciendo caso omiso del Consejo de Gobierno Revolucionario, no queriendo transigir ni pactar con la Revolución, se quiso denigrarla por el soborno y la infamia, por la dádiva y la oferta a elementos aislados. Se continuó peleando con los revolucionarios, porque lo que se quería era atomizar la Revolución, aunque a otros elementos ajenos a ella se les concediera lo que sólo ella había obligado a dar.

Se empleó el dinero dentro del campo revolucionario, haciendo que hombres como Juan Masó Parra y otros *se acogieran al beneficio de la autonomía, alcanzada por sus trabajos y sacrificios, para que ese beneficio les viniera de manos de quienes en la hora necesaria o permanecieron quietas o ayudaron al contrario.*

¡Mal consejera es la soberbia! Procediendo como lo hizo Blanco al prescindir de la Revolución, sólo podía obtenerse que, herida la dignidad de los rebeldes (que lo eran por exceso de dignos), respondieran al manejo autonómico con solemne protesta, y que el Consejo de Gobierno y el Jefe del Ejército dieran las más *saveras órdenes contra los pretendientes de sumisiones y presentaciones*, calificando

a esos pretendientes como espías, y por lo tanto, sujetos a las leyes de la Revolución.

Por eso cuando el comandante Joaquín Ruiz, equivocando el concepto de la amistad, pretendió obtener de Néstor Aranguren la sumisión a la autonomía, pagó con la vida su error.

La Revolución no podía pactar con la Autonomía porque España no quiso. Esa es la verdad. El elemento integrista español, dando el nombre de patriotismo a lo que no era más que egoísta deseo de predominio para el más rápido acrecentamiento de riquezas, había sido causa principal en todos los tiempos de la protesta cubana y del odio que al fin llegó a existir como consecuencia de ese bastardo deseo.

¡Necios los gobernantes y necios los integristas! Unos y otros no vieron que bajo la presión de su soberbia herida lo que hicieron fué dar pretexto para la intervención norteamericana. Los primeros, por no querer llegar en proposición alguna decorosa a los directores de la Revolución, y los segundos, porque con sus actos de protestante españolismo en rabioso, inútil y extemporáneo alarde, promovieron disturbios y motines con que sólo lograron preparar la entrada en el puerto habanero del acorazado *Maine*.

Los voluntarios; motines en la Habana.—Los voluntarios, aquellos célebres voluntarios que en vez de ir a pelear con el mambí en Las Guásimas y Ceja del Negro, habían figurado siempre en toda función de escándalo y conflicto, pero jamás en función alguna de guerra; que sólo sabían lucir el uniforme en paradas, repitieron una vez más su ya viejo procedimiento, y al implantarse la autonomía, recorrieron las calles habaneras dando salvajes vivas a Wéyler, nmeras a la autonomía y a Blanco, y como final, llegaron al acto heroico de asaltar frenéticos las imprentas de "El Reconcentrado", "La Discusión" y "Diario de la Marina", periódico éste último de un españolismo indiscutible y que, aceptando la lógica de los acontecimientos, se había declarado partidario de las reformas.

No conformes los voluntarios con lo hecho, y respondiendo a un ciego impulso de intransigencia torpe, amenazaron al Cónsul de los Estados Unidos, general Lee, y a otros norteamericanos residentes en la Habana. Eso dió lugar a la venida del *Maine*.

En España se desconoce la potencialidad americana.—El pueblo español, lo mismo el que residía en Cuba que el de España, vivía en una ciega ignorancia con respecto a la potencialidad de las fuerzas españolas de mar y tierra, y esa misma ignorancia tenía en lo que se refiere a la fortaleza de los Estados Unidos.

Para los españoles, no existía el ejército norteamericano, al que consideraban ejército voluntario, sin disciplina ni nexos alguno eficaz.

En eso tenían hasta cierto punto razón; pero en lo que estaban completamente equivocados era en su apreciación con respecto a la marina de guerra yanqui. Consideraban los buques de guerra norteamericanos muy inferiores a los suyos, y ése fué un error que más tarde pagaron muy caro al reconocer en el terreno de la lucha que el blindaje de los buques españoles era de nula resistencia a la potencialidad de los cañones yanquis; como el blindaje de sus acorazados era perfectamente invulnerable al ataque de los cañones españoles.

El Gobierno americano conocía todo esto y lo callaba cuidadosamente, al paso que los españoles, en su ignorancia, exponían muy alto su creencia, y llegaban al extremo de decir que los norteamericanos eran un rebaño de mercaderes útiles sólo para ganar dinero. Aunque así fuera, en la propia historia de España hay elocuente ejemplo de que los mercaderes también son hombres. Mercaderes eran los flamencos, y Felipe II gastó allí los tesoros del Nuevo Mundo, la juventud española de medio siglo y las energías del Wéyler aquel que se llamó Duque de Alba.

No es extraño que así pensara el pueblo español cuando su propio Embajador en Washington, Dupuy de Lome, escribía una carta a Canalejas en la

que trataba despectivamente al pueblo norteamericano y a su primer magistrado.

El pueblo español no se daba cuenta de que hablando ya de bombardeos y derrotas americanas servía fielmente los deseos del Gobierno yanqui y preparaba los acontecimientos que después habían de desarrollarse. No estaba tan ignorante el Gobierno de Sagasta que desconociera los peligros de un rompimiento; pero no podía oponerse a la opinión nacional, que vivía engañada, y que aun conociendo la verdad, hubiera preferido a cualquiera otra cosa repetir la célebre frase de Méndez Núñez.

En cambio, el Gobierno norteamericano conocía perfectamente el ruinoso estado económico de España, la cantidad y calidad de sus barcos y la condición y alcance de sus cañones, y esperaba el momento en que la uva, ya madura, se desprendiera por su propio peso.

Si España, al relevar a Wéyler y plantear la autonomía, se dirige al Consejo del Gobierno cubano y al general Gómez, en vez de buscar a los viejos autonomistas, quizás hubiera evitado la guerra que luego vino y la vergüenza de la derrota. Por eso, si el pueblo español puede ser culpable para con España de precipitar la guerra con su ceguedad, culpa mucho mayor fué de su Gobierno, que por no ser transigente con la realidad ni tratar decorosamente con los revolucionarios, tuvo que pasar luego por la humillación del Tratado de París, creando además la consecuencia de que Cuba no tenga absolutamente nada que agradecer a España, ni en el calvario de sus guerras ni en el momento de su redención.

Auxilios a los reconcentrados.—Mientras tanto, de los Estados Unidos llegaban recursos para los reconcentrados, recursos que el Gabinete autonomista aceptaba como *cooperación a un fin benéfico*. Por otra parte, el Gobernador Civil de la Habana, Dr. Rafael Fernández de Castro, dedicaba sus constantes y mayores esfuerzos a la alimentación y medicación de aquellos infelices, salvando a muchos que sin su digna y generosa labor hubieran aumentado el triste martirologio.

El teatro de la guerra.—Los españoles, fieles a su consigna de no tratar con la Revolución, se batían en Los Hoyos con el general Gómez; daban alevosa muerte al general Castillo y al coronel Aranguren; peleaban con los hermanos Collazo en Castañeda; contra el general Betancourt en Quintana y loma del Purgatorio, y contra el general García en Tacámara.

Voladura del "Maine".—Pero ya venía acercándose el final de la tragedia.

El 25 de enero entró en la Habana el acorazado *Maine*. El Gobierno norteamericano extremaba sus exigencias a España para que terminara la guerra, y al mismo tiempo se preparaba situando el 6 de febrero, en la Florida, a cuatro horas de Cuba, los acorazados *Massachusetts*, *Indiana*, *Iowa* y *Texas*; los cruceros *Montgomery*, *Detroit*, *Nashvill*, *Brooklyn* y *New York* y los torpederos *Vesubius*, *Porter*, *Dupont*, *Ericson* y *Terror*.

La noche del 15 de febrero conmovió a la población habanera el ruido enorme de una gran explosión. Era el *Maine*, que acababa de volar hundiéndose con él a 257 hombres de su dotación, de 379 marineros y 34 oficiales que la componían.

¿Cómo había sido aquella catástrofe? Nadie podía decirlo, pero el hecho era que el precioso barco había estallado. Su comandante no estaba a bordo; tampoco lo estaban casi todos los oficiales, y nadie pudo explicar lo sucedido.

Corrieron distintas versiones acerca del suceso, y hasta se dijo que había sido un hecho intencional de los españoles. El Gobierno norteamericano nombró una comisión para que reconociera el barco e informara el resultado. El Gobierno español nombró otra comisión. La primera informó que la explosión parecía producida por una mina submarina. La segunda declaró que el hecho había tenido por causa una explosión interior.

Así quedó todo. No se ha podido hallar, ni entonces ni después, el menor indicio para acusar a alguien, pero el suceso ocurrido hizo gran efecto en los Estados Unidos. El pueblo y la prensa se levantaron

en indignada protesta y acusaron a España; el Gobierno norteamericano dispuso la preparación de tropas y barcos, reforzando las fortalezas del Atlántico y preparando pertrechos.

Todo esto se hacía mientras en el terreno de la diplomacia continuaban las relaciones entre ambos gobiernos.

Sigue la lucha.—Seguía entre tanto la misma situación interior. A diario se verificaban presentaciones; pero José Miguel Gómez, Juan Bravo y Alfredo Rego combatían en Cañamabo; Pedro Díaz en Santa Paula; caía el general Vidal Ducasse en la Madama; el coronel Payaso bregaba en Guanaj; los hermanos Collazo se batían en Zanja Conde y Peñalver; Alejandro Rodríguez y Alberto Nodarse resistían en Zanja Cajío; el general Gómez se sostenía en Sancti Spiritus y la guerra arreciaba en Camagüey.

Presentaciones.—Los españoles, fieles a su plan de acabar la Revolución sin transigir, iban poco a poco atrayendo a algunos jefes, para lo que recurrían a todos los medios y recursos.

Blanco se dirige a Gómez.—No era sólo a los jefes secundarios a quienes se pretendía comprar o ganar con ofertas. Se atrevieron hasta con el general Gómez. El día 8 de marzo, el general Pando le envió una carta ofreciéndole el grado de *teniente general* y el mando de un cuerpo de ejército colonial. El General mandó ahorear al emisario y comunicó lo hecho a Pando.

La inminencia de un rompimiento con los Estados Unidos hizo que Blanco acabara por donde debió haber comenzado, haciendo al final lo que no quiso hacer al principio. El día 20 de marzo, convencido ya de que la guerra entre España y los Estados Unidos era un hecho, escribió al general Máximo Gómez la siguiente carta:

General Máximo Gómez, General en Jefe de las fuerzas revolucionarias.

Señor: Con la sinceridad que siempre ha caracterizado todos mis actos, me dirijo a Ud. no dudando por un momento que su clara inteligencia y nobles sentimientos, los que como ene-

migo honrado reconócese, harán acoger mi carta favorablemente.

No puedo ocultar a Ud. que el problema cubano ha cambiado radicalmente. Españoles y cubanos nos encontramos ahora de frente a un extranjero de distinta raza, de tendencias naturalmente absorbentes y cuyas intenciones no son solamente privar a España de su bandera sobre el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano, por razón de su sangre española.

El bloqueo de los puertos de la Isla no tiene otro objeto. No sólo es dañoso a los españoles, sino que afecta también a los cubanos, completando la obra de exterminio comenzada en nuestra guerra civil. Ha llegado por lo tanto el momento supremo en que olvidemos nuestras pasadas diferencias y en que, unidos cubanos y españoles, para nuestra propia defensa, rechazemos al invasor.

España no olvidará la noble ayuda de sus hijos de Cuba, y una vez rechazado de la Isla el enemigo extranjero, ella, como madre cariñosa, abrirá sus brazos a otra nueva hija de las naciones del Nuevo Mundo, que habla su lengua, profesa su religión y siente correr por sus venas la noble sangre española.

General: por estas razones propongo a Ud. hacer una alianza de ambos ejércitos en la ciudad de Santa Clara. Los cubanos recibirán las armas del ejército español. Al grito de ¡Viva España! y ¡Viva Cuba! rechazaremos al invasor y libraremos de un yugo extranjero a los descendientes de un mismo pueblo.

Su affmo. servidor,

Ramón Blanco.

¡Qué grande debió ser el apremio de la necesidad para que el general Blanco escribiera esta carta! Ella es paladina confesión de seculares errores y de viejas injusticias. Blanco no debió escribir esa carta. Todo tiene su oportunidad en la vida, y la oportunidad había pasado ya para esa solución que el General español quería.

Blanco comienza por reconocer el grado militar de su adversario. Lo trata de igual a igual. Ya no es Máximo Gómez el cabecilla de salvajes hordas; ya no es el bandido, y hasta se hace una llamada a sus nobles sentimientos.

La carta, en sí, fué digna, pero llegó tarde. Un acuerdo antes hubiera resuelto el problema cubano con el legítimo triunfo de los revolucionarios, y hubiera evitado el pretexto de la intervención americana, porque el pretexto era la duración de la guerra,

los crímenes de Wéyler y los horrores de la reconcentración. Ahora ya era diferente. Había estallado el *Maine* y el pretexto era directo: el Gobierno americano iría de todos modos a la guerra, y más conociendo la inferioridad de España.

La Revolución no podía hacer pacto alguno con el Gobierno español, porque hacerlo sería exceso de generosidad, y además, dadas las circunstancias especiales del momento, unirse a España significaba correr una aventura de seguro naufragio. Por otra parte, Blanco había implantado la autonomía contando sólo con los autonomistas, y a ellos debió dirigirse, como a ellos atenerse en el momento supremo. Ya era imposible un acuerdo, por oponerse a ello decoro y conveniencia.

Ahora contestaba el general Gómez la carta de Blanco en la siguiente forma:

Señor don Ramón Blanco, General en Jefe del ejército español en Cuba.

Señor: Me asombra su atrevimiento de proponerme "otra vez" términos de paz cuando sabe que ya es tarde y que cubanos y españoles jamás podrán vivir en paz en Cuba. Usted representa aquí una soberanía vieja y desacreditada, y nosotros combatimos por los mismos principios de Bolívar y Washington. Usted dice que pertenecemos a la misma raza y me invita a luchar contra un invasor extranjero.

Yo sólo creo en una raza, la humanidad, y para mí no hay sino naciones buenas y malas. España ha sido hasta aquí mala y los Estados Unidos cumplen hasta estos momentos para Cuba un deber de humanidad y civilización.

Desde el atezado indio más salvaje hasta el rubio inglés más refinado, un hombre para mí es digno de respeto, según su honradez y sentimientos, cualquiera que sea el país o la raza a que pertenezca; cualquiera que sea la religión que profese.

Así son para mí las naciones, y hasta el presente, sólo he tenido motivos de admiración hacia los Estados Unidos. He escrito al Presidente Me Kinley y al general Miles dándoles las gracias por la intervención norteamericana en Cuba.

No veo el peligro de nuestro exterminio por los Estados Unidos a que Ud. se refiere en su carta. Si así fuera, la Historia los juzgará.

Por la presente sólo tengo que repetirle que es ya muy tarde para inteligencias entre su ejército y el mío.

Su atento servidor,

Máximo Gómez.

Esta carta quizás esté un poco dura; pero dura en la forma, que en el fondo se ciñe completamente a los puntos de la anterior. Si contestaba, ¿de qué modo podía hacerlo el general Máximo Gómez?

RESUMEN DEL CAPITULO

El 4 de marzo de 1897 ascendió a la Presidencia de los Estados Unidos William Mc Kinley, quien apremió a España para que terminara la guerra en Cuba y resolviera el problema de la reconcentración.

En agosto cayó Cánovas bajo el plomo anarquista y en España subió al poder el Partido Liberal, presidido por Sagasta. Este hecho determinó el relevo de Weyler, sustituido por el general Blanco, y la implantación de la autonomía en Cuba.

La Revolución, intransigente con toda fórmula que no fuera la de independencia, y no habiendo contado con ella el Gobierno español para plantear la autonomía, celebró la asamblea de La Yaya, ratificó su afirmación de independencia o nada y eligió nuevo Gobierno, presidido por Masó.

Mientras tanto comenzó a actuar el Gobierno autonomista, frente a los revolucionarios y en desacuerdo con los españoles, llegando este desacuerdo al extremo de que los voluntarios, voceros de la intransigencia, provocaron motines y desórdenes, dando lugar con eso a que entrara en el puerto habanero el acorazado norteamericano "Maine" para proteger a los súbditos de su nación.

Con auxilios enviados de los Estados Unidos y mediante los esfuerzos de algunos gobernantes, especialmente del Gobernador habanero, Fernández de Castro, se socorrió a los reconcentrados.

La guerra continuaba sin posibles transigencias; sólo había disminuido en ferocidad.

La noche del 15 de febrero estalló el "Maine", y ese suceso precipitó los acontecimientos, haciendo inevitable la guerra entre los Estados Unidos y España.

Ante la inminencia de esta guerra, Blanco se dirigió a Máximo Gómez pidiéndole inteligencias, a lo que contestó este rechazando todo acuerdo, por tardío e injustificado ya.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Coméntense las causas que pudieron hacer volar al "Maine".

¿Por qué los intransigentes españoles no estuvieron conformes con la autonomía?

Hágase un comentario de las cartas de Blanco y Máximo Gómez.

CAPITULO XLVI

PERIODO REVOLUCIONARIO

La cuestión del "Maine" en pie.—Labor revolucionaria.—El conflicto se agrava; fin de la reconcentración; armisticio.—La "Joint Resolution".—Ultimátum; comienzan las hostilidades.—Sampson en busca de Cervera, que entra en Santiago.—Cubanos y norteamericanos de acuerdo.—Desembarco de los norteamericanos en Cuba.—Los "Rough Riders".—Combate del Caney.—San Juan.—Sitio de Santiago.—Combate naval de Santiago; Cavite.—Rendición de la plaza.—Desaire al general García.—España pide fórmulas de paz.—El Protocolo.—Tratado de París.

La cuestión del "Maine" en pie.—Seguía en pie la cuestión del *Maine*. El Cónsul Lee pidió al general Blanco autorización para volar los restos del buque, a lo que no quiso acceder el General español. La petición parece, cuando menos, rara. Si España era culpable, la prueba estaba allí; y si no lo era, volando los restos, ¿cómo defenderse luego de una acusación?

La extraña petición de Lee y la digna negativa de Blanco no son por cierto pruebas en contra de España.

Labor revolucionaria.—En lo demás, las cosas seguían su curso. El Gobierno autonomista desenvolvía su programa y efectuaba elecciones para diputados a Cortes, resultando electos veintiún autonomistas y nueve conservadores.

La Revolución seguía su marcha, decayendo algo en las provincias occidentales, pero pujante en las orientales y especialmente en Santiago, donde el general García atacaba a Guamo; se combatía en Cayamas, Nabruga, Monte Oscuro, Aguacatonos y Buenaventura, y desembarcaba la expedición de Lechuga, conducida por Emilio Núñez, que poco después conducía la de Enrique Regueyra.

El General en Jefe se sostenía en Las Villas, secundado por Carrillo; allí también se distinguía por sus dotes de organizador y valiente el general José de Jesús Monteagudo, a quien auxiliaba el también valeroso general Gerardo Machado.

El general Gómez, con el fin de activar las operaciones en la Habana, nombró para la jefatura del Quinto Cuerpo al general Mario García Menocal.

El conflicto se agrava; fin de la reconcentración; armisticio.—Mientras tanto, el pueblo norteamericano y el pueblo español, cada vez más excitados, habían llevado las cosas a un verdadero estado de guerra moral, en que tomó parte la prensa de ambos países.

Los españoles residentes en Cuba abrieron una suscripción para la compra de un barco de guerra. En el Senado yanqui se discutía la conveniencia de ir a la guerra; y se repetían las conferencias entre Mr. Wodford, ministro norteamericano en Madrid, y el Gobierno español.

Blanco publicó un bando derogando el de reconcentración, y trataba por todos los medios de atraerse a los revolucionarios. Al fin, autorizado por su Gobierno, decretó un armisticio.

La "Joint Resolution".—La situación entre España y los Estados Unidos había llegado a su mayor tirantez. Era inevitable el rompimiento, porque en él estaban interesados el pueblo y el Gobierno norteamericano.

El 11 de abril, el Presidente Mc Kinley envió un mensaje al Congreso abogando por la intervención armada y pidiendo autorización para poner término a las hostilidades en Cuba, *asegurando el establecimiento de un gobierno capaz de mantener el orden y observar las obligaciones internacionales.*

Reunido el Congreso, después de larga deliberación aprobó la *Joint Resolution* el 19 de abril, cuyo documento, copiado literalmente, dice:

1º—Que el pueblo de la Isla de Cuba es y de derecho debe ser libre e independiente.

2º—Que el Gobierno de España renunciará a su autoridad y retirará sus fuerzas terrestres y navales de Cuba.

3º—Que el Presidente de los Estados Unidos utilizará las fuerzas terrestres y navales de la Nación para llevar a efecto estas resoluciones.

4º—Los Estados Unidos niegan toda intención de ejercer soberanía sobre dicha Isla y afirman su determinación de dejar el gobierno de la misma a su pueblo.

Ultimátum; comienzan las hostilidades.—Esta resolución conjunta fué firmada por el Presidente el día 20 y enviada el 21 al ministro en Madrid, quien la presentó en forma de ultimátum al Gobierno español, que contestó dándole sus pasaportes.

Rotas las relaciones diplomáticas entre ambas naciones, la guerra era ya un hecho.

El 22 por la tarde, la escuadra norteamericana al mando del almirante Sampson se presentó en aguas de Cuba, y quedaron bloqueados los puertos del litoral N. entre Bahía Honda y Cárdenas, y el de Cienfuegos al Sur.

El ejército regular norteamericano, al declararse la guerra, fué elevado a sesenta mil hombres, y el día 23, por medio de una proclama presidencial, se llamó a las armas a ciento veinticinco mil voluntarios, cantidad que se elevó el día 25 a doscientos mil hombres.

El día 27 fué cañoneada Matanzas por el crucero *New York*.

Una parte de la escuadra norteamericana vino a Cuba para establecer el bloqueo y combatir a los buques españoles, y otra parte marchó al Pacífico, a las órdenes del almirante Dewey.

España, por su parte, al ser ya inevitable la guerra, ordenó que los barcos de que podía disponer partieran para Cuba a las órdenes del almirante Cervera. Bien sabía él que todos los buques españoles eran vulnerables para los cañones de los acorazados norteamericanos, y que en cambio, las corazas de éstos resistirían impunemente el fuego de los cañones españoles.

Cervera sabía que más que a combate iba a una cacería en que le tocaba el papel de res; pero su de-

ber era obedecer, y al frente de los acorazados *María Teresa*, *Oquendo* y *Vizcaya*; el crucero *Colón*, cuyos grandes cañones aún estaban sin montar y los torpederos *Furor*, *Terror* y *Plutón*, se hizo a la mar.

El 29 de abril la escuadra española cruzó por Cabo Verde y el 12 de mayo estaba en Martinica.

El día 11 los norteamericanos bombardearon a Cárdenas y trabáron combate con el cañonero *Antonio López* y la lancha *Ligera*.

Sampson en busca de Cervera, que entra en Santiago.—El almirante Sampson bombardeó a San Juan de Puerto Rico, y creyendo que Cervera habría de dirigirse a la Habana, se situó frente a este puerto. Con noticias de que la escuadra española estaba en Martinica, salió para Cayo Hueso y destacó al comodoro Schley con los buques *Iowa*, *Massachusetts*, *Brooklyn*, *Texas*, *Castine*, *Scorpion* y el carbonero *Merrimac*, para que fuera a Cienfuegos, y si no estaban allí los buques españoles, se situara frente a Santiago. Schley cumplió la orden. Al dirigirse a Santiago, se le unieron el *Yale*, el *Minneapolis* y el *St. Paul*, que no tenían noticias del enemigo.

Schley se dirigió a Cayo Hueso, y en ese intervalo, Cervera, burlando la vigilancia de la escuadra norteamericana, entró en el puerto de Santiago el 19 de mayo.

La entrada de Cervera en Santiago fué como un gran acontecimiento para los españoles, y comenzaron a soñar con grandes cosas. El único que no se hacía ilusiones era el Almirante español, que conocía perfectamente la inferioridad de sus unidades navales. El sabía que iba al sacrificio, y entró en Santiago como en un refugio, para retardar lo que sabía seguro desastre.

Una vez cerciorado Sampson de que Cervera estaba en puerto, situó sus barcos de modo que no pudiera salir sin combate, y pensando que mejor todavía que una pelea sería inutilizar la escuadra española, determinó cerrar la entrada del puerto echando a pique un barco en su canal. Para ello utilizó el carbonero *Merrimac*, vapor casi inservible, propo-

niéndose sumergirlo en el bajo del Diamante, con lo que quedaba Cervera embotellado.

El teniente Hobson se prestó al arriesgado empeño, en que se jugaba la vida, y el *Merrimac* enfiló el canal; pero advertido por las fortalezas del Morro y la Socapa, éstas le rompieron fuego, y el barco, tocado por los proyectiles, se hundió sin que llenara su misión. Hobson y sus compañeros fueron recogidos por los marinos españoles, que aplaudieron aquel rasgo de intrepidez.

Cubanos y norteamericanos de acuerdo.—Mientras en el mar ocurrían los sucesos antes reseñados, veamos lo que ocurría en tierra.

Cuando el Gobierno norteamericano creyó segura la guerra, mandó varios oficiales al campo de la Revolución para obtener la cooperación de los cubanos. El general García se entrevistó con ellos en Bayamo, cuya población habían abandonado los españoles, y envió a su vez al general Collazo y al coronel Charles Hernández a los Estados Unidos para concertar esa cooperación.

El resultado de las entrevistas fué que el general García, autorizado por el Gobierno cubano, había de tener 5,000 hombres dispuestos para operar sobre Santiago con el ejército norteamericano cuando éste desembarcara, y además, situar fuerzas sobre Manzanillo, Guantánamo y Holguín, para distraer las tropas adversarias de aquellos lugares; y por último, que al llegar el ejército norteamericano, el General estaría en la costa Sur, para conferenciar con el jefe de ese ejército. El Gobierno norteamericano, en cambio, envió con el general Joaquín Castillo Duany una valiosa expedición que desembarcó por Banes.

Desembarco de los norteamericanos en Cuba.—El día 20 de junio desembarcaron por el Aserradero el almirante Sampson y el general Sháfter, conferenciaron con el general García, y acordes en que el desembarco de las fuerzas norteamericanas se hiciera por Daiquirí, embarcó el General con los jefes

norteamericanos y 3,000 hombres suyos, dirigiéndose al lugar designado, donde ya estaba el general Demetrio Castillo.

Comenzó la operación y en poco tiempo pisaron tierra cubana 15,000 hombres (22 y 23 de junio).

Al día siguiente, dos escuadrones de "Rough Riders" y dos de caballería regular, mandados los primeros por el coronel Leonardo Wood y los segundos por el general Wheeler, apoyados por la brigada del general Castillo, se dirigieron a Siboney, que los españoles abandonaron, replegándose sobre Sevilla, hostilizados por los cubanos de Baconao.

Los "Rough Riders".—Eran los "Rough Riders" voluntarios procedentes del Oeste, hombres rudos, reclutados entre cazadores, vaqueros y rancharos, elemento que en los Estados Unidos se denomina con el

nombre de *cowboys*, indiferentes a toda clase de peligros y privaciones, en vida de constante aventura. Entre ellos había algunos indios de pura raza y unos cien jóvenes cultos y distinguidos del Este, que quisieron formar al lado de aquellos otros, ávidos de emociones fuertes. Los mandaba un médico, el coronel Leonardo Wood, que demostraba notables condiciones para tal puesto y que tenía como segundo al teniente coronel Teodoro Roosevelt.



General Leonardo Wood

Combate del Caney.—Marchando norteamericanos y cubanos por el camino de Santiago, al llegar a las Guásimas fueron agredidos por nutrido fuego de fuerzas españolas apostadas allí. Desalojado el ene-

migo, se estableció campamento hasta el 26, que incorporados todos, marcharon sobre el Caney.

Era el Caney uno de los puntos avanzados de las defensas de Santiago. Sus posiciones consistían en un fuerte y varios fortines, guarnecidos por mil hombres a las órdenes del general Vara del Rey.

Comprendiendo el general Sháfter la necesidad de tomar el Caney para caer luego sobre la loma de San Juan, ordenó que su segunda división (ocho mil hombres mandados por los generales Lawton, Chaffee y Ludlow) tomara por asalto la posición.

La orden era más fácil de dar que de cumplir con un opositor como Vara del Rey, que a pesar de su inferioridad numérica respondió al ataque tenaz y violento con una resistencia heroica. Los norteamericanos pudieron entrar en el Caney después de nueve horas y cuando había caído la mitad de sus defensores, entre ellos el bizarro General, cuyo cadáver recogieron sus adversarios, para tributarle los honores que merecían su grado y su valor.

San Juan.—El día 1° de julio se verificó el combate de la loma de San Juan, atacada por 6,000 hombres. Allí se distinguieron notablemente los "Rough Riders" mandados por Roosevelt, que en intrépida carga asaltaron la posición en lucha cuerpo a cuerpo, ganando y perdiendo terreno repetidas veces, hasta que al fin los españoles cedieron más al número que al valor, retirándose a Santiago.

Sitio de Santiago.—Ya estaba expedito el camino sobre Santiago, y con la toma del Caney y de San Juan quedó establecido el sitio, ocupando el general García la línea de asedio por el Oeste, teniendo al mismo tiempo destacados al general Pérez sobre Guantánamo; el general Feria sobre Holguín; al general Ríos sobre Manzanillo y al general Estrada sobre el camino de Bayamo, cubriendo los norteamericanos el resto del asedio.

Combate naval de Santiago; Cavite.—Establecido el sitio, la situación de la plaza se hizo tan difícil,

que el general Blanco ordenó a la escuadra salir del puerto. Había llegado el momento de la eacería, y el almirante Cervera, convencido de ello, pero decidido al sacrificio, dió la orden de zarpar, y en la mañana del 3 de julio aquella débil escuadra que corría a su destrucción enfiló el canal para ir a hundirse en el mar.

Abrió la marcha el *María Teresa* enarbolando la insignia almirante, detrás el *Vizcaya*, luego el *Oquendo*, y por último los detroyers *Furor* y *Plutón*.

La escuadra pudo salir del Morro sin opositores y navegó al Oeste pretendiendo escapar. ¡Inútil empeño! La poderosa flota contraria estaba allí. El *Brooklyn* y el *Iowa* cayeron sobre el *María Teresa*. Dos gruesos proyectiles tocaron en su casco y el buque se hundió. El *Oregon*, el *Indiana* y el *Iowa*, éste ya libre, se lanzaron sobre el *Oquendo*, que en un momento fué destrozado por las tres poderosas máquinas. El *Furor* y el *Plutón* cayeron de igual modo, hundiéndose el primero y estrellándose el otro en la costa.

El *Vizcaya* y el *Colón* forzaron sus máquinas para salir del cráter volcánico. Tras ellos fueron el *Texas*, el *Brooklyn* y el *Oregon*, cuyos proyectiles incendiaron al *Vizcaya*, que fué a embarrancar en el Aserradero.

El *Colón*, de más andar, hubiera podido salvarse, pero no llevaba carbón y su comandante lo arrojó sobre la costa a toda máquina, para hundirlo destrozado.

Acababa de consumarse el sacrificio. Todos los barcos habían perecido sin que uno solo se rindiera. Los marinos norteamericanos recogieron a los naufragos en el mar, mientras los cubanos, en la costa, hacían igual con los que a ella arribaban, procurando unos y otros tener para los infortunados marinos españoles todo género de atenciones y respeto.

Murieron 323 marinos y 151 salieron heridos. El almirante Cervera, despreciado por el plomo y por el mar, cayó prisionero de los cubanos, que lo recogieron en la costa.

Con resultado semejante efectúose el combate de

Cavite, entre la escuadra americana de Dewey y la española del Pacífico al mando del almirante Montojo. La misma ventaja en una y otra parte, tenía que producir iguales consecuencias.

Rendición de la plaza.—Destruída la escuadra de Cervera y en poder de los norteamericanos el pueblo del Caney y la loma de San Juan, la situación de Santiago se hizo insostenible, a pesar del refuerzo de 3,000 hombres que logró meter en la plaza el general Escario, después de porfiada brega con el general cubano Estrada.

Por estar herido el general Linares se hizo cargo del mando el general Toral. Sháfter intimó la rendición el día 3, lo que rechazó Toral, obteniendo que antes de comenzar el bombardeo, advertido por el General norteamericano, salieran de la plaza sitiada los súbditos de su nación, los no combatientes, las mujeres y los niños. Más de 20,000 seres en enorme y triste éxodo abandonaron la población y se refugiaron en el Caney.

El día 9 repitió Sháfter su intimación, a lo que contestó Toral que estaba dispuesto a abandonar a Santiago y retirarse con sus tropas hacia Holguín. Negada esta proposición, comenzó el bombardeo por los buques de la escuadra.

El general Miles había llegado ya con nuevas fuerzas de desembarco, y entonces Toral entabló negociaciones para la rendición. Concedida una tregua el día 12, los generales Miles y Toral acordaron unas bases que remitidas a Madrid y aprobadas por el Gobierno de Sagasta, firmáronse en definitiva como capitulación, el día 16 de julio.

La rendición se efectuó el 17, tomando los norteamericanos posesión de Santiago y de toda la provincia.

Desaire al general García.—Ya estaba todo consumado y entonces resultó lo que menos podía esperarse.

El ejército cubano había contribuído de un modo eficaz al éxito de la jornada, rivalizando con el otro en disciplina y superándolo en valor. El General en

Jefe, activando las operaciones en los otros escenarios, había sostenido en jaque numerosas fuerzas enemigas, y el Gobierno había prestado todo su apoyo moral y material a los norteamericanos.

Y como pago de todo eso, cuando llegó el momento de entrar en la plaza conquistada por todos, el general Miles negó la entrada al ejército cubano, alegando para ello que el General español lo pidió así y que podían ocurrir conflictos y rozamientos.

El general García, herido en su dignidad y en la de sus valientes soldados, ordenó a las fuerzas de su mando que fueran a cubrir sus respectivas zonas, y envió la dimisión de su cargo al Gobierno, escribiendo al general Sháfter una digna y levantada carta, como protesta de la injusta preterición de que se hacía víctima al ejército cubano. No podía hacer otra cosa, y cumplió con su deber.

España pide fórmulas de paz.—La guerra tocaba a su término, Las escuadras españolas destruídas en Santiago y Cavite; Filipinas dominada por la revolución y asediada por los norteamericanos; Puerto Rico perdido o poco menos; Cuba aislada de todo socorro español y libres sus costas para el desembarco en ellas de las tropas norteamericanas; la escuadra de Wetson lista para caer sobre los puertos españoles de la Península. . . ¿Qué más podía esperarse?

No era posible resistir más tiempo. Continuar no era ya la derrota, era la ruina total, y el Gobierno español, por medio del Embajador francés en Washington, preguntó al Gobierno norteamericano "si no habría bases de inteligencia para dirimir la contienda por medios distintos del empleo de las armas".

Mucho debía costar a España tal petición, que sólo dictaba la enormidad de su derrota y desgracia.

El Presidente Mc Kinley contestó "que estaba dispuesto a ofrecer a un adversario tan valiente generosas condiciones de paz". Estas fueron las siguientes:

1^ª—La renuncia por España de toda pretensión a soberanía o a sus derechos sobre Cuba, y la inmediata evacuación de la Isla.

2^ª—La evacuación inmediata de Puerto Rico y demás posesiones españolas en las Indias Occidentales, así como la cesión, en las Ladronas, de una isla que los Estados Unidos designarían.

3^ª—Ocupación de Manila por los norteamericanos, hasta la conclusión de un tratado de paz en que se determinara el control de Filipinas.

No podían ser *más generosas* esas bases. Querer más no era posible, a menos que se pidiera todavía un puerto peninsular, porque sólo quedaba a España la península ibérica y sus posesiones de África.

En la base sobre Cuba no se aclaraba *situación futura*, y eso debió constar, porque tal omisión hace suponer que si los Estados Unidos no hubieran dicho al mundo que intervenían en Cuba por humanidad, Cuba corre la injusta suerte de Puerto Rico.

La petición enorme del Gobierno norteamericano asombró al Gobierno español, y si hubiera tenido una sola esperanza de éxito, continúa luchando; pero el destino imponía a España una expiación y había que resignarse a pasar por las horecas caudinas.

El Protocolo.—Obligada por las circunstancias, firmó España el Protocolo de la paz el día 12 de agosto de 1898, y señalada la ciudad de París como lugar de cita para convenir el Tratado, fueron suspendidas las hostilidades.

Por el artículo 4^º del Protocolo se dispuso que ambos gobiernos nombraran comisionados para que intervinieran en los detalles de la evacuación.

En septiembre dió comienzo a sus trabajos esa comisión, representando a los Estados Unidos los generales Butler y Wade y el almirante Sampson. Por España fueron comisionados el general Jiménez Castellanos, el almirante Manterola y el marqués de Montoro.

Tratado de París.—El 1^º de octubre se reunieron en la capital de Francia los delegados españoles y

norteamericanos, y terminaron el 10 de diciembre el Tratado de París.

RESUMEN DEL CAPITULO

La cuestión del "Maine" se mantenía en pie, mientras el Gobierno autonomista desenvolvía sus planes de administración; Blanco decretaba el fin de la reconcentración y la guerra se mantenía por ambas partes, a pesar de los esfuerzos del gobernante español por acabarla.

El pueblo norteamericano, excitado por la prensa, protestaba de la voladura del "Maine" culpando a España. El Presidente de los Estados Unidos, con el beneplácito de su pueblo, lanzó la Resolución Conjunta de 19 de abril de 1898, presentando como consecuencia un ultimátum a España, y al rechazarlo ésta, estalló la guerra entre ambas naciones.

Con gran rapidez se desarrollaron los sucesos en esta contienda, en la que todas las ventajas estaban a favor de los Estados Unidos.

De acuerdo norteamericanos y cubanos, desembarcaron en Cuba fuertes contingentes de aquellos, y actuando activamente unos y otros, fueron vencedores en los combates de Caney y San Juan, para caer sobre Santiago de Cuba, que tras corto asedio se rindió, a raíz de los combates navales de Santiago y Cavite, que fueron dos completas victorias para la marina de guerra norteamericana.

Ante tantos desastres y sin posibilidad alguna de éxito, España pidió la paz, que se efectuó al fin por el Tratado de París, perdiendo España todas sus posesiones coloniales, que pasaron a poder de los Estados Unidos, con excepción de Cuba.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que en abozan las secciones del capítulo y los siguientes:

Reséñese la cooperación del ejército cubano en esta guerra.

¿Por qué el Gobierno español ordenó a la escuadra de Cervera la salida de Santiago?

Disértese acerca de la conducta del almirante Cervera.

CAPITULO XLVII

PERIODO REVOLUCIONARIO

Renuncia de Blanco.—Actitud del general Máximo Gómez.—Actitud del Gobierno cubano.—Asamblea de Santa Cruz.—Muerte del general García.—Evacuación española.—Comienza la reconstrucción.—Labor del Gobierno interventor.—El general Gómez persiste en su actitud; situación del ejército cubano.—Continúa la labor interventora.—Aniversario del nacimiento de Martí.—Comisión a Washington.—Entrada del Ejército Libertador en la Habana.—Violenta actitud de la Asamblea.—Protestas; manifiesto del general Gómez.

Renuncia de Blanco.—El momento penoso para los españoles de evacuar a Cuba iba acercándose, y no queriendo el general Blanco pasar por esa dolorosa humillación, entregó el mando al general Jiménez Castellanos.

Actitud del general Máximo Gómez.—La conducta equívoca del Gobierno norteamericano no concretando de modo explícito la situación política de Cuba, origen y base, según él, de su guerra con España; el desaire hecho al ejército cubano, no permitiéndole entrar victorioso en Santiago de Cuba, y la actitud que asumían los norteamericanos en las poblaciones que ocupaban a medida que las evacuaban los españoles, hicieron que el general Máximo Gómez, defensor celoso de la personalidad cubana, en vez de buscar merecido descanso, permaneciera con sus huestes arma al brazo, interrogando al horizonte y dispuesto a repetir la bélica jornada si el aliado que creyó sincero pretendía, manchando su honor, agregar una estrella más a su ya numerosa constelación.

El viejo caudillo se retiró al central Narcisa, en Yaguajay, rodeado por sus abnegados compañeros de armas, a esperar allí los acontecimientos.

Actitud del Gobierno cubano.—El Gobierno cubano, por su parte, llamó desde Santa Cruz del Sur a las más altas personalidades de la Revolución. Allí expuso el general Masó la situación; se trató de la rara actitud del Gobierno yanqui; se convocó a una asamblea, y ante ella, resignó sus poderes el Presidente de un Gobierno con el que contó el aliado para declarar la guerra a España y para hacer la campaña de Cuba, y del que prescindió una vez obtenido el triunfo.

Asamblea de Santa Cruz.—Constituída la asamblea de Santa Cruz, fué ella, por renuncia del Gobierno, el organismo máximo de la Revolución, y acordó trasladarse a la Habana y nombrar una comisión que fuera a Wáshington y procurara diafanizar el obscuro presente.

Presidente de la comisión a Wáshington fué designado el general Calixto García, y eran los otros comisionados Gonzalo de Quesada, el general José Miguel Gómez y el Dr. José Antonio González Lanuza.

Muerte del general Calixto García.—La comisión a Wáshington fué el último servicio que a Cuba prestó aquel espíritu fuerte que se llamó Calixto García. El aire helado del Norte puso fin a una vida que ni el plomo, mil veces, ni la propia diestra en desesperado esfuerzo pudieron arrancar.

El pueblo y el Gobierno norteamericano hicieron extraordinarios y merecidos honores a su cadáver, que embalsamado, un buque de guerra de aquella nación trajo a la tierra de sus amores.

Evacuación española.—El día 1º de enero de 1899 señala en la historia de América fecha de recordación eterna. Ese día se rompió definitivamente el último eslabón de una cadena que pesó cuatro centurias sobre el Nuevo Mundo, desde el día en que el genio de Colón pudo decir ¡Eureka! hasta el momento en que de la fortaleza habanera del Morro descendía el pabellón de España.

Pero no era el pabellón cubano el que se izaba a su vez. Un factor extraño había intervenido en el duelo, cortaba el nudo que unía a opresores y oprimidos y enarbolaba su enseña como signo de dominio. En los gritos de alegría del pueblo, el ruido de los cohetes y la explosión delirante de los corazones, había como una sombra de tristeza indefinible, como una interrogación en el espacio, como una pregunta de dolor y de esperanza que se hacía al porvenir.

Aquella bandera, que no era cubana, ¿hasta cuándo habría de permanecer izada?

Comienza la reconstrucción.—Ya que no se había constituido la patria, era preciso reconstruir el hogar. Era preciso levantar sobre las ruinas desoladas la riqueza de ayer. Los campos estaban yermos. Las campesinas chozas habían desaparecido. Hasta las aves, que antes alegraban la selva con la armonía de su canto, habían muerto o buscado en otras tierras hospitalario asilo. Sólo las palmas, siempre altivas, desafiadoras y orgullosas, murmuraban su canción eterna...

Comenzó la obra de reconstrucción, y tuvo Cuba la suerte de que el Gobernador Militar, general John R. Brooke, fuera modelo por sus condiciones personales y dotes de gobernante.

Era necesario sobre todo salvar los restos familiares de la reconcentración. Para ello había que fomentar el cultivo de los campos abandonados y proteger el tráfico comercial. Después, amparar el ejercicio de todos los derechos; interesar la cooperación de todos los habitantes del país en la obra de reconstrucción, para obtener así que Cuba, de una manera pronta y efectiva, recuperara su pérdida riqueza y vinieran días de paz y bienestar. Todo eso había que hacerlo y a ello se dedicó con enaltecedora energía el general Brooke. Es preciso hacer constar que en esa obra todos los habitantes de Cuba, desde el español intransigente de la colonia hasta el más radical revolucionario, apoyaron y facilitaron la gestión del gobernante.

No hubo más que muy contados casos de vengativo encono, y con una ejemplar cordura, todos comenzaron la labor, para apurar el momento en que, por haberlo merecido, cesara la intervención.

Mucho había que hacer; más que eso: había que hacerlo todo. La administración española siempre se distinguió por su abandono, y especialmente en sus últimos tiempos. La higiene pública jamás había sido motivo de preocupación, a pesar de que ese abandono hacía más daño al peninsular que al insurrecto. La instrucción pública era casi nula. Existían muy pocas escuelas, con profesores tan pésimamente pagados, que no hubie an podido vivir sin los alumnos de pensión. No había un solo ramo de gobierno que estuviera medianamente atendido, y el interventor acometió la empresa de mejorarlo todo, con fe, entusiasmo y constancia.

Labor del Gobierno interventor.—El Gobierno interventor comenzó por dividir la Isla en seis departamentos, poniendo a su frente gobernadores militares.

Fué nombrado Jefe de Policía de la Habana George Mutton, y poco después el general Mario García Menocal. Se dispuso la recogida de armas a particulares, y comenzó la labor de desenvolvimiento del país.

El comercio empezó a levantarse lentamente, y más despacio aún la agricultura, por la dificultad de instrumentos de cultivo y la escasez de ganado.

El general Gómez persiste en su actitud; situación del ejército cubano.—Pero todavía no había calma en el país. Las fuerzas libertadoras permanecían acampadas inmediatas a las poblaciones, unas esperando haberes que se les había prometido; y el general Gómez, que seguía acampado en Narcisca, en situación expectante y con razón receloso del porvenir.

Y no era sólo eso. Aquellos hombres que habían estado luchando tres largos años no podían pensar en reconstrucción de hogares, porque nada tenían, y no debían venir a las poblaciones para ser una car-

ga. Era justo que se les facilitaran recursos con que trocar los utensilios de Marte por los instrumentos de Ceres.

No podían regresar como mendigos los que habían conquistado el título de *libertadores*, y no era suya la culpa si Cuba no era libre e independiente.

Continúa la labor interventora.—El general Gómez se sostenía firme a pesar de las repetidas llamadas de la Asamblea, que denominada del Cerro, por radicar allí, había asumido la representación del Gobierno revolucionario.

Mientras la situación del ejército se mantenía igual, el Gobierno interventor verificaba la constitución y reorganización de ayuntamientos, sustituyendo alcaldes y consistorios autonomistas con elementos revolucionarios. Organizó también el Gobierno civil de Cuba, en la siguiente forma: Estado y Gobernación, general Domingo Méndez Capote; Hacienda, Pablo Desvernine; Justicia e Instrucción Pública, José A. Gonzales Lanuza; Agricultura, Comercio, Trabajo y Obras Públicas, Adolfo Sáenz Yáñez.

Aniversario del nacimiento de Martí.—Llegó el 28 de enero y en ese aniversario del nacimiento de Martí se organizó en la Habana una procesión cívica; se pronunciaron discursos a la memoria del Maestro y se colocó en la casa 102 de la calle de Paula, donde él nació, una lápida con esta inscripción: "José Martí nació en esta casa, el 28 de enero de 1853. Homenaje de los emigrados de Cayo Hueso".

Comisión a Washington.—No era fácil a la co-



Mayor general John R. Brooke

misión que fué a Wáshington llenar su cometido. El Gobierno norteamericano no quería disponer recursos a costa de Cuba y no quería tomarlos de su propio tesoro. Al fin se resolvió a ofrecer tres millones de su fondo especial, y comisionó a Robert P. Pórtter y a Gonzalo de Quesada para que fueran al Narcisca y hablaran con el general Gómez.

Vinieron los comisionados a Cuba y convencieron al General de la buena fe del Gobierno norteamericano y de que debía licenciarse al ejército y aceptar los tres millones, que serían repartidos equitativamente.

Entrada del Ejército Libertador en la Habana.

—El general Gómez, después de conferenciar con Pórtter y Quesada, cablegrafió a Mc Kinley su conformidad con deponer su actitud, y después de recorrer varias poblaciones villareñas y matanceras robusteciendo su prestigio inmenso de la guerra por la situación en que supo colocarse en la paz, se preparó para efectuar su entrada en la Habana.

Este magnífico y solemne acto se efectuó el día 24 de febrero de 1899. Aquélla fué digna entrada de un libertador de todos los tiempos. Balcones y ventanas engalanáronse a porfía para festejar la llegada del héroe de tantas hazañas, del jefe supremo de la epopeya, del caudillo cuyo nombre se murmuraba con los labios y se llevaba en el corazón.

Las calles estaban llenas, centelleantes las miradas, resplandecientes los rostros cuando el viejo General, entre gritos de entusiasmo y aclamaciones de triunfo, arrogante sobre su corcel, en airoso continente, haciendo resaltar en su moreno rostro aquella mirada especial suya, cruzando por entre todo un pueblo que frenético lo aplaudía, llegó al Ayuntamiento para presidir una sesión de honor.

Allí habló, y su voz, abogada por la emoción, fué escuchada con religioso recogimiento. Luego... todos querían estrechar su mano, las mujeres lo besaban, los niños con admirados ojos lo seguían febriles, y el pueblo, ese buen pueblo que siempre por generoso instinto es «apaz de todo lo grande y bello,

signió al caudillo a su regio alojamiento de la Quinta de los Molinos, antigua residencia veraniega de los Capitanes Generales.

La primera salida que hizo el Generalísimo fué para llenar un sagrado deber suyo. Quiso visitar el lugar en que cayeron su heroico Lugarteniente, viejo compañero de penas, bazañas y glorias, y su amado hijo. Ante aquella conmovedora visita, Maceo y Pauchito Gómez debieron sonreír desde el más allá.

Violenta actitud de la Asamblea.—Cuando mayor era la gloria del General; cuando más rodeado se veía por el pueblo cubano; cuando más alta era la admiración que todos por él sentían, la Asamblea del Cerro, en inexplicable e incomprensible momento, acordó la supresión del cargo que en la guerra ejerció el General.

¿Razón? Se expusieron varias, pero sólo hubo una: la Asamblea quería ser considerada como poder supremo de la Revolución, y ni el pueblo de Cuba, ni el Gobierno interventor, ni el General en Jefe reconocíanese poder, y como no podía hacer nada ni contra el pueblo de Cuba ni contra el interventor, despechada se volvió contra el que menos lo merecía, contra el más amado, y el arma lanzada para que diera en el pecho del General se volvió sin tocar en el blanco y fué a caer sobre sus lanzadores.

No es que la Asamblea estuviera loca, ni que la constituyeran almas pequeñas; es que estaba compuesta en su mayor parte por jóvenes de alma grande, patriotas que escribieron la historia de su vida con sangre de sus venas, pero exaltados e impolíticos, sin ecuanimidad suficiente para pensar con asiento y resolver con cordura.

Protesta y manifiesto del general Gómez.—Pero lo hecho al general Gómez no se acordó sin protesta. Los generales Núñez y Monteagudo y los coroneles López Leiva y Carlos M. de Céspedes, el hijo del Mártir de San Lorenzo, votaron en contra, y luego dieron a la publicidad un manifiesto explicando su conducta. El pueblo de toda la Isla protestó, y sólo

hubo uno conforme, uno que encontró bien lo hecho: el general Máximo Gómez, que con fecha 12 de marzo publicó el siguiente hermoso manifiesto:

Al país y al Ejército.—Con las supremas facultades que le son atributivas, la asamblea de Representantes del Ejército acaba de despojarme del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, que me había confiado la Revolución redentora, en cuyo puesto, atento siempre a las inspiraciones de mi conciencia y a las grandes necesidades nacionales, traté en todas las circunstancias de cumplir todo mi deber.

La Asamblea estima como un acto de indisciplina y falta de respeto el que no apoye las gestiones encaminadas a levantar empréstitos de dinero, que pueden comprometer para más tarde los grandes intereses financieros y políticos de Cuba, que yo pienso debe entrar a ejercer su propia soberanía de República, de unión y de concordia, proclamada en el manifiesto de Montecristi y sostenida y mantenida en los campos de batalla, libre de todo compromiso y siempre dejando a salvo el honor nacional.

Esta es la causa primordial de la determinación que respecto a mí persona acaba de tomar la Asamblea. Por lo demás, como hombre sincero, confieso que le quedo agradecido, pues ello me releva de grandes compromisos políticos, a la vez que me deja libre para retirarme a mi hogar abandonado; única aspiración después de treinta años de lucha y brega por la ventura de este país que tanto amo.

Extranjero como soy, no he venido a este pueblo, ayudándole a defender su causa de justicia, como un soldado mercenario; y por eso, desde que el poder opresor abandonó esta tierra y dejó libre al cubano, volví mi espada a la vaina, creyendo desde entonces terminada la misión que voluntariamente me impuse.

Nada se me debe y me retiro contento y satisfecho por haber hecho cuanto he podido en beneficio de mis hermanos. Y en dondequiera que el destino me imponga plantar mi tienda, allí pueden los cubanos contar con un amigo.—**General Máximo Gómez.**—Quinta de los Molinos, 12 de marzo de 1899.

Todos los cubanos debieran conocer de memoria este magnífico documento, y todos nuestros gobernantes pensar en él a menudo. En él se ve la elevación de aquella alma soñadora y grande, que indudablemente no fué ni pudo ser la de un soldado mercenario; se admira la grandeza de sus ideas; su admirable comprensión de nuestro problema político y económico.

Pero lo más admirable de ese escrito es la sencilla majestad con que en sus estrechos límites se hace acabada y fiel reseña de toda una vida dedicada a la liberación de un pueblo.

Colocada la Asamblea en el plano de la irreflexión y de la soberbia, ante la protesta unánime del país, en vez de detenerse, acordó la destitución de Gonzalo de Quesada como Encargado de Negocios de la Revolución en Washington. ¿Motivo? No explicó ninguno, pero el pretexto fué que Gonzalo de Quesada, sin pedir autorización a la Asamblea ni darle explicaciones, se prestó a acompañar al comisionado Pórtier para entrevistarse en Narcisca con el general Gómez.

Después de esto, ya sólo un acuerdo bueno podía tomar la Asamblea. Este acuerdo era disolverse, y así lo acordó después de enviar una comisión a Washington, compuesta por los coroneles Hevia, Villalón y Despaigne.

Los comisionados fueron recibidos fríamente por Mc Kinley, fracasaron en su gestión de obtener un empréstito para la paga del Ejército y regresaron para dar cuenta del mal resultado de su misión.

RESUMEN DEL CAPITULO

Llegada el momento de evacuar los españoles a Cuba, y no queriendo Blanco pasar por esa humillación, entregó el mando al general Jiménez Castellanos.

Ante la actitud indefinida del Gobierno norteamericano, el general Máximo Gómez, situado en el central Narcisca (Villas), se mantuvo reservado, mientras el Gobierno se reunía en Santa Cruz del Sur, renunciaba Masó su alto cargo de Presidente y una asamblea constituida al efecto asumía la dirección y enviaba a Washington una comisión que procurara aclarar el porvenir cubano.

El 19 de enero de 1899 cesó la soberanía española en Cuba, comenzando la obra de reconstrucción, que inició brillantemente el general Brooke. Mientras esta labor se desenvolvía, el general Gómez continuaba en el Narcisca y el Ejército Libertador esperaba que se resolviera su precaria situación.

El Gobierno interventor, por su parte, reorganizaba los ayuntamientos y constituía Gabinete con personal idóneo.

El 28 de enero, aniversario del nacimiento de Martí, se conmemoró solemnemente el suceso.

La comisión enviada a Washington no pudo resolver el problema del porvenir y regresó sin Calixto García, muerto allá. Por su parte, el Gobierno norteamericano envió comisionados al general Gómez, quienes lo convencieron de la buena fe de aquel Gobierno, y así pudo efectuarse la entrada en los pueblos de las fuerzas libertadoras, acto hermoso y brillante que contempló enajenado de gozo el pueblo

de Cuba. Este acto de esperanza y gloria fué ensombrecido por la violenta y especial actitud que asumió la Asamblea de La Yaya (ahora del Cerro) frente al Generalísimo, destituyéndolo de su cargo de General en Jefe, lo que provocó una protesta unánime del país y un admirable manifiesto del general Gómez. Esta lucha terminó con la disolución de la Asamblea, tras la destitución de Gonzalo de Quesada como Encargado de Negocios en Washington y el nombramiento de una comisión para que fuera a los Estados Unidos. Esa comisión fracasó en sus gestiones.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Por qué el general Gómez se colocó en actitud reservada?

¿Qué bandera sustituyó a la española?

Coméntese el manifiesto del general Gómez.

CAPITULO XLVIII

PERIODO DE INTERVENCION

Gobernadores civiles.—Tribunal Supremo de Justicia.—La Guardia Rural.—Licenciamiento del Ejército.—Juzgados Correccionales.—Creación del Consulado español.—Censo de población.—Los restos de los libertadores muertos; Maceo y Gómez Toro.—Los partidos políticos.—Estado de la enseñanza en Cuba al cesar la soberanía española.—Alexis Fryre.—Relevo de Brooke y nombramiento de Wood; reorganización del Gobierno.—El problema de la independencia.—Reforma de códigos.—Reformas en la administración municipal y creación de la Sanidad.

Gobernadores civiles.—El general Brooke desenvolvía mientras tanto su programa de gobierno, inteligentemente secundado por sus secretarios.

Invariable en su plan de ir poco a poco probando la capacidad de los cubanos, nombró a Guillermo Dolz Gobernador de Pinar del Río; a José Miguel Gómez, de Las Villas; a Lope Recio Loynaz, de Camagüey; a Demetrio Castillo Duany, de Santiago. Antes había nombrado Gobernador civil de la Habana a Federico Mora, que llevado más tarde al Tribunal Supremo, fué sustituido por Juan Rius Rivera.

Tribunal Supremo de Justicia.—El día 1º de abril quedó organizado el Tribunal Supremo de Justicia, para el que fueron designados Antonio González de Merdoza, Presidente, y José García Montes, Luis Estévez Romero, Pedro González Llorente, Eudaldo Tamayo, Angel C. Betancourt y Rafael Cruz Pérez, magistrados.

La Guardia Rural.—El bandolerismo, que siempre fué plaga en Cuba, había llegado a constituir un verdadero peligro para vidas y propiedades, especialmente en Oriente.

Para hacer frente a ese peligro se creó la Guardia Rural, cosa que ya venía gestionando el general Gómez, deseoso de dar colocación a hombres de la guerra que por falta de cultura no podían aspirar a puestos de cierta necesaria preparación, y que sin recursos, ostentando altos grados en el Ejército, no podían, al regreso de la jornada libertaria, ir a ganar



General José de Jesús Montengudo

el sustento como braceros. Esos hombres podían ser colocados en una milicia o cuerpo armado, con utilidad para ellos y para la patria; y la Guardia Rural llenó esa necesidad.

Se necesitaba poner frente a ese cuerpo un hombre que reuniera condiciones de valor, astucia y organización, y además cierta cultura, y se encontró todo eso en el general José de Jesús Montengudo.

Licenciamiento del Ejército.—El problema más importante a que había que buscar solución era el del licenciamiento del Ejército. Los hombres que fueron a la guerra no llevaron ni podían llevar la intención de poner precio a su obra; pero esos hombres habían abandonado y perdido todo. Licenciarlos sin recursos era devolverlos a sus hogares para ser una carga más en ellos, y había otra razón poderosa para que eso no se hiciera: el pueblo de Cuba no podía pasar por la vergüenza de convertir su Ejército Libertador en ejército de mendigos. Ni eso podía hacerse sin desdoro, ni ellos podían regresar en tal forma.

Pero, ¿dónde encontrar medios para resolver ese problema? Sólo se disponía de tres millones de pesos que había dado para eso el Gobierno norteamericano; insignificante cantidad para lo que había que hacer.

Entonces se acordó repartir esos tres millones dando a cada soldado o clase 75 pesos. Pero para recibir la cantidad había que entregar el arma con que se hizo la campaña, y de ahí surgió otro conflicto. Parecía que a ese precio se efectuaba la venta del fiel compañero de combate. Eso no podía ser. El fusil con que se disparó en la selva, tras la palma; el que dejó oír su estampido en Peralejo e Iguará; el que atronó los pinares occidentales; el que muchas veces fué arrancado al adversario por el insurrecto inerme en desigual lucha brazo a brazo; el que era muchas veces recuerdo de una hazaña o de un desastre, ¿cómo podía entregarse por 75 pesos cuando su valor era inmenso? Y sin embargo, fué preciso transigir al cabo. Muchos cobraron la cantidad y entregaron el fusil; otros cobraron sin entregarlo; y algunos, ni lo entregaron ni cobraron.

Pero, ¿qué podía hacer o emprender un hombre con 75 pesos? Comprar un traje, vivir unos días y luego . . . quedar igual o peor. Se repartieron los tres millones y el problema quedó en pie.

Juzgados Correccionales.—El general Brooke seguía en su labor de magnífico gobernante procuran-

do atender a todas las necesidades. Una de las más sentidas era la dificultad de corrección en las faltas pequeñas, esas que se denominan de *policía* y que consisten por lo común en riñas y escándalos. Para remedio de eso se crearon las Cortes Correccionales, en las que se hizo célebre, por su originalidad y especial éxito, el capitán Pícher.

Creación del Consulado español.—De acuerdo con el Tratado de París, España adquirió el derecho de sostener consulados en los países que fueron suyos, y en los que, como era natural, quedaron grandes intereses de sus súbditos. Haciendo uso de ese derecho, creó el Consulado de Cuba a mediados del año 1899.

La misión del Cónsul era difícil de llenar, porque recientes aún los recuerdos del pasado, ocurrían con facilidad rozamientos que el Cónsul debía sortear con gran prudencia y calma. Esa misión supo llenarla cumplidamente don José Felipe Sagraño. También es verdad que la cordura cubana se impuso muchas veces a legítimos rencores y agravios.

Censo de población.—La población cubana, mermada con la guerra que acababa de pasar, era desconocida, y comprendiendo el Gobierno interventor la importancia de resolver esa necesidad, dispuso hacer el censo de población de 1899.

Verificado éste y llevado con escrupulosidad exquisita y laudable empeño, se vió que Cuba tenía 1.572,845 habitantes, es decir, 59,842 menos que en 1887. ¡He allí el resultado funesto de la guerra y de la obra malvada de Wéyler! ¡En doce años, la población cubana, en vez de aumentar, había disminuido cerca de 60,000 almas! De ese resultado se deduce la horrorosa prueba de que la reconcentración y la guerra costaron a Cuba lo menos 300,000 almas. Un pueblo que anota en su martirologio la quinta parte de su población merece indudablemente ser libre.

Los restos de los libertadores muertos; Maceo y Gómez Toro.—Había llegado la hora de rendir a los

muerdos en la jornada el piadoso tributo de recoger sus pobres despojos, sepultados por el compañero de armas al pie de la ceiba que sirvió de trinchera en el bosque espeso, despojos que guardó fiel el añoso árbol. Había que recorrer la selva interrogando a la memoria y al paisaje mudo, pensando en el lugar del instante trágico para cavar allí. Había que buscar en la fosa perdida del poblado cementerio al que cayó en el combate y sirvió de trofeo; y al que se desplomó



La tumba de Maceo y Panchito Gómez en Cacahual

junto a la tapia o en el foso frente al cuadro homicida.

Esa fué tarea sagrada en todas partes, y debía comenzar por el punto donde la hecatombe fué mayor, si no por el número, por la calidad de los caídos. El día 17 de septiembre, en peregrinación santa, pueblo, autoridades y compañeros de armas acudieron al Cacahual para hacer la extracción de los restos del gran Maceo y de su heroico edecán.

Allí estaban los preciosos despojos. Pedro Pérez Rivero y sus hijos Leandro, Ramón y Romualdo, habían guardado fielmente el tesoro. Abierta la fosa, los restos del adolescente pino cubrían los del fuerte

roble, como si hasta allí quisieran protegerlos de sacrílegas profanaciones.

El general Máximo Gómez presidía la ceremonia y puso con su presencia sello al acto de guardar aquellos despojos en el mausoleo que desde entonces es lugar de peregrinación patriótica el 7 de diciembre de cada año; día que Cuba ha dedicado al recuerdo de todos los que cayeron por su redención.

Los partidos políticos.—Ya iniciada la vida nacional, debían surgir y surgieron partidos políticos que recogieron la opinión y la condensaron en programas.

Varios grupos se formaron; pero fueron los principales el Partido Nacional, que se fundó en la Habana, y el Republicano Federal, que nació en Las Villas. El primero tenía su más firme sostén en el general Máximo Gómez, y era ahua del segundo el general José Miguel Gómez, que en acciones de guerra había alcanzado uno a uno sus grados en el ejército; había figurado después entre los assembleístas de Santa Cruz, y fué uno de los comisionados a Washington. Acababa de ser nombrado Gobernador de Las Villas, y su figura comenzaba a delinearse con vigorosos tonos.

Al surgir los partidos políticos no podían diferenciar sus programas por ninguno de esos importantísimos problemas que han constituido y constituyen notables diferencias en otros países.

Ni siquiera podía haber divergencia en criterio sobre forma futura de gobierno, porque todos estaban contestes en que ésta fuera la forma republicana.

Con respecto a expresión de sufragio, ambos partidos parecían inclinados a la forma universal.

Sólo había un punto esencial de separación, y éste era si la República sería unitaria o federal; si debía tener cuerpos representativos y si era conveniente o no el sistema parlamentario.

Los mismos Estados Unidos, que al dar gobierno propio a Cuba debían buscar y buscaban la mejor garantía para ellos evitando toda futura posibilidad de peligro a sus intereses, no habían podido aún hacer

juicio en esta cuestión, esperando que lo conveniente surgiera de ensayos que se proponían hacer.

Con respecto a la *independencia*, parecía despejado el horizonte, a juzgar por el mensaje de Mc Kinley al Congreso, de fecha 5 de diciembre, en el que patentizaba buena intención por parte del Gobierno norteamericano.

En este punto parecían ya desvanecidas las dudas. Además de las declaraciones de Mc Kinley, todos los actos del Gobierno interventor eran buenos; resplandecía en ellos honradez, justicia y discreción, y como complemento, para inspirar más confianza, el Gobierno ponía especial empeño en difundir la cultura, y no se ilustra a los pueblos que se quiere esclavizar.

Estado de la enseñanza en Cuba al cesar la soberanía española.—Al cesar la soberanía española, había en Cuba 904 escuelas públicas. El Gobierno interventor dedicó preferente atención a esa importante rama. El año 1900 las escuelas públicas se elevaron a 3,567. ¡Enorme diferencia de 2,663 aulas!

Alexis Fryre.—La Superintendencia General de Escuelas fué confiada a Mr. Alexis Fryre, y la deuda mayor de gratitud de Cuba es la que tiene contraída con ese hombre excepcional.

No fué fácil la tarea que se impuso. Crear 2,663 aulas más era buscar igual número de maestros, y no se busca un maestro lo mismo que un jornalero. Sin embargo, las aulas se crearon: se improvisaron educadores. La constancia, el celo y un gran amor a la obra impuesta hicieron que aquel hombre resolviera fácilmente lo que parecía imposible, y que el más perdido hogar de la campiña cubana tuviera cerca la escuela.

Mr. Fryre no cobró jamás un sueldo, ni quiso otra remuneración que el orgullo de su obra y el derecho a la gratitud eterna de Cuba. Gratitud que por cierto aún no ha sido manifestada, ni siquiera con la más insignificante prueba de recordación.

Así se multiplicaron las escuelas cubanas y se

hicieron los primeros maestros, dándoles luego tiempo para prepararse y demostrar en sucesivos exámenes su progreso pedagógico y su amor a la patria; amor significado en la escuela, que es el campo de batalla del patriota, que es la única base del progreso de los pueblos.

Relevo de Brooke y nombramiento de Wood: reorganización del Gobierno.—El día 13 de diciembre de 1899, el gobierno norteamericano dispuso el relevo del general Brooke, nombrando para sucederle al general Leonardo Wood.

Satisfecho podía marchar el digno gobernante; había cumplido con su deber, y se llevaba el cariño y el respeto de los cubanos.

¿Cuál fué la causa de ese relevo? Brooke había sido un gran gobernante; pero no era un hábil político, y el Gobierno



Alexis Fryre

norteamericano necesitaba un hombre que, penetrado de sus intenciones con respecto a Cuba, supiera desenvolverse dentro de ellas.

Ya se conocía que el Gobierno de Mc Kinley sostenía su declaración hecha ante el mundo de que Cuba sería libre. El pueblo norteamericano así lo deseaba; el pueblo cubano había sabido pelear por ser libre y estaba probando con sus actos que podía serlo. Había una formal promesa de sinceridad y justicia; pero, ¿hasta dónde debía llegar esa libertad? Ese era

el problema que quería plantear y resolver el Gobierno de los Estados Unidos.

La intervención por altruismo, por humanidad, es cosa que puede decirse fácilmente, pero que no puede creerse de ningún modo. No hay gobierno que mida y pese sus actos, que corra aventuras, por muy seguro que esté de su éxito, si de ellas no espera nada, si no logra algún fin de propia conveniencia. Los Estados Unidos necesitaban algo y lo habían conseguido con creces. Al cesar la soberanía española en Cuba, el futuro cubano quedaba sujeto al beneficio norteamericano. Pretendiendo la incorporación o la anexión, se descendía del pedestal de agradecimiento y gloria; se cometía una infamia; se creaba odio, y después de todo eso, se alcanzaba la misma finalidad con mayores responsabilidades. Cuba sería libre; pero lo sería de modo tal, que todos sus actos como nación quedarían limitados por la voluntad y conveniencia de los Estados Unidos.

Para el desarrollo de esa labor se necesitaba un político, y como Brooke no lo era, se nombró al general Wood.

Una vez que tomó posesión el nuevo gobernante, su primera visita fué para el viejo caudillo. Aumentó las secretarías y reorganizó el Gabinete en la forma siguiente: Gobernación y Estado, Tamayo; Hacienda, Enrique José Varona; Agricultura, Rufus Rivera; Instrucción Pública, Hernández Barreiro; Justicia, Luis Estévez Romero; Obras Públicas, Villalón.

El problema de la independencia.—Wood procuró tantear y conocer la opinión de los cubanos más caracterizados, y no tuvo reparo para exponer y jurar solemnemente que su misión era *preparar la independencia y entregar el Gobierno a los cubanos.*

Dotado de gran actividad y resistencia física, llevó esa actividad con el ejemplo a las provincias, dejando en todas partes señales de su paso, algunas veces equivocado, muchas feliz, pero siempre honrado y deseoso de hacer obra buena.

El Gobierno norteamericano seguía estudiando cuidadosamente la cuestión cubana. Para ello vino a

Cuba el Secretario de la Guerra, Mr. Root, quien celebró varias conferencias y declaró que "los Estados Unidos no han derramado la sangre de sus hijos ni han gastado el dinero de sus arcas para esclavizar a un pueblo; lo han hecho para ayudar a su libertad."

Más tarde vinieron los senadores Platt, Aldrich, Teller y Phelps, también como exploradores, quienes declararon al coronel Enrique Villuendas que "la independencia no era tema de discusión, sino deber para los Estados Unidos, que cumplirían sus promesas."

Reforma de códigos.—Convencido Wood de la necesidad de reformar los códigos vigentes, nombró una comisión para ese objeto, compuesta por Luis Estévez, Hernandez Barreiro, Horacio Rubens y Alfredo Zayas.

Reformas en la administración municipal y creación de la Sanidad.—El nuevo gobernante amplió la autonomía de los ayuntamientos, inspirándose para eso en sus propias tendencias descentralizadoras, y fundó el Departamento de Sanidad, dándole amplias facultades y prestándole el mayor apoyo.

RESUMEN DEL CAPITULO

El general Brooks, deseoso de llevar adelante el mejor desenvolvimiento de su gobierno, designó gobernadores civiles, organizó el Tribunal Supremo de Justicia y creó la Guardia Rural, poniendo al frente de este organismo al general Monteagudo.

También se llevó a cabo el licenciamiento del Ejército Libertador y la creación de los Juzgados Correccionales, así como un censo de población, por el que se vió que ésta se componía de 1,572,845 habitantes, 59,842 menos que en 1887, demostración evidente de los destrozos de la guerra y de la reconcentración.

El pueblo de Cuba, ya en marcha hacia el gobierno propio, pensó en sus muertos y en la justicia de honrar sus cenizas y recuerdo, para lo que en todas partes fueron recogidas esas cenizas, y especialmente allí donde cayeron el Lugarteniente y su ayudante, levantando un monumento que rememora la heratombre y glorifica a los caídos.

Se acercaba la hora de ser libres al cabo, y en previsión se organizaron los partidos políticos, siendo los más importantes el Nacional habanero y el Republicano villareño.

El punto esencial de la enseñanza no fué desatendido, elevándose las escuelas públicas, de 904 que dejó España, a 3,567 que creó la Intervención, poniendo al frente de esta organización improvisada, pero eficiente, a Alexis Fryre, que por su labor generosa y grande mereció y ganó el reconocimiento eterno de los cubanos.

El 13 de diciembre de 1899 fué sustituido el general Brooke por el general Wood, con cuyo hecho se aclaró el plan político norteamericano en Cuba.

Wood comenzó su obra de gobierno reorganizando el Gabinete, reformando los códigos, así como la administración municipal, y creando el Departamento de Sanidad.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Hágase la biografía de Fryre comentando especialmente lo que Cuba le debe, sin haberle demostrado agradecimiento.

Coméntese el gobierno de Brooke.

CAPITULO XLIX

PERIODO DE INTERVENCION

Actitud de los autonomistas.—El partido Unión Democrática; error de sus directores.—Primera Ley Electoral.—Wood reorganiza el Gabinete.—El conflicto de la Exposición de Paris.—Primera campaña electoral.—Elecciones.—Reforma del plan de enseñanza.—Triunfo de Finlay.—Asamblea Constituyente.—Reforma del Poder Judicial.—Elecciones para la Constituyente.—Actividad de Wood.

Actitud de los autonomistas.—Los antiguos elementos autonomistas, los directores, los intelectuales, que habían vivido retraídos desde el cese de la soberanía española, al fin se decidieron a ingresar en la política militante.

Ellos se habían retraído faltando a un elemental deber de patriotismo. Consideraron la derrota de España como derrota propia. Manifestaron que triunfante el procedimiento violento, debían retirarse para no estorbar, puesto que habían sido los equivocados.

Con esa actitud pusieron de manifiesto que respondían al mandato de la soberbia, herida en la derrota de sus teorías.

No debieron colocarse nunca en ese plano. La Revolución triunfante era Cuba triunfante, y servirla constituía un deber ineludible. Aun fracasado el programa de la Revolución, era indispensable ponerse al lado de los revolucionarios, para unir esfuerzos en beneficio del interés común, que era el de la patria; y lejos de eso, en momentos en que, obscuro el porvenir, parecía que la intervención habría de ser eterna, rehusaron su arribo y permanecieron en sus hogares como vencidos desechados. No se sintieron con suficiente patriotismo para comprender que, quisieran o

no los revolucionarios, mandaba Cuba, y el deber imponía el abnegado sacrificio de seguirla sirviendo. Si la Revolución hubiera triunfado en la más amplia acepción del concepto, quizás hubiera cabido el retraimiento; pero como se presentó el problema, la traición no estuvo en servir a España ni en caer con ella: estuvo en abandonar después a Cuba intervenida.

Y no hubo el pretexto de que la Revolución *rechazó*. La Revolución tenía que ceñirse al programa de Montecristi, y en él dijo Martí que quería una patria *con todos y para todos*. Además, terminada la guerra; fresca aún la sangre vertida; todavía en el espacio el humo de la pólvora, los revolucionarios, por boca de su más caracterizada figura, el general Máximo Gómez, predicaron paz, unión y concordia, como aconsejaba el patriótico interés de Cuba. ¿Por qué el retraimiento entonces?

El partido Unión Democrática; error de sus directores.—Lo que no había podido el peligro que sobre la patria se cernía, ni los esfuerzos de muchos, lo pudo al fin el empeño del general Eusebio Hernández, del general Enrique Collazo y del venerable Bartolomé Masó, logrando sacar de su retiro a aquellos hombres, que al fin eran cubanos, y debían y podían servir a Cuba con su talento, que nadie les negó nunca.

El día 6 de enero de 1900 se dió en la Habana un banquete al general Masó. Entonces escribió Montoro que, enfermo, asistía con el alma. Concurrieron varios antiguos autonomistas, entre ellos Marcos García y Antonio Govín, aquel que en vibrantes períodos de candentes discursos fué como estrella de luz precursora de la Revolución, y que aquella noche, franco, noble, grande y generoso, cantó un himno a la libertad, a la patria y a la unión, y había en sus ojos el brillo de las lágrimas, y en su voz, la emoción de los grandes momentos en que el alma reza.

De aquel banquete surgió el partido Unión Democrática, que presidido por Masó, pareció y debió ser nudo de imprecadera unión. No fué así.

Las grandes figuras se creyeron indispensables, puesto que eran llamadas. Creyeron que sólo había solución para Cuba con su concurso, y en vez de aceptar el patriótico oficio de cooperadores, quisieron que, por razón de su indiscutible talento, se les hiciera directores; y como si no vivieran en la realidad; como si no existiera ese tan decantado talento; como si fueran inconscientes de las cosas, pretendieron formar en la extrema derecha, ser los *conservadores* del presente y dirigir la opinión cubana y la política norteamericana hacia el establecimiento de un gobierno especial, en armonía con la educación política del pueblo, sin querer darse cuenta de que ese pueblo, menos inteligente y menos culto que ellos, exponiendo la vida derrocó un régimen ante el cual se estrellaron los procedimientos y teorías del partido Autonomista.

Debiendo acudir como soldados, como obreros, esperaron a que los llamaran; y cuando eso resultó, quisieron ser todo, probando ante el país, ante la opinión, que se puede tener talento y no tener sentido común; que hay veces en que sentido común y talento son elementos antagónicos.

La actitud que asumieron aquellos hombres pareció ser de venganza. No quisieron comprender que el papel de *moderadores* lo tenían los interventores, y que el interés de Cuba estaba en que todos los cubanos pidieran mucho, como único medio de obtener lo más posible.

Su raro comportamiento dió lugar a que el ilustre pensador Manuel Sanguily dijera "que con el programa de Unión Democrática se iba a la anexión si no venía el protectorado."

La forma en que aquellos paladines concurrían al palenque dió lugar a que los revolucionarios desconfiaran y a que el pueblo los comprendiera mal o no quisiera comprenderlos.

Así surgió el partido Unión Democrática y así volvieron a la arena política los autonomistas. El primero, con mala orientación; y los segundos, siempre monopolizadores del talento, pero siempre equivocados.

Primera Ley Electoral.—En abril promulgó el general Wood la Ley Electoral. Era de sufragio restringido. Wood había dicho que, según su criterio, “todo el que al llegar a los 21 años no ha tenido laboriosidad suficiente para reunir 250 pesos; o no ha podido aprender a leer y escribir; o no ha ido a defender a su patria estando en guerra, es un elemento social que no merece que se cuente con él para los fines electivos.”

Firme en ese criterio, así hizo la Ley Electoral, que se apartaba del deseo expresado por aquellos a quienes el General consultó. De todos modos, esa Ley Electoral era un paso de progreso en el gobierno propio, y se acogió con júbilo en todas partes.

Wood reorganiza el Gabinete.—Habiendo renunciado Rius Rivera la secretaría de Agricultura, Wood reorganizó el Gabinete en esta forma: Agricultura, Lacoste; Instrucción Pública, Varona; Justicia, Hernández Barreiro; Hacienda, Leopoldo Cancio.

El conflicto de la Exposición de París.—Al efectuarse la Exposición Universal de París, Cuba envió a ella su representante, y el Gobierno francés se opuso a que en el edificio destinado a expositores cubanos se izara nuestra bandera, alegando que no quería lastimar a España consintiendo ese suceso.

El Gobierno norteamericano dió entonces una hermosa nota. Instruyó a su representante en París para que declarara al Gobierno francés que los Estados Unidos pedían esa autorización, y que aprovechaban aquella reunión de naciones para presentar oficialmente al mundo la bandera de una nación más. La bandera cubana figuró en la Exposición.

Primera campaña electoral.—Se aproximaban las primeras elecciones. Los partidos ya creados dieron más vigor a su campaña. Los más fuertes eran el Nacional de la Habana y el Republicano villareño. Existían diferentes grupos en las otras provincias, y sólo Matanzas se había decidido por uno de los dos más fuertes, aceptando el programa del Republicano.

En la Habana, además del Nacional, se organizó otro partido, que tomó el nombre de Republicano, existiendo no obstante diferencia entre su programa y el del que con igual nombre figuraba en Las Villas.

Elecciones.—Convocadas las elecciones para el día 16 de junio, éstas se efectuaron. Salieron triunfantes en la Habana los liberales nacionales por una gran mayoría sobre los republicanos. En Matanzas y Las Villas triunfaron los republicanos por una abrumadora mayoría.

En esas elecciones votaron casi todos los electores inscriptos y no hubo un solo disturbio. Aquella primera prueba hizo honor a Cuba. Los vencidos quedaron conformes, y los vencedores ocuparon sus puestos deseosos de cumplir con su deber. El patriotismo imperaba.



Dr. Carlos J. Finlay

Reforma del plan de enseñanza.—Pasado el éxito electoral, emprendió Wood la importante reforma del plan de enseñanza superior, que era muy deficiente. En esta obra le ayudó mucho el secretario Varona, autor del plan que lleva su nombre.

Triunfo de Finlay.—La fiebre amarilla, que había sido en Cuba azote de los españoles, lo era ahora de los norteamericanos, y a pesar de todos los esfuerzos no se conseguía exterminar el mal ni encontrar su origen.

Era preciso buscar y encontrar las causas de la fiebre amarilla, y el Gobierno nombró una comisión especial con ese objeto. Compusieron tal comisión los

doctores Reed, Lazear, Carroll y Aristides Agramonte.

Muchos habían investigado en eso, pero todos sin resultado positivo. En 1853, el Dr. Beauperrhuy afirmó que el productor de la fiebre amarilla era el mosquito. El médico cubano Carlos J. Finlay venía sosteniendo lo mismo, pero los grandes de la ciencia buscaban en los laboratorios y no podían hacer caso de un insignificante médico sin historia de sabio.

Nombrada la comisión especial, prescindió de los laboratorios y buscó en lo que sostenía Finlay. Estableció campos de experimentación, y en el hospital Las Animas comenzaron los experimentos. Allí había enfermos de fiebre amarilla.

El Dr. Lazear, llevado por su amor a la ciencia y a la humanidad, hizo lo que tantos héroes de esas dos grandes entidades han hecho: quiso experimentar por sí, y se dejó atacar por un mosquito del género *stegomya*.

El mosquito vino a la mano del médico y éste lo dejó beber su sangre, pagando con su vida, en plena floración de juventud, el gran descubrimiento.

¡Gloria eterna a su memoria! ¡Cuál heroísmo puede superar a ése del sabio, que en experiencia personal investiga y busca una razón de vida o muerte?

El Dr. Carroll también fué atacado por un mosquito en igual experiencia y sufrió la enfermedad; pero se salvó de ella.

Carlos J. Finlay, humilde y modesto médico cubano, había triunfado. ¡El médico criollo tenía ra-



Dr. Lazear

zón! Se había encontrado al transmisor de la fiebre amarilla, al transmisor de la muerte, y ya podía venir a Cuba la juventud de otros países sin temor a la sierpe.

Finlay había señalado el transmisor, y ése era el *stegomyia calopus*. Para combatir el mal bastaba destruir el insecto, y a esa obra se puso mano, con lo que desapareció la fiebre amarilla.

Fué necesario que España perdiera a Cuba para que los españoles pudieran arribar a las playas cubanas en busca de fortuna sin encontrar la muerte segura y traidora oculta en la insignificante expresión de un mosquito.

Asamblea Constituyente.—El general Wood hizo un viaje a Wáshington, y a su regreso dispuso que el tercer sábadó de septiembó de 1900 se efectuaran elecciones generales para elegir delegados a la Asamblea Constituyente que había de redactar la Constitución de Cuba, y acordar con el Gobierno norteamericano la forma de relaciones para el futuro.

Reforma del Poder Judicial.—Wood, comprendiendo la necesidad de introducir grandes reformas en el Poder Judicial, buscó un hombre capaz de hacer todo lo que debía hacerse sin preocuparse de los clamores que levantara su obra. Lo encontró en Miguel Gener, y lo encontró completo. El foro no le guardaba secreto alguno, y tenía energía y voluntad. Sólo adolecía de un defecto: no había sido revolucionario; pero Wood, con gran astucia, consiguió que lo cubriera y recomendara el prestigio del general Máximo Gómez.

Elecciones para la Constituyente.—El partido Nacional hizo figurar en su candidatura para delegado a la Convención al general Máximo Gómez, seguro de que el prestigio de ese nombre era magnífico factor de éxito; pero el viejo caudillo, queriendo conservarse entre los cubanos como mentor, no aceptó esa designación.

La pretensión de copo del partido Nacional hizo que republicanos habaneros y demócratas se unieran por instinto de conservación, ante la seguridad

de derrota divididos. Así nació la primera coalición de dos débiles frente a un fuerte que preteudía absorberlos separados.

Llegó el día electoral. Concurrieron los electores y las elecciones tuvieron ordenado efecto. La Ley Electoral facilitó el copo y éste se hizo. Coparon los nacionales en la Habana. En Las Villas y Matanzas hicieron igual los republicanos, y en las otras provincias triunfaron los grupos locales.

Salieron delegados por la Habana: Leopoldo Berriel, Lacret Morlot, Emilio Núñez, Diego Tamayo, Miguel Gener, Alejandro Rodríguez, Manuel Sanguliy y Alfredo Zayas.

Por Santa Clara: José Miguel Gómez, José de J. Monteagudo, Pedro G. Llorente, José B. Alemán, Martín Morúa Delgado, José Luis Robau y Enrique Villuendas.

Por Matanzas: Pedro Betancourt, Eliseo Giberiga, Luis Fortún y Domingo Méndez Capote.

Por Pinar del Río: Gonzalo de Quesada y Juan Rius Rivera.

Por Santiago de Cuba: Antonio Bravo Correo-so, Joaquín Castillo Duany, Juan Gualberto Gómez, José Fernández de Castro, Rafael Manduley, Eudaldo Tamayo y Rafael Portuondo.

Por Camagüey: Salvador Cisneros Betancourt y Manuel R. Silva.

En los Estados Unidos también se celebraron elecciones generales y triunfó el partido Republicano, siendo reelecto William Mc Kinley. El candidato de los demócratas era William J. Bryan.

Actividad de Wood.—El general Wood, incansable hombre de trabajo, tenía tiempo para todo y se ocupaba de muy diferentes cosas. Comenzó carreteras; empezó la canalización del puerto de Cárdenas y el Malecón habanero, y transformó el Paseo del Prado en la bella Avenida de Martí.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al cesar la soberanía española en Cuba, los principales elementos del autonomismo, sintiéndose derrotados por la nueva situación, se retrajeron, hasta que, ya entrado el año 1900, respondiendo a ges-

tiones de los generales Eusebio Hernández, Enrique Collazo y Masó, volvieron a la arena política, para ingresar en el partido Unión Democrática, cuyo partido culminó al cabo en fracaso, por falta de adaptación al ambiente.

Próximo el momento de la primera prueba electoral, se publicó una ley al efecto.

Por no haber querido el Gobierno francés reconocer a Cuba como nación en la Exposición de París de 1900, el Gobierno norteamericano, reafirmando el principio de soberanía cubana, declaró que Cuba era una nación soberana de sus destinos.

Verificadas las elecciones, se dividieron el triunfo liberales nacionales y republicanos, en una lucha que se desenvolvió dentro del mayor orden.

Uno de los mejores actos del Gobierno de Wood fué la reforma de la enseñanza, con la implantación del plan Varona.

Otro suceso importantísimo fué el descubrimiento de la causa productora de la fiebra amarilla (el mosquito), triunfando la teoría o afirmación del médico cubano Carlos J. Finlay.

Wood reformó el Poder Judicial y dirigió las elecciones para la Constituyente, con el mismo orden y resultado de las anteriores. Este hombre extraordinario atendió a todo multiplicando su actividad en todos los ramos de la administración.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Coméntese la actitud del Gobierno norteamericano ante el Gobierno francés.

Explíquese en lo posible el plan Varona para la reforma de la enseñanza.

CAPITULO I

PERIODO DE INTERVENCION

Apertura de la Convención: su labor.—Bases de relaciones con los Estados Unidos.—La Enmienda Platt: el dilema.—El Ferrocarril Central.—Otros problemas.—Las segundas elecciones.—Candidatura presidencial: Gómez, Estrada Palma, Masó.—El general Gómez apoya a Estrada Palma.—Junta Central de Escrutinio y re-tratamiento masoista.—Estrada Palma, Presidente.

Apertura de la Convención: su labor.—El lunes 5 de abril de 1900 se efectuó en el teatro Martí, de la Habana, la apertura de la Convención Constituyente.

Radiante de entusiasmo acudió el pueblo al solemne acto, y sobre el teatro, convertido en templo de la patria que surgía, ondeaba la bandera cubana. El representante en Cuba del Gobierno norteamericano presidió la apertura, y cedió después la presidencia al Secretario de Estado, Fernando Figueredo. Ante el Presidente del Tribunal Supremo se prestó el juramento siguiente:

Nosotros los delegados electos por el pueblo cubano para la Convención Constituyente Nacional juramos o prometemos desempeñar fielmente los deberes de nuestro cargo. Renunciamos pública y solemnemente a toda fidelidad prestada o pacto contraído, directa o indirectamente, con cualquier estado o nación, jurando la soberanía del pueblo libre e independiente de Cuba y acatando la Constitución que esta Convención adopte, así como el Gobierno que por ella se establezca.

El general Alemán propuso como reglamento, y la asamblea lo aceptó, el de la asamblea de La Yaya.

Ya estaba la Convención en funciones, y dió comienzo a sus trabajos votando la mesa definitiva, para la que fueron electos: Presidente, Domingo Mén-

dez Capote; Vices, Pedro González Llorente y Juan Ríos Rivera; Secretarios, Alfredo Zayas y Enrique Villuendas.

Comenzó la obra de hacer la carta fundamental de Cuba. Los que la hacían representaban todas las tendencias de la población cubana, desde el irreducible Cisneros al ex autonomista Giberga. Todos laboraron con fe y entusiasmo, deseando cada uno contribuir con algo bueno a la magna obra.

Los trabajos comenzaron el 24 de noviembre y terminaron el 21 de febrero. ¡La Constitución quedaba hecha! Entonces se vió que había triunfado la forma unitaria representativa. El federalismo quedó reducido a simples derechos autonómicos. El parlamentarismo no tuvo heraldos, y dentro de lo realizado, se procuró tomar como modelo, en lo posible, la Constitución norteamericana.

Pero los convencionales cayeron en un error. El deseo de hacer una obra completa y moderna, la falta de conocimiento y estudio del pueblo para quien se hacía, hizo que todos, quizás en soñaciones ideales, produjeran una Constitución muy superior al pueblo a que se debía aplicar.

No se vivió en la realidad. No se trabajó para el presente, sino para el porvenir. Habían de pasar algunos años antes de que la educación política del pueblo cubano encajara en la ley fundamental de la República.

El pasado de Cuba, similar al de Centro y Sud América, no era el pasado del pueblo yanqui. Los legisladores cubanos olvidaron la ley del atavismo y la legislación conveniente a un pueblo en relativo atraso de cultura cívica.

Bases de relaciones con los Estados Unidos.—Pero ya había Constitución y sólo quedaba el pavoroso problema de la intención norteamericana. Era preciso conocer eso para llegar a lo demás.

La Constituyente nombró una comisión, compuesta por Juan Gualberto Gómez, Silva, Villuendas, Quesada y Tamayo, para la redacción y presentación al Gobierno de unas bases en que se definieran las relaciones futuras entre Cuba y los Estados Unidos.

La Enmienda Platt: el dilema.—La Enmienda Platt fué un acuerdo tomado por el Congreso americano, para proponer a Cuba un Tratado de Relaciones Permanentes.

La convención Constituyente debía, a su vez, tomar un acuerdo concordante aceptando o no la proposición del Congreso americano, para después concertar el Tratado los plenipotenciarios de ambos países.

La situación de Cuba en aquellos momentos, intervenida por los americanos, y la ansiedad de los patriotas, temerosos de los peligros que para la independencia podía tener la prolongación de esa intervención, fueron causas poderosas que determinaron a los convencionales a aceptar, después de difíciles discusiones, la proposición del Gobierno americano denominada "Enmienda Platt."



Dr. José Manuel Cortina

El Tratado se firmó después de constituida la República, y sobre su alcance y significación, el doctor José Manuel Cortina, Presidente de la Delegación de Cuba en la Liga de las Naciones y de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, se expresa así en su folleto "Ideales Internacionales de Cuba:"

Las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos las regula un tratado de garantía, cuyas estipulaciones, en su parte esencial, expresan que Cuba consiente en que los Estados Unidos puedan cooperar, si ello fuese necesario, a la defensa de su independencia y de su soberanía. Además, Cuba se obliga a no ceder parte alguna de su territorio a ninguna nación extranjera y a no concluir ningún tratado

que tienda a restringir su independencia y su soberanía; y consiente también que los Estados Unidos, en caso de anarquía o de falta de gobierno, intervengan para el mantenimiento de la independencia cubana, a fin de ayudar al establecimiento de un gobierno.

Ese tratado de garantía tiene como base esencial el mantenimiento y defensa de la independencia de Cuba. Cualquier interpretación que se le dé ha de ser encaminada al robustecimiento de la independencia, y toda aplicación que de él se haga que pueda lesionar la soberanía de Cuba es una infracción del pacto, que tiene que girar siempre, para poder ser válido, en derredor del respeto, defensa y mantenimiento de la independencia y soberanía de Cuba.

El Ferrocarril Central.—Mientras la Convención resolvía el problema ya expuesto, el gobernante continuaba su misión administrativa, procurando aumentar carreteras y líneas ferroviarias, que lo mismo podían servir para el desarrollo de riquezas que para rapidez de comunicaciones estratégicas.

Varias veces, en el período colonial, se había tratado de unir por medio de un ferrocarril el Este y el Oeste de Cuba, la Habana y Santiago. La empresa era de gran costo y el Gobierno español, aunque veía su conveniencia, no se decidió nunca a acometerla.

Mientras tanto, regiones inmensas, prodigiosamente ricas, estaban sin explotar, y ciudades como Puerto Príncipe y la misma Villaclara parecían villorrios condenados a vida lánguida por falta de comunicación. Y lo que para gobiernos y empresas había sido cosa imposible fué cuestión fácil y sencilla para un solo hombre. Este fué Sir William Van Horne, y su obra, el Ferrocarril Central.

La apertura de esa línea despertó y estimuló iniciativas para que se diera impulso a la explotación en las antes desiertas comarcas, se talaran los intrincados bosques, se hicieran grandes plantaciones de caña y comenzara el levante y fomento de monstruosos centrales azucareros.

Otros problemas.—En la capital, la implantación de los tranvías eléctricos aumentó el valor de la propiedad urbana y fué poderoso factor de ensanche, creciendo de un modo rápido el área de población habanera.

Surgió la cuestión de los bienes de la Iglesia católica. Ese problema en cualquiera otro país hubiera

sido de muy difícil y enojosa solución; pero en Cuba se resolvió fácilmente con el pago de dos millones de pesos a la Santa Sede.

Para ensanchar y beneficiar al comercio se envió una comisión a Washington, con el fin de obtener ventajas para los productos cubanos en el mercado norteamericano. En esta labor actuaron los señores León Broch, Villamil, Plaé y Luis V. Abad, brillante y eficazmente auxiliados por don Francisco de P. Machado. Esa comisión no obtuvo mucho, pero tampoco perdió el tiempo, y algo se consiguió.

Cuba progresaba. En todos los ramos de la iniciativa individual los cubanos hacían enorme esfuerzo por reconquistar posición económica. La producción azucarera se elevó a 800,000 toneladas que elaboraron 137 ingenios. Hubo tranquilidad en los campos, por el febril deseo de trabajo y por la eficacia de la Guardia Rural, a la que el general Monteagudo había sabido imprimir una buena organización.

La administración pública, por su parte, llenaba perfectamente su cometido, y con especialidad en dos ramos de gran importancia: Sanidad, en que se gastaron tres millones y medio el año 1900 y tres millones el 1901, e Instrucción Pública, que gastó en el fomento de escuelas y material escolar dos millones el primer año y tres millones y medio el segundo.

Las segundas elecciones.—Llegaron las segundas elecciones municipales. El resultado en lo que a triunfo se refiere fué igual al de las anteriores; pero hubo que lamentar grandes fraudes, algunos de ellos tan enormes, que no pudieron pasar de ningún modo. En Cienfuegos, por ejemplo, se comprobó que las boletas aparecidas en la urna a favor de determinado candidato para alcalde no habían podido ser depositadas legalmente, porque esas boletas, dobladas como estaban, no cabían por la ranura que servía de única entrada a la urna. No valió el fraude a su autor; pero aquél, como los demás, fué prueba de que también se progresaba en maldades.

Candidatura Presidencial: Gómez, Estrada Palma, Masó.—Ya Cuba tenía Constitución. Había probado que sabía ser cuerda, y se acercaba el momento de que cesara la Intervención, por lo que hubo que pensar en el hombre para primer Presidente de la República.

Tres nombres surgieron, y los tres respetables: Máximo Gómez, Tomás Estrada Palma y Bartolomé Masó. Los tres tenían en su abono grandes virtudes y envidiable historia; pero de todos, el más fuerte ante la opinión, el indiscutible, era el primero. No había nacido en Cuba; pero, ¿qué cubano podía superarlo en amor a esta tierra regada con sangre de sus venas y fertilizada con un trozo de su alma?

Además, la posibilidad de su candidatura había sido justamente prevista por los legisladores en el primer inciso del artículo 65 de la carta fundamental. Sólo él había servido a Cuba *en sus guerras de independencia diez años por lo menos con las armas en la mano*. El podía y debía ser, pues, el primer Presidente, como lo había sido Wáshington y como lo fué Bolívar. No había nadie que pudiera oponerse a tal suceso; pero hubo uno, y opuesto de tal modo, que anuló esa candidatura. Ese opositor fué el propio general Máximo Gómez. Y quizás ése fué el error más grande suyo, a la par que el acto más hermoso de su vida, que tantos actos hermosos tuvo.

Descartado el General, quedaban Estrada Palma y Masó. ¿Quién podía ser de esos dos? El que tuviera el apoyo del general Gómez, cosa no fácil, porque éste quería conservarse neutral.

El pueblo se inclinaba a Masó, porque encarnaba completamente el espíritu separatista, aun frente a la intervención norteamericana, y veía con prevención a Estrada Palma, porque era candidato de los interventores y porque tras su larga residencia en los Estados Unidos, donde aún se encontraba, no sabía qué pensar de él.

El general Gómez apoya a Estrada Palma.—El general Gómez quiso salir de dudas. Hizo un viaje a los Estados Unidos; se entrevistó allí con el solita-

rio de Central Valley, y a su regreso, pareció decidido a prestarle su apoyo. El partido Republicano villareño se decidió por Estrada Palma; los matanceros hicieron igual, y algunas altas personalidades interesaron de Estrada Palma la publicación de su programa como candidato. Este hizo lo pedido. En una extensa carta trató todos los problemas cubanos. Los expuso bien. Se vió que los conocía. Expuso sus ideas con respecto a soluciones, y el resultado fué de gran beneficio para su candidatura, tanto, que el general Gómez se decidió por él. Con ese apoyo, con el de los interventores, los republicanos villareños y matanceros, los nacionales de la Habana y gran número de figuras de significación, su éxito era seguro.

El general Masó, además de no ser grato al Gobierno interventor, cometió el error de hacer impolíticas declaraciones que no se explica a qué obedecieron, aconsejado como estaba por talentosos prohombres ex autonomistas.

Junta Central de Escrutinio y retrainimiento masoísta.—El nombramiento hecho por el general Wood de una Junta Central de Escrutinio, en cuya Junta, por inadvertencia o intencionalmente, no resultó nombrado ningún miembro masoísta, determinó una reclamación, que desatendida por el gobernante, terminó en un acuerdo de retrainimiento de los partidarios de Masó.

Wood debió acceder a la reclamación. Nada costaba sustituir un nombre o nombrar un miembro más. De todos modos hubiera triunfado Estrada Palma; pero sin que quedara a los masoístas el derecho, que siempre han podido sostener, de acusar parcialidad en aquellas elecciones.

El 31 de diciembre de 1901 se llevaron a efecto las elecciones presidenciales y reinó el más perfecto orden; pero no podía ser de otro modo, toda vez que no hubo más que un candidato.

Estrada Palma, Presidente.—Resultó electo Presidente de la República Tomás Estrada Palma, y Vice, Luis Estévez Romero, matancero de alto prestigio y esposo de la gran villaclareña Marta Abreu.

RESUMEN DEL CAPITULO

El 5 de noviembre de 1900 dieron principio los trabajos de la Convención Constituyente para redactar la Constitución por que había de regirse Cuba independiente. Dichos trabajos terminaron el 21 de febrero de 1901, acordando la Convención, como epílogo de sus labores, las bases de relaciones que en lo sucesivo debían existir entre Cuba y los Estados Unidos. El Gobierno interventor asintió pasivo a todo el articulado de la Constitución, pero en cuanto a las relaciones expuestas, impuso la Enmienda Platt, que daba determinada ingerencia a los Estados Unidos en los asuntos cubanos y mantenía sin resolver la situación de Isla de Pinos.

Al mismo tiempo que la iniciativa individual, personificada en Sir William Van Horne, construía el Ferrocarril Central, en la Habana se implantaban los tranvías eléctricos, también por iniciativa individual; y el Gobierno resolvía el problema de los bienes de la Iglesia adquiriéndolos Cuba por la suma de dos millones de pesos.

Cuba progresaba en todos sentidos y el Gobierno se desenvolvía admirablemente, con especialidad en Instrucción Pública y Sanidad.

Las segundas elecciones municipales no fueron honradas como las anteriores, y hubo necesidad de muchas anulaciones por lo enorme de determinados fraudes.

Al abrirse el período electoral para las primeras elecciones presidenciales, surgieron tres figuras posibles: Estrada Palma, Máximo Gómez y Bartolomé Masó. Ante la firme negativa de Gómez, quedaron como posibles candidatos Estrada Palma y Masó, que se retiró de la lucha al designar Wood los miembros de la Junta Central de Escrutinio sin dar entrada a un solo masoísta.

La retirada de Masó dejó como único candidato a Estrada Palma, que fué electo Presidente el 31 de diciembre de 1901.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Disértese acerca de nuestra Constitución.

Coméntese la Enmienda Platt.

¿Fué justificado el retiro de Masó?

CAPITULO LI

PERIODO DE INTERVENCION

Elección de Roosevelt.—Llegada de Estrada Palma a Cuba.—Disolución de la Convención y reunión del Congreso.—El Senado se reúne.—Luchas en la Cámara.—Intervención de Wood.—Nombramientos de secretarios.—Banquete a Wood.—El 20 de mayo de 1902: ¡Viva Cuba libre!

Elección de Roosevelt.—La muerte trágica del Presidente Mc Kinley, ocurrida en Búffalo a manos de un fanático anarquista, exaltó a la primera magistratura de los Estados Unidos a Teodoro Roosevelt, con lo que ganó Cuba en su seguridad de independencia, por ser ese hombre extraordinario un buen amigo de los cubanos. El había de ser quien diera posesión a nuestro primer Presidente.



Teodoro Roosevelt

Llegada de Estrada Palma a Cuba.—Hecha la elección de Estrada Palma, debía venir con antelación para visitar algunos lugares antes de ocupar su alto puesto. A bordo del *Almirante Farragut*, llegó a Cuba el 17 de abril y desembarcó en el puerto de Gibara.

Al tocar tierra cubana fué recibido con verdadera y nunca vista explosión de entusiasmo. Su pri-

mer acto fué enviar cariñoso mensaje de saludo al general Máximo Gómez y a su opositor electoral, general Masó. Después se dirigió a Holguín y a Bayamo. Tenía que cumplir en su pueblo con un deber sagrado: hacer una filial visita a la madre que, por seguirlo, cayó para siempre cansada y hambrienta, perdida en la selva solitaria. Sobre la tumba de aquella matrona depositó el hijo sus lágrimas de bondo afecto y la siempreviva de su recuerdo.

Partió para Manzanillo. Masó lo esperaba en Yara, y en el vapor *Reina de los Angeles* siguió a Santiago. Allí, las tumbas de Céspedes y Martí (el Iniciador y el Apóstol) recibieron también su visita. Sobre el sepulcro de Capdevila depositó una corona que llevaba esta inscripción: "Honor a la hidalguía".

A bordo del vapor *Julia* marchó a Cienfuegos; de allí se dirigió a Santa Clara y Matanzas, para seguir por mar a la Habana. Este viaje fué una verdadera marcha triunfal, saludada por el pueblo en aclamación delirante dondequiera que tocó. En puertos y estaciones, autoridades y vecinos corrían a su encuentro como debió correr Jesusalén cuando recibió en su seno al Dios hombre. El recibimiento de la Habana excedió a toda ponderación.

Disolución de la Convención y reunión del Congreso.—Mientras llega la hora en que deba ocupar su alto puesto el Primer Magistrado cubano, veamos cómo se desenvolvían los sucesos cuya consecuencia había de ser la constitución de la República.

El general Wood decretó el 14 de abril la disolución de la Convención. Convocó al Congreso recién electo para el 5 de mayo, con el fin de que se examinaran las actas de sus miembros y se computaran los votos para la elección de Presidente y Vice. También disolvió la Comisión de Eserutinio y señaló el 20 de mayo para la constitución de la República.

El Senado se reúne.—De acuerdo con la convocatoria, se reunió el Senado, presidido interinamente por Salvador Cisneros. Aceptó como provisio-

nal el Reglamento de la Convención, y nombró una comisión de actas.

Al constituirse la mesa, resultó electo Presidente Domingo Méndez Capote; y secretarios, Frías y Silva.

Luchas en la Cámara.—No fué tan fácil y rápida la constitución de la Cámara. Desde el principio de la labor se pusieron de frente nacionales y republicanos. Las actas de Matanzas originaron la primera discusión. Los nacionales querían declararlas sucias, y los republicanos defendieron su bondad.

De esas actas dependía la Presidencia de la Cámara, y el día 8 se fué el tiempo en discusiones y discursos. Reunidos otra vez el 10, triunfó la mayoría republicana y fueron aprobadas todas las actas.

Llegó la hora de elegir la mesa, y no fué posible hacerlo. Los republicanos villareños y matanceros, puestos de acuerdo con los de la Habana, habían logrado obtener una pequeña mayoría, y como los nacionales no querían perder la Presidencia, determinaron como recurso no integrar el quórum.

Se empezaba bien. En las elecciones, el copo, y después, se rompía el quórum. Eso era progresar. Con lo primero se sembraron vientos; y con lo segundo se daban los primeros pasos en un sendero que



General Domingo Méndez Capote

nunca habría de ser beneficioso a la buena marcha del país.

Intervención de Wood.—En esa lucha pasaron días. Era requisito indispensable para la toma de posesión la asistencia del Congreso, y la Cámara no resolvía la cuestión de su Presidente. Fué necesario que el general Wood interviniera para que al fin se efectuara la elección, resultando electo Presidente Pelayo García, por 31 votos contra 29, que obtuvo Rafael Portuondo. Pelayo García era Presidente del partido Republicano villareño.



Lic. Pelayo García

Reunido el Congreso, hizo la proclamación de acuerdo con el artículo 58 de la ley fundamental. Ya todo estaba listo; sólo faltaba la toma de posesión.

Nombramientos de secretarios.—El Presidente hizo la designación de los Secretarios de Despacho, distribuyendo las secretarías del modo si-

guiente: Gobernación, Diego Tamayo (nacional); Estado y Justicia, Carlos Zaldo (republicano); Hacienda, José García Montes (republicano); Obras Públicas, Manuel Luciano Díaz (nacional); Agricultura, Emilio Terry (independiente); Instrucción Pública, Eduardo Yero (independiente).

La designación de Yero se vió como señal de marcado interés del primer Presidente por la escuela cubana, toda vez que para la dirección de ese poderoso factor de progreso escogió al más íntimo de sus amigos personales, lo que demostró que quería dar dirección propia a la instrucción pública.

Banquete a Wood.—Se acercaba el 20 de mayo. El 16 se dió en el teatro Tacón un gran banquete de despedida al Gobierno norteamericano. A ese banquete correspondió el general Wood con un gran baile, y el pueblo, en imponente manifestación, testimonio también al gobernante que salía su afecto agradecido.

El 20 de mayo de 1902: ¡Viva Cuba libre!—El 19 fué día en que el pueblo cubano oró por el alma del Apóstol caído en el sendero de redención.

Llegó el día 20. Al señalar los relojes las 12 de la noche, repicaron las campanas, el pueblo llenó las calles y atronaron el espacio estampidos de cohetes y gritos de entusiasmo y gloria. ¡Era el día de la libertad!

La ciudad estaba llena de seres radiantes de alegría. De todos los lugares de la Isla habían acudido entusiastas para presenciar el magno acontecimiento de la realidad de un sueño. Entonces no había ya la interrogación en el espacio ni la sombra de tristeza. Con limitación y todo, la independencia era un hecho consumado.

El comercio español tomó parte en los festejos y compartió la alegría de ver ondear la bandera que, a pesar de todo, era bandera de sus hijos; bandera que venía al mundo para ser de una nación más, que si rompió cadenas, daba la espalda al ayer, y mirando al porvenir, sin pesares por su origen, ofrecía hospitalaria, a la que fué madre mala, olvido, amor y esperanza.

Al cruzar el Sol por el cenit hablaron los cañones en salva de saludo y gloria; al 45 grito de las atronadoras piezas, descendió del mástil del Morro la bandera interventora americana, que en vez de tocar el suelo, fué recogida en los brazos de los libertadores cubanos, y luego... lenta, dulce, cariñosamente, como si quebradiza fuera la cuerda, por el mástil desnudo subía majestuosa la bandera de Yara y Cabicito, saludada por el Sol, que con sus rayos la besaba; por el aire, que en caricias la envolvía; por el cañón, por las notas de la música en que vibra con

melancólicas soñaciones y tristezas nuestro himno nacional; por la alegría de un pueblo que lloraba con la santa emoción del esclavo que se admira libre, con la dulce confianza del que, creyéndose huérfano, encuentra y besa a la madre mucho tiempo perdida...

Las tropas norteamericanas, legítimamente satisfechas, marcharon hacia los muelles aclamadas por el pueblo y saludadas por las damas, que les arrojaban flores y las despedían cariñosamente.

Los generales Wood y Máximo Gómez izaron la bandera cubana en el mástil de Palacio. Ya todo estaba hecho. Ya había patria y bandera: sólo faltaba gobierno.

A las 12 y 20, el Presidente Estrada Palma juró el cargo ante el Presidente del Tribunal Supremo; juraron después los Secretarios, y el Cuerpo Diplomático dió con su presencia fe del suceso.

El general Máximo Gómez estaba radiante de legítimo gozo. Abrazó al general José Miguel Gómez, y conmovido le dijo: "Creo que ya hemos llegado". El General se equivocaba, por desgracia para Cuba. Sí, llegábamos, pero volveríamos a retroceder.

El general Wood había terminado gloriosamente su cometido: había dejado de ser gobernante para convertirse en huésped de honor nuestro, y llegado que fué el momento de partir para su país, salió de Palacio y se dirigió al puerto, donde lo esperaba el *Brooklyn*, que poco después se alejaba majestuosamente en su cubierta la banda de a bordo daba al aire las notas del Himno Nacional cubano, y el General, de pie, descubierto y solemne, agitaba en despedida el blanco pañuelo de la paz, a lo que correspondía el pueblo, agrupado en el litoral, llorando de alegría y aclamándolo incesante.

RESUMEN DEL CAPITULO

La muerte trágica de Mc Kinley en Búffalo exaltó a la Presidencia de los Estados Unidos a Teodoro Roosevelt, amigo fiel y desinteresado de Cuba.

Una vez electo Estrada Palma, salió de los Estados Unidos para Cuba y desembarcó en Gibara el 17 de abril de 1902.

Mientras el Presidente electo venía a ocupar su puesto, se disolvía la Convención y el Gobierno interventor convocaba al Congreso para el 5 de mayo, a fin de computar los votos presidenciales.

El Senado se reunió sin dificultades; no así la Cámara, en la que tuvo que intervenir Wood, y al fin, reunidos los dos cuerpos en sesión solemne, acatando el artículo 58 de la Constitución, proclamaron Presidente a Tomás Estrada Palma.

Este, una vez desembarcado, partió para la Habana en marcha triunfal, y mientras se efectuaba su proclamación, designó sus Secretarios de Despacho y se preparó para recibir el Gobierno.

El día 16 de mayo se efectuó en el teatro Tacón (Nacional) un gran banquete al general Wood; el 19 se dedicó a la memoria del Maestro, y el 20, a las 12.20, el Gobierno pasó a manos cubanas y se substituyó en las fortalezas y edificios públicos la bandera de las barras y las estrellas por la de la estrella solitaria para amparar la República que surgía como una nación más entre las otras naciones de la Tierra.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Hagase un juicio del gobierno del general Wood.

Disértese acerca de las palabras del general Máximo Gómez.

DEL ANFORA DEL MAESTRO

La patria es dicha de todos y dolor de todos, y no feudo ni capellanía de nadie.

* * *

Honrar a la patria es una manera de pelear por ella.

* * *

Se afirma un pueblo que honra a sus héroes.

* * *

Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses.

* * *

A fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño.

* * *

La revolución quiere alas; los gobiernos, pies.

* * *

Sólo merece gobernar a los pueblos quien tiene menos flaquezas que ellos.

* * *

Sólo las cabezas fuertes resisten el vaho venenoso del poder.

* * *

Los pueblos han de tener una picota para quien los azuca a odios inútiles; y otra para quien no le diga la verdad.

* * *

Fusta recogerá quien siembra fusta; besos recogerá quien siembra besos.

* * *

Yo quiero, cuando me muera,
sin patria, pero sin amo,
tener en mi tumba un ramo
de flores, y una bandera.

José MARTÍ.



Bandera de Narciso López, 1850.

Por decreto presidencial de 14 de Abril de 1906, se dispuso que esta bandera se sujetara a las siguientes reglas:
Forma rectangular, de doble largo que ancho; compuesta de cinco listas horizontales de un mismo ancho, tres azules y dos blancas, dispuestas alternativamente. Junto al asta, un triángulo equilátero rojo, en cuyo centro aparece una estrella blanca de cinco puntas, una de las cuales mira hacia arriba. Uno de los lados del triángulo es vertical, ocupa toda la altura de la bandera y constituye el borde fijo de ésta. La estrella está inscrita en una circunferencia imaginaria cuyo diámetro es igual al tercio de la latitud de la bandera. El color es azul turquí.
Esta bandera es la que ideó y enarboló Narciso López, y que sustituye a la de Céspedes en la guerra del 68.



ESCUDO CUBANO

Por decreto presidencial de 14 de Abril de 1906, se dispuso que este escudo se sujetara a las siguientes reglas:

Ha de tener la forma de una adarga ojival y está partido hasta los dos tercios de su altura, por donde lo divide una línea horizontal; en su campo superior representa un mar con dos cabos o puntas terrestres, entre los cuales se estende una llave de oro. Al fondo, hundido en el horizonte hasta la mitad, aparece el disco solar. El espacio interior de la derecha es bandeado con cinco listas de color azul turquí y blanco, y en el tercer espacio o cuartel figura un valle, en medio del cual se alza una palmera y detrás de ésta dos montañas, completando el blasón ligeros celajes. Sirve de soporte un haz de varas que sostiene como corona un gorro frigio, con una estrella pentagonal de plata. Orlan el escudo una rama de encina y otra de laurel.



INTRODUCCION AL PERIODO REPUBLICANO

HEMOS hecho por factores la síntesis de la historia republicana de Cuba, exponiendo todas y cada una de las transformaciones que la sociedad cubana ha experimentado, por exigirlo así la Junta de Superintendentes de Escuelas Públicas, de acuerdo con el concepto moderno de la Historia.

Tal tendencia, perseguida con buen juicio, es hacer historia de la civilización, y no historia política o relación de hechos de los gobernantes, porque el sujeto moderno de la misma es el pueblo, que con sus acciones y reacciones en el medio político y social en que vive crea, de acuerdo con sus necesidades, su propia actuación, formando la historia nacional, que es, según idea feliz de un notable escritor, "el cofre sagrado en que se guardan los secretos de la familia;" y agregamos: donde se encierran las alegrías como si fueran joyas, y se conservan las tristezas, para utilizar ambas como lecciones.

A fin de que los alumnos comprendan mejor y haya más claridad en la exposición de los factores históricos, cada uno de éstos será considerado y desenvuelto separadamente, situando en él al gobernante que tuvo la suerte o acierto de favorecer el asunto motivo del estudio.

Expuesta la materia en esta forma, los niños podrán hacer trabajos de investigación, comprobando personalmente, mediante el estudio, la labor realizada en cada actividad humana por cada uno de los gobernantes que en nuestra época de patria propia han dirigido a la nación, dejando hechos característicos de su esfuerzo y eficiencia como mandatarios del pueblo.

CAPITULO LII
 PERIODO REPUBLICANO
 FACTOR POLITICO

I

Tomás Estrada Palma.—Las carboneras.—El tratado permanente.—Levantamientos de Vicana y Cauey.—Elecciones.—Los partidos en la Cámara.—Sombras en el horizonte.—La reelección.—La lucha electoral.—Muerte del general Máximo Gómez.—Actitud del Gobierno.—Muerte de Enrique Villuendas.—El Partido Liberal se retrae.—Responsabilidad de Estrada Palma y su gobierno.—Después de las elecciones.—La Revolución de Agosto.—La comisión norteamericana.—Renuncia de Estrada Palma.—Proposición de Taft y Bacon.—El Presidente se retira.—Gobierno provisional.—Surge el Partido Conservador.—El Partido Liberal se divide.—Elecciones municipales y provinciales.—Elección presidencial.

Tomás Estrada Palma.—El 20 de mayo de 1902 quedaba constituida la República de Cuba, teniendo a su frente un hombre que ostentaba una magnífica historia de honradez y patriotismo.

Había llegado al puesto sin opositores, apoyado por todas las fuerzas electorales, y encontraba al país en ansia patriótica de trabajo y paz, así como al Gobierno en perfecto desenvolvimiento, tras la hábil y sabia administración de los generales Brooke y Wood.

Las carboneras.—Apremiado el Gobierno de Cuba por el de los Estados Unidos para que, cumpliendo el artículo 7º de la Enmienda Platt, designara los lugares que cedía a aquella nación para estaciones navales y depósitos de carbón, se llevó a cabo, por fin, un convenio, por virtud del cual Cuba cedía en arrendamiento una parte de las bahías de Guantánamo y

Bahía Honda a los fines expresados. No se mencionó para nada la situación de la isla de Pinos.

El tratado permanente.—Poco después se acordó un tratado permanente para establecer las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Dicho tratado consta de ocho artículos y expresa en el 6º que la isla de Pinos quedaba *omitida* de los límites de Cuba fijados en la Constitución, dejando para un futuro tratado la fijación de su pertenencia.

Levantamientos de Vicana y Caney.—En el mes de julio de 1903, el espíritu levantisco de algunos mal intencionados originó el levantamiento de Vicana (Oriente), que no tuvo simpatizadores. Más importante fué el de Caney, realizado el 13 de septiembre y llevado a cabo con el pretexto de exigir el inmediato pago del Ejército Libertador.

En uno y otro caso, la rapidez de las medidas tomadas por las autoridades, la tenaz y activa persecución de la Guardia Rural y la repulsión general del pueblo a juego tan peligroso, hicieron fracasar ambas tentativas contra la paz pública.

Elecciones.—Al comenzar el año 1904, los partidarios políticos se aprestaron a la lucha comicial. Los republicanos habaneros, villareños, matanceros y pinareños se agruparon en un fuerte grupo denominado Partido Republicano Conservador. Los nacionalistas y radicales se reorganizaron con el nombre de Partido Liberal Nacional. Poco se diferenciaban los programas de una y otra agrupación, y aunque los segundos aparecían como antiplatistas, tal tendencia más bien resultaba señuelo electoral.

El Presidente Estrada Palma, aunque distanciado ya de algunos elementos, y especialmente del general Máximo Gómez, no parecía inclinarse a uno ni a otro partido, a pesar de que sus más cercanos amigos eran republicanos.

La Ley Electoral fué modificada en algunos extremos; pero en lo esencial quedó tan deficiente, que el que ganaba las mesas provisionales ganaba las



Tomás Estrada Palma,
Primer Presidente de la República de Cuba

elecciones aunque no tuviera electores, y como el delegado del Alcalde era el que dirigía la organización de las mesas provisionales, el día que el Gobierno se interesara en ganar, el derecho electoral del pueblo habría de ser ahogado.

Llegó el 28 de febrero y las elecciones se verificaron con relativo orden. Se registraron 658 infracciones electorales, que originaron igual número de causas, y el suceso de más importancia fué la formación de dos juntas electorales en Pinar del Río.

Se practicó el *copo* en todas partes. Coparon los republicanos en Las Villas, Matanzas y Pinar del Río e igual hicieron los nacionales en la Habana. En Oriente obtuvo grandes ventajas el grupo bravista, conectado con los nacionales habaneros.

El Gobierno obró con rectitud.

Los partidos en la Cámara.—Pasadas las elecciones, fácil fué ver en la Cámara el desacuerdo entre los representantes de las diversas agrupaciones políticas. Estas luchas dificultaron las tareas legislativas y sirvieron mucho para ir sacando poco a poco a Estrada Palma de su plano de neutralidad.

Por otra parte, el pueblo, siguiendo a hombres más que a principios, facilitaba el caudillaje y la indisciplina.

Sombras en el horizonte.—Al alborear el año 1905, frente a la floreciente situación económica del país comenzaba a sentirse cierto malestar en el escenario político.

Aunque existían diferentes agrupaciones provinciales, los dos más fuertes núcleos eran el Partido Liberal Nacional, ramificado en todas las provincias y poderoso en la Habana, reconociendo como jefe al Dr. Alfredo Zayas, y como bandera al general Máximo Gómez; y el Partido Republicano Conservador, predominante en Las Villas, muy fuerte en Matanzas y con fuerzas también en la Habana, Santiago y Pinar del Río. De este Partido era alma máter el general José Miguel Gómez, Gobernador de Las Villas.

El Partido Liberal Nacional aún no había pensado en candidato presidencial. El Republicano tam-

poco, pero comenzaba a sonar el Gobernador de Las Villas, que venía siendo poderosa influencia en los centros gubernamentales, y parecía que su nombre pesaría en la próxima lucha como candidato de gran fuerza.

La reelección.—Así las cosas, el Presidente Estrada Palma, satisfecho de su obra de gobierno, dió oídos a insinuaciones de amigos interesados y llegó a creerse insustituible en su alto cargo.

¡Funesto error! El Presidente olvidó las circunstancias en que vino a Cuba; no tuvo en cuenta que era el *primer Presidente cubano*; pasó por alto la dolorosa historia de la América hispana; la herencia atávica de Cuba; las deficiencias de nuestras leyes; la espada de Damocles, que se llama Enmienda Platt; el ejemplo de Washington, cuya historia le era familiar; el calvario de Bolívar; la circunstancia de que, elegido por el pueblo de Cuba, no podía volver a serlo sino por la voluntad de todos. El consejo interesado o torpe de amigos equivocados o egoístas pudo más que su buen juicio y que su patriótico y hermoso pasado, y creyendo hacer un gran bien a Cuba, escribió la primera página de un período de injusticias y tristezas.

La actitud de Estrada Palma hizo surgir el Partido Moderado, al cual se afilió el Presidente, provocando que liberales nacionales y republicanos villareños, a pesar de sus añejas luchas, se acercaran y surgiera la fusión de ambas fuerzas, poniendo frente a la aspiración de Estrada Palma la candidatura Gómez-Zayas, de la que se declaró mantenedor el viejo caudillo Máximo Gómez.

La lucha electoral.—La lucha electoral, iniciada desde muy temprano, comenzó a desenvolverse con enorme actividad.

Al unirse republicanos villareños y liberales nacionales constituyeron un nuevo partido, que se denominó Liberal y que se puso frente al Partido Moderado.

Muerte del general Máximo Gómez.—El general Máximo Gómez, vidente ante el porvenir, ir-

guiéndose como en los días de su pasado heroico, puso a disposición del Partido Liberal su prestigio inmenso, y a pesar de sus años, salió en labor de prédica y consejo, para caer al fin en el escenario de sus brillantes hazañas de otros días; su muerte fué una gran pérdida para Cuba, porque quizás sólo él, con el prestigio de su nombre y la aureola de sus triunfos, hubiera podido evitar la desgracia inmensa que a la patria reservaba el mañana.

El entierro y funerales del caudillo tuvieron la pompa y homenaje que bien merecía; pero en la manifestación de duelo de su muerte hubo de sentirse, como él vaticinó poco antes de morir, *así como un latido de revolución*.

Actitud del Gobierno.—El Gobierno, decidido a que triunfara el Partido Moderado, que postuló Presidente a Estrada Palma y Vice al Dr. Domingo Méndez Capote, puso al servicio de ese Partido todos sus recursos y resortes.

La lucha era desigual. Con los liberales estaba la mayoría del cuerpo electoral, pero los moderados tenían los recursos y medios de que puede disponer todo gobierno.

Era Gobernador de Las Villas el coronel Nicolás Altardi, en sustitución del general José Miguel Gómez, y entre ese Gobierno y la Secretaría de Gobernación se libró un tremendo duelo, cuya nota culminante fué el incendio del Ayuntamiento de San Antonio de las Vueltas.

La fuerza pública, salvo honrosas excepciones, no se recataba para hacer ostentación de sectarismo; y jefes y oficiales que no estuvieron dispuestos a determinados procedimientos, se vieron compelidos a la presentación de su renuncia.

A medida que se acercaba el día electoral arrecio la campaña, y donde más cruda se hizo la contienda fué en Las Villas, por ser esta región un baluarte del general José Miguel Gómez.

Muerte de Enrique Villacudas.—Cercano ya al momento decisivo—23 de septiembre—, cupo en suer-

te a Villuendas ir a Cienfuegos, pueblo de fama violenta en luchas electorales y donde dirigía a los moderados el Dr. José A. Frías.

El día antes de las elecciones—22 de septiembre—reunió Villuendas, en su habitación del hotel "La Suiza," a los jefes del liberalismo cienfueguero, y terminada la reunión, a poco de marcharse éstos, presentóse allí el jefe de la policía, Angel Illance, seguido de varios subalternos, con el pretexto de efectuar una diligencia de registro por orden de la autoridad judicial. Villuendas, a pesar de su condición de representante, que hacía inviolable su persona y domicilio, accedió al registro, y comenzó éste.

¿Qué pasó después? Los ánimos, exaltados ya, llegaron a su máximo de violencia; sonaron disparos; caen Villuendas e Illance muertos, e invade el local gran número de policías, deseosos de vengar la muerte de su jefe.

La caída de Villuendas resolvió el problema electoral en Cienfuegos, y al verificarse las elecciones al siguiente día, en vez de parecer que se efectuaban en ciudad viva y populosa, parecieron ceremonia de luto en ciudad muerta. El liberalismo no acudió a las urnas.

El Partido Liberal se retrae.—La noticia de la muerte de Villuendas corrió por el país como reguero de pólvora. El Partido Liberal se sintió sin derechos, y su Directorio acordó el retraimiento. Mientras los liberales se retiraban de las urnas, los moderados siguieron votando libremente y sin opositor.



Coronel Enrique Villuendas

Responsabilidad de Estrada Palma y su gobierno.—Así fué la campaña electoral de 1905, y así resultó electo por segunda vez don Tomás Estrada Palma.

Aquel gobernante, que pudo enorgullecerse de iniciar la República cubana y que tuvo en su mano la gloria de pasar a la posteridad comparado con Washington, cayó en el error vulgar de imitar a muchos otros de la América hispana.

La historia, imparcial, y por eso severa, si bien debe tener sinceros y justos aplausos para la gestión presidencial de Estrada Palma, al analizar su empeño reeleccionista y los medios que su gobierno empleó para llegar al triunfo tiene que censurar implacable tales medios y echar sobre aquel gobierno la responsabilidad de su obra, única creadora de posteriores y dolorosos sucesos.

Después de las elecciones.—Pasó el 23 de septiembre. Los hechos estaban consumados y la paz moral de la República rota, porque los elementos todos de la sociedad cubana, ante la magnitud de los sucesos pasados, parecían interrogantes.

El Partido Liberal permanecía en expectante silencio, sin que al parecer existiera acuerdo alguno entre sus elementos directores.

Si, todavía después de lo pasado, el Gobierno hubiera rectificado sus procedimientos y respetado a los vencidos, el pueblo hubiera olvidado; y el adversario, tratado tan duramente, no hubiera tenido más recurso que aceptar la derrota y esperar mejores días.

Pero los gobiernos, como los hombres, cuando emprenden una senda torcida, no rectifican por voluntad propia. Respondiendo al imperativo de su obcecación y conscientes de que lo hecho ha sido malo, imaginan al perjudicado en rencorosa enemiga, y lejos de rectificar el procedimiento que ocasionó el agravio, persisten en él. Eso hizo el Gobierno. En vez de empeñarse en aparecer generoso con el adversario político, apareció vengativo, y pasada la contienda, continuó persiguiendo a los liberales. Ordenó visitas

especiales a determinados ayuntamientos significados por su filiación, encontrando jueces capaces, por su servilismo, de actuar como instrumentos; y se estableció una persecución sistemática contra muchos hombres que por su historia, posición y condiciones merecían respeto.

La Revolución de Agosto.—El latido de revolución de que hablara proféticamente Máximo Gómez fué adquiriendo intensidad, y tras pequeños chispazos, a manera de avisos, la hoguera ardió dominadora e imponente.

El vendaval no sorprendió al Gobierno; pero lo esperaba impotente, porque estaba en desacuerdo con la opinión y no tenía más que tres mil guardias rurales y cuatrocientos artilleros para hacer frente a una revolución que surgía poderosa.

A la clarinada revolucionaria respondió la legalidad poniendo en movimiento su escasa fuerza pública y procediendo al arresto de las grandes figuras liberales que pudo alcanzar.

La comisión norteamericana.—Ya están en lucha abierta y frente a frente hermanos con hermanos; ya la ponzoña bochornosa de la guerra civil arma el brazo y lleva al corazón sentimientos de odio; ya en las Ovas, Cascajal y Wajay, el plomo ha segado vidas y el machete desgarrado la carne de cubanos en discordia. Y mientras la República se conmueve ante un suceso que su propio Presidente había indicado como justo, los colaboradores suyos, acobardados ante su obra, abandonan al anciano que ofuscaron, y quien frente a la realidad desnuda y desconsoladora, impotente para vencer y dando oídos más al sentimiento de ofensa que le domina que a la voz de la razón y del patriotismo, recuerda la existencia de la Enmienda Platt y pide al Gobierno de Wáshington que intervenga.

Estrada Palma espera que el Gobierno norteamericano imponga a los revolucionarios incondicional sumisión. Allá ocupa la primera magistratura un hombre que, amigo incondicional de Cuba, en va-

no ha pretendido en bellísima carta a Gonzalo de Quesada que la paz se haga entre los enardecidos contendientes. Ese hombre es Teodoro Roosevelt, quien al recibir el apremio del Presidente cubano dispone el envío de una comisión, no para que deliberadamente apoye a determinado contendiente, sino para que conozca los sucesos y sus causas y dé la razón al que la tenga.

Renuncia de Estrada Palma.—La actitud imparcial de los comisionados Taft y Bacon hiera en su amor propio al Gobierno de Cuba y a su primer Magistrado, y no queriendo pactar con los revolucionarios ni aceptar que se disenta su conducta, optan por abandonar los puestos y dejar acéfala la representación nacional.

Desoyeron súplicas y empeños de hombres como Manuel Sanguily y Mario García Menocal, a quien Estrada Palma llegó a dar el calificativo de *un alzado más*. No valieron esfuerzos para evitar la intervención extranjera. Renunció Estrada Palma, y con él, sus secretarios. El Congreso no integró el quórum necesario para tratar de la renuncia y sustitución del Presidente, y ante la dificultad creada por el Gobierno, Taft asumió el poder con el carácter de Gobernador Provisional de Cuba.

Así vino la segunda intervención. Desgraciadamente es un hecho cierto que la impuso el Gobierno cubano.

Proposición de Taft y Bacon.—La Comisión, al investigar las causas de la Revolución, comprobó fácilmente que el Gobierno abusó tanto del poder y cometió tales injusticias, que las elecciones de 1905 eran absolutamente falsas.

Con esta seguridad, formularon los comisionados la proposición siguiente:

1°—Renuncia del Vicepresidente, senadores, representantes, gobernadores y consejeros elegidos en 1905.

2°—Que los insurrectos depusieran las armas al presentarse dichas renunciaciones.

3^o—Que se creara por una ley una comisión de seis letrados, designados por el Partido Moderado y el Partido Liberal, presididos por un séptimo, elegido por el Presidente de los Estados Unidos, para redactar ciertas leyes.

4^o—Que de acuerdo con la Ley Electoral redactada por dicha comisión, se verificaran elecciones el 1^o de enero de 1907.

Estas proposiciones, que mantenían a Estrada Palma en el poder hasta efectuar las elecciones, fueron aceptadas sin modificación alguna por el Partido Liberal, a nombre de la Revolución. Estrada Palma y el Partido Moderado no quisieron discutir siquiera, y mantuvieron su actitud.

Al asumir Taft el poder suspendió las funciones del Congreso y se arrogó el poder legislativo.

El Presidente se retira.—Al presentar su renuncia Estrada Palma, se retiró a su ciudad natal (Bayamo), enfermo, triste y solo, para pasar allí por la amargura de contemplar que muchos de sus consejeros y amigos de días mejores volvían la espalda al ayer, y como Pedro negó a Jesús, negaban ellos, si no su concurso en la obra funesta de la reelección, por lo menos su participación o aquiescencia en los procedimientos que se emplearon, cuando es lo cierto que de los referidos procedimientos nadie, absolutamente nadie, protestó cuando fué oportuno, y que quizás el menos informado de todas las cosas que a nombre suyo se hicieron fué el propio Presidente.

Gobierno provisional.—El 29 de septiembre de 1906, con el carácter de Gobernador Provisional de Cuba, asumió el mando William H. Taft, y lanzó una proclama al pueblo explicando el alcance y limitación de su gobierno, que no dejaría de ser cubano, y en prueba de ello, se continuaría enarbolando en los edificios públicos la bandera de la estrella solitaria.

Uno de sus primeros actos fué disolver las fuerzas revolucionarias y las guerrillas organizadas por

el Gobierno, así como poner de supervisor de la Guardia Rural al comandante del ejército norteamericano Henry A. Bárber, dándole por asesores a los capitanes Clyton, Wittermeyer y Dougherty. Esta última medida fué bien acogida hasta por el propio cuerpo.

Notables dificultades se ofrecieron al Gobierno provisional en los primeros momentos para la designación de nuevos secretarios y reponer en sus destinos a las autoridades y empleados liberales que per-

dieron estos destinos por razón de los acontecimientos pasados.

Ya el poder en manos de Charles E. Magoon, se resolvió el primer problema designando supervisores norteamericanos en vez de secretarios. En lo referente a la reposición de las autoridades, no fué cuestión difícil, porque en casi todos los casos existían pruebas concluyentes; pero en cuanto a la provisión de destinos, resultó mucho



William H. Taft

mayor el número de solicitudes que el de puestos a disponer, por lo que Magoon se defendió nombrando una comisión liberal para que le fuera proponiendo personas con que cubrir vacantes. Presidió esta comisión el general Faustino Guerra, que había sido la figura militante máxima en la Revolución de Agosto.

Magoon, siguiendo instrucciones de su Gobierno, se propuso apurar el momento electoral que restituyera a la República su gobierno propio; y como la Ley Electoral por la que se habían regido las anteriores elecciones era defectuosa en grado sumo, designó una Comisión Consultiva para que, supliendo al Poder Legislativo en suspenso, hiciera determinadas leyes, entre ellas una nueva Electoral. Formaron esa comisión los Sres. Alfredo Zayas, Juan G. Gómez, Rafael Montoro, Miguel F. Viondí, Felipe González

Sarraín, Francisco Carrera Jústiz, Manuel M. Coronado, Mario García Kholy, Erasmo Regüíferos, Otto Schoenrich y Blauton C. Winship, bajo la presidencia del coronel E. H. Crowder.

La nueva Ley Electoral vino a quedar terminada precisamente cuando el país estaba más atareado en las zafras de la caña y el tabaco, por lo que el Gobernador, después de consultar a varias caracterizadas personalidades, determinó efectuar primero elecciones municipales y provinciales, como ensayo de la nueva Ley, para tres meses más tarde llevar a cabo la elección presidencial.

Lo anteriormente expuesto no podía efectuarse sin una depuración del censo electoral, que había sido escandalosamente amañado, y esa necesidad originó el censo de población de 1907, bajo la dirección de Víctor H. Ohmsted, cuyos trabajos comenzaron el 30 de septiembre, para quedar terminados el 14 de noviembre.

Surge el Partido Conservador.—En el nuevo orden de cosas no podía subsistir el Partido Moderado, y sus directores acordaron disolverlo, para que surgiera en su lugar un nuevo partido, formado en su inmensa mayoría por elementos de la situación pasada, aunque bajo la dirección de otros hombres no tan significados en el campo del moderantismo. En esa nueva agrupación ingresaron como conservadores los liberales nacionales que en 1905 habían seguido al general Emilio Núñez como aliado de los moderados.

El Partido Conservador surgió, según manifestación pública de sus fundadores, para colocarse frente al Partido Liberal, y desde la oposición fiscalizar sus actos, propender al engrandecimiento de la República y tratar de oponerse a las exageraciones radicales de la política contraria.

El Partido Liberal se divide.—Si los liberales hubieran conservado su cohesión, el Partido Conservador no hubiera podido ir más lejos de lo declarado por sus directores: pero una vez pasada la Revolu-

ción de agosto, en vez de mantenerse en la victoria tan unidos como en la derrota, se dividieron, debilitando sus fuerzas.

Un grupo se inclinó al Dr. Zayas, apoyando su candidatura presidencial; y el otro grupo, apoyado por un nuevo partido que surgió con el nombre de Republicano Histórico, sostuvo la candidatura presidencial del general José Miguel Gómez, candidato de 1905.

Elecciones municipales y provinciales.—Terminado el censo de población, que arrojó un total de 2,048,980 habitantes (476,135 más que en 1899), promulgada la nueva Ley Electoral y el país en marcha de trabajo y progreso, llegó el instante de que el Partido Liberal probara de modo decisivo si tenía mayoría en el país y si habían sido justas sus acusaciones al Gobierno de Estrada Palma. Se presentaba dividido, pero esto no era óbice para que llegara a la verdad en la prueba.

El Gobierno provisional designó el 1º de agosto de 1908 para las elecciones municipales y provinciales, y el 14 de noviembre para las presidenciales.

Tres eran los contendientes: el Partido Liberal Histórico con la candidatura de los generales José Miguel Gómez y Eusebio Hernández; el Partido Liberal con la candidatura del Dr. Alfredo Zayas, sin vice designado, y el Partido Conservador, que aunque defendía la candidatura Menocal-Montoro, no quiso presentar candidatura presidencial hasta pasada la prueba de agosto.

El censo electoral era de 466,745 electores.

La campaña fué reñida y entusiasta, pero sin violencias. Votó el 60% de los electores, con el resultado siguiente: los históricos ganaron los gobiernos de Camagüey y Oriente; los liberales, la Habana, y los conservadores, Matanzas, Villas y Pinar del Río. De los ochenta y dos ayuntamientos que entonces existían ganaron los históricos treinta y cinco, los conservadores veintiocho y los liberales diez y ocho. El municipio de Pedro Betancourt fué ganado por

los históricos liberales, que allí concurrieron unidos a las urnas.

Quedó demostrada la mayoría liberal, pues sus dos ramas ganaron tres provincias y cincuenta y cuatro municipios; pero si hubieran ido unidos, triunfan en las seis provincias y en casi todos los municipios.

La división liberal sirvió para que el Partido Conservador, viéndose triunfante en tres provincias y veintiocho municipios, se animara a presentar candidatura presidencial; pero el resultado de esta lucha también sirvió para que ambas fracciones comprendieran la necesidad de unirse, y apoyando para Presidente al de la fracción más numerosa, volvieron a presentar la candidatura de 1905, ó sea Gómez-Zayas.

Elección presidencial.—La campaña presidencial fué corta, aunque más reñida que la anterior, y hubo hasta un muerto en Sancti-Spíritus; pero en general prevaleció el respeto y triunfaron los liberales en todas las provincias, con 70,943 votos de mayoría, y también ganaron todos los senadores.

El resultado electoral fué aceptado unánimemente, predominando como nota simpática y alentadora que los liberales celebraron su triunfo respetuosos con el adversario, y que éste, con dignidad y afecto, participara del ruidoso y legítimo triunfo liberal.

No faltaba más que la entrega del gobierno a los cubanos y el cese de la intervención. ¡Ojalá que esa ingerencia extraña no volviera nunca porque lo evitaran nuestra cordura, nuestra dignidad, y sobre todo, nuestro patriotismo y respeto por la República Cubana y por sus infinitos mártires!

RESUMEN DEL CAPITULO

El 20 de mayo de 1902 se constituyó la República cubana, siendo su primer Presidente don Tomás Estrada Palma.

Poco después se convino con los Estados Unidos el arrendamiento de Guantánamo y Bahía Honda para estaciones navales y carboneras; convinióse también el tratado permanente sin contar como cubana a la isla de Pinos.

Únicamente perturbaron la paz los levantamientos de Vicaña y Caney, que fueron poco importantes.

En 1904 se verificaron elecciones parciales, dividiéndose el triunfo republicanos conservadores y liberales nacionales. El Gobierno dirigió imparcialmente estas lecciones.

Al acercarse las elecciones presidenciales de 1905 se dividieron los republicanos que habían formado el Partido Moderado. Unos apoyaron para Presidente al general José Miguel Gómez; y los otros, a Estrada Palma, que aceptó la reelección. Los del grupo de Gómez se unieron a los liberales nacionales, formando el Partido Liberal con la candidatura Gómez-Zayas.

El general Máximo Gómez, opuesto a la reelección, murió cuando más falta hacía a Cuba en aquel momento peligroso.

Las elecciones fueron violentas. La muerte de Villuendas produjo el retraimiento del Partido Liberal y el triunfo moderado. Los liberales, no conformes con los hechos pasados, hicieron la Revolución de Agosto, que el Gobierno no pudo dominar, y al intervenir los norteamericanos, Estrada Palma renunció sin aceptar arreglo alguno; asumió el gobierno el comisionado Taft, quien declaró nulaa las elecciones pasadas y entregó el poder a Charles Magoon para que restituyera la República después de hechas determinadas leyes, entre ellas una electoral.

En lugar del Moderado surgió el Partido Conservador, que ante la división de los liberales se sintió fuerte, y lo fue realmente, cuando al verificarse las elecciones municipales y provinciales ganó tres provincias y veintiocho municipios de los ochenta y dos que eran.

Verificadas las elecciones presidenciales, triunfaron los liberales y cesó la intervención para que surgiera otra vez la República.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Por qué al ocurrir el arrendamiento de Guantánamo y Bahía Honda no se resolvió la situación de isla de Pinos?

¿Por qué al concertar el tratado permanente no se dejó resuelta la cuestión de Isla de Pinos?

¿Qué es el copo electoral?

Expóngase cómo pueden o deben ser las reelecciones presidenciales.

¿Debió renunciar Estrada Palma?

CAPITULO LIII

PERIODO REPUBLICANO

FACTOR POLITICO

II

Toma de posesión del Presidente Gómez; momento histórico.—La paz en el país.—Elecciones parciales y creación de ayuntamientos.—Cargos al Gobierno.—El Banco Territorial.—Lucha intestina.—La cuestión veteranista.—La cuestión racista.—El escenario político.—Supervisores militares.—Elecciones.—El conflicto mundial.—Cuba interviene.—Elecciones presidenciales.—Revolución de febrero.—Nuevos ayuntamientos y censo de población.—Las elecciones de 1920.

Toma de posesión del Presidente Gómez; momento histórico.—El 28 de enero de 1909, aniversario del nacimiento de Martí, fué el día señalado para la toma de posesión del Presidente Gómez.

Ese día significó para Cuba la reconquista de su gobierno propio, teniendo en el poder a un hombre de quien se esperaban grandes cosas por su inteligencia, actividad, energía y honradez, demostradas en su paso por el gobierno civil de Las Villas.

No podían ser infundadas estas esperanzas, porque la situación que surgía era el producto de la voluntad del pueblo, impuesta por esa ley soberana que se llama mayoría; porque el Ejecutivo llevaba en su favor el decidido apoyo del Congreso; porque las clases sociales y económicas se disponían a secundar su gestión, y porque de los conservadores se esperaba una oposición serena y tan patriótica como convenía a los intereses generales de la República.

Pero este segundo gobierno republicano no llegó al poder en análogas condiciones a aquellas del go-

bierno propio anterior. Entonces acababa de pasar la epopeya de la independencia, y el sentimiento patriótico era más hondo y más sentido, mostrando todos los elementos más altruismo, más alto espíritu de beneficio colectivo, más generosa intención y menos ambición personal. Entonces, la administración era una admirable máquina que, manejada con especial competencia por hombres modelos (Brooke y Wood), podía responder y respondía a todo género de esfuerzos.

Este momento era distinto. Sobre el país pesaba el empréstito de los treinta y cinco millones, y una existencia de \$2.800,000 (de ellos un millón en bonos de la deuda exterior) era todo lo que existía para pagar doce millones con urgente apremio, porque se trataba de créditos vencidos.

Al comenzar el año 1900, había en Cuba 83 ayuntamientos, y por restablecimiento del de Abreus ascendieron a 84. En 1910, por diferentes leyes del Congreso se crearon los ayuntamientos de Eneruejada, Zulueta, Manguito, Perico, San José de los Ramos, Agramonte, Sabanilla del Encomendador, Victoria de las Tunas, Corralillo, San Fernando de Camarones, Guamacaro, San Juan de los Yeras, San Antonio de Cabezas, Caimito del Guayabal, Candalaria, Los Palacios, Carlos Rojas, Santa Ana y Mariel, con lo que esas corporaciones ascendieron a 103, y rectificado el censo de la República, se vió que la población había ascendido a 2.159,471 habitantes.

La nueva situación no había contraído compromisos materiales de hacer grandes cosas; pero ante su partido y ante la República tenía el deber de justificar con sus hechos sus anhelos de gobierno.

La paz en el país.—Al terminar este primer año, el Gobierno respondía a las esperanzas del país, y sólo perturbó la paz pública una tentativa de levantamiento en que actuaron como protagonistas los sargentos de la Guardia Rural Francisco y Vicente Cortés y el ex capitán de ese cuerpo Manuel Lavastida.

Pero si la paz reinaba en el país, no reinaba la armonía en el partido que gobernaba. El miguelis-



Mayor general José Miguel Gómez,
Segundo Presidente de la República de Cuba

mo y el zayismo brotaron otra vez, y los efectos de esa división se hacían sentir en el Congreso, y hasta en las fuerzas armadas.

Elecciones parciales y creación de ayuntamientos.—De acuerdo con la Ley Electoral, el Gobierno convocó a elecciones parciales para representantes, consejeros y alcaldes en los nuevos ayuntamientos creados a la razón. Por esas elecciones debían renovarse la Cámara de Representantes y los Consejos provinciales en su cincuenta por ciento.

El día fijado para la función electoral se llevaron a cabo las elecciones, sin nota discordante y bien dirigidas por el Gobierno.

El resultado fué: representantes liberales, 23; conservadores, 18; consejeros, 12 y 12. De los 19 alcaldes a elegir, 18 fueron liberales y uno conservador.

Cargos al Gobierno.—El Gobierno había respondido a lo que de él esperó el país. La administración se desarrollaba con perfecta solvencia y había realizado una labor digna de encomio. Sin embargo, no opinaba así la prensa conservadora, que en violentos e impetuosos artículos, censuraba la gestión del Presidente Gómez y le hacía grandes cargos.

Uno de ellos era que en vez de servirse a las colecturías todos los billetes existentes en el departamento de la Lotería Nacional, se daba más número a determinados colectores preferidos, y se reservaba cierta cantidad para amigos del Presidente. Eso era cierto, pero de ello no fué culpable sólo el Ejecutivo, sino también el Congreso, que tenía atribuciones para conocer y corregir esas irregularidades, y especialmente el Senado, a quien correspondía aprobar el nombramiento de Director de la Renta. Nadie vió, en cambio, que la Lotería, establecida el 7 de julio de 1909, teniendo como primer Director a Martín Morúa Delgado, produjo a los catorce meses de implantada un ingreso de cuatro millones de pesos; como tampoco llamó la atención de nadie que por la ley de 22 de junio de 1910, el Congreso destinó para diferentes atenciones un crédito de 1.500,00 pesos del superávit de la Lotería.

Otro grave cargo que entonces se hizo al Gobierno fué el canje del Arsenal. El asunto merece especial mención, por lo mucho que fué tratado.

En los tiempos coloniales y al fondo de la bahía de la Habana, ocupando una regular porción, tenían establecido los españoles un taller de construcciones y reparaciones navales. Al cesar la dominación de España, ese espacio de terreno quedó como propiedad del Estado cubano, sin aplicación ni beneficio, a pesar de de su ventajosa posición.

Por otra parte, al establecerse el ferrocarril de Villanueva, los entonces propietarios de esa empresa situaron la estación final en una parcela de tierra que en aquella época resultaba ser arrabal habanero.

La población fué extendiéndose rápidamente y llegó el día en que el Campo de Marte—hoy Parque de Colón—y el paseo del Prado—hoy Avenida de Martí—quedaron precisamente rodeando la estación de Villanueva, por cuya razón esos terrenos adquirieron gran precio.

Podía hacerse con más o menos facilidad que la referida estación se retirara a un lugar menos céntrico; pero eso no hacía desaparecer el tono discordante que a los dos principales paseos habaneros daban los cercados de Villanueva.

El palacio de Gobierno estuvo bien situado por los colonizadores mientras la Habana no adquirió su desarrollo actual; pero en el momento a que nos referimos, ese centro no resultaba lo mismo. Además, en el edificio ocupado por el Ejecutivo Nacional se hallaba también al Ayuntamiento habanero, y todo esto hacía que se debiera pensar en la construcción de un edificio propio para residencia del más alto poder de la nación.

Únicamente podían oponerse a esa idea el perjuicio que sufriera la propiedad urbana circundante del Palacio Presidencial y la dificultad de encontrar un sitio a propósito en que levantar el nuevo edificio.

La República podía permitirse el lujo de embellecer la ciudad capitalina con una moderna residencia para el Poder Ejecutivo, y el traslado no había de

perjudicar a nadie, porque el antiguo palacio de los Capitanes Generales está enclavado en una zona esencialmente comercial.

Faltaba sólo el sitio en que erigir el nuevo palacio, y entonces surgió la idea del canje del Arsenal por los terrenos de Villanueva.

Cierto que el Arsenal ocupaba una valiosa posición, pero sin provecho alguno para el Estado y con perjuicio para los propietarios de aquellos alrededores, cuyas casas tenían poco valor, precisamente por la inutilidad del aislado vecino.

Haciendo del Arsenal un centro ferrocarrilero, podía llevarse un gran movimiento a esa parte del litoral; y levantando el Palacio Presidencial en los terrenos de Villanueva, se quitaba a ese lugar el ruido de trenes, campanas, pitos, etc., y se contribuía al mayor embellecimiento de nuestros principales paseos.

El canje se hizo a condición de que la empresa, demoliendo aquellos vetustos paredones, levantara para el arribo y salida de sus trenes un edificio digno de la Habana. Efectivamente, hoy se admira allí la Estación Terminal, hermoso centro ferrocarrilero que hace honor a la capital.

En el canje ganaron los terrenos inmediatos al Arsenal: los paseos habaneros; la más alta representación nacional y el ornato capitalino, sin que perdieran nada de su valor los edificios que rodean el viejo palacio de los Capitanes Generales.

El Banco Territorial.—Verdadera inmoralidad, sin beneficio alguno para el pueblo ni para la República, fué la modificación de la ley de 20 de junio de 1910, que autorizó la creación del Banco Territorial.

Por aquella ley se adjudicó al Crédito Hipotecario Cubano, o al Banco Español, el derecho de crear el Banco Territorial, cuyo derecho obtuvo esa institución mediante proposiciones precisas y concretas, superiores a otras presentadas.

Más tarde, y ya concedida la autorización, el Congreso, por ley de 21 de febrero de 1911, modificó la ley anterior, en exclusivo beneficio del Banco Territorial.

Esta fué una irregularidad del Congreso, en la que fué cómplice el Ejecutivo, por sancionar la ley modificadora.

Lucha intestina.—Al terminar el segundo año, el partido gobernante llevaba en sí el germen de una profunda discordia, llegando la tirantez a tal extremo, que se habló de conspiraciones, pronunciamientos, y hasta de la preparación de un golpe de estado.

La cuestión veteranista.—Las dificultades políticas con que ya tropezaba el Gobierno se agravaron con la situación que le creó la campaña veteranista.

Todos los pueblos de la tierra en situación de coloniaje, al plantear a sus metrópolis el problema de la independencia por la revolución, tuvieron siempre enfrente mayor o menor número de elementos nativos que por razón de educación, ambiente, etc., combatieron a favor de la metrópoli, por apego a ella, o por no creer viable el medio revolucionario; o por temor a un futuro victorioso de falsas garantías de estabilidad nacional, y en muchos casos, por causas más pequeñas que las enumeradas.

Y tan cierto es lo expuesto, que dos de nuestras más grandes figuras revolucionarias, Narciso López y Máximo Gómez, a quienes tanto debe Cuba, en sus respectivas patrias, Venezuela y Santo Domingo, combatieron frente a la revolución, y hasta merecieron por sus especiales dotes altas jerarquías en los ejércitos metropolitanos.

Cuba no podía ser excepción de la regla común a tantos pueblos. Los españoles, al domiciliarse en Cuba y crear una familia, procuraban arraigar en sus hijos sus ideas, que desde luego no podían ser más que españolas. Al frecuentar esos niños la escuela pública, aquella pobre escuela colonial, oían a un domine español, casi siempre intransigente, la prédica constante del amor a España y el odio al mambí. En aquella escuela no se conocía ni estudiaba más historia que la de España, y si algo se decía de los revolucionarios cubanos, era empequeñeciéndolos tanto, que las más de las veces parecían criminales. Los

niños cubanos que por suerte suya se educaban en el extranjero, y aun en la misma España, podían pensar que Agramonte fué un héroe y Céspedes un mártir; podían fortalecer su espíritu en la leyenda épica del 68, y hasta sentir emulación ante las portentosas campañas bolivianas, la brillante jornada de Junín y la grandeza de Sucre en Ayacucho; pero los que se educaban en Cuba y únicamente se rozaban con elementos adversos al separatismo, ¿qué podían ser sino españoles?; y ¿por qué culparlos de españolismo, si contra origen, educación y medio, sólo podían tener el instinto de la independencia?

Reconociendo esas razones y pensando en aquella famosa proclama de Bolívar que ofrece *patria* y perdón a los americanos, *aunque hubieran sido malos*, aquel cerebro privilegiado que se llamó Martí, al redactar el manifiesto de Montecristi, habló de una república cordial, *con todos y para todos*, en que al amparo de una constitución igualitaria, se amara por redentores y redimidos, libres conjuntamente, la bandera generosa de una patria común.

Por eso, al terminar la redentora campaña del 95, y flameando aún en los mástiles de nuestras fortalezas otra enseña, la voz del patriotismo, elevándose más que la pasión de los hombres, hizo llegar a todos los oídos ecos de concordia, llamando a los cubanos, sin distinción de procedencia, a la obra de reconstruir el país y consolidar la República. Si hubo remisos fueron pocos, y esos, consumidos por el despecho de vencidos.

Así pasaron años de confraternidad, rivalizando en el amor a la patria redimida hasta los que más la combatieron cuando era un sueño; y cuando parecía todo olvidado, y todo en armonía para el servicio de las instituciones republicanas, se levanta voz amenazadora de pasión y de violencia. Y entonces se vió el cuadro doloroso de que el heroico Ejército Libertador se dividía en dos bandos; uno, para defender el derecho constitucional de todos los cubanos, amparando su defensa en el manifiesto de Montecristi, y en su propia actuación pasada la contienda; el otro, para recorrer las poblaciones en amenazador alarde;

para, en destemplada protesta, exigir cesantías y persecuciones.

El Gobierno, al encontrarse frente al problema planteado, en vez de defender el principio constitucional y hacer que por sobre todo prevaleciera ese principio, consideró beligerantes a los autores materiales de la cuestión, y se empequeñeció hasta el extremo de pactar unas bases por las que resultaba sin razón de existir el artículo 11 de la Constitución.

La cuestión racista.—Tras la cuestión veteranista surgió otra, más intensa y más peligrosa para la estabilidad de la República y la armonía en el conglomerado social cubano.

La paz pública, alterada ligeramente cuando el levantamiento de los Cortés, y también de modo insignificante al levantarse el general Guillermo Acevedo en 1911, sufrió una gran perturbación en 1912 con el levantamiento de los Independientes de Color.

¿Cuál fué la causa de ese suceso? La raza de color en Cuba, constituyendo una considerable parte de la población, había contribuido, conjuntamente con la blanca, a las luchas por la independencia; la sangre de unos y otros corrió junta en gloriosos combates; una de nuestras más altas figuras militares fué un hombre de raza negra, el general Antonio Maceo; y hasta simbólicamente, en el holocausto de San Pedro, sangre de blanco y negro hicieron pacto en unión eterna.

Esa raza, que no negó sacrificio a la patria para crearla, no podía quedar preterida en el disfrute de la libertad pública y en el derecho constitucional, y por eso, al surgir nuestra Constitución, confundidos blancos y negros en el título honroso de cubanos, quedó señalado de modo indeleble el derecho de igualdad legal.

Al constituirse la República y organizarse el gobierno propio, valiosos hombres negros encontraron en la voluntad popular sincero apoyo para sus aspiraciones; y si más hombres negros no alcanzaron puesto en la administración, no fué culpa del blanco nativo, sino del medio social en que por suerte adversa suya vivió la raza negra en los tiempos colo-

niales. Y es un hecho indiscutible que si para la acción material en que el valor se impone sirven todos los hombres que tienen valor, hay otras actividades de la vida humana en que sólo puede imperar la mayor cultura.

Así como en la guerra obtuvo alta graduación el hombre negro que descolló por su valentía, también en la paz se destacaron notables siluetas, cuyo mérito fué reconocido por todos; pero esas siluetas no fueron muchas, sobresaliendo Juan Gualberto Gómez, Generoso Campos Marquetti, Manuel Delgado, Aquilino Lombard, Martín Morúa Delgado, Juan T. Lattapier, Rafael Serra y algunas otras.

La raza negra, que en los campos de batalla tuvo abierto el camino para el ascenso por medio del acto heroico, no tenía en la paz, para escalar la altura, más que un sendero abierto: el del progreso por la preparación y la cultura, sendero tan honroso como el otro. Pretender a título de color es un absurdo, y hasta puede ser un crimen, porque esa pretensión rompe con todo derecho, no debiendo aspirarse más que como cubano, y eso, con capacidad.

Si todos los hombres negros hubieran comprendido la razón de determinadas cosas; y si en todos los hombres blancos hubiera dejado de existir el prejuicio, hijo de añejas remembranzas en unos, y el apasionamiento malsano en otros, Cuba no pasa por el bochornoso espectáculo de una cuestión de razas. Pero en todos los negros no hubo la capacidad mental suficiente para, reconociendo y aceptando la inferioridad de herencia, matar despechos, anular pasiones y buscar en el campo del estudio y la cultura la conquista de mejores horizontes.

En ese error de determinados hombres negros influyeron el desprecio de ciertos blancos y el apasionamiento político de otros, que sin medir la inmensidad del peligro en que colocaban a Cuba, alentaron en elementos de la raza negra ideas que en su día habían de ser generadoras de pavorosos conflictos.

Un negro de mentalidad y sobresaliente cultura quiso evitar el peligro que ya comenzaba a delinear-se. Ese negro se llamó Martín Morúa Delgado, y sien-

do Presidente del Senado, obtuvo una ley del Congreso, ley que lleva su nombre, por la cual se niega todo derecho a la formación de colectividades políticas determinadas con sello de raza.

Aquella ley alcanzó grandes censuras, y su autor se conquistó la malquerencia de muchos hombres negros; pero él llevaba en su conciencia la bondad de su obra, en la mente el beneficio de su intención, y quiso servir a Cuba, haciendo, además, un gran favor a su raza, porque su ley tendía a evitar la delimitación de campos entre uno y otro elemento, pensando que el día en que eso resultara, los más perjudicados no habrían de ser los blancos.

Hoy aún, muchos de los hombres de su raza no perdonan a Morúa aquella ley; pero día llegará en que los negros, agradecidos a la magnífica intención de aquel noble cerebro y al generoso impulso de aquel corazón grande, sientan por él admiración sincera y le den lugar preferente en su agradecido afecto.



Martín Morúa Delgado

El germen ya sembrado comenzó a manifestarse, y fué su cultivador más constante al dominicano Evaristo Estenoz, que fundó el Partido Independiente de Color; y como la ley Morúa se oponía a la vida legal de ese partido, la bandera de combate de Estenoz fué la derogación de dicha ley.

Comenzó una activa y violenta propaganda, que el Gobierno no estorbó, demasiado respetuoso de la Constitución en sus artículos 25 y 28. En la tribuna, en la prensa y hasta en la vida ciudadana llegaron a tales excesos los "independientes", que la opinión pública se alarmó.

Cansados Estenoz y los suyos de la prédica paci-

fica, pensaron en el procedimiento violento, y tras laboriosa preparación, el 20 de mayo de 1912 conmovieron al país con el alarde de su protesta armada.

El movimiento fué mejor organizado que el del 10 de octubre y que el del 24 de febrero, pues al mismo tiempo que Estenez, Ivonet y Lacoste se levantaban en Oriente al frente de numerosos parciales, surgían núcleos más o menos numerosos en Las Villas, Matanzas y la Habana.

La revuelta fué prontamente dominada en las últimas provincias, quedando reducida a Oriente, donde el Gobierno, tras suspender las garantías constitucionales, acumuló numerosas fuerzas a las órdenes directas del general Monteagudo.

El final no podía ser ya dudoso, y aunque los elementos extranjeros, y especialmente los norteamericanos, se mostraron temerosos y exigentes de garantías, el país reaccionó.

El Gobierno de los Estados Unidos ordenó a sus tropas de Guantánamo que hicieran acto de presencia, a lo que se opuso el general Monteagudo, sosteniendo que su Gobierno no había solicitado esa cooperación, y que de ningún modo permitiría la ingerencia de esas tropas sin orden expresa del Gobierno cubano. Entre nuestra Secretaría de Estado y la norteamericana se cruzaron notas y al fin el Presidente Gómez ordenó a Monteagudo que no se opusiera al desembarco de esas fuerzas, cuyo objeto era resguardar las propiedades de los norteamericanos; pero que tan pronto un contingente de aquella nación se presentara en una finca yanquí, se retiraran de allí las tropas cubanas, declinando toda responsabilidad en la guarda y custodia de esos intereses.

Los choques más importantes entre leales y rebeldes tuvieron lugar en Jarabucca y Mícara. Cayeron Estenez e Ivonet, y fueron dispersándose sus parciales. El Gobierno publicó un bando de perdón, y a los pocos días Lacoste se acogió a la legalidad, con lo que terminó la aventura.

Esta revolución, en vez de beneficiar al elemento negro, lo hizo retroceder enormemente en la marcha de su progreso, puso en peligro la estabilidad de la

República y llevó el luto a muchos hogares de pobres ignorantes alucinados.

El escenario político.—Se acercaba el momento en que por segunda vez un gobierno republicano habría de presidir la lucha electoral para elegir Presidente. La primera vez esa prueba nos costó la intervención extranjera, y eso había que evitarlo.

¿En qué situación se presentaban los acontecimientos? El Partido Conservador estaba unido, firme y dispuesto a todo. Había designado candidato presidencial al general Mario G. Menocal, y vice, al Dr. Enrique José Varona, y ostentaba un lema que cayó simpático en la opinión, por lo que prometía en beneficio del país. Ese lema era "Honradez, Paz y Trabajo."

La opinión que ha dado en llamarse neutral en Cuba, pero que en realidad es una poderosa fuerza electoral, porque tiene arrastre y dinero, y porque actúa siempre parcialmente (el elemento español), se inclinaba al Partido Conservador.

El Partido Liberal, perturbado interiormente por ambiciones personales y luchas intestinas, más que partido parecía un campo de Agramante. En su seno se agitaban sordos rencores y personales intereses.

El Dr. Alfredo Zayas, apoyado por la mayoría de la Asamblea Nacional, sostenía sus aspiraciones presidenciales, alegando que en 1907 se había convenido apoyarlo a él. Aspiraban también los generales Eusebio Hernández y Gerardo Machado, el coronel Rafael Manduley y Ernesto Asbert, Gobernador de la Habana. Por otra parte, numerosos elementos liberales se mostraban partidarios de la reelección presidencial del general Gómez.

El Dr. Zayas consiguió al fin ser postulado con el general Eusebio Hernández. Transigieron el general Machado y el coronel Manduley, así como también los reeleccionistas; pero el germen de división liberal había fructificado, y el Gobernador de la Habana, puesto de acuerdo con varios grupos provinciales, organizó el Partido Liberal Nacional, y llegó con

los conservadores a un pacto que se denominó "Conjunción Patriótica."

Es de observar el hecho de que la Conjunción Patriótica no surgió como cuestión de principios ni por razón de ideales. La hubiera justificado un intento de reelección; pero ella no fué más que el producto de la indisciplina política, que no conforme con el mandato del organismo máximo de su partido, se pasó al campo contrario. El odio personal a un hombre y el resentimiento por preferencias más o menos ciertas, hirieron por la espalda al Partido Liberal y convirtieron en enemigos suyos, a hombres que le debían todo lo que eran en la vida pública.

El Partido Conservador aceptó el refuerzo, e hizo bien, porque lo necesitaba para el triunfo.

El golpe de gracia lo recibió el Partido Liberal del general Monteagudo, que por personal enemistad a Zayas, se puso resueltamente al lado de la Conjunción, utilizando su ascendiente personal y oficial.

La situación del Ejecutivo se hizo muy difícil, porque no podía ser neutral y permitir al general Monteagudo que utilizara las fuerzas armadas como factor político. Por otra parte, destituyendo al General, parecería parcial a favor de los liberales, y además, esa medida podía crear consecuencias tremendas para el país, porque ni el Partido Conservador ni el propio general Monteagudo hubieran aceptado esa solución.

Los conservadores hicieron una campaña enérgica y activa. Los liberales, en cambio, faltos de unión y hasta de recursos, fueron a la lucha en condiciones de inferioridad, viéndose hostilizados hasta en algunas secretarías.

Supervisores militares.—El Gobierno, en previsión de disturbios, nombró jefes y oficiales del Ejército y de la Rural como supervisores en varias localidades. Esa medida no debió adoptarse nunca, porque ella rebaja el decoro y la legalidad de las autoridades civiles, y porque da ingerencia política a elementos que en ningún caso deben actuar en la vida civil y política de la República. En los pueblos de consti-

tución orgánica moderna y democrática, la autoridad militar no puede intervenir en la cosa pública; y en Cuba, eso está perfectamente definido con la negación al militar del derecho electoral.

Dando al soldado determinadas atribuciones para dirigir una elección, parece que porque él no tiene derecho electoral ha de actuar con perfecta imparcialidad, y es todo lo contrario. Dentro del soldado hay un hombre que, alejado de las luchas partidaristas de la política, no actúa; pero puesto en contacto con esos factores, colocado en el medio, actúa siempre, y por lo general, con el apasionamiento de la novedad.

Elecciones.—Durante la campaña, y aun el día electoral, ocurrieron varios choques personales en que hubo algunos muertos, todos liberales; pero en general, las elecciones se efectuaron con relativo orden y triunfaron los conservadores en cinco provincias (perdieron Matanzas) por una mayoría de 15,459 votos.

Las elecciones pasaron y el triunfo fué conservador, quedando al Gobierno la satisfacción de entregar a otro cubano la administración republicana.

Para estas elecciones se habían creado los ayuntamientos de Cifuentes, Regla, La Salud, Campechuela y San Nicolás, con lo que fueron aumentados a 108 los municipios de la República.

Toma de posesión del general Menocal.—El 20 de mayo de 1913 fué un gran día para Cuba, porque por primera vez se dió el caso histórico de que el Gobierno pasara de manos cubanas a manos cubanas, sin cruzar por la prueba dolorosa de una ingerencia extraña.

El nuevo Presidente juró el cargo, y poco después, su antecesor abandonaba el Palacio Presidencial, satisfecho de aquel acto, y satisfecho también el numeroso pueblo que presenció la imponente ceremonia.

El país confía.—La llegada del general Menocal a la Presidencia no fué sólo el cambio de un ma-

gistrado por otro. En esa sustitución hubo mayor importancia, porque se trataba de un turno de partidos, que aunque no distanciados por grandes diferencias de programa, sí debían estarlo por variantes en procedimientos, y hasta en determinadas finalidades.

En los primeros momentos, el nuevo Presidente no pareció estar dispuesto a desautorizar ninguno de los actos del anterior, y el país esperaba que haciendo honor al lema que ostentó en su estandarte electoral, practicara el nuevo Gobierno la honradez, y estimulara el trabajo para afianzar una perdurable paz republicana.

El general Menocal inspiraba confianza porque con acrisolada historia patriótica había desenvuelto sus actividades en la explotación de iniciativas agrícolas e industriales, y había llegado a triunfar en el campo de los negocios como administrador de uno de los más grandes centrales azucareros.

Parecía conocer los problemas de gobierno y se presentaba en las mejores disposiciones para responder a lo que de él se esperaba.

Conflicto mundial.—Hasta 1914, el más importante problema que se presentó al Gobierno fué el conflicto mundial. Había estallado la guerra europea, y Cuba, como país neutral, limitó su acción a la venta de su principal producto (azúcar) a las naciones aliadas, llegando a obtener ese producto precio nunca soñado, con lo que surgieron capitales sorprendentes que parecieron anegar al país en un mar de riquezas fabulosas.

Llegó el momento en que la guerra europea ensanchó sus proporciones a conflicto mundial, y los Estados Unidos, que, como Cuba, habían estado hasta entonces produciendo y vendiendo sus artículos a los más altos precios, tuvieron que intervenir con la fuerza de sus armas, so pretexto de obrar por humanidad, pero haciéndolo también para contribuir al triunfo de los aliados, lo que les daba ingerencia futura en el escenario europeo y aseguraba el pago de



Mayor general Mario G. Menocal,
Tercer Presidente de la República de Cuba

las enormes sumas que en forma de préstamos habían facilitado a las naciones de la Entente.

Cuba no había recibido ofensa alguna de Alemania ni de sus aliados, ni tuvo motivo para tomar parte en la cuestión, ni permaneciendo neutral hubiera sufrido perjuicio en su entidad e intereses; pero siguiendo la ruta trazada por los Estados Unidos, declaró también la guerra a los Imperios Centrales, y aunque no disparó un tiro ni tomó parte en ninguna acción bélica, se empeñó en seis millones de pesos que recibió como préstamo para preparativos de combate.

Elecciones presidenciales.—En 1916 se llevaron a efecto las elecciones presidenciales. A pesar de la prueba dolorosa a que nos sometió la reelección de Estrada Palma, el general Menocal, que entonces era opuesto a la reelección, porque la consideraba peligrosa para la estabilidad de Cuba, aspiró a ser Presidente por otro período, y fué postulado por el Partido Conservador, llevando como vice al general Emilio Núñez.

El Partido Liberal, por su parte, fuerte en la opinión y decidido a luchar, presentó la candidatura Zayas-Mendieta.

La lucha electoral se desarrolló sin grandes violencias, aunque el Gobierno utilizó cuanto recurso tuvo a mano para defender a los candidatos gubernamentales, sin utilizar entre estos recursos el de la fuerza.

Llegado el día electoral, al finalizar los escrutinios y comenzar a conocerse los resultados, se vió que a cada nuevo parte de avance se afirmaba la victoria liberal. Entonces el Gobierno suspendió la publicación de los partes de avance, la Secretaría de Gobernación cerró las puertas a toda noticia electoral y el Departamento de Comunicaciones dió principio a un tenebroso trabajo de cambios en los paquetes electorales, para convertir en victoria una derrota que ya estaba en todas las conciencias. Largos días duró este proceso electoral, en que fué burlado un partido, despreciada la opinión-pública y mixtificada la ley.

Revolución de febrero.—El Partido Liberal protestó ante el más alto Tribunal de Justicia, y cuando éste—respetuosos los jueces de su toga—declaró ilegales determinados actos y ordenó nuevas elecciones en determinados colegios, surgió por parte del Gobierno el alarde de fuerza, y ante la disyuntiva planteada, los liberales optaron por pedir a la violencia lo que no pudieron obtener de la ley ni del derecho.

Debían efectuarse elecciones parciales en febrero de 1917. El resultado de esas elecciones habría de decidir la victoria; pero ante los alardes y preparativos del Gobierno, pareció imposible que el derecho venciera a la fuerza.

Quizás no debió acudir a la protesta armada el Partido Liberal, o cuando menos, debió esperar que pasaran las elecciones parciales de febrero. Eso hubiera dado más razón y justicia al acto de violencia.

Este acto vino al cabo, y en veinticuatro horas estalló una formidable revolución en la que tomó parte casi todo el Ejército nacional, y especialmente en las provincias orientales.

Tan formidable fué el movimiento, que pareció imposible que lo dominara el Gobierno. Sin embargo, el general Menocal puso en acción las fuerzas de que pudo disponer y aprovechó la depresión que en el país produjeron determinadas notas y proclamas lanzadas por el ministro norteamericano, Mr. González, negando a los revolucionarios todo derecho, reconocimiento y apoyo por parte de su Gobierno.

Las fuerzas leales y rebeldes se encontraron en Caicaje, y tras un combate que tácticamente careció de importancia, cayó en poder de los leales el general José Miguel Gómez, jefe máximo del movimiento, y con él, gran número de altas personalidades.

La revolución no pudo resistir el doble golpe de las notas norteamericanas y la prisión del general Gómez; fué vencida y nada se opuso a que el general Menocal siguiera siendo Presidente por un segundo período.

Durante este gobierno se crearon los ayuntamientos de Mglena del Sur, Niquero, Jatibonico, San Antonio de las Vegas, Quivicán, Aguada de Pasaje-

ros y Yateras; y en 1919, al confrontar la población cubana por el censo que se efectuó ese año, se vió que el número de habitantes era de 2.884,004.

Triunfante el Partido Conservador en 1916, disfrutó el poder hasta 1920, en que, apoyando la candidatura Zayas-Carrillo frente a la candidatura liberal Gómez-Arango, violentó otra vez el proceso electoral para sacar triunfantes a sus candidatos; no hubo nuevos conflictos por la muerte del general Gómez y porque, bien conocido en Cuba el candidato vencedor, nadie dudó que quien siempre amó la libertad y fué respetuoso del derecho y de la ley, falseara su historia y convicciones cuando tuviera la oportunidad de someterse a prueba.

RESUMEN DEL CAPITULO

El 28 de enero de 1909 se restableció la República con la toma de posesión del Presidente, general José Miguel Gómez.

Los primeros momentos ofrecieron algunas dificultades de organización y hasta la paz pública se vió perturbada por un levantamiento poco importante.

El gobierno creó diez y nueve ayuntamientos y llevó a cabo elecciones parciales en 1910, siendo armónicas estas elecciones.

A este gobierno se le hicieron varios cargos, más o menos justificados, referentes al servicio de billetes a las colecturías, al canje del Arsenal y a otras cosas.

Los dos más serios problemas que tuvo fueron la cuestión veteránica y la cuestión racista. Logró sortear la primera, y en cuanto a la segunda, que fué más peligrosa para la República, pudo dominarla con relativa facilidad, respaldo por el país.

El partido en el poder rompió con frecuencia su armonía y eso lo condujo a la derrota frente al partido contrario.

Al iniciarse el período electoral, el Gobierno se propuso mantener su autoridad utilizando supervisores militares, medida que aunque en general no dió mal resultado, menoscabó la autoridad de los funcionarios civiles.

Lucharon electoralmente los liberales con la candidatura Zayas-Hernández, frente a los conservadores, con la candidatura Menocal-Varona, triunfando éstos últimos.

El 20 de mayo de 1913 tomó posesión el general Menocal, esperando el país que su obra de gobierno respondiera a las esperanzas concebidas.

En 1914 ocurrió el conflicto mundial, en el que intervino Cuba.

En 1916 se efectuaron elecciones presidenciales, yendo el general Menocal a la reelección con la candidatura Menocal-Núñez, frente a la candidatura liberal Zayas-Mendieta.

Los procedimientos que el Gobierno empleó en esta elección produjeron la Revolución de Febrero, que fué sofocada por las fuerzas leales, vencedoras en Caicaje, y por la ingerencia del ministro norteamericano.

A los cuatro años, o sea en 1920, volvió a triunfar el Partido Con-



Dr. Alfredo Zayas,
Cuarto Presidente de la República de Cuba

servador en una coalición con los adictos del Dr. Alfredo Zayas y cuya coalición se denominó Liga Nacional. Para obtener este triunfo, el gobierno utilizó medios violentos y llevó al poder la candidatura Zayas-Carrillo frente a la candidatura Gómez-Arango del Partido Liberal.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
Coméntese la ingerencia de Cuba en la guerra mundial.

Coméntense los derechos que pudo tener el Ministro norteamericano Mr. González para intervenir en la Revolución de Febrero.

CAPITULO LIV
 PERIODO REPUBLICANO
 FACTOR ECONOMICO

I

Primera intervención.—Gobierno de Estrada Palma.—La paga del Ejército Libertador.—Progreso.—Abandono de la agricultura.—Reformas aduanales.—Otros progresos.—El ferrocarril de Júcaro a Morón.—Exposición de San Luis.—Consideraciones.—Deuda interior.—El gobierno de Magoo.—Al iniciarse el gobierno del general Gómez.—Diferentes aspectos de la administración.—La Lotería y la Junta de Protestas.—Progreso.—Granjas escuelas.—Comisión de Epizootias.—Caña y tabaco.—Comunicaciones.—Industria y comercio.—La Ley del Cierre.—Agricultura.—Comercio e inmigración.—Comunicaciones ferroviarias.—Campaña de Puertos de Cuba.—El canal del Roque.—Obras públicas.—Movimiento industrial y comercial.—El teléfono automático.

Primera intervención.—En los pueblos, lo mismo que en el individuo, la mayor independencia económica determina mayor soberanía propia.

El primer Gobierno interventor de Cuba tuvo presente este principio y administró los intereses cubanos sin lujo, despilfarros ni deudas. No dejó dinero en el Tesoro, pero cubrió todas las atenciones de la Administración, creando y organizando; cimentó el crédito y dejó a los cubanos una organización administrativa en marcha.

Gobierno de Estrada Palma.—Este se inició modesta, pero honradamente; tanto, que al finalizar el año de 1902 había cubierto las atenciones de la Administración y contaba con un superávit de \$1,561,942.

Sin embargo, don Tomás Estrada Palma interpretó como base de la economía política el ahorro,

reduciendo los egresos a la menor cantidad posible y acumulando el superávit sin fines determinados.

Ese fué un gran error suyo. Abundando en la preocupación de abonar sus haberes al Ejército Libertador, quiso acumular por el ahorro los millones necesarios para esta obligación, y la acumulación se hizo sin llegar al fin propuesto.

El Gobierno interventor había realizado grandes obras; pero sabiendo que las comunicaciones en general son las arterias principales de los pueblos, sin desatender otros progresos, aumentó con 107 kilómetros de carreteras los 256 que únicamente había podido hacer el Gobierno colonial, y puso empeño en regularizar y aumentar el servicio postal y telegráfico para dar a ambas cosas la mayor eficiencia y rapidez.

La paga del Ejército Libertador.—Al surgir la República estaba en pie el problema de la liquidación al Ejército Libertador. Ese problema debió haberse resuelto dando a cada uno, de acuerdo con sus alcances, determinada porción de tierra, tomando para ello las grandes cantidades que eran propiedad del Estado, y dando esas tierras a condición de que no pudieran ser enajenadas, para que nunca pasaran a manos extranjeras.

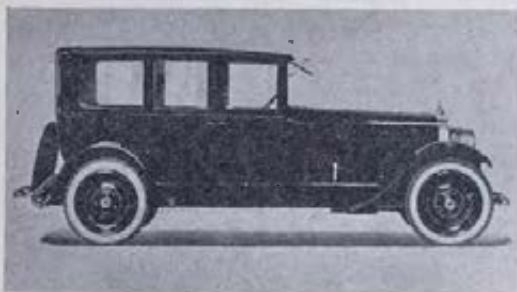
Así se hubiera dado a los libertadores una propiedad cierta y un medio de vida seguro, sin sacrificio para el Estado, consiguiendo poner en producción inmediata grandes predios yermos que hubieran aumentado la riqueza del país, y estimulado gran variedad de producciones. Ciertamente que tras de eso debía darse auxilio para fomento y cultivo a los nuevos propietarios, y ése era el instante de hacer un empréstito; pero en este caso, por mucho menor cantidad de lo que hubo que hacerlo.

Predominó, sin embargo, la idea de un empréstito a todo trance, y fué necesario gravar la República en mayor cantidad; cometióse un segundo error al establecer, para responder a ese empréstito, impuestos especiales a manufacturas del país, como cigarrros, tabacos, fósforos y licores; manufacturas que, en vez

de gravarlas, debieron ser protegidas para su mejor desenvolvimiento.

La lentitud con que se llevó a cabo la negociación del empréstito dió lugar a dudas de que los libertadores cobraran, y estas dudas originaron un agio que enriqueció a muchos y redujo a la más insignificante cantidad los haberes de los que por miedo a no cobrar casi regalaron sus derechos.

Se hizo el empréstito por la suma de 35.000,000 de pesos; se echó una carga sobre Cuba; los terrenos



Automóvil, el vehículo moderno

del Estado quedaron improductivos; los libertadores no aprovecharon el cobro de sus haberes; se gravaron productos cubanos; y con la manipulación de los impuestos creados se originó un centro de filtraciones tan intensas y muchas veces tan escandalosas, que han sido acerbamente criticadas.

Progreso.—El país continuó su desenvolvimiento progresivo. Diferentes empresas extranjeras invirtieron crecidos capitales en Cuba, particularmente en líneas férreas, y pronto Pinar del Río y Santiago de Cuba se unieron por las paralelas del Oeste y las de la Cuba Company, ésta última notable obra debida al talento perseverante y a la voluntad enérgica de Sir William Van Horne.

Abandono de la agricultura.—Conjuntamente con este progreso general, el Gobierno debió prestar todo su apoyo al más intenso desenvolvimiento agrícola del país, estimulando iniciativas nacionales para evitar (como ha resultado al cabo) que la propiedad territorial y gran parte de la agrícola hayan pasado a manos extranjeras.

No se tuvo en cuenta que Cuba, por condiciones climatológicas y feracidad del suelo, es eminentemente agrícola, y que por consiguiente, la mayor atención del Gobierno cubano debe reconcentrarse en facilitar y ayudar todo lo que a la agricultura se refiere, porque ésta es la base primordial de nuestra riqueza.

Reformas aduanales.—Haciéndose indispensable reformar el sistema de aduanas, fué enviado a los Estados Unidos Fidel G. Pierra como delegado al Congreso Aduanero de Repúblicas Americanas, que se efectuó en New York en 1903. Pierra rindió un bien documentado informe, y como consecuencia de ese informe y de otros estudios, el sistema aduanal fué ventajosamente reformado.

Otros progresos.—También se hizo la ley de división y deslinde de haciendas comuneras, medida muy importante.

En obras públicas invirtió grandes sumas el gobierno de Estrada Palma, construyendo carreteras, de las que hizo en todo su tiempo sobre 256 kilómetros, y además, algunos puentes, acueductos, reparaciones de edificios, etc.

Al finalizar el año 1903, una existencia líquida de casi \$7,000,000 en el Tesoro probaba la solvencia y florecimiento de la República, haciendo esto que en el exterior se tuviera un alto concepto de nuestra personalidad y que nuestro comercio de importación y exportación se elevara, respectivamente, a 82,000,000 y 89,000,000 de pesos.

El ferrocarril de Júcaro a Morón.—En 1904, el Gobierno concertó con los Sres. Warren y Maribona

el arrendamiento del ferrocarril de Júcaro a Morón, mediante el pago de mil pesos de renta anuales.

Entonces y después se censuró esta concesión, que pareció un "negocio" demasiado malo para el Estado; pero fueron injustas las censuras, porque en el momento en que fué hecha la concesión, y dadas las condiciones en que se encontraba el ferrocarril, que había sido propiedad del Gobierno colonial, el Estado hizo un buen negocio, y mucho más si se atiende a determinadas condiciones que la concesión impuso. Cierta que ese ferrocarril, una vez en explotación, resultó un buen negocio para sus tenedores; pero cierto también que en poder del Estado su sostenimiento producía pérdidas, y que merced a esa concesión han adquirido sorprendente prosperidad comarcas antes improductivas, y ayuntamientos como Ciego de Avila y Morón deben a eso toda la importancia que hoy tienen.

Exposición de San Luis.—Al verificarse la Exposición de San Luis (Estados Unidos) Cuba concurreó a ella, y tuvimos el honor de que nuestros expositores obtuvieran 210 premios, lo que fué un fiel exponente de nuestra actividad, riqueza y progreso.

Consideraciones.—Don Tomás Estrada Palma consiguió con su República modesta y presupuestos nacionales reducidos acumular sobrantes de año en año, hasta tener en el tesoro 27.000,000 de pesos. El se proponía llegar a los 35.000,000 para cancelar el Empréstito; pero no comprendió que ningún motivo de administración o economía puede aconsejar que se guarde dinero improductivo, y mucho menos en un país en vías de fomento y producción naciente.

Verdad es que el Presidente Estrada Palma no pudo soñar que en menos de tres meses se derrocharan en armas, pertrechos y otros gastos que originó la Revolución de Agosto, catorce de esos millones.

Deuda interior.—En 1905 se constituyó la deuda interior con un empréstito de \$11.170,900.00.

El gobierno de Magoon.—Al hacerse cargo de

la administración por segunda vez el Gobierno interventor, encontró en el Tesoro nacional una existencia de \$13.625,535; pero esa existencia no era real, porque si la República había cubierto sus presupuestos y obtenido un hermoso superávit, también se habían promulgado leyes por más de trece millones no consignados presupuestalmente, y a los que había que responder con los sobrantes del Tesoro.

Unanse a esto los gastos por reclamaciones de daños que ocasionó la revolución y el costo de las fuerzas de ocupación (seis mil hombres), y se comprobará que la administración de Magoon no fué de lo peor. Ciertamente que dicha administración se significó por su complacencia y hasta derroche; pero no menos cierto fué que durante ella se construyeron 606 kilómetros de carretera y 49 puentes necesarios; se hicieron mejoras en puertos; se construyeron muelles y faros; se hicieron acueductos; se edificaron o repararon hasta 156 edificios del estado y se invirtieron importantes sumas en obras de saneamiento. Además, en auxilios a los ayuntamientos se gastaron más de \$400,000; se hicieron grandes y costosas reformas en Correos y Telégrafos y se invirtieron \$1,300,000 en la compra de los bienes de la Iglesia Católica, compromiso que había adquirido el Gobierno anterior.

El coronel Ladd, al comprobar el estado del Tesoro, encontró que el saldo quedó reducido a \$400,000, calculando en un poco más de 5,000,000 el costo de la Revolución de Agosto; 1,000,000 el aumento de la Guardia Rural, y \$500,000 los gastos de ocupación norteamericana.

Al iniciarse el gobierno del general Gómez.— 28 de enero de 1909, al tomar posesión el general Gómez, encontró rigiendo un presupuesto de \$29,415,163.44; el país gravado con el empréstito de los 35,000,000 y 12,000,000 a pagar por créditos vencidos y urgente apremio. La existencia en el Tesoro era de \$2,800,000 (de ellos 1,000,000 en bonos de la deuda exterior).

Además de lo expuesto y de los compromisos presupuestales, debía el Gobierno crear las secretarías

rias de Justicia y Sanidad a que le obligaba la reciente Ley del Poder Ejecutivo; establecer la Comisión del Servicio Civil; crear el Ejército Permanente y concertar un empréstito de \$16,500,000, que había dejado ya comprometido Magoon para el alcantarillado y pavimentación de la Habana y recogida de los bonos de 1896-97, emitidos por la Revolución del 95.

Diferentes aspectos de la Administración.—Al comenzar sus tareas el gobierno propio, el país, en labor de progreso, le secundó bien. Ese año el comercio importó y exportó, respectivamente, \$117,000,000 y \$86,000,000.

Ese mismo año se estimuló bastante la inmigración, especialmente española y canaria, y se efectuaron diversas importantes obras públicas. La agricultura y la ganadería no tuvieron notable progreso, a pesar de que el Ejecutivo, en su segundo mensaje al Congreso, recomendaba la confección de leyes para la mayor protección a los frutos menores y a las diversas clases de ganado.

El tabaco sufrió mucho a causa de ciclones y bajos precios; pero a pesar de eso se cosecharon 1,018,813 quintales.

Fueron demarcadas algunas minas, casi todas de hierro y cobre, principalmente en Pinar del Río y Oriente.

En la tala y aprovechamiento de montes hubo poca precaución y verdadero despilfarro, pues a causa del rápido fomento de centrales y colomas de caña, se destruyeron por el incendio enormes cantidades de maderas, muchas de ellas preciosas, que a más de la riqueza que representaban para el presente, habrían de ser muy echadas de menos en lo porvenir.

La Lotería y la Junta de Protestas.—Por ley de 7 de julio se creó la Lotería Nacional, fuente de ingresos y juego al mismo tiempo, que surgió con la ostentosa manifestación de beneficiar al pueblo, y más tarde ha servido para comprar conciencias, humillar voluntades y mantener vicios y lujo.

También se creó la Junta de Protestas, en sustitución de la de Apelaciones, para resolver conflictos, dificultades y reclamaciones en relación con las aduanas.

Progreso.—El ejercicio económico de 1910 a 1911 se abrió con un presupuesto de \$34.779,680.00.

El país continuó su desenvolvimiento, reforzado por una inmigración de 29,244 almas.

En obras públicas se rindió una buena labor, construyendo y reparando carreteras, caminos y puentes, así como en diversas obras municipales



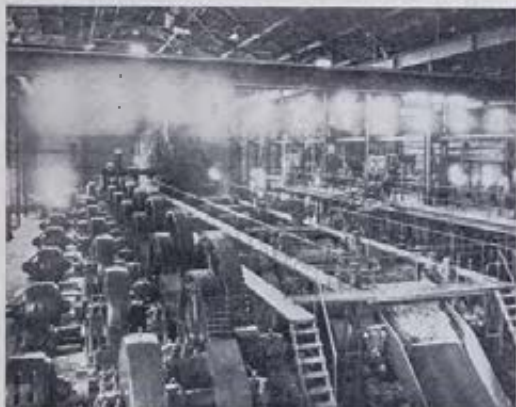
Jaronú, el central más grande del mundo, ubicado en Camagüey

(calles, mataderos, acueductos, cementerios, etc.) costeadas por el estado, invirtiendo importantes sumas también en edificaciones civiles nacionales.

Granjas escuelas.—La Secretaría de Agricultura dió principio a la ejecución de la ley referente a granjas escuelas, creando las siguientes: "Tranquilino Sandalio de Noda", en Pinar del Río; "Alvaro Reinoso", en Matanzas, y "Juan Bautista Jiménez", en Santa Clara.

Estas granjas respondieron a una gran necesidad y debieron dar un brillante resultado; pero fueron descuidadas luego, y su labor ha sido muy pobre.

Comisión de Epizootias.—Para atender a las enfermedades de los ganados se creó una Comisión de Epizootias y se intensificó la aplicación de las vacunas contra carbunclos que venían produciendo grandes estragos.



Central Jaronú: un aspecto de la maquinaria

Caña y tabaco.—Los centrales azucareros aumentaron en cantidad, y especialmente en calidad, por sus reformas.

El cultivo del tabaco sufrió quebrantos a causa de ciclones que arruinaron vegas y derribaron multitud de casas curadoras. A pesar de esto, se produjeron 833.000 quintales, de lo que se exportó la cuarta parte en tercios y cerca de \$12.000.000 en tabaco elaborado, cigarrillos y picadura.

Comunicaciones.—Al llegar el general Gómez al poder había encontrado funcionando 422 oficinas pos-

tales y 157 telegráficas. Elevó las primeras a 463, y las segundas a 171, estableciendo además 9 estaciones de telegrafía sin hilos. También tenía la República la comunicación telefónica por las dos redes de Habana y Santiago. En 1910, las oficinas postales llegaron a 487.

Industria y comercio.—La industria pecuaria aumentó considerablemente en el ganado vacuno, mejorando sus ejemplares por razón de cruzamientos y cuidados que pusieron en práctica los ganaderos. El ganado caballar no mejoró nada, aunque aumentó en cantidad.

Se desarrollaron diversas industrias y surgieron algunas otras.

El comercio aumentó también su volumen por la mayor prosperidad del país y el desarrollo de instituciones bancarias como el Banco Nacional, el Banco del Canadá, el de Gelats y otras.

La Ley del Cierre.—El 4 de mayo de 1910 se promulgó la Ley del Cierre, medida precisa y humana que, cerrando los establecimientos a las seis de la tarde los días de trabajo y todo el día los festivos, hizo hombres para la sociedad a millares de seres que eran antes máquinas de explotación, bestias de carga uncidas al yugo, y que por esa ley pudieron rozarse con sus semejantes en horas de descanso y expansión.

Agricultura.—La mayor energía y actividad agrícolas se dedicaron al cultivo de la caña, el tabaco y la piña, por tratarse de productos de más fácil venta y mercados seguros. En cambio, el cultivo del café decayó notablemente, así como el de árboles frutales, que tan enormes riquezas pueden ser para Cuba, por la exquisitez y variedad de sus productos y por la importancia que pueden alcanzar en el mercado norteamericano. Sólo aumentó el cultivo de plantas cítricas, de las que se hicieron grandes plantaciones.

La tala de montes continuó sin tasa ni orden, en fiebre del fomento de la caña.

La abundancia y variedad de yacimientos mineros de hierro, cobre, manganeso, asfalto y varios otros minerales intensificó la denuncia y demarcación de minas, y hasta hizo necesaria la confección de un mapa geológico que se comenzó entonces y hasta hoy no se haya terminado.

Un exposición nacional efectuada en 1911 demostró de manera brillante nuestra variada y rica producción agrícola, nuestro aumento comercial y nuestro progreso industrial.

Comercio e inmigración.—En 1910 la importación ascendió a \$108.000.000, y la exportación a \$128.000.000. En 1911, la importación ascendió a \$119.000.000 y la exportación a \$147.000.000.

Como consecuencia de nuestra mayor riqueza aumentó también considerablemente la inmigración. En 1910 entraron en Cuba 37.000 inmigrantes, casi todos españoles; en 1911 entraron 40.000, y de ellos 34.000 fueron españoles. Esta es una buena inmigración, porque se compone de elemento trabajador y adaptable a nuestras faenas agrícolas, y porque tiene, además, la ventaja de que se amalgama pronto e identifica con el país de tal manera, que sus hijos, en vez de conservar la ciudadanía paterna, resultan absolutamente cubanos, orgullosos de serlo.

Comunicaciones ferroviarias.—El prodigioso desarrollo de nuestra riqueza agrícola aumentó la capacidad de los centrales azucareros y dió lugar al fomento y extensión de líneas ferroviarias, controladas especialmente por las poderosas empresas Ferrocarriles Unidos de la Habana, Cuba Company, domiciliada en Camagüey, y Cuban Central, domiciliada en Sagua la Grande. Estas tres empresas extendieron considerablemente sus paralelas, ayudadas por el Gobierno, que subvencionó muchas de sus extensiones ferroviarias.

Compañía de Puertos de Cuba.—En 1911 se concedió a la Compañía de Puertos de Cuba el derecho de dragar y mejorar los puertos cubanos, me-

diante determinadas gavelas como remuneración. Muy necesarias eran estas obras de dragado y mejoras, pero en la forma en que fué hecha la concesión, resultó inmoral, porque inmediatamente comenzó a cobrar dicha Compañía por obras que no efectuó entonces ni después.

El canal del Roque.—Desde los tiempos coloniales se venía pensando en la necesidad de abrir un canal que atravesando la provincia de Matanzas de Norte a Sur recogiera las aguas que por circunstancias diversas se depositaban permanentemente, convirtiendo en inmensas ciénagas grandes extensiones de tierras feraces y productivas, que por esa inundación resultaban completamente inútiles. El notable ingeniero Aniceto Menocal había estudiado el problema y planeado su solución, y el Gobierno del general Gómez quiso llevar a cabo esta obra, en la que tanto tiempo se había pensado.

Obras públicas.—El año 1912 se cerró con un superávit en Lotería de más de 3 millones, de lo que se invirtió gran parte en obras públicas. Se construyeron y repararon carreteras, caminos y puentes; se comenzó el Capitolio en los terrenos de Villanueva; se terminaron las obras complementarias de la Academia de Ciencias; se dió principio al edificio para el Instituto Provincial de la Habana; se hicieron muchas obras públicas por cuenta del Estado en diferentes términos municipales; se terminaron e inauguraron las granjas de Santa Clara, Colón, Oriente y la Habana, efectuándose en la inauguración de ésta última una notable exposición ganadera; comenzó a funcionar con grandes beneficios la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas; se hicieron 1,053 casas para obreros; y durante los cuatro años que comprende ese Gobierno se elevaron a 532 las oficinas postales, se aumentaron considerablemente las líneas telegráficas y se completaron los 521 kilómetros de carreteras que construyó este Gobierno.

Movimiento industrial y comercial.—El movimiento industrial se acrecentó notablemente. Sólo en

la Habana trabajaban veinticuatro grandes fábricas de tabacos y ocho de cigarrillos; se habían establecidos en distintos lugares de la República treinta y cinco plantas eléctricas, así como treinta y cuatro acueductos, de ellos, doce de particulares, cinco del Estado y diez y siete de municipios. Surgieron o progresaron fábricas de velas, jabón, cerveza, hielo, aguas minerales, refrescos, fósforos, papel, jarcias, licres, ladrillos, cemento, perfumería y muchos otros productos industriales.

Regulaban las transacciones comerciales poderosas instituciones bancarias denominadas Banco Nacional, Español, Canadá, Internacional, Territorial, Gelats, Gómez Mena, Nueva Escocia, etc.

El teléfono automático.—Para la mayor facilidad de comunicaciones, además de las vías ya existentes, surgió también la compañía de teléfonos de larga distancia, cuya red, construída por una empresa particular, fué subvencionada por el Gobierno mediante varios compromisos; entre otros, el de que había de establecerse por lo menos en ochenta municipios de la República.

En esta concesión parece que hubo determinado negocio; pero es indudable que el teléfono de larga distancia ha resultado un poderoso factor de progreso por lo que simplifica y facilita las comunicaciones.

RESUMEN DEL CAPITULO

El primer gobierno interventor puede citarse, administrativamente, como modelo.

El gobierno de Estrada Palma se significó por su economía y ahorro, abundando tanto en esto último, que hizo daño con ello al desenvolvimiento del país, que progresó, sin embargo, en el fomento de su riqueza.

Estrada Palma concertó un empréstito de \$35,000,000 para pagar al Ejército Libertador; reformó beneficiosamente el sistema aduanal; y por la concesión del ferrocarril de Júcaro a Morón facilitó el fomento de un extenso territorio.

El gobierno de Magoon fué demasiado liberal en la administración del Tesoro; pero dentro de su extraordinaria liberalidad llevó a cabo mejoras importantes, especialmente en obras públicas.

La administración del general Gómez no tuvo ni la economía de Estrada Palma ni el derroche de Magoon. Atendió a las necesidades

administrativas del país intensificando las obras públicas y prestando determinada atención a la agricultura y a las comunicaciones en general.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Compara la importación y exportación de Cuba bajo los diferentes gobiernos republicanos.

Averigüese cuáles presupuestos han resultado más excesivos comparados con la población y el desenvolvimiento de Cuba republicana.

CAPÍTULO LV
PERIODO REPUBLICANO
FACTOR ECONOMICO

II

Inicio del gobierno de Menocal.—Aumenta la deuda.—Obras públicas.—Agricultura.—Inmigración.—Riqueza minera.—Ley de Acuñación de la Moneda Nacional.—La guerra mundial y sus consecuencias económicas para Cuba.—Otros males.—Importación y exportación.—Obras públicas.—Importación y exportación.—Empréstitos.—Importación y exportación.—Leyes de accidentes del trabajo y retiro ferroviario.—Termina la danza de los millones.—Resumen de este gobierno.

Inicio del gobierno de Menocal.—Se inició este gobierno con la nota simpática de echar abajo la concesión hecha a la Compañía de Puertos referente a dragado y mejoras. Esta Compañía había efectuado pocas obras, y sin embargo, había cobrado los derechos de tonelaje que la ley permitía como compensación. Para derogar esta concesión el Gobierno tuvo que indemnizar a la expresada Compañía por daños y perjuicios. Más tarde volvieron las cosas a quedar igual que antes, sin beneficio alguno para la República y con la sola diferencia de que muchas acciones cambiaron de dueño.

Aumenta la deuda.—Ya pesaba sobre el país una deuda de consideración contraída por los gobiernos anteriores, y a pesar de ello el Gobierno contrató un empréstito de \$10,000,000 para pagar atenciones vencidas y no cubiertas de la administración anterior y de la actuante.

No debió echarse esta nueva carga sobre la República, que la soportó con disgusto. Con buena ad-

ministración, y dado el creciente desarrollo nacional, se hubieran podido cubrir esas atenciones sin necesidad de nuevo empréstito.

Obras públicas.—En obras públicas se terminaron algunas carreteras y continuaron los trabajos en otras. Se suspendieron las obras del Capitolio, con el pretexto de evitar el déficit que pudiera resultar entre la cantidad presupuesta (\$985,000.00) y obras extraordinarias autorizadas por la administración anterior, ascendentes a \$160,000.00.

También fueron paralizadas las obras de los Institutos provinciales de la Habana y Santa Clara. Lo primero se hizo aduciendo como razón que la compañía constructora no adelantaba los trabajos. Por este motivo se rescindió el contrato, pero las obras siguieron paralizadas. Motivó lo segundo que el precio acordado en el contrato fué mayor que lo consignado. Tampoco se continuaron los trabajos.

Se continuaron las obras del canal del Roque, cuya extensión total es de 51 kilómetros.

Se comenzaron las obras del hospital "Calixto García," presupuestas en \$808,000.00.

Asimismo se hicieron diversas reparaciones en edificios del Estado y se llevaron a cabo obras de modificación y mejoras en la Universidad Nacional, que había sido trasladada por el Gobierno interventor, del convento de Santo Domingo a la antigua Pirotécnica, en las alturas de San Lázaro.

Los terrenos de Villanueva, paralizadas las obras del Capitolio, se utilizaron provisionalmente para talleres, y al fin quedaron para depósito de trastos inservibles.

Agricultura.—No progresó esta atención; las granjas escuelas se limitaron a simples ensayos y la Estación Agronómica amplió algo sus iniciativas y progresos.

En 1914 se efectuó una exposición ganadera, con el resultado efectivo de que sirvió para la compra de algunos buenos reproductores y que eso estimuló las energías de criadores nacionales.

Cuba concurrió a las exposiciones de San Francisco (California) y Panamá, obteniendo en ambas brillante resultado.

Inmigración.—La entrada de 40,630 inmigrantes favoreció mucho la explotación del país; pero disminuyó la inmigración española, y en cambio aumentó mucho la de jamaicanos y haitianos, que el Gobierno toleró por creer necesarios estos elementos para las tareas de la zafra.

MONEDA NACIONAL CUBANA

ORO



\$ 20



\$ 10



\$ 5



\$ 4



\$ 2 -



\$ 1 -

Diego de Heredia

Riqueza minera.—La mineralogía aumentó considerablemente, demarcándose muchas minas y explotándose otras, especialmente de hierro y cobre.

Ley de Acuñación de la Moneda Nacional.—El hecho económico más importante ocurrido en 1914-1915 fué la Ley de Defensa Económica, y especialmente, dentro de ella, la Ley de Acuñación de la Moneda.

Por esta ley se creó la moneda nacional, evitando con ello la incertidumbre del capital por la variación

de tipos, siendo esa creación algo así como una afirmación de personalidad propia, pues realmente no es explicable que un país libre tenga como numerario el de otras nacionalidades. Fué buena esa medida, y si tuvo algunos defectos, el principal fué la poca cantidad lanzada a la circulación, lo que hace que tengamos que servirnos de otra moneda extranjera, la que, a pesar de tener el mismo valor, no es cubana.

MONEDA NACIONAL CUBANA

PLATA



¢ 40

¢ 20

\$ 1^o



Diego de Torres

¢ 10

La guerra mundial y sus consecuencias económicas para Cuba.—La guerra mundial estalló providencialmente para Cuba, pues en esos momentos, a causa de bajos precios del azúcar y por distintas dificultades económicas de hacendados y comerciantes, el país estaba al borde de la ruina. La declaración de guerra hizo subir el precio del azúcar cubano, que ya conti-

nuó en marcha ascendente hasta llegar a precios fabulosos, y mientras Europa se sumía en un mar de dolores y ruinas, se abrió para Cuba enorme panorama de riquezas.

Este cambio súbito y violento intensificó las transacciones comerciales y las iniciativas industriales; pero también encareció la vida llevando los artículos de consumo a los más elevados precios, que fueron de miseria para los empleados públicos, que con el mismo sueldo de antes tenían que hacer frente al alto costo de todas las cosas.

Contribuyeron a encarecer los artículos las difi-

MONEDA NACIONAL CUBANA

NIQUEL



¢ 5



¢ 2



¢ 1

S. de la Cruz

cultades de transporte y las necesidades consumidoras de las naciones en guerra. El Gobierno, creyendo tomar una medida salvadora, estableció una oficina denominada Dirección de Subsistencias. Este organismo, lejos de ser de resultado beneficioso alguno, entorpeció la marcha del comercio, creó trabas a las transacciones mercantiles y hasta encareció los víveres poniéndolos fuera del alcance de los consumidores.

Tales desatinos cometió la expresada Dirección, que en varias ocasiones se dió el caso insólito de que mientras el pueblo carecía de pan, se arrojaron al vertedero numerosos sacos de harina, papas y otros artículos.

Al citado organismo sucedió la Dirección de Alimentos, que fracasó también, porque, dadas las fre-

cuentes e inevitables oscilaciones del mercado, era locura pretender tasa en los precios de mercancías adquiridas a distintos precios de cotización.

Otros males.—Si con la guerra mundial el azúcar adquirió elevados precios, en cambio el tabaco sufrió enormemente al perder mercados consumidores como Alemania y Austria.

La inmigración sufrió mucho en cuanto a su calidad, pues la falta de braceros y la indiferencia al cumplimiento de las leyes hizo que oficial y clandestinamente se introdujeran en Cuba grandes cantidades de inmigrantes haitianos y jamaicanos. El Gobierno no prestó atención a este problema, y lo prueba el hecho de que mientras la inmigración europea disminuyó en forma alarmante, entraron en Cuba oficialmente, de 1912 a 1920, ochenta y un mil haitianos y setenta y cinco mil jamaicanos. Aprovechando este río revuelto de inmigración entró en Cuba crecido número de chinos a título de "estudiantes".

Importación y exportación.—El considerable aumento de la riqueza cubana puede apreciarse fácilmente observando que la importación en 1915-1916 ascendió a \$172,000,000 y la exportación a \$302,000,000. Esta última partida demuestra el alza maravillosa del azúcar.

Obras públicas.—A pesar del progreso expuesto, no se hizo nada extraordinario en obras públicas, con el pretexto de que la subida de precio de los materiales y jornales dificultaba el desenvolvimiento de las obras.

Sin embargo, se terminó el hospital "Calixto García" y se continuaron las obras del canal del Roque, en el que hasta 1916 inclusive se invirtieron \$3,000,000, que llegaron a \$5,000,000 al terminar en 1917 treinta y dos kilómetros de los cincuenta y uno que constituyen el largo de la obra.

Importación y exportación.—Este año de 1917 continuó en ascenso el desarrollo de la riqueza cuba-

na, y lo prueba una importación de \$262,000,000, con una exportación de \$350,000,000.

En 1918 la importación aumentó a \$303,000,000, y la exportación llegó a \$380,000,000.

Empréstitos.—A pesar de la riqueza general y de la diferencia favorable entre ingresos y egresos de los presupuestos, el Gobierno hizo una emisión de bonos por \$5,000,000, y por decreto de septiembre de 1917 dispuso un empréstito de \$30,000,000, ampliando también la deuda interior a \$7,000,000 por decreto de abril de 1917, a fin de canjear con este dinero bonos de la Compañía de Puertos.

RELACION de los empréstitos concertados por la República que constituyen la deuda interior, y estado en que ésta se encuentra en 31 de octubre de 1925.

Cantidad concertada	Tipo de interés	Por amortizar
\$ 11,165,900.00	5%	\$ 8,275,200.00
7,000,000.00	5%	3,000,000.00
Total \$ 18,165,900.00		Total \$ 11,275,200.00

Nota.—Obsérvese, por el monto de esta deuda, que dividida entre los habitantes de Cuba resulta muy reducida, pues corresponde a menos de cuatro pesos por habitante.

RELACION de los empréstitos concertados por la República que constituyen la deuda interior, y estado en que ésta se encuentra en 31 de octubre de 1925.

Cantidad concertada	Tipo de interés	Por amortizar	Vencimiento
\$ 35,000,000.00	5%	\$ 18,680,500.00	Año 1944
16,500,000.00	4½%	14,111,000.00	1949
10,000,000.00	5½%	7,612,000.00	1949
50,000,000.00	5½%	45,481,100.00	1952
Total . . . \$111,500,000.00		Total . . \$ 85,918,200.00	

Nota.—La cantidad total expresada en esta deuda parece grande; pero no lo es, porque dividida entre los habitantes de Cuba, corresponde aproximadamente a la suma de veintiocho pesos "per cápita." Casi todos los países de la tierra superan a Cuba en este extremo, pues hay muy pocos con menor deuda exterior.

Importación y exportación.—El año 1919 se cerró con una importación de \$316.000,000 y una exportación de \$477.000,000, para elevarse en 1920 a una importación de \$430.000,000, con una exportación de \$836.000,000.

Leyes de accidentes del trabajo y retiro ferroviario.—Éstas fueron dos leyes importantes y muy necesarias. Por la primera se estableció determinada



Palacio del Ejecutivo Nacional

protección al obrero; y por la segunda se aseguró la subsistencia de empleados de los ferrocarriles, que durante muchos años sirvieron a las empresas y sin ese retiro su fin era ir a morir en hospitales como tristes pordioseros.

Termina la danza de los millones.—Los precios locos a que había llegado el azúcar cubano acabaron por alarmar a los consumidores norteamericanos, que determinaron reducir su consumo de azúcar y obligaron al Gobierno de aquella nación a pensar en el problema y buscar el remedio. Para ello comenzó por

controlar gran parte de nuestra producción para evitar otro elevado precio. Más tarde la acción conjunta de Gobierno, comerciantes y pueblo norteamericanos produjo lo que tenía que ocurrir y que nosotros no vimos por la excitación febril de que estábamos poseídos.

Resultó al cabo lo inevitable: la catástrofe. El ascenso gradual del azúcar había llegado al precio inconcebible de veintitrés centavos por libra, y nuestros productores y comerciantes, en obcecación incomprendible, alentaron mayores aspiraciones. Hacendados, colonos, comerciantes y hasta instituciones bancarias, yendo más allá del límite de sus naturales negocios, se habían convertido en especuladores. Esperando el alza del día siguiente, nadie quería vender, y en lugar de eso, se pignoraba. Las instituciones bancarias, que por la índole de sus negocios y hasta por instinto de conservación debieron contener el febril egoísmo de sus clientes, les alentaban a la espera, hasta que la realidad abrumadora se impuso en el descenso de los precios, y el despertar de todos fué terrible. Algunas entidades bancarias, como la de Gelats, vieron a tiempo el peligro y huyeron de él, salvando conjuntamente a sus clientes; pero otras, las más, casi todas, se vieron inesperadamente a las puertas de la ruina sin salvación posible.

El Gobierno había asistido pasivo o indiferente a las escenas de lo que terminaba en drama, y ni se había preocupado siquiera de defender el dinero nacional depositado en arcas de determinados bancos, y se vió al fin, como los clientes de esos bancos, envuelto en la vorágine del desastre.

El pánico de los cuentacorrentistas y depositantes los hizo acudir precipitadamente a las ventanillas de los bancos en busca de su dinero, y como esos bancos no disponían de los valores a ellos confiados, por tenerlos impuestos en la loca especulación, ocurrió la suspensión de pagos.

Entonces acudió el Gobierno en auxilio de los bancos decretando una ley de moratoria, para dar tiempo a que las referidas entidades pudieran realizar sus valores en cartera y pagar los depósitos.

No podían los bancos realizar esos valores, por tener afectado todo su crédito en pignoraciones sobre azúcares que cada instante descendían más, y la considerable merma del activo impuesto determinó el incumplimiento de las obligaciones.

Entonces pudo verse que por no tener Cuba una legislación bancaria que protegiera a los cuentacorrentistas y depositantes, el dinero de éstos había sido mal empleado por los bancos en préstamos sin garantías bastantes, y la moratoria sólo sirvió para que gran número de deudores de los bancos liquidaran sus cuentas con cheques adquiridos a bajo precio, y para que los depositantes perdieran todo o gran parte de sus depósitos, llegando los de ahorros a perder la totalidad.

Así terminó la danza de los millones, con la ruina y el descrédito de casi todas las instituciones bancarias y de gran número de habitantes del país que de la noche a la mañana se vieron pobres, mientras los directores de los expresados bancos, en vez de pagar siquiera, como expiación merecida, su criminal falta de respeto y previsión yendo a la cárcel, huían al extranjero, hasta amparados en algunos casos por padrinos poderosos, para vivir allá como príncipes orientales.

Tras la ley de moratoria vino el nombramiento de una comisión de liquidación bancaria que ha venido funcionando sin otro resultado práctico que reducir paulatinamente la cartera de los bancos en liquidación y pagar merecidos sueldos a determinados dichos liquidadores.

Resumen de este gobierno.—El gobierno del general Menocal liquidó el año 1920 con un gasto de \$136.000.000 de pesos, más una deuda flotante que dejó a su sucesor de \$46.000.000. Dejó 749 oficinas de correos y telégrafos, aumentando también las comunicaciones radiotelegráficas. Invirtió en 8 años más de \$600.000.000 llevando a cabo varias importantes obras, como el Palacio Presidencial, que se había empezado a construir para el Gobierno Provincial, y además, 551 kilómetros de carreteras que construyó.

Por el fracaso económico del país, este Gobierno no pudo terminar el Capitolio ni los Institutos provinciales de la Habana y Santa Clara; sólo terminó el de Matanzas.

También por las mismas causas quedaron paralizadas las obras del canal del Roque.

RESUMEN DEL CAPITULO

La administración del general Menocal tuvo dificultades al principio a causa de bajos precios del azúcar, que perjudicaron la marcha económica del país; pero a partir de 1914, con motivo de la guerra mundial, el azúcar alcanzó altos precios y la República intensificó asombrosamente su producción y aumentó considerablemente su riqueza.

No se distinguió este Gobierno por su gestión administrativa en el orden económico, y su obra más plausible fué la acuñación de la moneda cubana, con su inmediata consecuencia de la fijación de tipo.

La intervención de Cuba en la guerra mundial, sin producirle daño, le dió en cambio el derecho de figurar después en la Liga de las Naciones y en los diferentes conciertos posteriores a la gran guerra, aunque no ha sacado de ese derecho notables ventajas prácticas.

La imprevisión del Gobierno al producirse la hecatombe bancaria de 1920 puso al país al borde de la ruina, de la que se salvó por la asombrosa vitalidad de sus riquezas naturales.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:
Compárense las diferentes inmigraciones que vienen a Cuba.
Coméntese nuestra riqueza agrícola y nuestra variedad de producción.

¿Debe ser nacional la propiedad agrícola cubana?

RELACION de los presupuestos nacionales de 1902-1903 a 1920-1921, con expresion de cantidades presupuestas e ingresos por todo concepto, cada año.

Año fiscal	Cantidad presupuesta	Ingresos	Observaciones
1902 a 1903	\$ 10 200,757 26	No hubo presupuesto (*)
1903 .. 1904	22 455,003 22	No hubo presupuesto (*)
1904 .. 1905	\$ 18 899,500 00	28 923,415 05	
1905 .. 1906	18 898,500 00	33 339,348 63	Rigió el anterior presupuesto
1906 .. 1907	21 521,685 00	31 382,318 93	
1907 .. 1908	25 466,325 00	32 674,581 54	
1908 .. 1909	29 415,163 44	32 562,332 98	
1909 .. 1910	33 825,448 53	36 747,020 86	
1910 .. 1911	34 779,680 00	38 671,901 88	
1911 .. 1912	31 770,680 00	41 248,401 02	Rigió el anterior presupuesto.
1912 .. 1913	37 940,200 00	43 173,942 67	
1913 .. 1914	37 940,200 00	43 077,594 92	Rigió el anterior presupuesto.
1914 .. 1915	41 828,580 00	43 560,089 39	
1915 .. 1916	41 828,580 00	71 173,092 00	Rigió el anterior presupuesto.
1916 .. 1917	41 828,580 00	54 497,394 36	Rigió el anterior presupuesto.
1917 .. 1918	46 679,042 10	72 007,601 81	
1918 .. 1919	44 400,000 00	77 076,845 93	
1919 .. 1920	61 460,000 00	96 471,102 10	Rigió el anterior presupuesto.
1920 .. 1921	94 400,000 00	114 076,478 29	Rigió el anterior presupuesto.

(*) Los gastos se disponían por medio de decretos, así como los ingresos.

PRODUCCION AZUCARERA DE CUBA,
 Con expresión de centrales y nacionalidad de sus dueños
 1920 - 1924

Años	Centrales que molieron	Producción toneladas de azúcar	De cubanos u otras nacionalidades	De norteamericanos o controlados por ellos
1900	231	283,651	220	11
1901	200	613,000	—	—
1902	168	863,000	—	—
1903	191	1,063,873	—	—
1904	174	1,052,300	—	—
1905	179	1,183,347	—	—
1906	185	1,229,736	—	—
1907	185	1,444,310	—	—
1908	168	969,000	—	—
1909	170	1,513,582	140	30
1910	175	1,804,349	—	—
1911	171	1,483,451	—	—
1912	173	1,895,384	—	—
1913	174	2,428,537	—	—
1914	172	2,597,732	127	45
1915	175	2,592,667	—	—
1916	187	3,007,915	—	—
1917	197	3,023,720	—	—
1918	196	3,446,083	—	—
1919	193	3,971,776	—	—
1920	192	3,730,077	122	70
1921	189	3,936,040	76	113
1922	188	3,998,387	73	115
1923	183	3,692,910	50	127
1924	180	3,066,342	55	125

CAPITULO LVI
 PERIODO REPUBLICANO
 FACTOR MILITAR

Primera organización.—El Ejército Permanente y la Guardia Rural.—Aumento de la Marina Nacional.—Desenvolvimiento de las Fuerzas Armadas.—Reorganización.—Nueva reorganización.—El conflicto mundial.—Talleres.—Desenvolvimiento.—Comentario.

Primera organización.—Al obtener Cuba su independencia (aunque todavía intervenida), para iniciar la obra de reconstrucción tuvo que pensar en la defensa de los intereses generales confiados al Estado, y al mismo tiempo, en el resguardo de los intereses particulares, cuya custodia se confía en todos los pueblos a fuerzas que se crean para ese fin.

No podíamos temer al peligro inmediato de una agresión por otra potencia; pero de todos modos se necesitaban elementos armados para la custodia y defensa de los intereses públicos y privados. De ahí nació la creación de la Guardia Rural el año 1900, con un efectivo ini-



General Alejandro Rodríguez

cial de 1,170 hombres de caballería, que en 1901 se elevó a 1,364.

Al establecerse la República, la Guardia Rural se componía de 1,603 plazas. También se creó el cuerpo de artillería, con 232 plazas, número tan exiguo para la guarnición de las fortalezas, que a pe-



General Faustino Guerra

sar de haber cesado la intervención, esas fortalezas seguían custodiadas por soldados norteamericanos.

Para sustituir a estos soldados, en 1902 el Gobierno aumentó la artillería a 682 hombres; y como la Guardia Rural, por su reducido número, no podía hacer eficientemente el servicio policíaco a ella encomendado, se aumentó también este cuerpo a 3,020 plazas.

Al estallar la Revolución de Agosto, el Gobierno aumentó la Guardia Rural a 5,170 hombres.

El Ejército Permanente y la Guardia Rural.—

La segunda intervención consideró necesario el aumento de las fuerzas armadas, y en vez de hacerlo con la Guardia Rural hasta donde fuera conveniente, atendiendo a las funciones policíacas de ésta, quiso organizar un cuerpo esencialmente militar, y creó el Ejército Permanente.

Atendiendo a compromisos con los vencedores de agosto, Magoon estableció dos jefaturas distintas. La de la Guardia Rural, ya existente, a cargo de Alejandro Rodríguez, con el grado de mayor general, y la del Ejército, con igual grado, para Faustino Guerra Puente. Magoon se limitó a disponer la innovación y a nombrar al general Guerra, dejando



General Gerardo Machado

al gobierno cubano la ejecución organizadora. Esta organización se hizo por el decreto 365, tomando como base una compañía de ametralladoras creada por Estrada Palma, y además, el cuerpo de artillería.

Confiada al gobierno del general Gómez la misión de reorganizar la Guardia Rural y crear el Ejército, acometió lo primero, designando jefe al general José de J. Montagudo, que había sido fundador del cuerpo. Al mismo tiempo se organizó un tercio táctico con elementos de todas las unidades; y se dotó a la

Guardia Rural de Reglamento y Ley Penal y de Procedimiento, que hasta entonces no tuvo. Pronto demostró el general Montecagudo sus dotes de mando con los 40,000 diversos servicios que ese año prestó la unidad a sus órdenes.

Tarea más difícil fué la creación del Ejército, y lo fué por lo mucho



General Armando de J. Riva

que necesariamente influyó la recomendación política en la designación de jefes y oficiales.

Ya hemos dicho que esta fuerza quedó bajo el mando del general Guerra. El Gobierno designó brigadier inspector al general Gerardo Machado, y brigadier jefe de la Brigada de Infantería al general Armando de J. Riva.

La organización de la brigada de infantería fué una labor de actividad, energía y constancia en que resaltaron las altas dotes del general Riva; y

esa labor pudo apreciarse y aplaudirse cuando a los cuatro meses de trabajo y preparación, el 20 de mayo de 1909, ante la mirada sorprendida de numerosos espectadores, destilaron aquellas tropas en el polígono de Columbia, en brillante parada, como si fueran viejos y aguerridos veteranos.

Durante este primer año se aplicó al Ejército el Reglamento de la Guardia Rural; se organizó la Cruz

Roja; se creó en Columbia la Academia de Caballería; se reorganizó la Banda de Música del Cuartel General y se cubrieron por examen algunos puestos de oficiales de artillería de campaña. También se organizó el hospital de Columbia.

Al finalizar el 1909, el Ejército se componía de 3,200 alistados y 172 jefes y oficiales.

Por el decreto 365, la Rural quedó compuesta por 4,969 plazas, y al finalizar el año, se aumentó a 5,246. Se adquirieron 2,000 caballos para la remonta. El cuerpo prestó ese año 40,103 servicios.

El Ejército, que ya era una organización en marcha, fué aumentado en 1910 a 212 jefes y oficiales y 4,311 alistados, y se organizó el tercer batallón de infantería del segundo regimiento, dos compañías de ametralladoras y una batería de campaña.

Estas fuerzas se encontraban casi todas en el campamento de Columbia.

La Guardia Rural, por su parte, venía cumpliendo a satisfacción su cometido, y lo prueban 40,000 servicios que prestó este año.

Aumento de la Marina Nacional.—Hacia tiempo que la República tenía varias pequeñas embarcaciones para el servicio de guardacostas; pero su escaso número hacía deficiente ese servicio, muy necesario, por la circunstancia de ser Cuba una isla expuesta al contrabando en sus costas y a la inmigración clandestina.

De acuerdo con esa necesidad, el Gobierno creó



Tipo de soldado del Ejército nacional

la Jefatura de la Marina Nacional, la que confió al comandante Julio Morales Coello.

Al finalizar el año 1910, esa marina se componía de los cañoneros *Yara, Alacrán, Macco, Oriente, Agramonte, Hatuey, Alfredo, Enrique Villuendas, Martí, Céspedes, Baire, Veinte de Mayo, Abejorro* y *Calisto García*. El Gobierno concertó con una casa de Filadelfia la construcción del crucero *Cuba*, del barco escuela *Patria* y de los cañoneros *Diez de Octubre* y *24 de Febrero*.



Comandante Julio Morales
Coello

Desarrollo de las Fuerzas Armadas.—En

1911 ya funcionaba con regularidad la Academia de oficiales establecida en Columbia, así como también los campos de tiro de Columbia y la Cabaña. Se hicieron por el Ejército y la Guardia Rural excelentes maniobras y marchas y se creó el curso preparatorio para sargentos y paisanos, origen de la Escuela de Cadetes.

Habiendo renunciado el general Guerra la Jefatura del Ejército, el Presidente dispuso que el general Monteagudo asumiera el doble mando, con la designación de Jefe de las Fuerzas Armadas.

De 1913 a 1914, el Ejército se desarrolló satisfactoriamente. Funcionaron con eficiencia las Academias; se enviaron algunos oficiales a los Estados Unidos en labor de instrucción; la



Tipo de soldado de
infantería de marina

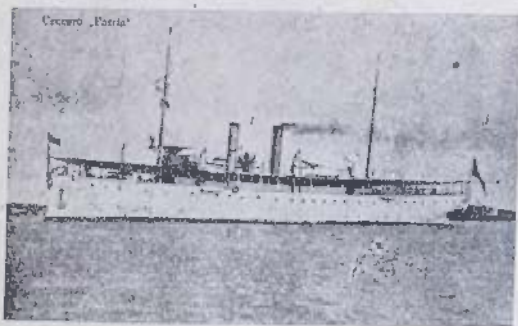
biblioteca creada poco antes llegó a 500 volúmenes, y se enriqueció con documentos, planos, etc.; se hizo una buena corrección del mapa militar; y los hospita-



Crucero "Cuba"

les de Columbia y la Cabaña rindieron una buena jornada.

La Guardia Rural, por su parte, demostró su actividad con 67.857 servicios que prestó.



Barco escuela "Patria"

En cuanto a la Marina Nacional, resultó bastante abandonada. Los barcos, muchos de ellos viejos y algunos con inmediata necesidad de reparación, no

estuvieron bien atendidos, a pesar de la falta que hacían para el extenso cuidado de costas a ellos encomendado. Apenas se hicieron algunas reparaciones.

Reorganización.—Por la Ley de Defensa Económica de 1914 quedó ordenada la reorganización del Ejército y de la Guardia Rural, y se dispuso que la Marina de guerra pasara a depender de Gobernación.

El cumplimiento de la expresada ley originó en lo militar varias disposiciones, como fueron, entre otras, la unificación de las Academias militares, la reorganización de las fuerzas armadas y la reorganización de la Marina Nacional.

Por el decreto 165, de 1915, se dispuso la reorganización de las fuerzas armadas.

Hemos visto que anteriormente existían la Jefatura del Ejército y la de la Guardia Rural. También hemos visto que al renunciar su cargo el general Guerra, ocupó interinamente esta jefatura el general Monteagudo. Al morir éste, ambas unidades volvieron a separarse, hasta que por virtud del citado decreto 165 quedaron refundidas, para formar seis regimientos de caballería, un regimiento de infantería y una batería de montaña. A cada regimiento de caballería se asignó un tercio táctico.

El Presidente se reservó la jefatura suprema, por conducto de la Secretaría de Gobernación, en comunicación a su vez con un Estado Mayor.

Se modificó el escalafón, con algunas preferen-



Tipo de marino

cias, y se establecieron determinadas garantías para sargentos y cabos.

El territorio nacional fué dividido en ocho distritos militares, dependiendo directamente del Estado Mayor la Academia, el hospital de Columbia y el hospital de veterinaria.

Se organizó la Auditoría; se estableció el sistema de identificación dactilofotográfica y se hicieron notables mejoras en el servicio de sanidad militar.

La Marina Nacional fué reorganizada, pero sin mejora alguna.

Por el decreto 165, el Ejército quedó constituido por 11,715 plazas en total.

De 1915 a 1916 se procedió por el Estado Mayor a la corrección del mapa militar hecho en 1914, y se hicieron varios planos parciales.

Para los efectos de información e intercambio de conocimientos, se fundó la revista mensual *Boletín del Ejército*, redactado por el Cuartel General. Esto constituyó un notable progreso y una buena fuente informativa.

La biblioteca alcanzó 3,333 volúmenes.

Se reorganizaron y ampliaron los talleres tipográficos del Estado Mayor, obteniendo de esa reorganización un hermoso beneficio.

En cuanto a la Marina Nacional, no se adquirió ningún barco, ni se hizo mejora notable, ni grandes reparaciones a los barcos viejos. Lo más importante que se hizo fué la creación de la Academia Naval, adquiriendo para ella el edificio "Rubens," en el Mariel.

Nueva reorganización.—En febrero de 1917, como consecuencia de los sucesos electorales de 1916, ocurrió un levantamiento acaudillado por el general José Miguel Gómez. A este levantamiento se sumó gran parte del Ejército, especialmente en Oriente y Camagüey.

De las fuerzas levantadas, unas volvieron a la legalidad y otras corrieron la suerte de dicha revolución. Los jefes y oficiales de las expresadas fuerzas perdieron los puestos, así como otros que no llegaron

a levantarse, pero que fueron presos y acusados de estar comprometidos.

Pasada la Revolución de Febrero, el Gobierno reorganizó el Ejército, ascendiendo muchos sargentos a oficiales y premiando con ascensos servicios prestados por jefes y oficiales que le habían sido fieles.

En diciembre de 1917, Cuba declaró la guerra a los Imperios Centrales, y con ese motivo se estableció el servicio militar obligatorio y la Escuela de Aviación, y se enviaron a los Estados Unidos veintidós oficiales de artillería, para estudios especiales en obras de fortificación y defensa.

La entrada de Cuba en el conflicto mundial hizo que se volviera a los ojos a nuestra marina de guerra, observándose entonces el reprensible abandono en que se le había tenido. Los barcos carecían de útiles in-

dispensables para el servicio; la mayor parte de ellos estaban casi inútiles, y ni siquiera se tenían lugares en que aprovisionarlos de agua y carbón.

A toda prisa se compraron en los Estados Unidos las más necesarias cosas; se buscaron apostaderos; se ordenaron reparaciones; se adquirieron cuatro cazasubmarinos y el buque auxiliar *Kidonia*.

El *Boletín del Ejército* continuó siendo regularmente atendido y la biblioteca alcanzó 4,571 volúmenes.



Capitán Pedro A. Castell

La imprenta militar rindió un brillante resultado y fué mejorada.

Se organizó una escuadrilla de aviación y funcionaron en buenas condiciones las escuelas de oficiales, cadetes, clases, alistados y albéitares y herradores.

Talleres.—Las necesidades del Ejército hicieron pensar en la conveniencia de establecer talleres para determinadas confecciones, a cuyo efecto se adapta-



Sitón de sastrería de los talleres del Ejército

ron locales en San Ambrosio y se instalaron salones de sastrería, talabartería e imprenta.

Estos talleres, bajo la dirección del capitán Pedro A. Castell, han llegado a ser una obra admirable, digna de los más calurosos aplausos. Allí se construye el vestuario completo del Ejército, casi todo el equipo, se da trabajo a gran número de obreras cubanas, y en todo se observa el orden, aseo y respeto que predominan.

Desenvolvimiento.—En julio de 1920 (en la danza de los millones), a causa de la carestía de la vida, fueron aumentados los haberes a las Fuerzas Armadas.

El *Boletín del Ejército* se ha seguido publicando, pero por falta de recursos no ha llegado a la altura de otros similares del extranjero. Esta revista, bien aten-

dida, debe ser un factor importante de comunicación y cultura para el Ejército.

La biblioteca militar, en las postrimerías de 1920, llegó a 6.000 volúmenes.

Se han llevado a cabo varias obras de reparación en cuarteles, hospitales, etc., y también se han construido algunos edificios.

Las escuelas militares han funcionado con regularidad. La Marina Nacional continúa desatendida, pues no se han adquirido más barcos, y los existentes son viejos y muchos de ellos casi inútiles. Se les han hecho reparaciones, pero ineficaces.

Este cuerpo se ha dividido en tres distritos, que son Habana, Cienfuegos y Santiago de Cuba. Los pocos apostaderos que existen son deficientes, como deficiente es el único varadero de que se dispone para la carena.

Comentario.—Por su condición de isla y por lo sinuoso de sus costas, Cuba debiera tener, como Grecia e Inglaterra, una gran población nativa experta en el mar; y por lo contrario, se da el caso raro y curioso de que tan pobre es la afición al mar entre nosotros, que es difícil encontrar en nuestra marina mercante un capitán o piloto cubano.

Verdad es también que nadie se ha ocupado todavía de hacer en obsequio de Cuba y de su marina mercante una pálida copia siquiera de lo que en beneficio de Inglaterra hizo aquel que suscribiera el Acta de navegación que convirtió a la Gran Bretaña en señora de los mares.

RESUMEN DEL CAPITULO

La creación de la Guardia Rural fué una de las primeras necesidades de la República al constituirse. Ella debía resguardar los intereses particulares y nacionales y defender los segundros como fuera necesario.

El expresado cuerpo fué creado en 1900, y poco después se creó la artillería de costas para guarnición de las fortalezas, cuyo servicio venían haciendo tropas extranjeras.

En 1902 se aumentaron ambas fuerzas y volvieron a ser aumentadas en 1906, al estallar la Revolución de Agosto.

Pasada esta Revolución, se creó el Ejército Permanente y se reorganizó la Guardia Rural, manteniendo dos jefaturas.

Al advenimiento de la República estaba formada la Marina de Guerra Nacional por algunos pequeños cañoneros dependientes de la Secretaría de Hacienda. Al llegar al poder el general Gómez reorganizó dicha marina, dándole jefatura propia y aumentándola con varias unidades, entre ellas un crucero y un barco escuela.

También bajo este Gobierno se creó la Academia de Oficiales de Columbia; se organizó la Academia de Clases, origen de la Escuela de Cadetes, y comenzaron a funcionar eficientemente los hospitales de Columbia y la Cabaña.

En 1914 se dispuso por la ley de Defensa Económica la reorganización del Ejército y la Marina y la unificación de las academias. Dicha reorganización se hizo por el decreto 185 de 1915, que refundió en una las jefaturas dependiendo a su vez de la Secretaría de Gobernación.

En 1917, pasada la Revolución de Febrero, se volvieron a reorganizar las Fuerzas Armadas, y al entrar Cuba en el conflicto mundial se dispuso el servicio militar obligatorio, se compraron para la marina cuatro cazatorpederos y un buque auxiliar y se organizó una escuadrilla de aviación.

Al aumentar las Fuerzas Armadas se crearon talleres para la confección del vestuario, los que han dado excelente resultado.

El Ejército fué bien atendido durante el gobierno del general Menocal. No así la marina de guerra, cuyos barcos actuales, con excepción del cazatorpederos y el auxiliar, son los mismos del gobierno anterior.

En 1917 se segregaron de la Secretaría de Gobernación las Fuerzas Armadas y se creó con ellas la Secretaría de la Guerra.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cuál es la misión de nuestro Ejército?

¿Por qué al crearse el Ejército Permanente se mantuvieron dos jefaturas?

¿Sería conveniente para Cuba el desarrollo de su marina mercante?

CAPITULO LVII
PERIODO REPUBLICANO
FACTOR DIPLOMATICO

Exposición o reseña.—Comentario.

Al ingresar Cuba en el concierto de las naciones soberanas necesitó regularizar su vida internacional enviando y recibiendo representación diplomática y consular, para el intercambio de relaciones y beneficio de productos.

Comenzó por crear la Legación en Washington y nombrar Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario a aquel que fué discípulo predilecto del Maestro, Gonzalo de Quesada. Nadie hubiera podido representar a Cuba allí mejor ni con más derecho. La expresada Legación se creó el 28 de mayo de 1902.

Poco después, y dentro del mismo año, se crearon las legaciones en España, México e Inglaterra, con residencia en las respectivas capitales.

También en 1902 se crearon los consulados generales de New York y Barcelona; el consulado de primera de Génova y los de segunda de Mobila, New Orleans, Filadelfia, San Juan de Puerto Rico, Tampa, Cádiz, Santander, Tampico, Veraacruz, Marsella, Halifax, Liverpool, Bremen y Guatemala.

Al cumplirse el primer año de gobierno cubano, nuestras relaciones internacionales se habían afianzado y la República había sido reconocida por todos los gobiernos del mundo, con excepción de Liberia, Marruecos y Turquía.

Esta excepción y las necesidades de nuestro comercio exterior hicieron que se extendiera nuestra representación y al efecto se crearon, en 1903, el consulado general de Hamburgo; el de primera de Santo Domingo; los de segunda de Key West y Santa Cruz de Tenerife y los viceconsulados de Bilbao, París y Londres. También se creó en Berlín (Alemania) el puesto de Encargado de Negocios.

En 1904, el viceconsulado de Londres se elevó a consulado de segunda, así como el de París; y se creó el viceconsulado de México.

En 1905, preocupada la atención del Gobierno en problemas interiores, no se ocupó mucho del exterior, y de ahí que sólo se creara el consulado de segunda del Havre y que se elevara a de primera el de París; creóse también la Legación cubana en Francia.

En 1906, menos preocupado el Gobierno, elevó a de primera los consulados de Londres, Mobila y Halifax; creó el consulado de segunda de Chicago y los de Gálveston, Port au Prince y Puerto Cabello. Creó también los viceconsulados de Amberes y Madrid, conjuntamente con el puesto de Ministro Residente en Bélgica.

En 1907, que fué año de desconcierto y lucha interna, ésta se reflejó en nuestra representación exterior, pues no hubo más movimiento que la creación del viceconsulado de St. Louis, Missouri.

En 1908 ya se prestó más atención al exterior, y por eso se crearon los viceconsulados de Burdeos, St. Nazaire y Glasgow; los consulados de segunda de Gijón, Málaga, Vigo y Mérida; se elevó a consulado de segunda el viceconsulado de Madrid; a de primera el de Amberes; a consulado general el de Génova, y se crearon los consulados generales de Shanghai y Rotterdam.

En 1909 se dió un poderoso impulso a nuestra representación exterior creando la Legación en Italia y estableciendo Ministros Residentes en Brasil, Chile, Noruega y Uruguay. En cuanto al movimiento consular, éste fué también considerable, pues se crearon los viceconsulados de Montevideo, Buenos Aires, Bruselas, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Washington y

Cristiania; se elevaron a consulados de segunda los viceconsulados de San Louis y Bilbao, y se crearon los consulados de segunda de Biárritz, Viena, Newport, Coruña, Birmingham y Roma. El de Amberes fué elevado a consulado general.

En 1910 no fué importante el movimiento consular, pues sólo se creó el viceconsulado de Ginebra y se elevó el de Wáshington a consulado de segunda; pero, en cambio, fué interesante el diplomático, porque se crearon las legaciones de Argentina, Alemania y Holanda.

Mucho más movido fué el año 1911, porque durante él se crearon las legaciones de Bélgica, Brasil, Colombia, Chile, Noruega, Perú, Uruguay y Venezuela. También en lo consular hubo más intenso movimiento, porque se creó el viceconsulado de Lima; los consulados de segunda de Quito y Valparaíso; los de primera de Asunción, San José de Costa Rica y La Paz; se creó el consulado general de Panamá y se elevó a general el de París.

El año 1913 no fué de mucho movimiento diplomático, pero sí en cuanto a lo consular. No hubo más que una promoción: la del de Filadelfia a consulado de primera; pero, en cambio, hubo la creación de los consulados de segunda siguientes: Boston, Jacksonville, Ponce, San Francisco de California, Alicante, San Sebastián, Sevilla, Valencia, Calcuta, Colón (Panamá), Hull, Kingston y Toronto.

En 1914 tampoco hubo movimiento diplomático, pero sí lo hubo consular. Fueron elevados a consulados de primera: Baltimore, Tampa y Viena; Halifax y Veracruz, a consulados generales; St. Nazaire, a consulado de segunda, y se crearon los consulados de segunda en Oporto, St. John (Canadá), Montreal, Belfast y Coatzacoalcos. En Lisboa se estableció consulado general.

Hasta 1917 no hubo cambios ni creaciones; pero ese año se nombró ministro residente en China, así como en Panamá, y se estableció encargado de negocios en Suiza. En lo consular, se suprimió el consulado de Sanghai; se creó el viceconsulado en Panamá (ciudad); así como los consulados de segunda en

Chárleston y Lyon y los de segunda en Hong Kong, Honolulú y Yokohama.

En 1918 se elevó la representación en China a Legación; y con residencia en Managua, se estableció también Legación, comprendiendo las cinco repúblicas centroamericanas. Esto hizo que Guatemala descendiera a viceconsulado y que se creara igual cargo en la ciudad de Managua. Este año se creó también la Legación en el Japón.

En 1919 se estableció ministro residente en la República Dominicana, por lo que la capital descendió a viceconsulado. Igual caso ocurrió con Portugal, por lo que descendió Lisboa a consulado de segunda.

Este año fué de movimiento consular. Pekín descendió a viceconsulado, Lisboa bajó de consulado general a consulado de segunda. En cambio, Glasgow, Burdeos y Ginebra fueron elevados de viceconsulados a consulados de segunda. Boston, New Orleans, San Juan de Puerto Rico, San Francisco, Santa Cruz de Tenerife, Havre y Belfast, que eran consulados de segunda, ascendieron a consulados de primera; del mismo modo que Yokohama, San José de Costa Rica y Asunción, pasaron de consulados de primera a consulados generales. Quito, que era consulado de segunda, pasó a consulado general.

Fueron creados consulados de segunda en Cincinnati, Norfolk, Penzacola, Amsterdam y Milán, y en Palma de Mallorca viceconsulado. En Kobe (Japón) y Copenhague fueron creados consulados de primera, y el de Estokolmo llegó a consulado general.

Comentario.—Como se ve por lo reseñado, Cuba tiene una extensa representación exterior, de la que debiera haber obtenido mayores resultados de eficiencia e información. La representación consular, en la mayoría de los casos no ha respondido bien a su misión; pero después de creado el Seminario Consular es de esperarse que los cónsules, conocedores de antemano de sus deberes, respondan a lo que Cuba necesita de ellos: eficiencia en el cargo y actividad en la información. 5

En cuanto a nuestra representación diplomática, para conocer lo pobre de su labor basta decir que des-

de la constitución de la República, Cuba ha celebrado un solo concierto comercial, el Tratado de Reciprocidad con los Estados Unidos, que de reciprocidad no tiene más que el nombre.

Los productos cubanos luchan desventajosamente en todos los mercados, y eso que entre ellos tenemos el azúcar, artículo de primera necesidad, y que sin embargo no tiene más salida que el mercado norteamericano. Algo parecido le ocurre a nuestro tabaco, el mejor del mundo, pero sujeto en todas partes a derechos tan prohibitivos, que hacen imposible su consumo.

Esta falta de concierto nos tiene a merced de los otros mercados, que por diversas circunstancias no consumen nuestros productos, y en cambio nos envían los suyos, estableciendo un enorme y para nosotros ridículo desnivel entre lo que nos compran y lo que nos venden países como España, Francia, Alemania, Italia y otros.

Cuba, por su posición geográfica y por su especialidad de productos como azúcar, tabaco, piña y frutas, debiera ser centro surtidor de muchos mercados; pero por la incuria de nuestros gobiernos y representación diplomática vive casi en aislamiento comercial para la venta de su producción.

RESUMEN DEL CAPITULO

Al establecerse la República cubana organizó su vida diplomática y consular, estimulando gradualmente nuestra representación en los otros países.

Hemos llegado a tener un nutrido cuerpo diplomático y consular, que si ha servido para nuestras relaciones internacionales, ha sido bastante deficiente con referencia a nuestras relaciones comerciales, sien-

do indispensable, dada nuestra riqueza productora y lo especial de nuestros productos, que dicha representación responda mejor a los fines que le dieron vida.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Reséñense los productos nuestros que pueden y deben abrirse mercados consumidores.

¿Qué mercados nos favorecen más ahora?

¿Cuáles nos convienen más para la salida de nuestros principales productos?

CAPITULO LVIII
PERIODO REPUBLICANO
FACTOR SANITARIO

Durante el gobierno español.—Primera intervención.—Gobierno de Estrada Palma.—Segunda intervención.—Gobierno del general Gómez.—Gobierno del general Menocal.—El gran problema sanitario.

Durante el gobierno español.—En el sistema de gobierno colonial español nunca fué tenido en cuenta el problema sanitario, ni tampoco la beneficencia pública. Los colonizadores no consideraron en su justo alcance y transcendencia la higiene pública ni la privada. De ahí que mientras España dominó en Cuba, la sanidad fuera desatendida por completo y la Metrópoli nunca pensara que la mejor prueba de eficiencia que puede dar un gobierno está en considerar la salud del pueblo como necesidad de atención suprema.

Primera intervención.—La primera intervención tuvo muy en cuenta la salud pública y puso gran empeño en atenderla. Reformó y creó hospitales; saneó ciudades; procuró evitar en lo posible la mendicidad callejera y dedicó energías y actividades a la profilaxis de enfermedades contagiosas y a la extinción de gérmenes patógenos.

Gobierno de Estrada Palma.—El gobierno de Estrada Palma, siguiendo en eso el sendero trazado por la Intervención, no descuidó el problema sanitario y consiguió que Cuba pudiera ser ventajosamente comparada con otros países y estuviera a la altura del primero.

La viruela y la fiebre amarilla, que habían sido azote constante de la población en los tiempos coloniales, desaparecieron por completo, y se pudo contener otras enfermedades que, como la tifoidea y la tuberculosis, producían gran mortandad.

Segunda intervención.—La segunda intervención no descuidó tampoco la sanidad, como lo demuestra el cuadro comparativo siguiente:

Estado comparativo de defunciones ocurridas en Cuba de 1900 a 1908, con exposición de causas.

	1900	1901	1902	1903	1904	1905	1906	1907	1908
Defunciones por todas las causas	28,779	27,557	25,512	24,982	25,198	27,345	30,021	34,000	28,361
Tuberculosis pulmonar	3,497	3,638	3,602	3,340	3,645	3,600	3,500	3,578	3,120
Enteritis infantil	3,177	3,801	2,264	1,920	2,373	3,279	3,659	5,952	4,242
Tifanos	1,672	1,661	1,579	1,423	1,378	1,374	1,267	1,043	992
Paludismo	4,107	3,280	1,546	1,204	1,079	1,100	1,147	925	730
Viruelas	6	8	3		1	4			
Fiebre amarilla	384	37				22	33	56	16

Gobierno del general Gómez.—Hasta 1909, las atenciones sanitarias habían sido dirigidas por una Junta Nacional con determinadas facultades. Al llevar al poder el general Gómez fué creada la Secretaría de Sanidad, reorganizados los diversos departamentos y fundadas juntas de sanidad en los términos municipales. La Dirección General se subdividió en dos direcciones. La de Sanidad, propiamente dicho, y la de Beneficencia. Esta última, teniendo a su cargo especialmente la misión de asociar la ciencia a la filantropía en la atención de hospitales, escuelas reformativas de Guanajay y Aldecoa, Monte de Piedad, Sanatorio para tuberculosos "La Esperanza", Dispensario Tamayo, asilos, "Santovenia", "Huérfanos de la Patria", "Petronila Gómez", "Casa de Maternidad" y asilos de ancianos de Cárdenas, Cienfuegos, Camagüey y Santiago de Cuba.

La Secretaría creó la revista mensual *Sanidad y Beneficencia*, que ha venido siendo un órgano de bastante eficacia informativa.

Al finalizar el año 1910, la mortalidad en la República fué de 14.55 por mil, lo que demuestra un excelente estado sanitario.

Durante el año de 1911 tal estado se mantuvo digno de aplauso; se combatió intensamente la tifoidea, cuya extensión llegó a ser alarmante, y se tomaron grandes precauciones contra el cólera y la peste bubónica. Los hospitales habaneros fueron mejorados; pero en los de provincias no se hicieron notables mejoras.

La iniciativa filantrópica particular creó el Asilo de Ancianos de Sagua la Grande, obra de Juan de Dios Oña; el hospital "Caymari", en Manzanillo, y "La Misericordia" en la Habana.

En 1912 se presentaron dos casos de viruela, cuatro de peste bubónica, que ocasionaron tres muertos, y uno de muermo. Estas enfermedades no tomaron incremento gracias a las medidas y precauciones que se adoptaron.

La aparición de la peste bubónica determinó una enérgica campaña contra su agente transmisor, la rata, lo que originó que se creara el servicio de desratización, que produjo excelentes resultados.

La mortalidad de la República ese año descendió a 13.53 por mil.

En mayo de 1913 se creó el cuerpo de inspectores provinciales generales de sanidad y beneficencia.

Al terminar el gobierno del general Gómez, la población cubana ascendía a 2.406,820 habitantes, y el estado sanitario era satisfactorio. Los servicios de investigación y análisis se hacían con regularidad y éxito y se elaboraban vacunas contra la viruela, la tifoidea y otras enfermedades. Se habían creado las Escuelas de Enfermeras y funcionaban con éxito. La estación cuarentenaria de Tiscornia respondía a los fines de su creación.

Gobierno del general Menocal.—A poco de ocupar el poder el general Mario García Menocal se celebró en Cuba el tercer Congreso Médico Nacional, en el que se demostró nuestro progreso en ese ramo de la ciencia. El boletín de la Secretaría se continuó

publicando con éxito y se hizo una distribución especial del libro "Trabajos selectos del Dr. Finlay".

Inicióse el año 1914 con un considerable aumento de mortandad infantil y con la reproducción de la peste bubónica.

Para combatir lo primero se organizaron varias colonias infantiles y creches, a fin de vigilar y mejorar la alimentación de la infancia, con especialidad la leche.

Contra la peste bubónica se pusieron en planta diversas medidas, muy necesarias para combatir un azote que se presentaba con veintinueve casos y seis defunciones. Se desalojaron y sometieron a rigurosa desinfección todos los inmuebles que se consideraron infectados y se activó la guerra a las ratas. Pronto se localizó y redujo la epidemia, lo que fué un gran triunfo para nuestra sanidad.

La medida más trascendental que quizás haya realizado la sanidad cubana se llevó entonces a cabo por el decreto 964, que abolió la Comisión de Higiene Especial. Esta medida ha sido muy discutida.

En los veintisiete hospitales de la Isla se hicieron muy beneficiosas reformas, especialmente administrativas.

El Laboratorio Nacional cumplió satisfactoriamente su misión.

El Boletín *Sanidad y Beneficencia* mejoró su texto.

La biblioteca (creada poco antes) continuó mejorando y aumentó considerablemente sus volúmenes con la donación que de sus libros le hizo el Dr. Juan Guiteras.

Una de las más plausibles mejoras efectuadas por la sanidad cubana consiste en la creación de los servicios de higiene escolar y abasto de leche, obteniéndose con esto grandes beneficios para la salud de la infancia.

De 1916 a 1917, la mortalidad aumentó a 15.18 por mil, a pesar de no haber brotes epidémicos de viruela, cólera, peste u otra de estas terribles enfermedades: pero se manifestó mayor intensidad en la tifoidea, la tuberculosis y el paludismo.

El problema de la mortalidad infantil continuó en pie, teniendo por causa principal la mala calidad de la leche y su escasez para los pobres. Entonces, antes y después, se han tomado medidas contra la adulteración de ese producto; pero cuanto se ha hecho ha sido poco, como lo será cuanto se haga contra el crimen de adulterar la leche por los expendedores.

La necesidad creada por el aumento de población hacía pequeño nuestro número de hospitales, por lo que se creó el "Calixto García", comenzándose la edificación de los pabellones para dotar al país de un centro sanitario completo.

De 1917 a 1918, el estado general sanitario fué bueno. Se llevaron a cabo algunas reparaciones en hospitales de provincia, aunque no las necesarias.

De 1918 a 1919 se mantuvo igual el estado sanitario; pero por la aparición de algunos brotes de viruela se intensificó la vacunación.

En este espacio de tiempo se llevaron a cabo notables progresos, particularmente en cuanto a hospitales. Se terminaron las obras del "Hospital de Maternidad de la Habana", las de los de Pinar del Río y Santa Clara, y se hicieron grandes reparaciones en algunos otros. En cambio, se paralizaron las obras del "Calixto García" y se comenzaron los trabajos de un nuevo hospital en Tiscornia, para enfermedades infecciosas, en sustitución de "Las Animas".

En el Mariel se llevaron a cabo importantes trabajos de construcción.

De 1920 a 1921 la sanidad cubana continuó progresando; se terminó el hospital "Calixto García" y se efectuaron algunas reparaciones en otros; la biblioteca se enriqueció con buen número de volúmenes; el boletín se hizo más interesante; el Laboratorio realizó una hermosa labor; el cuerpo de inspección médica llenó cumplidamente su misión y el estado sanitario del país se mantuvo en buenas condiciones, a pesar de haberse presentado varios casos de viruela, por lo general importados, que se localizaron satisfactoriamente.

La mortalidad en la infancia continuó siendo extraordinaria, debido a dos causas de muy difícil re-

medio, como son la alimentación defectuosa en la clase pobre, que produce hijos débiles, y la deficiencia en el alimento del niño, motivos que predisponen su organismo a la menor resistencia para cualquier quebrantamiento de la salud.

La tifoidea, el paludismo y la tuberculosis han producido gran número de defunciones. La tifoidea y el paludismo se han intensificado, especialmente en el interior; la primera por la facilidad del contagio y la contaminación de las aguas, que casi nunca son buenas, ni mejoradas para el uso; el segundo por la falta de preservación.

El gran problema sanitario.—En cuanto a la tuberculosis, mal es éste bastante descuidado entre nosotros. Nuestras clases pobres, lo mismo las urbanas que las rurales, viven en promiscuidad y hacinamiento tan horribles, que desconsuela y entristece la contemplación de ese modo de vivir.

Ninguno de nuestros gobiernos ha prestado la debida atención al problema de la vivienda de los obreros, que residen generalmente en habitaciones faltas de luz, aire y espacio, en un país de diáfana y esplendente luz solar y de perenne brisa.

Nuestros guajiros siguen viviendo como en los tiempos coloniales, ignorantes de sanidad e higiene; produce honda pena ver que habiendo progresado Cuba en tantas formas, esa parte importante de nuestra población continúe viviendo en bohío de guano, con piso de tierra, casi sin divisiones interiores, en mezcla horrible de sexos y familiaridad con cerdos y aves de corral, sin tener siquiera noción de higiene preventiva y servicios sanitarios.

Por el bien y la salud de Cuba, y por piedad para nuestros campesinos, es preciso que se aborde este problema; y que se les enseñe a vivir como se vive en otros pueblos, atendiendo al cuidado de la propia salud.

La iniciativa privada en obras de asociación cultural y benéfica ha llevado a cabo notables mejoras que redundan en progreso sanitario. Se han ido formando y organizando asociaciones; algunas naciona-

les, como la Asociación Cubana de Beneficencia; otras regionales extranjeras, como los centros Asturiano, Gallego y Canario, y alguna internacional, como la Asociación de Dependientes, que han montado servicios médicos con todos los adelantos y mantienen clínicas y sanatorios a la altura de los mejores del mundo.

RESUMEN DEL CAPITULO

Cuba no tuvo sanidad, propiamente dicho, hasta el cese de la soberanía española.

La primera intervención atendió con especial cuidado el interés sanitario, y sucesivamente todos los gobiernos posteriores han prestado solícita atención a este importante problema.

Se ha procurado evitar o reducir al menor límite posible determinadas enfermedades, y debemos sentirnos satisfechos de los fines alcanzados.

No se ha limitado nuestro departamento de Sanidad a evitar enfermedades, y yendo más lejos, ha creado y organizado servicios que merecen los mayores aplausos. También ha fundado y mejorado hospitales, llevándolos a tal adelanto, que podemos con orgullo compararlos con los de cualquiera otro país.

Sólo ha estado deficiente nuestra Sanidad en lo que se refiere a la vida sanitaria de obreros urbanos y rurales.

Cuba ha sido el primer país del mundo que en sus funciones de gobierno ha establecido ministerio o secretaría de Sanidad.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Cuáles son las enfermedades que más daño hacen actualmente en Cuba?

Comparese nuestro estado sanitario con el de otros pueblos.

Expónganse ideas acerca de cómo viven nuestros obreros y de cómo deben vivir.

¿Cómo viven nuestros campesinos y qué mejoras deben realizar?



CAPITULO LIX
PERIODO REPUBLICANO
FACTOR SOCIAL

El hombre considerado socialmente.—Fuerzas que actúan sobre el hombre.—Fuerzas morales y espirituales.—La religión en Cuba.—Los tribunales de justicia.—Comentarios.—Indultos.—Nuestro sistema penitenciario.

El hombre considerado socialmente.—El hombre es un ser que no puede vivir aislado. Necesita vida de relación y medio en que desarrollarla. Posee dos poderosas facultades negadas por la naturaleza a los otros seres: el pensamiento y la palabra.

El pensamiento le sirve para recoger las impresiones del mundo externo y elaborar con ellas las ideas que expresa luego por la palabra, ese don divino que le pone en comunicación directa con sus semejantes y le hace soberano en la creación.

Fuerzas que actúan sobre el hombre.—El hombre, por su naturaleza, es ser de pasiones e instintos, al que no puede dejarse sujeto sólo a su libre albedrío. Necesita fuerzas morales, espirituales y materiales que lo contengan, dominen y hasta castiguen en su vida de relación.

Fuerzas morales y espirituales.—Lo primero se logra por la educación, labor que efectúan la familia y el Estado, de acuerdo con los medios de que disponen, y que son principalmente la enseñanza y el buen ejemplo.

En el capítulo siguiente, al tratar el factor educacional, se verá lo que en la era republicana se ha hecho en Cuba en materia de enseñanza.

Como complemento de las fuerzas morales puestas en acción, actúan las espirituales, representadas esencialmente por las distintas religiones que, de acuerdo con la civilización de las agrupaciones sociales en diversas épocas de la historia, se han ido creando.

El concepto de la divinidad difiere poco en las múltiples acepciones con que se ha venido definiendo. Por divinidad se entiende poco más o menos la aceptación y reconocimiento de algo superior al hombre mismo, de algo que, aunque no se conozca, se presiente o supone. La diferencia está en la forma de adoración, en la idea del dogma y en la práctica religiosa.

La religión, en sí, no es más que un medio social de refrenar pasiones, creando y ordenando frente a ellas determinados deberes.

La religión en Cuba.—En muchos pueblos la religión ha sido uno de los medios o recursos del gobierno para el mantenimiento de sus prerrogativas; en otros, determinada forma ha sido aceptada como religión del Estado, que en uno y otro caso ha atendido al mantenimiento del rito y subsistencia de los ministros del culto. Muchos estados no tienen religión determinada con carácter oficial, ni intervienen en el desenvolvimiento de esas fuerzas sociales.

En Cuba, durante el período colonial, el catolicismo fué religión del Estado, quien pagaba el culto y hasta prodigaba a esa iglesia bienes temporales y beneficios.

Al cesar la soberanía española se estableció como una de las conquistas republicanas la libertad de cultos, adquiriendo el Estado los bienes temporales de la iglesia católica y dejando a cada ciudadano el derecho de profesar cualquiera religión. Limitó su acción a la exigencia de la moral ciudadana, tanto en su aspecto público como en el privado.

Como consecuencia de esa libertad, han surgido

en Cuba diferentes formas religiosas que actúan y se desenvuelven dentro de las más absolutas garantías de respeto general.

La escuela pública laica deja al padre de familia el derecho de educar a sus hijos, particularmente, en las creencias de su agrado.

Los tribunales de justicia.—Como no bastan la educación y la religión para guiar al hombre por sendas de deberes y respetos, los gobiernos han tenido necesidad de asociar a esas fuerzas otra, material, precisa, de represión, persecución y sanción, creando a estos fines los tribunales de justicia.

Al cesar la soberanía española en Cuba, el Gobierno interventor reorganizó los tribunales existentes, creó las cortes correccionales para casos de faltas y determinados delitos, y también el Tribunal Supremo, como organismo nuevo, pues durante la colonia la justicia suprema en Cuba dependía del Tribunal Supremo metropolitano.

En la actualidad, la máquina judicial se compone del expresado Tribunal Supremo, Audiencias, juzgados de Primera Instancia e Instrucción, juzgados Municipales y juzgados Correccionales; todo ese organismo en contacto con el Ejecutivo por medio de la Secretaría de Justicia.

Las leyes que rigen son las mismas que regían antes de la Independencia, modificadas algunas por órdenes militares de la Intervención o por contadas variantes establecidas por nuestro Congreso.

Comentarios.—Estas leyes deben ser modernizadas, de acuerdo con el progreso actual y tendencias sociales de la humanidad.

Como especiales progresos, el más interesante de los alcanzados es la ley del Divorcio, aparte de leyes como la Municipal, la Electoral y otras hechas para fines determinados.

Entre las reformas llevadas a cabo en el poder Judicial, una de las más interesantes ha sido la asignación de sueldos a los jueces municipales y el requisito de que éstos sean letrados.

La medida no ha resultado todo lo buena que debió esperarse en cuanto al segundo extremo. Cuando eran legos los jueces, se escogían dentro de elementos de solvencia moral, y muchos de ellos consideraban que servían el puesto como un honor que recibían. Designaban para secretarios judiciales a hombres de su confianza, y temerosos de la ley, porque la desconocían, procuraban rehuir las oportunidades de delinquir, por lo que resultaba raro el encausamiento de un juez por motivos de conducta. La designación de letrados ha hecho menos necesaria la competencia de los secretarios, y éstos muchas veces sirven como instrumento para burlar las leyes, bien conocidas por muchos jueces en la explotación de especiales interpretaciones. De ahí que, después del cambio, hayan podido ser acusados, por motivos de conducta, mayor número de jueces.

También ha sido un gran daño para la administración de justicia que el poder Judicial no tenga independencia. Esto ha hecho que supeditado al poder Ejecutivo, haya habido con frecuencia jueces serviles, especialmente en el campo polípticoelectoral, que se hayan prestado a ser instrumento de pasiones y amañes beneficiosos al Ejecutivo, considerado como amo.

Indultos.—La más grande de las burlas de que han podido ser objeto los tribunales de justicia ha consistido en la liberalidad con que nuestros gobiernos republicanos han hecho uso de la gracia de indulto. El gobierno de Estrada Palma concedió, en 54 meses, 352; el de Magoon, en 27 meses, 1250; el del general José Miguel Gómez, en 52 meses, 1,547; y el del general Mario García Menocal, en 96 meses, 2,940.

Se ha dado como principal pretexto para esta liberalidad que el Código Penal vigente es excesivamente severo en la reglamentación de las penas.

Con esa teoría, el indulto no es un acto de clemencia de que hace uso el Ejecutivo, sino más bien una rectificación al acto de justicia que realizan los tribunales aplicando una pena al delito probado. Y si eso es así, ni tienen independencia los tribunales

para juzgar y condenar, ni resulta serio el acto que ejecutan. Si el Código Penal peca de severidad en la aplicación de su articulado, la honradez y ecuanimidad del magistrado que juzga, y su concepto de la ley y del delito, deben ser suficientes para buscar y encontrar el término justo.

Lo cierto es que se ha abusado escandalosamente del indulto, y más porque él ha servido para empujarse la ley y libertar a verdaderos criminales.

La política y determinados padrinazgos han sido, más que los duros códigos, causantes principales de un error que parece exceso de clemencia.

Nuestro sistema penitenciario.—Para el cumplimiento de las condenas, tenemos en Cuba los vivasques, las cárceles y el Presidio. Estas penitenciarías se han venido rigiendo por procedimientos arcaicos, y aunque últimamente se han establecido algunas reformas, falta mucho por hacer.

El que comete un delito, al ser retraído de la sociedad no debe serlo de la actividad y utilidad en el trabajo. El hecho de estar cumpliendo una condena no debe hacerle vivir para el ocio; al contrario, el culpable debe encontrar en la penitenciaría trabajo metódico dentro de la actividad que practicó antes, para que no se dé al ocio y para que, ganando para sí una parte del producto de su trabajo, al cumplir la pena y recobrar la libertad pueda estar en condiciones de ser útil y mantener su regeneración.

Si el penado carece de instrucción u oficio, en la penitenciaría debe aprender ambas cosas, para que esas penitenciarías respondan a un fin de humanidad y altruismo procurando hacer del deliniente un hombre honrado.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

¿Qué es la educación para el hombre?

¿Qué diferencia hay entre instruir y educar?

¿Qué religión predomina en Cuba?

A los efectos de la Justicia, ¿qué debe entenderse por reprimir, perseguir y sancionar?

Disértese acerca de la independencia del poder Judicial,

¿El indulto es justo y humano?

¿Cuáles deben ser los fines de una penitenciaría?

CAPITULO LX

PERIODO REPUBLICANO

FACTOR EDUCACIONAL

Instrucción pública y privada.—Ampliación y reformas.—Estudios especiales.—Progreso bajo el gobierno propio.—Bajo el gobierno de Magoon.—Bajo el gobierno del general José Miguel Gómez.—Durante el gobierno del general Mario García Menocal.—La escuela privada.

Instrucción pública y privada.—Ya hemos visto a través de este libro que nunca fué gran preocupación del Gobierno metropolitano el problema de la educación en Cuba, y si no hubiera sido por la Sociedad Económica de Amigos del País, que en el desenvolvimiento de sus funciones y acción laboró tenaz y enérgica por la educación del pueblo, mucho más atrás hubiera quedado el progreso cultural cubano.

Hemos seguido este proceso educacional, observando que al cesar la soberanía española la instrucción estaba dividida en dos grandes grupos: primaria o elemental y secundaria o superior. La primaria comprendía de las primeras letras a determinados conocimientos generales; y la superior, desde el ingreso en el bachillerato hasta el estudio de carrera o facultad.

España dejó en Cuba 904 escuelas públicas y poco menos escuelas privadas, entre las que se incluían algunas que abarcaban primera y segunda enseñanza. La segunda enseñanza se refería a estudios de bachillerato en colegios incorporados a los Institutos.

Existían seis Institutos (uno en cada capital de provincia, igual que ahora) y un centro superior, la

Universidad de la Habana, establecida en el antiguo convento de Santo Domingo.

En este último centro se seguía el plan de estudios puesto en vigor desde 1842 por el general Jerónimo Valdés, modificado ligeramente por el plan de 1880. En cuanto a lo demás, en 1871 se había aplicado a la instrucción primaria un reglamento de organización de acuerdo con métodos y procedimientos vigentes en España, y que continuó en vigor hasta 1899.

Ampliación y reformas.—El primer gobierno interventor, con la cooperación de aquel admirable Alexis Fryre, elevó las escuelas públicas al número de 3,567, varió los textos y aplicó los más modernos métodos y procedimientos pedagógicos, en oposición al sistema anticuado en uso hasta entonces. Creó la escuela laica, con lo que la enseñanza religiosa quedó relegada a los centros privados. Esta medida fue muy importante, porque cuando el Estado paga la instrucción del pueblo y hay libertad de cultos, la educación religiosa no debe impartirse en todo caso más que por el que libremente la adopta.

Como fue necesario improvisar maestros por el considerable aumento de aulas que se hizo, se buscó la idoneidad de esos maestros sometiéndolos a examen anual. Los certificados de aptitud se dividieron en tres grados, primero, segundo y tercero, siendo válidos por uno, dos y tres años respectivamente, sin poder ratificarse un grado más que por una vez dentro del tiempo de su validez. Con esto se obtuvo que el magisterio estudiara por necesidad y emulación para conservar el puesto, ampliando sus conocimientos en las Escuelas de Verano, a las que obligatoriamente debían asistir los maestros.

Ese mismo Gobierno reformó el plan de estudios para el bachillerato, suprimió algunas asignaturas y estableció otras necesarias. En cuanto a la Universidad, por la aplicación del plan Varona, reformó el de 1842, modernizando materias y textos.

Estudios especiales.—En la época colonial se habían creado algunos centros de enseñanza especial,

como la Academia de Dibujo de San Alejandro, el Jardín Botánico y la Escuela de Artes y Oficios. La primera intervención modernizó también esos centros de enseñanza especial.

Progreso bajo el gobierno propio.—Al surgir el gobierno cubano y llegar al poder don Tomás Estrada Palma, fiel a su entusiasmo por la escuela, proyectó reformas en los centros superiores (Universidad e Institutos), atendió al mejor funcionamiento de la Escuela de Artes y Oficios y de la Academia de San Alejandro; abrió al público la Biblioteca Nacional; creó una escuela de Kindergarten y mantuvo los exámenes anuales, al mismo tiempo que sostenía las Escuelas de Verano, cuyo resultado positivo pudo verse en la creciente cultura del magisterio, y las que no han debido dejar de funcionar nunca, pues la creación de las Escuelas Normales no suprimió dichas Escuelas, sino sólo las suspendió, para que más tarde funcionaran en oportunidad.

El número de las escuelas públicas se mantuvo casi igual durante el gobierno de Estrada Palma, y al cesar éste, esas escuelas se elevaban a 3,712.

Bajo el gobierno de Mayoan.—Aunque la segunda intervención no se distinguió por notables progresos en instrucción pública, en ese tiempo fué incorporada a la Universidad la Escuela de Veterinaria, y dicho gobierno dejó funcionando 3,834 aulas, que en el curso de 1908 a 1909 descendieron a 3,607, para elevarse al finalizar ese curso a 3,683.

Bajo el gobierno del general José Miguel Gómez.—Al finalizar el segundo año del gobierno del Presidente Gómez, se aumentaron 74 aulas y se llevaron a cabo notables reformas y mejoras generales, estableciendo la Academia de Artes y Letras y la de la Historia y prestando atención a la Academia de Ciencias, fundada en 1853 por el Dr. Nicolás José Gutiérrez; se dispuso la jura de la bandera en las escuelas, cívica y hermosa ceremonia de bello y práctico resultado, que debían efectuar también las escue-

las privadas; se llevaron a efecto exposiciones escolares, muy convenientes, porque representan un estímulo en el amor propio de alumnos y maestros.

Durante el tercer año de este Gobierno, aumentaron las aulas a 3,801; se estableció la fiesta del árbol a la terminación de los cursos escolares, muy importante y significativo adelanto que dió resultado contraproducente, porque sembrados los arbolitos al abandonar los niños la escuela, quedan sin cuidado y mueren casi todos por el abandono en que se dejan. Se crearon escuelas en las cárceles, cuyo beneficio no es necesario encomiar; y por ley de 4 de julio de 1911, se estableció el sobresueldo a los maestros, medida justa y estimuladora, con un magisterio cuya labor pudo apreciarse en los distintos trabajos escolares que concurren a la Exposición Nacional de ese año. Por último, se promulgó la Ley Escolar, medida muy necesaria para regularizar el funcionamiento administrativo de las Juntas de Educación. También se promulgó la ley de aumento de sueldo a los maestros, muy justa, porque ningún funcionario debe ser mejor retribuido que un maestro.

Durante el cuarto año de este Gobierno, por varias razones, y especialmente por falta de maestros, las escuelas bajaron a 3,798. Este año se crearon varias Juntas de Educación y fué trasladada la Universidad a la antigua Pirotecnia, en las alturas de San Lázaro.

Durante el gobierno del general Mario García Menocal.—A pesar de que este Gobierno no fué pródigo en su atención a la instrucción pública, durante él se efectuaron notables adelantos.

En 1913, las casas propiedad del Estado ascendieron a 86; se organizó el Archivo Nacional y se creó el Museo; se dió impulso a la Biblioteca Nacional y comenzó a funcionar la de Matanzas.

El 30 de junio de 1914 se cerró el curso con 4,386 aulas, incluyendo en ese número las comunes (diurnas y nocturnas) de inglés, Sloyd, corte y costura y kindergarten.

En el curso de 1915 funcionaron 4,466 aulas y

ascendieron a 88 las casas escuelas propiedad del Estado.

La Escuela de Artes y Oficios tuvo una matrícula de 412 alumnos. La Academia de San Alejandro matriculó a 1043, y concurrió a la Exposición de San Francisco de California con 63 cuadros al óleo y pasteles y 125 dibujos, obra de sus alumnos.

Por la ley de 16 de mayo de ese año se crearon las Escuelas Normales, muy necesarias para tener maestros competentes.

En el curso 1915-1916 funcionaron 4,474 aulas y se establecieron los maestros ambulantes como ensayo. También se fabricaron algunas casas escuelas.

En el curso 1916-1917 funcionaron 4,689 aulas y se construyeron varias casas escuelas más, para llegar a 144.

En el curso 1917-1918 funcionaron 5,525 aulas, lo que demuestra un considerable aumento; se establecieron en firme los maestros ambulantes, así como la Biblioteca circulante, y llegaron a 166 las casas escuelas propias. También se creó entonces la Escuela del Hogar.

Al terminar el curso escolar de 1920 habían trabajado 5,568 aulas. Sin embargo, ese año, por abandono de las autoridades en general, el cincuenta por ciento de la población infantil cubana no concurrió a las escuelas. No obstante esta no concurrencia, las aulas tuvieron buena matrícula por el exceso de población escolar que había en Cuba con relación a las aulas existentes. Ese año se estableció el retiro escolar, justiciera medida que hace posible al maestro envejecido y de pauperado no llegar al fin de la jornada para morir como un mendigo después de haber dado el pan espiritual a generaciones enteras.

Consideraciones.—Al crearse las Escuelas Normales se había equiparado el sueldo de maestros normalistas y de certificado. Posteriormente se hizo la división urbana y rural de las escuelas, estableciendo escalafón por méritos y años de servicios para los maestros. Se construyeron algunas casas escuelas modelo, con poca competencia en la fabricación, porque ellas no son para nuestro clima y condiciones.

También se introdujeron variantes en el programa de estudios, regulando su extensión y desenvolvimiento y dando entrada a determinadas asignaturas. En cuanto al material consumible, la atención fué bastante deficiente, lo mismo que en la renovación del mobiliario.

Entre las escuelas que dejó la primera intervención y las existentes en 1920 hay una diferencia de 2,001 aulas de aumento, lo que parece extraordinario, pero deja de serlo si se tiene en cuenta la premura de aquellos momentos y se piensa que la población cubana era de 1,572,845 almas entonces, y que esa población en 1920 superó al doble de ese número.

La escuela privada.—A la escuela privada de la época colonial debe Cuba gran parte del progreso cultural de sus hijos y de su preparación para los empeños libertarios. Esas escuelas, por la relativa independencia de su funcionamiento y por condiciones especiales de su profesorado en determinados momentos, fueron seminarios de ideas separatistas y crisol en que se forjaron caracteres para la lucha por la libertad.

Veamos, entre otros motivos secundarios, el que principalmente creó esas escuelas. En 1799 el Gobierno español dispuso que la juventud cubana no saliera a educarse a centros extranjeros, lo que hizo indispensable la fundación de una escuela intermedia que preparara alumnos para el ingreso en la Universidad y el Seminario.

Así surgió la Escuela de Jesús, fundada en 1806 por Antonio José Coelho y Esteban Villada; la Academia Calasancia, fundada por don Pedro del Sol, que más tarde se denominó San Cristóbal, y en la que fué profesor algunos años don José de la Luz Caballero, para llegar a ser su director en 1833. Este colegio se hizo muy popular con el nombre de "Carraguao".

También surgió y llegó a tener gran nombre el colegio de Buenavista fundado por don Mariano Cubí en 1828, y del que llegó a ser director el insigne José A. Saco. Este colegio se llamó más tarde de San

Fernando, y como el de Carraguao, abarcaba enseñanza primaria y secundaria.

En 1841, el Gobierno dispuso que la Sociedad Económica no interviniera más en la dirección de la enseñanza pública, y esta medida estimuló la creación de centros privados, como campo de acción para actividades pedagógicas, que sirvió también para preparación de elementos separatistas.

Así surgieron La Empresa, fundada en Matanzas por los hermanos Guiteras, y en donde fueron profesores Ramón de Palma y Cirilo Villaverde; San Salvador del Bayamo, que contó entre sus discípulos a Carlos M. de Céspedes, Zenca, Fornaris y otros grandes de la patria; La Progresión, San Cristóbal, Escuelas Lancasterianas y San Federico, centros fundados sucesivamente por don Joaquín Andrés de Dueñas; San Francisco de Asís, fundado por don José A. Delgado, y en donde se educó Raimundo Cabrera; San Pablo, dirigido por Rafael María de Mendive, maestro de Martí; y sobre todos, El Salvador, aquel Sinaí de la cultura cubana, donde nuestro Moisés, rodeado de Luaces, Honorato del Castillo, Fornaris y otros, predicó con el ejemplo y enseñó el sendero de redención y sacrificio a la juventud que tuvo el honor y gloria de que él fuera su maestro.

A partir de 1899, se han mantenido o surgido colegios privados de primera y segunda enseñanza, incorporados éstos últimos a los Institutos provinciales. La fundación de casi todos estos colegios ha respondido a razón comercial o conveniencia religiosa, y se han desenvuelto en completa independencia de toda supervisión, no porque no existan leyes dispositivas y regu adoras de esa supervisión, sino porque nuestros gobiernos no han prestado a esa importante cuestión todo el interés que encierra.

Y sin embargo, tal a patía es indisculpable, porque a la enseñanza privada acude un número considerable de niños cubanos cuyos padres, por repugnancia a la escuela laica, o por vanidad, prefieren educar a sus hijos en esos centros, que deben ser fiscalizados tan severamente como la escuela pública, o más que ella, para que su profesorado esté en pose-

sión de títulos cubanos; para que los métodos de enseñanza sean modernos; para que sin perjuicio de enseñar las variantes religiosas que quieran, tengan presente que hay una religión universal, la del patriotismo, la del amor a la patria propia, y que esa religión debe ser enseñada antes que todas, recordando siempre que la escuela ha de ser para forjar caracteres y construir ciudadanos.

RESUMEN DEL CAPITULO

La obra educacional iniciada por la primera intervención con el apoyo generoso y eficaz de Alexis Fryre ha sido mantenida por los diferentes gobiernos sucesivos, ya aumentando gradualmente el número de aulas, ya creando centros de enseñanza especial, ya modernizando métodos y estableciendo adelantos.

Más ha podido y debido hacerse en beneficio de la cultura pública, porque es lo cierto que aun con el número de aulas creadas la obra de la educación ha sufrido abandono en cuanto a su desenvolvimiento interior y a la vigilancia de los gobernantes con respecto a asistencia de la niñez a los centros escolares. La prueba de ese abandono está en el tanto por ciento enorme de analfabetos existentes en Cuba al terminar el curso de 1920, a pesar de las 5,568 aulas que funcionaron.

En cuanto a la escuela privada, hemos visto que la de la época colonial respondió a la obra de la educación en general y a la formación del sentimiento cubano. Aquella escuela aventajaba a la pública en idoneidad del profesorado y en el progreso de los métodos. Con ésta de la era republicana sucede lo contrario (salvo honrosas excepciones), en cuanto al profesorado; y en cuanto a los métodos de enseñanza, se observa que mientras la que el Estado paga recoge y aplica los métodos más modernos, la escuela privada continua aplicando sistemas ya en desuso, y no responde en todos los casos a la obra de nacionalización, que debe ser armónica en todos los centros docentes de un país cualquiera.

TEMAS PARA EJERCICIOS

Los que encabezan las secciones del capítulo y los siguientes:

Compárese la escuela colonial con la republicana.

Compárese la escuela privada colonial con la republicana.

¿Cuba ha pagado de alguna manera a Alexis Fryre los servicios que él le prestó?

Coméntese la jura de la bandera.

Coméntese la fiesta del árbol.

Expónganse los deberes del educando para con sus maestros.

¿Qué concepto debe tener el educando de la escuela?

¿Qué concepto debe tener de la patria?

CAPITULO LXI

PERIODO REPUBLICANO

FACTOR CIENTIFICO, ARTISTICO Y LITERARIO

I

Preliminar.—Medicina.—Derecho.—Ingeniería.—Filosofía.—Geografía.—Historia.—Crítica.—Periodismo.—Pedagogía.—Otras ciencias.

Preliminar.—Se ha venido diciendo a través del tiempo que Cuba está en atraso, y lo doloroso no es que se haya dicho, sino que nosotros seamos los autores de la especie.

Despreciamos nuestro vino, el de piña, para saborear otros mejores, mejores por extranjeros, y yendo más lejos, cerramos los ojos para no ver nuestro propio progreso.

Y sin embargo, podemos vanagloriarnos de ostentar muchos nombres que vivirán a través del tiempo.

Durante los dos primeros siglos coloniales, por estar todavía en embrión el término *cubanos*, y por falta de centros de cultura, no tuvimos exponentes que ofrecer; pero en reducido espacio de tiempo hemos adelantado tanto, que si no fuera por nuestra indolencia criolla, deprimente hasta para el reconocimiento del propio mérito, viviríamos en asombro de nosotros mismos.

Los detractores de nuestra Universidad nacional no han detenido su mirada en la obra modesta, pero fecunda, de su desenvolvimiento. No han querido seguir los pasos de alumnos de esas aulas que por su talento y preparación nos enorgullecen de que sean cubanos.

Dentro del poco espacio de que disponemos, haremos, aunque ligeramente, una exposición de lo que hemos hecho y de lo que somos.

Medicina.—El año 1728, al crearse nuestra Universidad, se introdujo en ella el estudio de la medicina, y 76 años más tarde, los doctores Romay y DuVigneau introdujeron en la Habana y Santiago de Cuba la vacuna contra la viruela.

De 1797 a 1842 (en que se reformó el plan universitario) se producen tantas y tales mejoras en nuestra Universidad, servida por nutrido y valioso grupo de cubanos, que ella se coloca a la cabeza de todas las españolas.

En 1851, el Dr. Nicolás J. Gutiérrez crea la Academia de Ciencias; en 1879 surge la Sociedad de Estudios Clínicos de la Habana, y en 1891, la de Higiene.

En 1882 ya se practican en la Habana importantes y atrevidas operaciones quirúrgicas; y en 1886, por gestiones y con recursos del Dr. Juan Santos Fernández, una comisión de médicos cubanos se traslada a París y estudia la profilaxis de la rabia y el descubrimiento de Pasteur, para regresar a la Habana y fundar el Laboratoire Histobacteriológico y el Instituto Antirrábico, que fué el primero en los dominios españoles y en todas las Américas. Ya en 1895 se producía en Cuba suero antidiftérico.

Recientes están las investigaciones para encontrar el germen de la fiebre amarilla y el resonante triunfo del modesto Carlos J. Finlay.

Han contribuido poderosamente a nuestro adelanto científico, en medicina, la serie de congresos que de 1890 a 1920 se han efectuado en Cuba.

A pesar de nuestra pequeñez y de nuestros detractores, Joaquín Albarrán, desde su cátedra de la Escuela de París, ganada como se ganan esas cosas, asombró al mundo con el portento de su genio; del mismo modo que Oscar Amoedt ganó también en París la cátedra de odontología; y Francisco Villar conquistó igual honor en la Escuela de Burdeos. Ninguna nación puede contar semejantes glórias.

La lista de nombres ilustres que hacen honor a nuestra ciencia médica sería tan larga, que señalaremos nada más que algunos, no ya de los del ayer, sino de los que brillaron hasta hace poco o brillan actualmente como soles luminosos.

Tenemos patólogos como Finlay, Guiteras, Tamayo y Aballí; bacteriólogos como Arístides Agramonte, Ramos, Lebrede y Vieta; anatómicos como Varela Zequeira y Domínguez Roldán; fisiólogos como



Dr. Joaquín Albarrán

Grau San Martín; ginecólogos como Cuervo, Aragón y Méndez Capote; tocólogos como Eusebio Hernández, Sánchez de Bustamante, Casuso y Ramírez Olivella; histólogos como Julio San Martín; neurólogos como Carlos M. Piñero, Valdés Anciano y Armando de Córdova; antropólogos como Arístides Mestre y Castellanos; oftalmólogos como Santos Fernández, Giral, López, Ferrer, Finlay y Francisco M. Fernández; higienistas como Delfín y Luis Cowley; laringólogos como Martínez y Soto; odontólogos como

Weber y Weiss; radiólogos como Fariñas, Rívero y Pedro Sánchez Fariña; cirujanos como Menocal, Presno, Varela Zequeira, Sousa, Costales, Pagés, Fortún, Nogueira, Pereda, Ortiz Cano y Núñez (Enrique y Ricardo); ortopédicos como Alberto Inclán; urólogos como Molina, Pedroso y González Lequerica; terapéuticos como Rafael Cowley; dermatólogos y sifiliógrafos como Duque, Sáenz y Pardo Castelló; y clínicos como Ortega, Grande Rosi, Castillo, Raimundo de Castro, Enríquez, Inclán, Jacobsen, Bango y Díaz Brito.

Derecho.—Es difícil que otras naciones nos aventajen en este ramo de la ciencia, dado el número de cubanos insigues que podemos señalar.

Bastará recordar, del tiempo viejo, a González Llorente y a los Armas, los dos Franciscos y Ramón, considerados en España, en su momento histórico, como jurisconsultos de inmensa cultura y de talento excepcional.

Tenemos en Antonio Sánchez de Bustamante a



Dr. José A. González Lanuza

uno de los más grandes internacionalistas del mundo en la actualidad; como penalistas, a González Lamuza y Lavedán; como criminalistas, a Roig, Castellanos, González Sarraín y Rosado Aybar; como civilistas, a Angel C. Batacourt, ilustre comentarista de nuestra legislación; Tapia, Berríel, Aramburo, Trelles, Bidegaray, Méndez Capote, Sola y Averhoff; como mercantilistas, a Cueto y Sánchez de Fuentes; como procesalista, a Dolz; como hacendistas (derecho administrativo), a Govin y

Hernández Cartaya; como romanista, a Hernández Barreiro; y como municipalista, a Francisco Carrera Jústiz.

Ingeniería.—Un conjunto brillante de jóvenes ingenieros sigue la senda gloriosa de Francisco de Alvear, Francisco Javier Cisneros y Aniceto Menocal.

Filosofía.—Esta ha sido ciencia muy importante en Cuba, tanto por lo que haya alcanzado en sí cuanto por el relieve de sus cultivadores, que por

razón de escenario y época, han tenido la mayor significación y representado el más interesante papel.

Puede decirse que nació esta ciencia entre nosotros con el habanero Hechavarría, que al redactar los estatutos del Seminario de San Carlos estableció la libertad de acción en el profesorado con respecto a métodos y textos.

Tras Hechavarría surge José Agustín Caballero, que tiene la gloria de aparecer como exponente de la



Dr. Enrique José Varona

mentalidad cubana, fundando una escuela característica que más tarde afirma y solidifica.

Félix Varela, su gran discípulo, combatió el abuso de la memoria en la enseñanza, para anunciar, clarividente, la aurora de lo que hoy se conoce por método inductivo, y cuya demostración más evidente se observa en sus "Lecciones de filosofía" y en sus "Cartas a Elpidio".

A Varela sigue el predilecto de sus alumnos, aquel faro de luz inextinguible que se llamó José de la Luz y Caballero, quien reco-

giendo en el ánfora de su cerebro la esencia contenida en las ideas de Varela, establece en su cátedra el método inductivo y formula en proposiciones brillantes y profundas, orientaciones filosóficas que más tarde han servido para base de doctrina.

Tras de don Pepe descuellan Ruiz, Bachiller y Morales, Piñero, Angulo y Heredia, Mestre, Sanguily, Varela Zequeira, Borrero Echevarría, Manuel Ruiz (actual Arzobispo de la Habana), y sobre todos, ése que es nuestro más glorioso timbre de gloria y que se llama Enrique José Varona.

No importa la escuela filosófica de cada uno. No importa que Caballero se inspire en Melchor Cano,

ni Varela en Locke, ni don Pepe en Locke o Spéncer; ni Bachiller y Angulo en Krauser; ni Piñeiro y Montoro en Hegel; ni Sanguily en Taine; ni Varona, cruzando por Compte, se detenga en Spéncer y sea al cabo original. Es lo cierto que esos caracteres filosóficos han sembrado ideas en la mentalidad nuestra, haciendo un intelecto propiamente cubano; y con especialidad, Varela, el que nos enseñó a pensar; la Luz, el que fué evangelio vivo y sembró el rosal de la



Dr. Alfredo M. Aguayo

fe en nuestras almas, templándolas para la lucha; y Varona, el cedro añoso que elevándose sobre selva de arbustos, hace que éstos se inclinen reverentes ante la majestad de su grandeza.

Geografía.—Los dos geógrafos más importantes de los últimos tiempos son Alfredo M. Aguayo y Salvador Massip.

Historia.—Esta ciencia ha tenido en Cuba muchos cultivadores, pero no siempre se ha hecho historia propiamente dicho.

Unas veces el historiador ha pertenecido al tipo del cronista clásico hispano, concretándose a narrar sucesos con más o menos sincronismo y cronología, y siempre sin el conveniente comentario de causas y efectos. Otras, cuando ha surgido la emisión de juicio, también ha surgido el apasionamiento actuando poderosamente de acuerdo con el plano propio del actuante. De ahí que para exponer esta manifestación científica cubana sea indispensable un gran cuidado en la selección del grupo numeroso que dedicó actividades a los estudios históricos en los tiempos coloniales.

Saco, Arango y Parreño y el conde de Pozos Dulces son las figuras principales en el desenvolvimiento de la manifestación histórica cubana. Antes y después que ellos han escrito muchos teniendo como asunto un motivo histórico; pero los expuestos, esencialmente por su actuación más que por ninguna otra cosa, encarnan de tal manera los sucesos de un largo período colonial, que tomando como fuente sus respectivos escritos, se conoce lo más fielmente posible la historia colonial cubana.

Aunque su "Historia de la Esclavitud" coloca a Saco en el primer puesto entre los historiadores nuestros, no fué ése su único ni mejor esfuerzo histórico. El resalta con más carácter propio, con más carácter nuestro, cuando su pluma combate toda idea de anexión y en forma luminosa expone causas y razones. Unase a lo expuesto su actuación en el escenario político colonial para comprender fácilmente que en su vida y en su actividad general están comprendidas muchas páginas del pasado cubano.

En cuanto a la forma de sus escritos, predominan en ellos vigor, concisión y elegancia; por el fondo, la lógica fué la base de su labor.

Arango y Parreño, más que historiador, fué un estadista; pero su vida se desenvolvió con tal actividad en el escenario colonial cubano, que siguiendo el curso de esa vida se lee la historia de Cuba hasta el período de transición en que se impone la gesta del ideal separatista.

Arango escribe con más pureza y armonía que

Saco; pero por la índole especial de sus escritos, éstos no tuvieron el estilo vigoroso de los de aquí.

Don Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces, hizo más que escribió historia cubana. Como publicista dedicó tiempo y labor a trabajos de agricultura especialmente; pero como periodista, actuando en el plano político de un momento importantísimo para la historia de Cuba, produjo páginas de reseña indispensable. Sus escritos brillaron por su ironía y calor.

Tras de los expuestos han desfilar otros muchos contribuyentes a la bibliografía histórica cubana. Se han sucedido figuras interesantes, de las que sólo citaremos algunas, como Bachiller y Morales, autor de "Cuba Primitiva", importante tan sólo por los datos que contiene; Pedro Santacilia, con sus "Lecciones"; Pedro José Guiteras con su "Historia de la Isla de Cuba", trabajo bien hecho de historia filosófica, que termina al iniciarse la alborada del 68; José Silverio Jorrín, que orientándose en Saco, produce el "Folleto de Ginebra," en el que defiende las teorías reformistas; José M. Zayas, autor de "Cuba: su porvenir"; Rafael M. de Labra, que ha escrito numerosas obras relacionadas con la historia cubana; Enrique Piñeiro, historiador netamente separatista, cuyo libro "Morales Lemus y la revolución de Cuba," además de belleza de estilo, acusa brillantes conocimientos y perfecto dominio del asunto; Rafael M. Merchán, que en su folleto "La honra de España en Cuba" aboga por la transigencia metropolitana a la emancipación de Cuba; Antonio Zambrana, cuyo libro "La República de Cuba" es una bella obra por la forma, pero defectuosa en cuanto al fondo, por el apasionamiento del autor, favorable siempre a la tendencia civil en la revolución de Yara; Ramón Roa, escritor revolucionario y autor de los folletos "El convenio del Zanjón" y "A pie y descalzo". El primero es una reseña escrita con galanura y expuesta con serenidad, de las causas que originaron el pacto. Esta obra se completa con el apoyo que a ella prestaron el folleto de Máximo Gómez denominado "El pacto del Zanjón" y el de Figueredo "La protesta

de Baraguá". El segundo folleto de Roa produjo en el cerebro luz de Martí aquel discurso luminaria que se llamó de los *pinos nuevos*.

Los reseñados fueron, entre otros, aquellos que se interesaron en cuestiones históricocubanas antes de que se extinguiera en el Zanjón el sol de Yara.

Luicó los historiadores del período transitorio revolucionario Fermín Valdés Domínguez con su folleto reivindicador de los estudiantes, y otros; Calzadillo aparece con su "Diccionario Biográfico Cubano;" surge Vilanova, erudito y conceptuoso; Figarola Caneda, documentado y preciso, lo mismo que Coronado; Manuel de la Cruz, espíritu inquieto y alma atormentada por el fuego de su visión revolucionaria, que lleva a su pluma el apasionamiento de su carácter y de sus soñaciones; Vidal Morales, autor de varias obras, entre ellas, una "Historia de Cuba;" Evelio Rodríguez Lendián, cuya enorme erudición histórica le da el merecido título de maestro; Manuel Sanguily, elevado a envidiable altura por sus trabajos históricos. Murió dejándolos en la espera de un libro que, escrito por él, hubiera sido único; pero no quiso hacerlo. Ese libro debió ser la *Historia de la Revolución Cubana*. Ninguno de los historiadores del momento actual reúnen su autoridad, dotes de estilista y enorme documentación.

En la actualidad se distinguen como historiadores, a más de los reseñados, Alfredo Zayas, Carlos de la Torre (cultura enciclopédica), Gualterio Oñate, autor de una buena "Historia de América", Ramiro Guerra, Salvador Salazar y Pedro García Valdés, que sabe hermanar la historia y la pedagogía.

Critica.—Es muy difícil la misión del crítico. Para serlo con propiedad hace falta imaginación, serenidad y espíritu de justicia, completando todo eso con un absoluto dominio de la materia a criticar. No es posible concebir un crítico que no pueda simultáneamente flagelar y enseñar. El crítico debe ejercer esa profesión como un ministerio o sacerdocio, sin buscar defecto por el placer de encontrar motivo

de flagelo, sino como necesidad de mejoramiento intelectual en la producción.

Los cubanos hemos tenido la suerte de que al iniciarse en Cuba esta manifestación, que es ciencia y arte, su iniciador, aunque no cubano por el nacimiento, lo fuera por el alma, y que llenara cumplidamente todos los requisitos a desear.

Este iniciador fué Domingo Delmonte, venezolano de origen, pero con todos los derechos al título de cubano. Muy culto y estilista impecable, fué como sacerdote de una doctrina santa, y en sus juicios y espaldarazos resplandecieron siempre la justicia y el afán educador.

Sobresalen, después de Delmonte, Echavarría, Saco, Ramón Zambrana, Mestre, Villaverde, *El Lagareño*, Suárez y Romero, Luaces, Zenea, Luis V. Betancourt, Merchán, Ricardo Delmonte, Borrero Echavarría, Armas y Cárdenas, Vidal Morales, Bobadilla, Piñeiro, excesivamente severo, así como su inmediato discípulo Sanguily; Aurelio Mitjans, muerto prematuramente; Manuel de la Cruz, Casal, José Martí, demasiado bueno para crítico; Montoro, Jesús Castellanos, Figarola Caneda, Coronado, Escobar, Máquez Stérling, Callojas, Jorge Mañach, portaestandarte de la juventud que surge ahora y que por su talento y cultura es ya un maestro; Varona, espíritu sereno y elevado, que recogiendo de Piñeiro el cetro de Delmonte, lo lleva con todos los honores. Su crítica es consecuencia de su vasta cultura y gran talento, educados por su concepto filosófico de los hombres y de sus obras. Sus juicios tienen la serenidad de la roca ante el beso o el rumor de las olas.

Detrás de los expuestos — muchos idos para siempre y otros todavía actuando — figuran Hernández Figueroa, Chacón, Valderrama, Marinello, Montori, Aramburo, Baralt, Dulce María Borrero, Corzo, Carbonell, Arturo Carriarte, Entralgo, Roig de Leuchsenrig, Miguel A. de la Torre, Martínez Villena, Rubiera, Iraizoz, Edelman, E. Sánchez de Fuentes, Valdivia, Salvador Salazar y Miguel de Marcos.

Otros muchos pudiéramos citar.

Periodismo.—El periodismo tiene en Cuba una brillante historia desde época muy anterior a la constitución de la República. La prensa, en sí, ha progresado enormemente con el advenimiento de las máquinas modernas, que han dado vida a grandes rotativos; pero los periodistas actuales no son superiores a los del ayer.

La *Revista Bimestre*, órgano de la Sociedad Económica, fué bello palenque de cultura y exponente de ideas; así como *El Siglo*, órgano del Partido Reformista, y *El País*, órgano a su vez del Partido Autonomista. Por las expresadas publicaciones desfilaron plumas brillantes que pusieron a gran altura el nombre cubano.

José Agustín Caballero fué nuestro primer periodista, precediendo a nombres tan excelsos como los de Varela, Saco, la Luz, Bernal, Frías, Palma, Santaclilia, Azcárate, Heredia, Betancourt Cisneros, Jorrín, Morales Lemus, Zambrana (Ramón y Antonio), Romay, Poey, Merchán, Villaverde, Delmonte (Domingo y Ricardo), Yero Budu m, José María Gálvez, Vilanova, Collazo, Roa, Piñero, Govín, Escobar, Labra, Martí, Sangüily, Manuel de la Cruz, Varela Zequeira, Montoro, Juan G. Gómez, Enrique e Isidoro Corzo, Gastón Mora, Márquez Stérling, Callejas, Gálvez (Napoleón), Morúa Delgado, Castellanos, Varona, García Kahly, José A. Ramos, Pichardo, Catalá, Miguel A. de la Torre, González Manet, Miguel de Marcos, López Leyva, Muñiz Vergara, Joaquín N. Aramburo, Cabrisas, Arturo Carriarte, Wifredo Fernández y Valdés de la Paz.



Dr. Felipe Poey

Pedagogía.—Ya hemos dicho, al referirnos a Varella y la Luz, que el primero fué el iniciador del método inductivo en la enseñanza, y que correspondió al segundo la gloria de hacerlo resplandecer como bello y preciso paso de avance pedagógico.

Las huellas luminosas de estos grandes predecesores han sido seguidas fielmente en la escuela por otros brillantes educadores, y especialmente desde el cese de la soberanía española, en que se desecharon los arcaicos procedimientos en vigor y la escuela pública cubana adoptó los mejores métodos modernos.

Entre nuestros principales educadores recordaremos a algunos, como Bruno Valdés Miranda, Aguayo, Alejandro M. López, Guiteras, Valdés Rodríguez, Prado, Angulo, Hernández Massip, Rosains, Ramiro Guerra, Carolina Poncet, Juana Carrillo y Pedro García Valdés.

Otras ciencias.—Tras de Poey, antorcha inextinguible, desfilan la Torre, Vilaró y Jimeno, como naturalistas; Kindelán y Andrés Poey como físicos; Reinoso, Vargas Machuca, Aenlle, Fernández Abreu y Fernández Benítez como químicos; Cuervo, Corral, Valdés Rodríguez, Miquel y Sáenz Yáñez como matemáticos; Santiago de la Huerta como minero; Andrés Poey, Carballo, Herrera y Jover y Anido como meteorólogos; Morales y Cañizares como botánicos; Bachiller y Morales, Bahmaseda, Frías, Reinoso, Betancourt Cisneros, Sandalio de Noda y Juan B. Jiménez como agrónomos; José Miguel Macías y Juan M. Dihigo como lingüistas.

CAPITULO LXII

PERIODO REPUBLICANO

FACTOR CIENTIFICO, ARTISTICO Y LITERARIO

II

Oratoria.—Novela.—Poesía.—Música.—Pintura.—Escultura.—Arquitectura.—Deportes.

Oratoria.—La oratoria ha sido la más opulenta manifestación cubana, teniendo este fenómeno por causas esenciales la sonoridad y riqueza de nuestro idioma; la pronta y precisa comprensión de los cubanos para la asimilación y exposición de las ideas; las necesidades del medio y el espléndido panorama de nuestro escenario físico.

Mientras por razón de educación y ambiente la oratoria en Cuba se circunscribió a la iglesia católica, sobresalen en la tribuna sagrada brillantes oradores como Conde y Oquendo, Castillo y Sucre, Veranes, Barea y Montes de Oca. A estos siguen cronológicamente, con mayor o menor amplitud de acción, Caballero, André, Morales, Agüero, Arburu, Cernadas, Varela y Tristán de Jesús Medina, orador sagrado cuyos discursos, más que doctrinarios y dogmáticos, son oraciones profanas surgidas del púlpito. A Medina siguen Arteaga y Doval, bastante parecidos al anterior. Nuestro mejor exponente actual de orador sagrado es Manuel Ruíz (Arzobispo de la Habana), en quien por su privilegiada mentalidad y vasta cultura se advierte al orador que sabe y puede hacer del púlpito dogmático soberbia tribuna filosófica.

A la manifestación religiosa sucede la forense, sobresaliendo en ella figuras como Escovedo, Cintra, Bravo, Santacilia, Carbonell y Giral.

En la segunda mitad del siglo XIX el escenario se ensancha. Ha surgido ya la tribuna académica, y como consecuencia inmediata, aparece la tribuna po-



Manuel Sanguily

lítica, la que se convierte en palenque de combate para que de ella partan principios y lecciones en llamaradas de luz que estremezan de esperanza a los siervos y deslumbren a los opresores.

Aquí ya se mezclan y confunden de tal modo las dos tribunas, que casi siempre aparecen juntos el látigo que flagela y la idea concreta que sé ciñe al motivo académico.

Angulo y Heredia y Jorrín son los tipos que más representan al tribuno académico; en casi todos los demás, dentro de uno aparece el otro, y tras precursores como la Luz y Saco, vienen los oradores revolucionarios, tantos y tan buenos, que aislada o colectivamente hacen pensar en la noble Gironda y en sus inmortales componentes.

Céspedes, Agramonte, Zambrana, Pérez Trujillo, Rafael Morales, Mestre, Ayesterán, Piñeiro y Sanguily son los exponentes del período de heroísmo y sacrificio que produce la luz de Yara y se extingue en las cenizas del Zanjón.

Pero el escenario no varía, el ideal no muere, y la tribuna, siempre en pie, como el corcel de sangre espera al jinete que lo espolee, espera a los que desde ella, como cumbre, lancen la palabra con perfume de flor o violencia de trueno; y al aparecer en la arena el Partido Autonomista, vibran en arrebatado de elocuencia Montoro (el mejor tribuno autonomista), Cortina, Figueroa, Labra, Govín, Giberga, Fernández de Castro, Saladrigas, Varela Zequeira, Ponce de León y Yero Budnen.

Frente a este grupo, continúan como fervientes sacerdotes de la soñación revolucionaria Varona, que tras la conferencia sobre arte o filosofía produce la oración en que vibra el dolor de ayer y la esperanza de mañana; Piñeiro, que sigue la misma senda; Juan G. Gómez, González Lanuza y Sanguily (más que ninguno señaladamente separatista); y sobre todos, aquel que domó a la idea, aprisionó a la imagen, esclavizó a la forma, hizo del color polieromías, y con el conjunto de su orquestación tribunicia, de las sombras nocturnas del Zanjón encendió la llamarada de Calicito para que iluminara su apoteosis de Dos Ríos.

Pasada la contienda que de los escombros de la revolución hizo surgir la realidad patria, la tribuna ha continuado en pie, y por ella han destilado o desfilan robles que todavía no se han rendido, o pinos que se elevan en vigoroso alarde, y junto a Gómez, Varela Zequeira, Montoro, Sánchez de Bustamante y Alfredo Zayas, brillan Enrique Villuendas (promesa fecunda arrancada por la fatalidad a la gloria

de su nombre y al servicio de Cuba), José M. Cortina, Mario García Kohly, Salvador Salazar, Lucilo de la Peña, Fernando Sánchez de Fuentes, José M. Carbonell y Ramón Zaydín.

Novela.—El campo de la novela ha sido bastante cultivado entre nosotros, y aunque no ha llegado a constituir escuela nacional, ni en los distintos autores la labor se ha mantenido siempre a la misma altura, tenemos muy recomendables exponentes.

Sobresale Cirilo Villaverde, que cultivó la novela, el cuento y la leyenda; pero sobresalió especialmente en la primera, y con más particularidad aún, en "Cecilia Valdés", exposición fiel y genial de un momento cubano en que la pintura retrata admirablemente la realidad. Se muestra ricamente descriptivo en "La Excursión a Vuelta Abajo", y en "El Guajiro" presenta con tal verismo a nuestro típico campesino, que en la exposición llega a la exactitud.

La Avellaneda lo abordó todo con éxito. Dentro del marco general de la novela, el dolor esclavo le hace producir a "Sab;" en "Espatolino" demuestra excepcionales condiciones; y se conserva vigorosa y grande en "Dolores" y en "El Cacique de Turmequé."

Anselmo Suárez y Romero, una de nuestras mejores plumas descriptivas, produce "Francisco", obra señaladamente abolicionista.

Ramón de Piña tiene su mejor obra en "Historia de un bribón dichoso."

Siguen a los expuestos Raimundo Cabrera, fecundo autor que escribió interesantes obras, algunas de ellas señaladamente patrióticas, como "Mis buenos tiempos" y "Cuba y sus Jueces"; Ramón Mesa, autor de "Carmela" y "Mi Tío el Empleado"; Nicolás Heredia, cuya mejor obra es "Leonela"; Guiteiras, novelista docente con "Irene Alvar;" Calcagno, Ramón de Palma, González del Valle, Betancourt, Tristán de Jesús Medina y Esponda, que producen obras aceptables.

Más recientemente aparecen Bobadilla, Alvaro de la Iglesia, que aunque español, debemos conside-

rar cubano; José A. Ramos, Jesús Castellanos, Ibarzábal, Salazar, Manuel Villaverde, Emilio Bacardí, Francisco López Leiva, Carlos Loveira, que se desenvuelve con talento descriptivo extraordinariamente vigoroso; Francisco de P. Machado, Arturo Carriarte, que mereció en "Noche Trágica" un admirable prólogo de Delmonte, y en "Historia de un vencido" ganó el gran premio de 1914 de la Academia de Artes y Letras; y por último, Miguel de Carrión, que es el más sobresaliente de los actuales, siendo lástima que por seguir corriente realista abuse de la frase fuerte, innecesaria siempre hasta para lo más duro.

También son cubanos, aunque han producido en ambiente español, Teodoro Guerrero, Ramón Rodríguez Correa, José Ortega Munilla, Eduardo Zamacois, Alberto Lusúa y Alfonso Hernández Catá.

Poesía.—El cubano nace poeta. Lo es por herencia, temperamento y ambiente.

Originario del colonizador español, tiene su alma ancestral árabe, en la que el paisaje andaluz, contrastando con el desierto africano, intensificó el sentimiento y se manifestó en floración de versos. La misma exuberancia de nuestro suelo intensifica el cuadro para hacer vibrar el alma, como si en el portento de luz de nuestros amaneceres y en el verde variante y rico de nuestra flora se combinaran colores y motivos para que al producirse nuestras tardes, y al suceder las sombras a la luz, reine la melancolía como señora del espíritu y en el pensamiento surja la nota en la expresión rítmica y armónica del verso.

Agréguese a lo expuesto la contemplación del trabajo esclavo y el maltrato que el colonizador tuvo para ese esclavo, motivos que se completan con la gradual separación de ideas, para que poco a poco se produjera el rebelde, que expresó rebeldía en la inspiración del verso, cantando primero al dolor de la esclavitud y a la esperanza de liberación, para transformar al cabo el Tirteo aeda en el conductor de patriotas al combate y a la victoria.

Del doble dolor de la esclavitud de una raza y del desnivel en el gobierno de un pueblo surgió el poeta

cubano, y así, tras el clasicismo de Zequeira y Ruvalcaba, surge Heredia, más poeta nacional, más cubano, para expresar, junto a la pena producida por el medio, el grito de rebeldía más o menos envuelto en el ropaje de la aplicación a otros escenarios, o delineado bajo el velo sutil de la metáfora.

Así vemos aparecer a los que pudiéramos llamar poetas prerrevolucionarios, cuyo más preciso exponente es el expresado Heredia, al que sigue inmediatamente Luaces. No todos andan por la misma senda; pero en todos hay la misma asociación de motivos. En todos el dolor preside el fondo y hasta produce la forma. Esa misma décima que cantaba ayer y canta hoy nuestra guajira tiene hasta en la entonación un efecto inconfundible de tristeza que ensimisma.

El menos cubano de nuestros poetas, la gran Avelleda, en su múltiple producción aparece muchas veces dentro del marco general.

En todos, cuando el dolor esclavo o la tristeza patria no son los que dan vida al verso, surge el amor en las líras y las hace vibrar con la misma doliente armonía. Y así desfilan Mendive, Milanés, Zenea, Plácido, Delmonte, Luisa Pérez (el dolor andando), Orgaz, Fornaris, Palma, Gutiérrez, Tejera, Vidaurreta, Manzano, Teurbe Tolón, Poveda, Quintero, Hurtado del Valle, Céspedes y Santacilia, que cantando al amor, gimen en el dolor de Cuba y predicen el incendio de Yara, o avivan con el cordaje de sus líras sus heroicas llamaradas.

Después de los enumerados aparecen los que cantaron en el intervalo de las dos epopeyas, siempre obedientes a las mismas causas o guiados por idénticos motivos, como Nieves Xenos, Mercedes Matamoros, Rosario Acuña, Aurelia Castillo, Ursula Céspedes, Domitila García, Lola Rodríguez, que nació en Puerto Rico, pero murió cubana; Juana Borrero, Casal, Mitjans, Carlos Pío y Federico Urbach, Hernández Miyares, Muñoz Bustamante, Pichardo, Byrne, Borrero Echevarría, Francisco J. Pichardo, y sobre todos, Martí, que recogiendo la autorcía apagada del Zanjón, reavivó su llama, y al variar los acto-

res del escenario político cubano, revolucionó la lírica española, siendo precursor del renacimiento hispano del 98, cuyo portaestandarte fué Rubén Darío.

Ya libre Cuba y manumisos los negros, las líras no han enmudecido; quizás menos sonoras, por falta de ambiente en un período de organización político-social difícil y absorbente, son líras, sin embargo, y vibran con los nombres de Dulce María Borrero, Graciella Garbalosa, Mariblanca Sabas, María Villar Buceta, Ciana Valdés Roig, Mercedes Borrero, Emilia Bernal, Isabel Esperanza Betancourt, Agustín Acosta, Sánchez Galarraga, Callejas, Collantes, Carbonell, Marinello, Alfonso Roselló, Ibarzábal, Lozano Casado, andaluz de origen, pero cubano de corazón; Foncuéva, Martínez Villena, Cabrisas, La Villa, Rubiera, Galliano Cancio, Oliva, Serpa, del Río, René López, Salom, Pichardo Moya, Cazade, Navarro Luna, Estenger, Ramírez Ros y Botti.

La mujer cubana no ha sido sólo factor importante en el campo de nuestras luchas por independencia. No hemos tenido únicamente en Angela Guerra, Juana y Mercedes Mora, Ana Betancourt, Mariana Grajales, Evangelina Cosío, Marta Abreu, Emilia de Córdova, Adela Azcuti, Magdalena Peñarredonda, Rosario Sigarrea e Inés Morrillo y muchas otras, las de patriotismo abnegado que en el campo o en la ciudad corrieron los peligros y sirvieron a la causa santa de la liberación patria. Muchas también, en el campo de las letras o las artes han servido a la cultura cubana haciendo obra de elevado patriotismo y poniendo muy alto el nombre de Cuba.

Música.—No ha tenido la música tantos cultivadores en Cuba como su hermana la poesía, por falta de ambiente e intercambio.

Nació de fuente española por razón de herencia y se nutrió de fuente francesa por razón de medio cultural, asimilando también, por asociación en muchos casos, el primitivo ritmo africano.

Hasta principios del siglo XIX nuestra música se redujo a la forma bailable, teniendo por escenario determinados salones de la aristocracia en bailes de corte, como minnets, rigodones, cuadrillas, etc.; o re-

ducido a estos mismos bailables y contradanzas en los bailes populares, cuyas orquestas se reducían a típes, güiros y guitarras.

Allá por el año 1810 surgieron los boleros, polos y seguidillas, de los que sólo el primero ha perdurado.

Por el año 1830 hicieron su aparición las canciones patrióticas al comenzar la formación de la personalidad cubana.

Nuestro primer exponente musical fué una mujer, Dolores Espadero; célebre, más que por su mérito artístico, por ser madre de Nicolás Ruiz Espadero, con quien comienza nuestro notabre en el arte musical.

Andando el tiempo y casi a mediados del siglo, la música fué tomando incremento merced a asociaciones como la Filarmónica Habanera y Santa Cecilia. Tras estas asociaciones surgió la Sociedad de Conciertos; y más tarde, el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, a quien mucho debe el progreso cultural cubano.

Ese progreso se manifestó en artistas como Cristóbal Martínez, que alcanzó nombre en Europa como compositor, a pesar de que murió muy joven.

Aparecen después Antonio Raffelín y Tomás Buelta Flores, que compusieron danzas y cantos populares, así como la violinista Mercedes Betancourt.

Laureano Fuentes Matous, violinista aislado en Santiago de Cuba, fué autor de la ópera "Scila" y de diversas romanzas, zarzuelas, canciones y valsés y música religiosa.

Manuel Jiménez fué un pianista notable que interpretó admirablemente a maestros como Chopín y Schumann, y además compuso bellas e inspiradas obras para piano y violín.

Gaspar Villate puso alto el nombre de Cuba en Europa y especialmente en París, donde estrenó su ópera "Zilia;" en La Haya estrenando "La Zarina" y ofreciendo a la Habana el estreno de "Baldassare". Al morir dejó un legado para estímulo de la cultura musical cubana.

Manuel Saumell fué el verdadero creador de

la danza cubana, en la que hizo notables obras de arte.

Recogió el cetro de Saumell el más genial y mejor de nuestros compositores dancistas, Ignacio Cervantes, discípulo glorioso de Espadero, que triunfante en París como gran premio de piano y armonía en aquel Conservatorio, al regresar a Cuba, a pesar del ambiente poco propicio en que vivió, fué sol de brillo inextinguible. Además de sus inimitables danzas, hizo variada composición de otras obras.

Pablo Desvernine, Fernando Arizti, Rafael Navarro, Rafael P. Salcedo, Carlos Peyrellade, Emilio Agramonte y Cecilia Arizti han conquistado alto renombre musical como pianistas. A este grupo excelso siguen otros que en la actualidad brillan con luz propia y que se llaman José Echániz, Alberto Falcón, Margot de Blank, Harris Ros, Ernesto Lecuona, Flora Mora, Dulce M. Serret, Laureano Fuentes, José Marín Varona, María L. Chartrand, Angelina Siconret, Matilde González, Fidélina García, Margarita Carrillo, Margot de Rojas y Vicente Lanz.

Entre éstos, algunos han sido o son notables compositores como Marín Varona, que cultivó el canto popular y en guajiras y canciones hizo muy bellas cosas. Sus "Tropicales" no morirán nunca. Ernesto Lecuona, joven pianista actual, es ya una gloria de nuestro mundo artístico como compositor. Sus canciones son admirables, y en sus danzas obliga a pensar en Cervantes.

También podemos citar con orgullo algunos notables instrumentalistas, como el sagüero Ramón Solís, que supo arrancar a la flauta los más tiernos y delicados sonidos. Recorrió el mundo en triunfo y murió al cabo en su pueblo natal pobre y casi olvidado; Mariano Coimbra, clarinetista asombroso; José D. Bousquet, Flores y la Rosa, grandes violinistas, aunque no tanto como José S. White y Claudio Brindis de Salas y Rafael Díaz Albertini. Estos tres grandes del arco dieron a Cuba muchos días de gloria en el extranjero. White murió recientemente y fué notable compositor.

Brindis de Salas, el más grande de nuestros artistas por su temperamento, fué un negro de rara belleza sugestiva que hizo del violín un dócil servidor de su inspiración; el arco, en su mano, parecía un



Rafael Diaz Albertini

ser con vida propia. Brindis recorrió Europa con todos los honores y fué a morir un día, pobre, triste e ignorado entre los anónimos enfermos de un hospital de Buenos Aires. Ya muerto, pudo ser identificado por su postrera, doliente y sarcástica coquetería de morir casi de hambre, y sin embargo, conservar el cuerpo emballenado en un corsé, para que no perdiera la gracia flexible de su forma.

Las cenizas de aquel que tanta gloria dió a Cuba no abonarán jamás el suelo de la patria.

Díaz Albertini conquistó justa y merecida fama en los centros musicales europeos. Fué por muchos años miembro del Conservatorio de París.

Hoy son nuestros mejores violinistas Marta de la Torre, Juan Torroella, Casimiro Zertucha, Joaquín Molina y Mario Valdés Costa.

Faltan para terminar esta reseña nuestros compositores de la actualidad, tales como Eduardo Sánchez de Fuentes, que prefiere armonizar en el pen-



José S. White

tagrama la vida, armonía y calor de su variada, fecunda y admirable labor musical, a interpretar leyes y comparar códigos. Es un triunfador que lleva en su bagaje óperas como "Doreya", inspirada en una leyenda india; "El Caminante" y "Dolorosa"; habaneras como "Tú," con tal popularidad y renombre conquistado, que como la escarapela tricolor francesa, ha dado la vuelta al mundo; y con una soberbia colección de canciones de admirable forma y muy original estilo, en las que ha procurado con éxito en-

contrar nuevos horizontes para la canción cubana, sin que por eso pierda su típico sabor nacional.

Jorge Ankerman ha dedicado sus notables condiciones de compositor y actividad al canto popular, en el que ha hecho lindas creaciones.

Gaspar Agüero, también compositor, así como Gonzalo Roig, Luis Casas, Eusebio Delfín, los hermanos Mauri y Alberto Villalón.

Gumersindo Garay, íngenuo compositor oriental, se ha hecho inmensamente popular con sus especialísimos boleros.

Merecen citarse como directores y organizadores de bandas, Tomás, Molina Torres y Roig.

En estos últimos tiempos nuestro progreso musical se ha desarrollado intensamente con la obra de los artistas reseñados y con la creación de la Orquesta Sinfónica, que dirige Roig, y la Orquesta Filarmónica, compuestas ambas por competentes profesores.

También han contribuido poderosamente a ese progreso el Bureau Musical, presidido por Caridad Benítez, y especialmente la asociación Pro Arte Musical, que bajo la insustituible presidencia de María Teresa García Montes de Gíberga, está haciendo desfilar por la Habana lo más selecto del arte musical contemporáneo.

No han sido muchos nuestros artistas del canto; pero sin embargo, se han distinguido o distinguen Rosalía Herrera, Rita Montaner, Rosa Dirube, Carmen Melchor, Dolores Guiral, Luisa M. Morales, Rita Agostini, Natalia Aróstegui, María Antonia Hernández, María Fantoli, Amparo Fernández, Tomasa Núñez, Zoila Gálvez, Dominiéis, Van der Gourth, Díaz, Pezant y Márquez.



Claudio Brindis de Salas

El baile es una de las cosas que más determinan el sello de nacionalidad de un pueblo. El refleja sus alegrías y tristezas, y hasta lo caracteriza.

Los primeros bailes cubanos fueron la danza, el vals tropical, la habanera y el zapateo. La danza fué sustituida por el danzón, gracias a la inspiración de su inventor, el músico matancero Miguel Failde, y a la competencia que alrededor de él establecieron las orquestas del propio Failde, Valenzuela, Méndez, Félix Cruz y Felipe Valdés. El vals y la habanera con marcado mal gusto fueron sustituidos por el "two step". El danzón combate en la actualidad desventajosamente con el "fox trot", teniendo en su contra nuestra indiferencia nacionalista, que acepta y hasta prefiere lo exótico, olvidando que el baile es un sello y hasta un símbolo de nacionalidad.

Algo peor le sucede al zapateo, el baile típico de nuestros campesinos, ese baile que tanto dice al alma criolla por todo lo que rememora y que ya sólo se oye en algún bohío perdido en la sierra, e interrumpido a ratos por las melancólicas notas del punto cubano mientras la bandurria canta, el güiro y el timbal dan la nota alegre y la guitarra gime en el suspiro recio de su bordón.

Todavía pudieran citarse como bailes la rumba, para gentes demasiado alegres; y el son, baile baracoano que participa del danzón y de la rumba.

Pintura.—Este arte plástico no se cultivó en Cuba hasta 1818 con la fundación de la Academia de San Alejandro, aunque con anterioridad existieron los pintores José N. de la Escalera y Vicente Escobar.

Hasta 1840 no produjo la expresada Academia artistas dignos de mención, y fueron los primeros en significarse Francisco Larroca y Juan Peoli, que salieron pensionados para Europa, donde sólo el segundo logró triunfar.

Con Miguel Melero comienza verdaderamente el arte pictórico en Cuba; hereda su gloria su hijo Miguel Angel, con Elvira Martínez, viuda de éste más tarde, que con José Arbujo y Armando Menocal forman los verdaderos exponentes de definitivos pintores cubanos, a los que sigue, iguala y hasta supera en muchos casos Leopoldo Romañach.

Andando el tiempo, la obra didáctica de Melero, Menocal y Romañach hace que surjan Valderrama, Vega, Argudín, Rodríguez Morey, Aurelio Melero, Subroca, Domingo Ramos, Ariza, Mantilla y García Cabrera.

Cuando el número aumenta, aparecen esos medios de emulación que se llaman concursos y exposiciones; y el entusiasmo artístico se intensifica más al constituirse la Asociación de Pintores y Escultores bajo la sabia dirección de Federico Edelman.

En 1915 se celebra la primera exposición cubana de pintura y escultura; luego surgió la de humoristas y se suceden las exposiciones y aumentan los nombres que hacen honor a Cuba, y a la lista se agre-

gan Olivera, Loy, Domenech, Abela, Aurelia Peláez, María J. Lamarque, García, Caballero, Santana, Canals, Oliva, Tejedor, María Capdevila, Baster, Caravia, Campo Hermoso, Merlin, Sánchez Araujo, González Darna, F. N. Díaz de Vera, Concepción Ferrant, Nogueira, Massaguer, Blanco, Dalmau y Lidia Cabrera.

Ya tenemos pintores, academias y ambiente; ya podemos esperar días de gloria en el arte de Rafael, Vinci y Velázquez.

Escultura.—Esta manifestación artística está muy lejos todavía de suficiente desarrollo entre nosotros. Sin embargo, aunque no podemos vanagloriarnos de ningún escultor sobresaliente, reseñaremos los nombres de José Vilalta de Saavedra, Miguel y Aurelio Melero, José Antonio Díaz, Mimí Bacardí, Rodolfo Hernández Giró, José Oliva Michelena, Fernando Adelantado, Ramiro Trigueros, Esteban Betancourt y Alberto Sabas, que actualmente está empeñado en la obra del monumento a Martí en Plaitas.

Arquitectura.—Nada extraordinario hemos hecho aún en esta variante artística. Nuestros arquitectos se han dedicado con preferencia a la construcción de edificios, adaptándose fácilmente a la especialidad norteamericana de levantar rascacielos. En esto han logrado superar lo que han hecho aquéllos, tanto en la solidez como en la presentación y adorno de las edificaciones.

Deportes.—Hasta en el campo de los deportes que pueden considerarse científicos, con Raúl Capablanca hemos obtenido el campeonato del mundo en el ajedrez; con Ramón Fonts, en esgrima, hemos alcanzado ese mismo campeonato; Alfredo de Oro mantuvo para Cuba durante largo tiempo el cetro del billar, y lo perdió cuando, con los años, tembló su pulso y vaciló su vista; los nombres de Méndez y Luque vivirán mientras no muera en Cuba el base ball.

Por todo lo expuesto se observa que de manera incesante y comprendiendo todos los órdenes, hemos

seguido la marcha del progreso mundial en sus diversas manifestaciones, y hasta en la adaptación de los inventos modernos estamos a la altura de cualquiera otro país.

Tenemos muy importantes comunicaciones marítimas con todos los países de la tierra. En cuanto a comunicaciones terrestres, el país está cruzado por importantes vías ferroviarias, como los Ferrocarriles Unidos, el Ferrocarril de Cuba, el Ferrocarril del Norte, el de Guantánamo, el de Hershey y otras muchas empresas secundarias.

En muchas de nuestras poblaciones existen tranvías movidos por electricidad, y en todas, absolutamente en todas, asombra el número de automóviles que hacen el servicio de tracción y de pasaje. La Habana es la ciudad del mundo que proporcionalmente tiene mayor número de vehículos automóviles.

Además de la comunicación postal y telegráfica, tenemos el teléfono de larga distancia, distribuido de tal modo, que acerca los lugares más remotos; la telegrafía sin hilos, y por último, el más asombroso de los inventos modernos conjuntamente con el fonógrafo, el radio, que en su aplicación a las comunicaciones nos tiene en contacto constante y directo con todo el orbe; y también tenemos el radium, que en su aplicación a la medicina es hoy de asombrosa utilidad en nuestras clínicas y hospitales.

Todos los inventos modernos han sido adoptados y aplicados en Cuba al amparo de un gran espíritu de asimilación que nos capacita para considerarnos legítimamente incluidos entre los pueblos más cultos.

GOBERNANTES DE CUBA DE 1511 A 1920

PERIODO COLONIAL

	<u>Página</u>
1.—Diego Velázquez de Cuéllar.	74
2.—Mannel de Rojas (interino).	88
3.—Juan Altamirano.	88
4.—Gonzalo de Guzmán.	88
5.—Manuel de Rojas (interino).	88
6.—Gonzalo de Guzmán (segunda vez).	88
7.—Hernando de Soto.	91
8.—Juan de Rojas (interino).	91
9.—Lic. Juanes Dávila.	91
10.—Antonio de Chávez.	92
11.—Lic. Gonzalo Pérez de Angulo.	94
12.—Diego de Mazariegos.	95
13.—Francisco García Osorio.	95
14.—Pedro Menéndez de Avilés.	95
15.—Lic. Zayas (interino).	95
16.—Gabriel de Montalvo.	95
17.—Francisco Carreño.	96
18.—Gaspar de Torres.	96
19.—Gabriel de Luján.	96
20.—Juan de Tejada.	97
21.—Juan de Maldonado Barnuevo.	98
22.—Pedro Valdés.	100
23.—Gaspar Ruiz de Pereda.	100
24.—Sancho de Alquizar.	101
25.—Francisco de Venegas.	101
26.—Dr. Velázquez de Contreras (interino).	101
27.—García Girón de Loaysa.	101
28.—Lorenzo de Cabrera.	101
29.—Juan Bitrián de Viamonte.	101
30.—Francisco Riaño y Gamboa.	102
31.—Alvaro de Luna y Sarmiento.	102
32.—Diego de Villalba.	102
33.—Francisco Xelder.	102
34.—Juan Montañó Blázquez.	102
35.—Juan de Salamanca.	102

	<u>Página</u>
36.—Rodrigo de Flores.	103
37.—Francisco Dávila.	103
38.—Francisco Rodríguez de Ledesma.	104
39.—José Fernández de Córdova Ponce de León.	104
40.—Diego de Viana.	104
41.—Severino de Manzaneda.	105
42.—Diego de Córdova y Lazo de la Vega.	105
43.—Andrés Muñive y Manuel Murguía (interinos).	106
44.—Pedro Benítez de Lugo.	111
45.—Nicolás Chirino y Luis Chacón (interinos).	111
46.—Pedro Alvarez Villarín.	111
47.—Chirino y Chacón (otra vez, interinos).	111
48.—Laureano Torres, marqués de Casa Torres.	112
49.—Vicente Raja.	112
50.—Gómez de Alvarez.	112
51.—Gregorio Guazo Calderón.	113
52.—Dionisio Martínez de la Vega.	113
53.—Juan Francisco Güemes.	115
54.—Juan Antonio Tineo.	117
55.—Francisco Cajigal de la Vega.	117
56.—Pedro Alonso (interino).	119
57.—Juan de Prado Portocarrero.	119
58.—Ambrosio Funes de Villalpando, conde de Riela.	129
59.—Diego Manrique.	130
60.—Pascual Jiménez de Cisneros (interino).	130
61.—Antonio María Busarelly.	130
62.—Felipe Fouseviela, marqués de la Torre.	132
63.—Diego José Navarro.	138
64.—Juan Manuel Cajigal (cubano).	138
65.—Luis de Unzuga.	138
66.—Bernardo Gálvez, conde de Gálvez.	138
67.—Bernardo Troncoso.	138
68.—José Ezpeleta.	138
69.—Domingo Cabello.	138
70.—Luis de las Casas.	140
71.—Juan de Bassecourt, conde de Santa Clara.	146
72.—Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos	147
73.—Juan Ruiz de Apodaca.	152
74.—José Cienfuegos.	153
75.—Juan Manuel Cajigal.	154
76.—Nicolás Mahy.	156
77.—Sebastián Kindelán.	157
78.—Francisco Dionisio Vives.	158
79.—Mariano Ricafort.	167
80.—Miguel Tacón.	167
81.—Joaquín Ezpeleta (cubano).	176
82.—Pedro Téllez Girón, Príncipe de Anglona.	176
83.—Jerónimo Valdés.	176

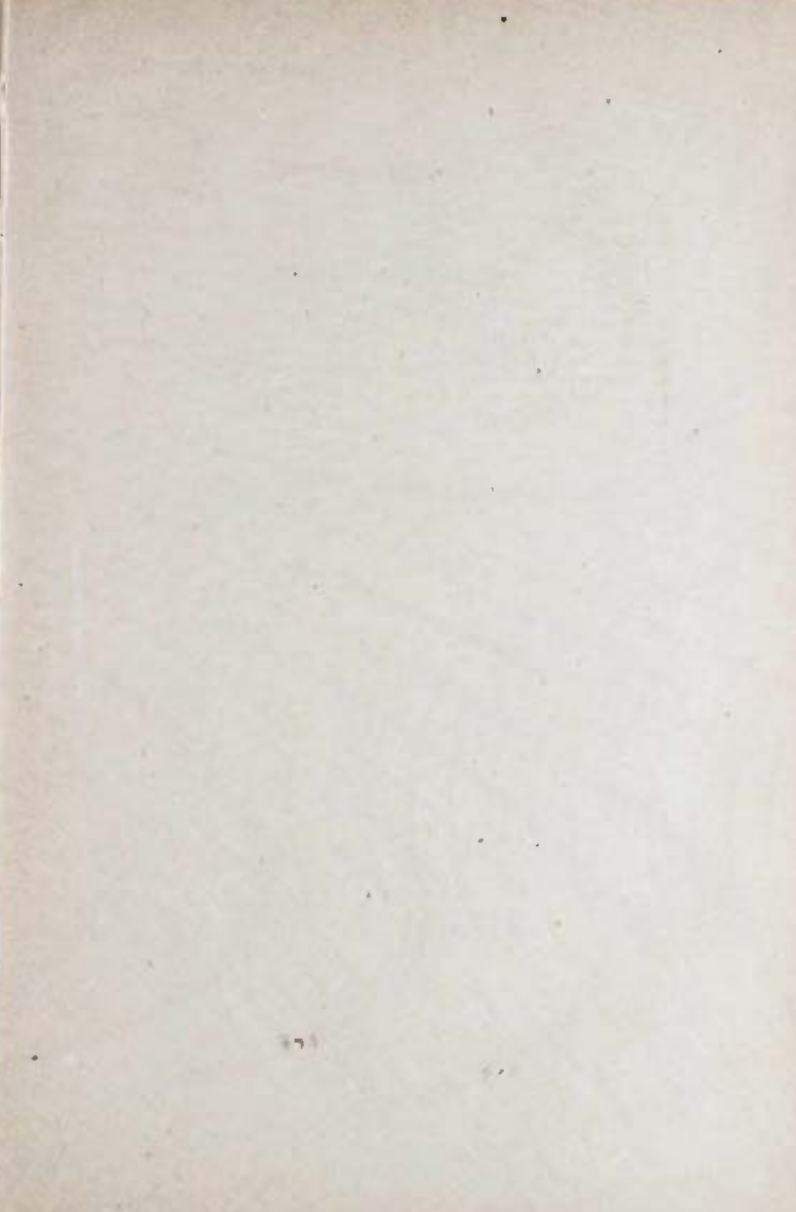
	Página
84.—Francisco Javier de Ulloa.	179
85.—Leopoldo O'Donnell.	179
86.—Federico Roncali, conde de Alcoy.	182
87.—José Gutiérrez de la Concha, marqués de la Habana	189
88.—Valentín Cañedo.	196
89.—El marqués de la Pezuela.	197
90.—José Gutiérrez de la Concha (segunda vez).	198
91.—Francisco Serrano y Domínguez, duque de la Torre	201
92.—Domingo Dulce, marqués de Castell Florit.	204
93.—Francisco Lersundi.	213
94.—Joaquín Manzano.	213
95.—Blas Villate, conde de Valmaseda.	216
96.—Francisco Lersundi (otra vez).	216
97.—Domingo Dulce (otra vez).	226
98.—Felipe Ginovés Espinar (interino).	232
99.—Antonio F. Caballero de Rodas.	233
100.—Blas Villate, conde de Valmaseda (otra vez).	236
101.—Francisco de Ceballos (interino).	253
102.—Cándido Pieltaín.	258
103.—Joaquín Jovellar.	258
104.—José Gutiérrez de la Concha (tercera vez).	269
105.—Buenaventura Carlió (interino).	272
106.—Blas Villate, conde de Valmaseda (tercera vez).	272
107.—Joaquín Jovellar (segunda vez).	272
108.—Arsenio Martínez Campos.	275
109.—Cayetano Figueroa (interino).	284
110.—Ramón Blanco y Erenas, marqués de Peña Plata.	284
111.—Luis Prendergast, marqués de Victoria de las Tunas	288
112.—Tomás Reina, conde de Oricain.	292
113.—Ignacio M. del Castillo, conde de Bilbao.	292
114.—Ramón Fajardo.	292
115.—Emilio Calleja.	292
116.—Sabás Marín.	292
117.—Manuel de Salamanca.	292
118.—José Sánchez Gómez.	292
119.—José Chinchilla.	292
120.—Camilo Polavieja.	292
121.—Alejandro Rodríguez Arias.	305
122.—José Arderius.	305
123.—Emilio Calleja (otra vez).	305
124.—Arsenio Martínez Campos (otra vez).	315
125.—Sabás Marín (otra vez).	339
126.—Valeriano Wéyler, marqués de Tenerife.	340
127.—Ramón Blanco y Erenas (otra vez).	408
128.—Adolfo Jiménez Castellanos.	430

PERIODO INTERVENTOR

1.—John R. Brooke.	432
2.—Leonardo Wood.	447

PERIODO REPUBLICANO

1.—Tomás Estrada Palma.	479
2.—William H. Taft.	488
3.—Charles E. Magoon.	490
4.—General José Miguel Gómez.	495
5.—General Mario G. Menocal.	509
6.—Dr. Alfredo Zayas y Alfonso.	514





INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Al general Gerardo Machado.</i>	2
<i>Del ánfora del Maestro.</i>	4
<i>A los maestros cubanos.</i>	5
<i>Guía metodológica.</i>	7
<i>Prolegómeno.</i>	11

PERIODO PRECOLOMBINO

CAPÍTULO I.—La América prehistórica.—El hombre americano.—Raza a que pertenece.—El aborigen cubano: su procedencia y población en 1492.—Caracteres físicos y morales.—Armas, habitaciones y utensilios.—Progreso, artefactos y recursos.—Medios de comunicación y transporte.—Creencias religiosas; juegos.—Organización social y cacicazgos.	15
CAPÍTULO II.—Idea de los antiguos con respecto al Nuevo Mundo.—Primeros aventureros del mar; el secreto americano.—Los normandos.—Otros exploradores.	28

PERIODO COLOMBINO

CAPÍTULO III.—Causas del descubrimiento de América.—Cristóbal Colón; su cultura.—Colón en Portugal: sus investigaciones, noticias y ofertas.	33
CAPÍTULO IV.— <i>Descubrimiento.</i> —Colón en España; sus amores.—La escena de la Rábida.—El genio ante los trólogos.—Los Reyes Católicos se deciden.—Preparativos.—Primer viaje.—Peripecias.—Primeras tierras.—Cuba.—La Española.—El fuerte Navidad.—Primer combate.—Regreso.	40

CAPÍTULO V.— <i>Descubrimiento y conquista.</i> —Consecuencias del primer viaje.—Preparativos para el segundo viaje.—Zarpa la flota; nuevos descubrimientos.—El fuerte Navidad; nueva colonia.—Continúa la exploración; Jamaica.—La primera misa en Cuba.—Colón en La Española; desórdenes.—Caonabó.—Regreso a España.	51
--	----

CAPÍTULO VI.— <i>Descubrimiento y conquista.</i> —Los Reyes reciben a Colón y dictan disposiciones con respecto al Nuevo Mundo.—Tercer viaje; más descubrimientos.—Colón en La Española; disturbios y requerimientos.—Los enemigos de Colón; Bobadilla.—El Almirante preso; su grandeza de alma.—Indignación en España; desagravio.	58
---	----

CAPÍTULO VII.— <i>Descubrimiento y conquista.</i> —La constante idea de Colón.—Cuarto viaje.—Oyando niega a Colón la entrada en Santo Domingo.—Castigo de Bobadilla.—Continúan los descubrimientos.—Arribo a Jamaica.—Regreso a España.—Muerte de Colón.—Sus cenizas.—Deuda.	65
--	----

PERIODO DE EXPLORACION Y CONQUISTA

CAPÍTULO VIII.—Exploración de Cuba por Colón.—Exploración de Ocampo.—Alonso de Ojeda y otros.—Diego Velázquez.—Hatuey.—Fundación de ciudades.—Pánfilo de Narváez y fray Bartolomé de las Casas recorren el país.—Repartimientos; más ciudades y ayuntamientos.	72
--	----

PERIODO DE COLONIZACION

CAPÍTULO IX.—Vida de los primeros colonizadores en Cuba.—Régimen administrativo.—Régimen religioso.—Régimen político.	81
---	----

CAPÍTULO X.—Carácter de la colonización española en América.—Requerimientos y encomiendas.—La esclavitud del negro.—Otros euidados de Velázquez; su muerte.—Rojas y Guzmán.—El corso y la piratería en América.—Hernando de Soto, Dávila y Antonio de Chávez.	85
---	----

CAPÍTULO XI.—Pérez de Angulo; Jacques de Sores.—Mazariégos; García Osorio; Menéndez de Avilés.—Montalvo y Carreño.—Torres y Luján; Richard; Drake; el Morro y la Punta.—Tejada y Maldonado los piratas	94
--	----

- CAPÍTULO XII.—Pedro Valdés; el pirata Girón.—Ruiz de Pereda, Sancho de Alquizar y Venegas.—Lobysa y Cabrera.—Bitrián de Viamonte, Riaño, Luna y Villalba.—Xelder, Montañó y Salamanea; los ingleses en Santiago.—Flores y Dávila; los piratas Legrand, "El Otonés", Morgan, Diego Grillo y Franquesnay.—Rodríguez de Ledesma, Fernández de Córdova y Viana.—Manzaneda y Diego de Córdova. 100
- CAPÍTULO XIII.—Mirada atrás.—Estado de Cuba al subir al trono español Felipe de Anjou.—Benítez de Lugo, Chirino y Chacón.—Alvarez Villarín e interinatura de Chirino y Chacón.—El marqués de Casa Torres; paz de Utrech; el tabaco y su monopolio.—Raja; estanco del tabaco y creación de la Factoría.—Gómez de Alvarez y Guazo; choque con los vegueros.—Martínez de la Vega; el Obispo Valdés.—Güemes; la Real Compañía de Comercio; Vernon en Guantánamo.—Privilegios y monopolios.—Tineo y Cajigal de la Vega 107
- CAPÍTULO XIV.—Gobierno de Alonso y Prado Portocarrero.—El Pacto de Familia y sus consecuencias.—Inglaterra se prepara.—La escuadra inglesa en acción.—Estado de la Habana.—Comienza el ataque.—La Junta de Autoridades.—Los ingleses en la Cabaña.—Pepe Antonio.—Defensa del Morro.—La Habana capitula. 119
- CAPÍTULO XV.—Dominación inglesa; sus efectos.—Restauración española; gobierno de Riela.—Manrique y Buearely.—Incorporación de la Louisiana a España.—El marqués de la Torre.—Primer censo de población.—Poblaciones existentes en Cuba el año 1774. 128
- CAPÍTULO XVI.—Guerra de independencia de los Estados Unidos.—Causas y consecuencias.—Influencia en las colonias españolas.—Aranda y Floridablanca.—Conquista de la Florida.—Otros gobernantes. 135
- CAPÍTULO XVII.—Gobierno de don Luis de las Casas.—La Casa de Beneficencia.—La Sociedad Económica de Amigos del País.—"El Papel Periódico" y la Biblioteca.—Valiente y Arango y Parreño.—La Junta de Fomento.—Revolución Francesa de 1789 y revolución de Haití.—Traslación de los restos de Colón.—Fin del gobierno de las Casas. 140
- CAPÍTULO XVIII.—Gobierno del conde de Santa Clara.—El marqués de Someruelos; reparto de tierras; Alejandro Humboldt.—El obispo Espada.—Inmigración

- francesa y sus consecuencias.—Napoleón en España.—Manuel Rodríguez Alemán.—Primeros diputados cubanos.—Aponte.—Fin del gobierno de Somermelos.—Apollaca y Cienfuegos.—Fundación de Cienfuegos; censo de población. Cajigal; sucesos en España y sus reflejos en Cuba. 146
- CAPÍTULO XIX.—*Subperíodo revolucionario.*—Mahy; momento histórico difícil; asociaciones secretas.—Labor de Mahy.—Kindelán.—Se acentúa la división.—Los cubanos ante Bolívar.—Vives.—La República de Cuba.—Agitación en Matanzas.—Las facultades omnímodas.—Los cubanos en el exterior.—Suplicio de Agüero y Sánchez.—Bolívar y Cuba; su proyecto; el obstáculo.—Obras que realiza Vives.—Conspiración del Aguila Negra.—Vives como gobernante. 156
- PERIODO REVOLUCIONARIO
- CAPÍTULO XX.—Gobierno de Riazort.—Tacón; guerra civil en España.—Carácter de Tacón.—Tacón contra Saén.—Consideraciones.—Otros actos de Tacón.—Tacón contra Lorenzo.—Los diputados cubanos no pueden concurrir al Congreso español.—Descontento.—Tacón como administrador.—El ferrocarril Habana-Bejucal y fin de este gobierno. 167
- CAPÍTULO XXI.—Situación político-social cubana en 1838.—Ezpeleta. Anglona y Jerónimo Valdés.—Valdés y Turnbull.—Secularización de la Universidad.—Interinatura de Ulloa y gobierno de O'Donnell.—Levantamientos de negros.—Conspiración de la Escalera; Plácido.—Fin del gobierno de O'Donnell. 175
- CAPÍTULO XXII.—Roncali; situación de Cuba; guerra entre México y los Estados Unidos.—Idea de los separatistas.—Narciso López y los revolucionarios.—Primer desembarco de Narciso López; sus consecuencias 182
- CAPÍTULO XXIII.—Gobierno de Concha; sus procedimientos.—La Sociedad Libertadora y Joaquín de Agüero.—Levantamiento de Armenteros, Hernández y Areis.—Segundo desembarco de Narciso López; combate del cafetal de Frías.—Captura y muerte del general López. 189

CAPÍTULO XXIV.—Gobierno de Cañedo; conspiración de Vuelta Abajo.—Facciolo.—Muerte del padre Varela.—Pezuela y Concha.—Muerte de Castañeda.—Suplicio de Pintó y muerte de Strampes.—Fracaso de otra expedición y fin del gobierno de Concha.—El duque de la Torre.—Cómo acogieron los cubanos a Serrano.—Periódico "El Siglo".—Gobierno de Dulce.	196
CAPÍTULO XXV.—Guerra de secesión americana.—Opinión en Cuba con motivo de la guerra de secesión.—Progreso cultural cubano.—El Partido Reformista.—La Junta de Información.—Desengaño.	207
CAPÍTULO XXVI.—Lersundi; preparativos revolucionarios.—Se concilian las opiniones; el Gobierno actúa.—Llegó la hora.—Carlos Manuel de Céspedes.—Toma de Bayamo y abolición de la esclavitud.—Medidas de Lersundi.—Nuevos levantamientos; el Himno de Bayamo.—Lersundi no atrae a Céspedes.—Levantamiento de Camagüey.—Junta de Clavellinas.—Bonilla, las Yeguas y Nuevitas.—La Revolución en Oriente.—Combate del Salado y evacuación de Bayamo.—Camagüey actúa.	216
CAPÍTULO XXVII.—Segundo gobierno de Dulce: sus intenciones; muerte de Augusto Arango.—Sucesos de Villanueva.—Actitud de Dulce; León y Medina.—Levantamiento de Las Villas; Junta de Gobierno.—Importancia de ese levantamiento; asambleas del Centro y Guáimaro.—Relevo de Dulce.	226
CAPÍTULO XXVIII.—Caballero de Rodas.—La Junta Republicana; expediciones.—Proposición del general Grant.—La Revolución se organiza.—Las Villas.—Otros escenarios.—Ataque a Tunas.—La Revolución el año 70.—Suplicio de Goicuría.—Valmaseda.—La Revolución el 71; Agramonte, Gómez y Maceo.—La Revolución en Las Villas.—Rescate de Sanguily.	233
CAPÍTULO XXIX.—Fusilamiento de Zenea.—Inmolación de los estudiantes.	241
CAPÍTULO XXX.—Fracaso de Valmaseda; Coballos.—Muerte de Agramonte: dos palabras sobre él.—Máximo Gómez, sustituto; quién era éste.—Pieltaín y Jovellar.—Destitución de Céspedes.—Captura del "Virginius".—La Sacra y Palo Seco.—Melones.	253
CAPÍTULO XXXI.—Se acuerda la invasión de Las Villas.—Combate de Naranjo.—Muerte de Céspedes.—Batalla de Las Guásimas.—Calixto García fue prisionero	263

CAPÍTULO XXXII.—Invasión de Las Villas.—Relevo de Concha; estado de la guerra.—El cafetal González.—Las Lagunas de Varona; Santa Rita.—Prisión de Estrada Palma.—La Revolución declina; negociaciones y paz del Zanjón.	271
CAPÍTULO XXXIII.—Protesta de Baraguá.—Embarca el general Máximo Gómez.—La guerra sigue; embarque de Maceo.—La paz; el Partido Liberal.—Mala fe de España.—La Guerra Chiquita.—Los partidos en lucha.	280
CAPÍTULO XXXIV.—Labor del Partido Autonomista.—El sufragio universal en España.—Tratado de reciprocidad con los Estados Unidos.—Las reformas de Maura y Abarzuza.—El Partido Reformista.—Tentativas revolucionarias.—Maceo en Cuba.—José Martí: datos biográficos.—El Partido Revolucionario.	290
CAPÍTULO XXXV.—Martí en espera del momento propicio.—Diferencia entre los revolucionarios del 68 y los del 95.—Preparativos en Cuba.—Grito de Calieito: sus consecuencias.—Organización revolucionaria.—El movimiento en Occidente; Ibarra.—Desembarco de Maceo.—Desembarco de Gómez y Martí.—Maceo organiza a Oriente.—Entrevista de la Mejorana; Martí, jefe supremo.—Dos Ríos: muerte de Martí.	302
CAPÍTULO XXXVI.—Actitud de Rabi y otros jefes al principio de la contienda.—Calleja intenta soluciones.—Martínez Campos.—Máximo Gómez en Camagüey.—Peralejo.—Sao del Indio.—La Revolución en Las Villas.—Asamblea de Jimaguayú.—El plan invasor.	314
CAPÍTULO XXXVII.—La Invasión.—Unión de Gómez y Maceo.—La Reforma.—La Invasión avanza.—Igualará.—Los Indios.—El Gobierno.—Manicaragua.—Cambio de escenario.—Mal Tiempo.—La Revolución en Matanzas.—Intención de Martínez Campos.—La Invasión en Matanzas.—Gómez por el Norte y Maceo por el centro.—Coliseo.—Marcha al Sur.	322
CAPÍTULO XXXVIII.—A Occidente; Calimete; después de Calimete.—Roberto Bermúdez.—La Invasión en la Habana.—Desconcierto de Martínez Campos.—Separación de los caudillos; Gómez retrocede y Maceo avanza.—Nuevos combates.—Cambio de escenario.—Las Taironas.—Guane.—Mantua, fin de la Invasión. Martínez Campos se retira; honor al adversario.—Wéyler en acción.—Su plan.	333

- CAPÍTULO XXXIX.—Primera campaña de Pinar del Río.—Paso Real.—Candelaria.—Río Hondo.—Laborí.—Resumen de la campaña.—Regreso de Maceo a la Habana.—Ataque a Jaruco.—Encuentro de Gómez y Maceo; distintas operaciones.—Moralitos.—El Gato; más combates. 344
- CAPÍTULO XL.—Maceo en la Habana.—Diana.—Río de Auras.—Los caudillos en el Galeón.—Odisea de Banderas.—Olayita.—El Mamey.—Algarrobo.—Separación definitiva de Gómez y Maceo.—Aspecto general de la guerra.—Maceo en Nueva Paz.—Cómo hacían la guerra los españoles.—Maceo frente a Wéyler. 357
- CAPÍTULO XLI.—Segunda campaña de Pinar del Río.—Galope.—Laborí.—Wéyler burlado.—Combaten entre sí los españoles.—La sierra del Rubí.—Primer combate del Rubí.—La Palma.—La Revolución en todas partes.—Expediciones: Calixto García.—San Claudio.—Tapia.—La trocha de Mariel.—La "Competitor".—Wéyler en peligro.—Las Pozas.—Cacarajicara.—Vega Morales y Vega Ortiz.—San Martín.—Ataque a Consolación.—El Descanso.—Plan confiado a Pedro Díaz.—San Miguel de Lombillo.—Combates de Tapia.—Expedición de Leyte Vidal. 365
- CAPÍTULO XLII.—Muerte de José Maceo.—Muerte de Zayas.—Reacción.—Maceo en Occidente.—Expedición de Rius Rivera.—Montezuelo y Tumbas de Estorino.—Viñales.—Combate del Guao.—Galalón y Catalina.—Resumen.—Bombardeo de Artemisa y combate de Soroa.—Wéyler en Pinar del Río.—La Revolución en otros escenarios. 377
- CAPÍTULO XLIII.—Por qué Maceo salió de Occidente.—Combate de Jobo y Bejarano.—Cruce de la Trocha.—Maceo en la Habana.—Combate de San Pedro: la hecatombe; sus efectos.—La Revolución en otras partes 389
- CAPÍTULO XLIV.—Cuba y los Estados Unidos.—Estado de la guerra.—Wéyler en Pinar del Río y Las Villas.—Reformas de Maura.—Sigue la lucha.—Captura de Rius Rivera.—El general Gómez.—Resumen de la campaña. 397
- CAPÍTULO XLV.—Elección de Mc Kinley; apremio a España.—La autonomía.—Asamblea de La Yaya.—Labor del Gobierno autonomista y error de España.—Los voluntarios; motines en la Habana.—En España

se desconoce la potencialidad americana.—Auxilios a los reconcentrados.—El teatro de la guerra.—Voladura del "Maine".—Sigue la lucha.—Presentaciones.—Blanco se dirige a Gómez.—Altiya contestación. 407

CAPÍTULO XLVI.—La cuestión del "Maine" en pie.—Labor revolucionaria.—El conflicto se agrava; fin de la reconcentración; armisticio.—La "Joint Resolution".—Ultimátum; comienzan las hostilidades.—Sampson en busca de Cervera, que entra en Santiago.—Cubanos y norteamericanos de acuerdo.—Desembarco de los norteamericanos en Cuba.—Los "Rough Riders".—Combate del Caney.—San Juan.—Sitio de Santiago.—Combate naval de Santiago; Cavite.—Rendición de la plaza.—Desaire al general García.—España pide fórmulas de paz.—El Protocolo.—Tratado de París. 418

CAPÍTULO XLVII.—Renuncia de Blanco.—Actitud del general Máximo Gómez.—Actitud del Gobierno cubano.—Asamblea de Santa Cruz.—Muerte del general García.—Evacuación española.—Comienza la reconstrucción.—Labor del Gobierno interventor.—El general Gómez persiste en su actitud; situación del ejército cubano.—Continúa la labor interventora.—Aniversario del nacimiento de Martí.—Comisión a Washington.—Entrada del Ejército Libertador en la Habana.—Violenta actitud de la Asamblea.—Protestas; manifiesto del general Gómez. 430

PERIODO DE INTERVENCIÓN

CAPÍTULO XLVIII.—Gobernadores civiles.—Tribunal Supremo de Justicia.—La Guardia Rural.—Licenciamiento del Ejército.—Juzgados Correccionales.—Creación del Consulado español.—Censo de población.—Los restos de los libertadores muertos; Maceo y Gómez Toro.—Los partidos políticos.—Estado de la enseñanza en Cuba al cesar la soberanía española.—Alexis Fryre.—Relieve de Brooke y nombramiento de Wood; reorganización del Gobierno.—El problema de la independencia.—Reforma de códigos.—Reformas en la administración municipal y creación de la Sanidad. 440

CAPÍTULO XLIX.—Actitud de los autonomistas.—El Partido Unión Democrática; error de sus directores.—Primera Ley Electoral.—Wood reorganiza el Gabinete.—El conflicto de la Exposición de París.—Prime-

ra campaña electoral.—Elecciones.—Reforma del plan de enseñanza.—Triunfo de Finlay.—Asamblea Constituyente.—Reforma del Poder Judicial.—Elecciones para la Constituyente.—Actividad de Wood.	451
CAPÍTULO L.—Apertura de la Convención: su labor.—Bases de relaciones con los Estados Unidos.—La Enmienda Platt: el dilema.—El Ferrocarril Central.—Otros problemas.—Las segundas elecciones.—Candidatura presidencial: Gómez, Estrada Palma, Masó.—El general Gómez apoya a Estrada Palma.—Junta Central de Escrutinio y retraimiento masoísta.—Estrada Palma, Presidente.	460
CAPÍTULO LI.—Elección de Roosevelt.—Llegada de Estrada Palma a Cuba.—Disolución de la Convención y reunión del Congreso.—El Senado se reúne.—Luchas en la Cámara.—Intervención de Wood.—Nombramientos de secretarios.—Banquete a Wood.—El 20 de mayo de 1902: ¡Viva Cuba libre!	468
<i>Introducción al período republicano.</i>	477

PERIODO REPUBLICANO

CAPÍTULO LII.— <i>Factor político.</i> —I.—Tomás Estrada Palma.—Las carboneras.—El tratado permanente.—Levantamientos de Vicana y Caney.—Elecciones.—Los partidos en la Cámara.—Sombras en el horizonte.—La reelección.—La lucha electoral.—Muerte del general Máximo Gómez.—Actitud del Gobierno.—Muerte de Enrique Villuendas.—El Partido Liberal se retrae.—Responsabilidad de Estrada Palma y su gobierno.—Después de las elecciones.—La Revolución de Agosto.—La comisión norteamericana.—Renuncia de Estrada Palma.—Proposición de Taft y Bacon.—El Presidente se retira.—Gobierno provisional.—Surge el Partido Conservador.—El Partido Liberal se divide.—Elecciones municipales y provinciales.—Elección presidencial.	479
CAPÍTULO LIII.— <i>Factor político.</i> —II.—Toma de posesión del Presidente Gómez; momento histórico.—La paz en el país.—Elecciones parciales y erección de ayuntamientos.—Cargos al Gobierno.—El Baneo Territo-	

rial.—Lucha intestina.—La cuestión veteranista.—La cuestión racista.—El escenario político.—Supervisores militares.—Elecciones.—El conflicto mundial.—Cuba interviene.—Elecciones presidenciales.—Revolución de febrero.—Nuevos ayuntamientos y censo de población.—Las elecciones de 1920.	495
CAPÍTULO LIV.— <i>Factor económico.</i> —I.—Primera intervención.—Gobierno de Estrada Palma.—La paga del Ejército Libertador.—Progreso.—Abandono de la agricultura.—Reformas aduanales.—Otros progresos.—El ferrocarril de Júcaro a Morón.—Exposición de San Luis.—Consideraciones.—Deuda interior.—El gobierno de Magoon.—Al iniciarse el gobierno del general Gómez.—Diferentes aspectos de la administración.—La Lotería y la Junta de Protestas.—Progreso.—Granjas escuelas.—Comisión de Epizootias.—Caña y tabaco.—Comunicaciones.—Industria y comercio.—La Ley del Cierre.—Agricultura.—Comercio e inmigración.—Comunicaciones ferroviarias.—Compañía de Puertos de Cuba.—El canal del Roque.—Obras públicas.—Movimiento industrial y comercial.—El teléfono automático.	517
CAPÍTULO LV.— <i>Factor económico.</i> —II.—Inicio del gobierno de Menocal.—Aumenta la deuda.—Obras públicas.—Agricultura.—Inmigración.—Riqueza minera.—Ley de Acuñación de la Moneda Nacional.—La guerra mundial y sus consecuencias económicas para Cuba.—Otros males.—Importación y exportación.—Obras públicas.—Importación y exportación.—Empréstitos.—Importación y exportación.—Leyes de accidentes del trabajo y retiro ferroviario.—Termina la danza de los millones.—Resumen de este gobierno.	531
CAPÍTULO LVI.— <i>Factor militar.</i> —Primera organización.—El Ejército Permanente y la Guardia Rural.—Aumento de la Marina Nacional.—Desenvolvimiento de las Fuerzas Armadas.—Reorganización.—Nueva reorganización.—El conflicto mundial.—Talleres.—Desenvolvimiento.—Comentario.	545
CAPÍTULO LVII.— <i>Factor diplomático.</i> —Exposición o reseña.—Comentario.	558
CAPÍTULO LVIII.— <i>Factor sanitario.</i> —Durante el gobierno español.—Primera intervención.—Gobierno de Estrada Palma.—Segunda intervención.—Gobierno del general Gómez.—Gobierno del general Menocal.—El gran problema sanitario.	564

CAPÍTULO LIX.— <i>Factor social</i> .—El hombre considerado socialmente.—Fuerzas que actúan sobre el hombre.—Fuerzas morales y espirituales.—La religión en Cuba. Los tribunales de justicia.—Comentarios.—Indultos.—Nuestro sistema penitenciario.	571
* CAPÍTULO LX.— <i>Factor educacional</i> .—Instrucción pública y privada.—Ampliación y reformas.—Estudios especiales.—Progreso bajo el gobierno propio.—Bajo el gobierno de Magoon.—Bajo el gobierno del general José Miguel Gómez.—Durante el gobierno del general Mario García Menocal.—La escuela privada. . .	576
CAPÍTULO LXI.— <i>Factor científico, artístico y literario</i> .—I.—Preliminar.—Medicina.—Derecho.—Ingeniería.—Filosofía.—Geografía.—Historia.—Crítica.—Periodismo.—Pedagogía.—Otras ciencias.	584
CAPÍTULO LXII.— <i>Factor científico, artístico y literario</i> .—II.—Oratoria.—Novela.—Poesía.—Música.—Pintura.—Escultura.—Arquitectura.—Deportes.	596
<i>Gobernantes de Cuba de 1511 a 1920</i>	611



